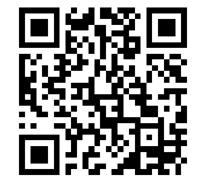
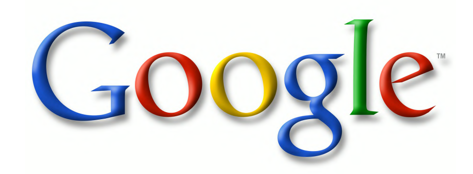
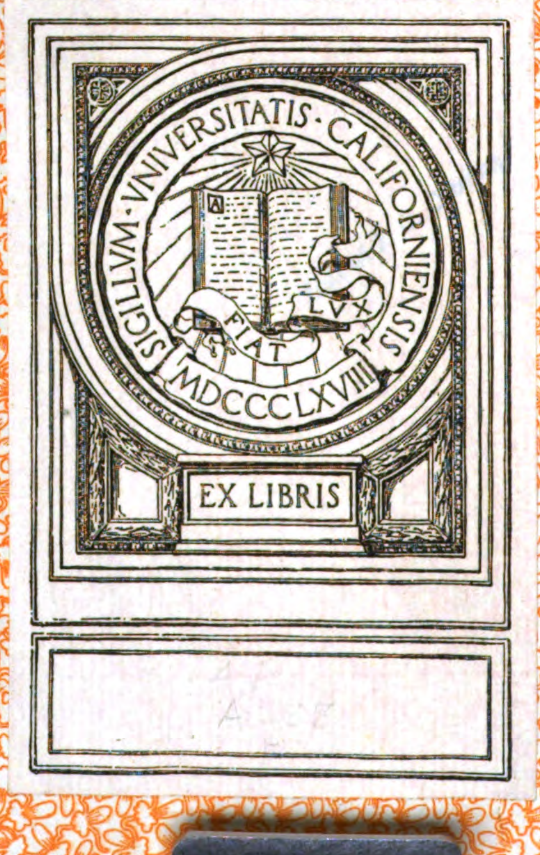







SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



EL PODER DE DIOS Y EL PODER DE LOS HOMBRES



N. P. Jesús del Gran Poder.

EL PODER DE DIOS

Y

EL PODER DE LOS HOMBRES

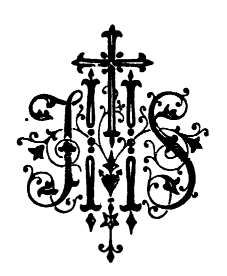
DISCURSOS DOCTRINALES

CONTRA

EL ESPIRITU MODERNO

POR EL

P. José Manuel Aicardo
de la Compañía de Jesús.



MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE G. DEL AMO
6, Paz, 6
1914

APROBACIONES

IMPRIMI POTEST
JOSEPHUS M.ª VALERA, S. J.
Praepositus Provinciae Toletanae.

IMPRIMATUR
† JOSÉ MARÍA
Obispo de Madrid-Alcalá.

La anterior licencia del Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá se ha concedido en atención a la otorgada por el Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Almería.

Hay un sello.—**Obispado de Almería.**—*Reg. Lib. 8.º Flio. 111.—Visto el informe de nuestro Censor Eclesiástico favorable, que recomienda se conceda la autorización para que se publique la Obra del Reverendo P. José M.ª Aicardo, S. J. «Discursos doctrinales contra el espíritu moderno», le concedemos nuestra aprobación y cincuenta días de indulgencia a los fieles que leyeren algunos de los mencionados discursos cuantas veces lo hicieren. Almería 8 de Abril de 1914.*—✠ VICENTE, *Obispo de Almería.*

INFORME DEL SEÑOR CENSOR

Excmo. Señor:

He leído con placer y detenidamente los *Discursos doctrinales contra el espíritu moderno,* que el R. P. José M. Aicardo S. J. desea publicar y cuya censura me ha encomendado V. E.

Desde luego y con gran satisfacción, puedo manifestar que la obra es en todo conforme al Dogma y Moral cristiana; pero, además, es de indiscutible provecho para las almas que con su lectura quieran ilustrarse.

El que ha oído sermones del P. Aicardo, tan conocido en el púlpito español, muy pronto vendrá en deseos de leer estos discursos y saborearlos, atraído por el interés que despiertan en los oyentes, la variedad de hechos, magistralmente expuestos, con que suele revestir los conceptos más elevados de nuestra doctrina celestial de la Doctrina cristiana.

Por eso la obra y dentro de su plan, cada discurso, viene lleno de erudición sagrada y profana, haciendo así resaltar más la condición que deben tener las humanas ciencias, de ser las siervas de la Teología Sagrada, cuya enseñanza adorna el autor con las afirmaciones y ejemplos suministrados por aquéllas. Da forma, por decirlo así, a todo este trabajo, el pensamiento dominante, es decir, la consideración del Gran Poder de Dios, que triunfa siempre de las asechanzas que el poder humano ha levantado en la historia, y como espíritu vivificador, va saneando la sociedad, en todos los tiempos, engrandeciendo la virtud, destruyendo el vicio y ordenando los efímeros triunfos del mundo a sólidas y perennes victorias de la Santidad.

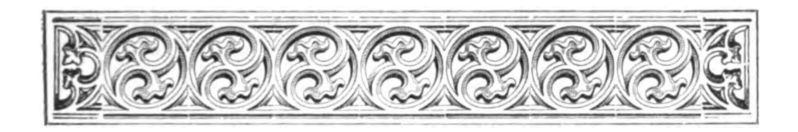
Con luces de la Escritura Santa, cuyos textos trae tan abun dante como oportunamente, y múltiples testimonios de los Santos Padres, ilumina el P. Aicardo las costumbres de la sociedad moderna para que el pueblo fiel vea en ellas lo mucho

malo que hay y sepa abrazar lo que es provechoso para el alma.

El Gobierno de Dios que ejecuta su amorosísima Providencia, se refleja admirablemente en estos nueve discursos, influyendo en todos los actos de la humanidad, bien para que el castigo cante las glorias de su justicia, bien para que el premio ensalce las generosidades de su misericordia.

La disposición de la obra tiene en sí también la ventaja, de que precede en cada discurso, un indice detallado de las materias, con el cual, a simple vista, podrán encontrarse las ideas que se busquen para ilustrar conocimientos adquiridos, o edificación propia.

En fin, Excmo. Señor, vea en este trabajo un Compendio de Doctrina cristiana mirado a través del prisma del gran poder de Dios y debe autorizarse su publicación con el deseo de que sean innumerables sus lectores, porque con ello se dará, al que todo se le debe y por los siglos infinitos, suma gloria. Dios guarde a V. E. muchos años para bien de la Santa Iglesia. Almería 6 Abril 1911.—Dr. Juan Villar.—Excmo. y Reverendísimo Sr. Obispo de esta Diócesis.





GRAVEMENTE yerran cuantos se fingen y esperan que alcance la Iglesia un estado inmune de toda perturbación, en que fluyendo todo a nuestro gusto, sin que haya nadie que resista a la autoridad e imperio del poder sagrado, podamos disfrutar de dulcísima paz y tranquilidad.

Más torpemente aún se equivocan los que ilusionados con la falsa y hueca esperanza de obtener semejante paz, disimulan los intereses y derechos de la Iglesia; subordínanlos a miras particulares, injustamente los atenúan, halagan al mundo, que *todo está puesto en maldad*, bajo pretexto de congraciarse con los fautores de novedad, y de hacerles aceptable la Iglesia, como si fuese posible acuerdo alguno entre la luz y las tinieblas o entre Cristo y Belial. Sueños de febricitante, que en ningún tiempo dejaron ni dejarán de ilusionar muchos cerebros, mientras haya soldados, o cobardes, que arrojadas las armas huyan al primer asomo del enemigo, o traidores, que se apresuren a entrar en tratos con él; lo cual, en nuestro caso, es pactar con el irreconciliable enemigo de Dios y del linaje humano.

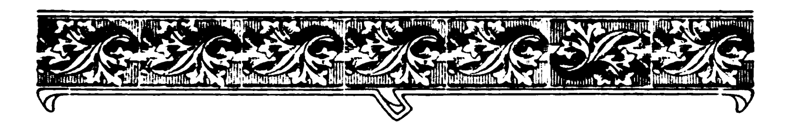
Vehementer igitur errant qui Ecclesiae statum sibi fingunt ac sperant omnium perturbationum expertem, in quo rebus ad voluntatem fluentibus, nullo repugnante sacrae potestatis auctoritati atque imperio, frui liceat quasi otio iucundissimo.

Turpius etiam decipiuntur qui falsa et inani spe ducti potiundae huiusmodi pacis, Ecclesiae res et iura dissimulant, privatis rationibus postponunt, iniuste deminuunt, mundo, qui *totus in maligno positus est* (I Ioan., V, 19) assentantur per speciem captandae gratiae fautorum novitatis et conciliandae iisdem Ecclesiae, quasi lucis cum tenebris aut Christi cum Belial ulla possit esse conventio. Sunt haec aegri somnia quorum vanae species fingi nunquam desierunt, nec desinent quamdiu aut ignavi milites erunt, qui simul ac viderint hostem abjecto scuto fugiant, aut proditores, qui festinent cum inimico pacisci, hoc est in re nostra, cum Dei atque humani generis hoste infensissimo.

(Pius X in Litt. Encycl. *Communium rerum*. Acta Apostolicae Sedis, vol. I, n. 8, pag. 364-5).



PREÁMBULO



1. Salen hoy a la púbica luz en forma de discursos los sermones que en 1913 prediqué durante los solemnes cultos de N. P. Jesús del Gran Poder, en la ciudad de Sevilla. Ellos dan suficiente razón de sí, y como no alardean ni de mas ingenio, ni de más elocuencia, ni de más dotes y lindeza que la poca o mucha que a primera vista presentan, no tienen que decir de eso nada, sino confesar llanamente que su única pretensión es ser fácilmente y de todos entendidos y que su mayor disgusto de ellos, y también mío, sería el que les tributaran con razón la peor de las alabanzas, diciendo: ¡Tan profundos son, que no se les entiende!

Este deseo de la claridad absoluta me ha hecho darles forma de discursos, suprimiendo todo aquello que en la predicación recibe su natural complemento de la voz, gestos, acciones, rostro, y hasta de los ojos del predicador, y sustituyéndolo con más largas citas, con más pausados razonamientos, con más copiosos y dilatados ejemplos. Acaso se resientan de la exagerada sinonimia y repetida enumeración de partes, que son recursos al orador impuestos por la condición del auditorio, y que parecen innecesarios en el libro impreso, donde la lectura reposada no tiene acaso las tentaciones de distracción que una multitud multicolor de oyentes necesariamente padece.

Perdóneseme, sin embargo, el que no haya podado con más energía; primero, por ser ya costumbre arraigada lo que pudo empezar uso necesario, y una costumbre vieja con trabajo se quita; y segundo, porque la experiencia propia y ajena me ha enseñado que más facilmente se perdona esa exuberante abundancia en un estilo, a lo Granada o Nieremberg, que no la sequedad conceptuosa y avidez profunda de un León o de un

Quevedo; y que la mayor parte de los oyentes piensan poco, y con frecuencia no se trabajan en ahondar obscuridades ni en profundizar conceptos y quieren más que se les dé todo desleído y desmenuzado.

2. Dicho esto sobre la metamórfosis de los sermones en *discursos*, pasemos a notar algo sobre el calificativo que llevan de *doctrinales*.

Doctrinas las hubiera llamado, si me hubiera dejado arrastrar de lo importantes que las creo, y de la supremacía que deben tener, a mi juicio, en la predicación de nuestros días. Omito aquella cita de Cicerón en que recomienda como precepto fundamental, que el orador no manifieste otros intentos sino los de enseñar: *nihil aliud nisi docere videatur;* porque sin despreciar el sentido común y la razón natural que legisló por boca de los gentiles, tenemos otros argumentos y razones y leyes más divinas.

3. El ejemplo de Nuestro Salvador es manifiesto, pues de todos sus sermones y razonamientos apenas habrá alguno que no sea propia y característicamente *una doctrina*. A los Santos Apóstoles los envió a enseñar por todas partes y a ser luz del mundo y sal de la tierra. Verdad es que San Pablo recomienda e inculca a sus discípulos la reprensión y la exhortación, pero siempre dando a la instrucción el primer lugar, y haciéndola fundamento de la misma reprensión y género exhortativo: *argue, obsecra, increpa, in omni... doctrina* [1].

4. La preferencia que los Santos Padres dieron a la instrucción de sus auditorios salta a la vista con solo posarla en la innumerable colección de sus homilías, género esencialmente doctrinal, y donde se encierra la explicación de todos los dogmas, de toda la doctrina cristiana.

Aquel hombre extraordinario, en quien acaso se hayan reunido las mayores dotes naturales de grandilocuencia y abundancia, el celestial Patrono de los oradores cristianos, San Juan Crisóstomo, se levanta, es verdad, en muchas ocasiones a lo sumo de la predicación exhortativa, afectuosa y ardiente, pero por lo común empieza enseñando, media su oración enseñando y enseñando termina, aunque mezclando rayos fugaces

---

[1] II ad Tim., IV, 2.

de exhortación apasionada y vehemente. Así tambien San Basilio, así San Gregorio Nazianzeno, así en el Occidente San Ambrosio, San Agustín y San Gregorio Magno.

5. Gran verdad es que ya San Bernardo y mucho más los predicadores posteriores como San Antonio de Padua, San Bernardino de Sena, San Vicente Ferrer, el V. P. Pablo Segneri, el V. Fr. Luis de Granada, el B. Juan de Avila y últimamente el P. Pedro de Calatayud, se inclinaron más al género exhortativo, como se deduce de los efectos de lágrimas, penitencias y clamores que las historias nos recuerdan. Por eso no es sino muy laudable este género y modo de predicar cuando se funda, como en aquellos Santos, en solidísima y previa instrucción y cuando el auditorio es capaz de recibirlo.

6. Porque leyendo los escritos y sermones que de esos Santos se nos han conservado, y reconstruyendo por ellos los sermones de viva voz predicados, se conoce cuánta es la doctrina que en ellos se contiene, y se ve que no estaban tan exclusivamente dedicados a la exhortación, que no fuera siempre *in omni doctrina.*

Gran ejemplo de todo, y de esto singularmente es Fr. Luis de Granada, quien en obra tan exhortativa como la *Guía de Pecadores*, da doctrinas tan sólidas como las de la creación, redención, justificación y el tratado de las virtudes calcado en la *Secunda secundae* de su hermano y maestro Santo Tomás.

Y eso que se dirigía a oyentes bien fundados en las verdades católicas, como eran los españoles del siglo de Granada. Dígase otro tanto del B. M. Juan de Avila. Porque cuando los auditorios varían, ya la oratoria, planta esencialmente circunstancial, tiene también que variar. He aquí el por qué son predicadores de transición el B. Diego de Cádiz y el V. P. Pedro de Calatayud.

7. Las historias verídicas de su tiempo nos los ofrecen como gigantes de la exhortación, escoltados por muchedumbres llorosas, penitentes y arrepentidas; pero sus obras nos ponen ante los ojos que sus sermones eran solidísimas *doctrinas* donde se exponían todas las resoluciones de la Teología Moral, y que aun en sus panegíricos se daba ya a la controversia didáctica gran lugar y espacio preferente. Así tenía necesariamente que ser, porque ya se había roto el torrente de doctrinas pestilenciales que iba a invadir a nuestra patria, y ya

con la relajación de costumbres e infinitas causas además, bajaba rápido el nivel de nuestra cultura católica.

8. Pues ¿qué diremos hoy? Aunque nos sonroje y avergüence el confesarlo, nuestros auditorios, plebeyos o ilustrados, todos nuestros auditorios y singularmente los que se creen ilustrados, más se asemejan a los que tenían los Santos Padres de los primeros siglos, que a los que escuchaban a Juan de Vicenzia y a San Antonio de Padua.

Porque todo convida a esa ignorancia. La enseñanza del Catecismo en las escuelas o no es ninguna, o es tan superficial y rutinaria, que se puede decir siempre insuficiente. Los estudios mayores, tanto de bachillerato como de facultades, o no hablan una palabra de Catolicismo, o infiltran y asientan errores a él enteramente opuestos. La lucha por la vida se hace desesperada y roba los momentos todos o para arrancar a la tierra el pan, o para buscarlo en un vórtice absorbente de negocios. Ni las mujeres se libran tampoco del trabajo y las ocupaciones que no les dejan tiempo ninguno para la instrucción religiosa. Y el espacio de horas que dejan libres los quehaceres, los trabajos, los negocios, la profesión, la casa y las necesidades de la vida, viene a robarlo la sociedad y el mundo con sus recreos, fiestas, teatros y exigencias.

9. No hay, pues, tiempo de saber y de aprender el Catecismo, y cabalmente cuando la precisión es imperiosísima. Porque el diluvio de lecturas heterodoxas, indiferentes, frívolas y distractivas; las conversaciones que versan con frecuencia sobre moral, política y religión; las cuestiones suscitadas, o por los avances ya paladinos, ya insidiosos de la revolución, o por la propaganda de ideas falsas y enemigas del catolicismo; las enseñanzas de colegios, Institutos, Universidades y Ateneos que se rezuman en las casas y en las conversaciones; todo el ambiente que se respira no es sólo de ignorancia, sino de verdadera destrucción de los principios católicos en las inteligencias. Por eso haría falta más que nunca la enseñanza apostólica, el *opportune et importune,* la doctrina católica a todas horas, en todos sitios, en todas ocasiones, de todos modos.

10. Tiempos y siglos hubo en que sin haber tantas ocasiones de olvido y de corrupción para la enseñanza católica, se recibía profusamente. Las universidades y las escuelas monásticas abrían para todos las puertas de sus aulas; a ellas



como oyentes podían asistir muchos del pueblo y aprovechar, pues el latín escolástico o era casi la lengua vulgar o era de todos fácilmente comprendido; hoy no hay esas aulas patentes de par en par y, aunque las hubiera, la ignorancia absoluta del latín las haría completamente inútiles. En aquellos tiempos y en aquellos siglos la mayor y mejor parte de los objetos representados por las artes plásticas de grabado, miniatura, escultura, pintura y aun de la dramática popular y de toda literatura, eran materias sagradas, historias eclesiásticas, vidas de santos, con lo cual el pueblo tenía constantemente ante los ojos una enseñanza gráfica, fácil y eficacísima: la misma, absolutamente la misma que hoy día tiene de todos los vicios, de infinitas patrañas contra la Iglesia católica o, cuando mejor se escapa, de acciones, héroes y cosas del todo indiferentes y profanas.

11. En medio de tantas causas de olvido de la enseñanza católica y bajo el aríete formidable de tanto escándalo, ¿quién se podrá maravillar de que muchos hablen con desdén de la lengua litúrgica y sagrada, miren las ceremonias del culto como una pantomima sin significación, crean que las divinas Escrituras son logogrifos inextricables o lindos caleidoscopios que dan cuantas figuras y sentidos quiere la lengua que los desenvuelve; ignoren los Pontífices más insignes, los santos más notables, las fechas áureas de la historia de la Iglesia; tengan por libro cerrado la teologia aun la más popular, y para hablar de virtudes y vicios, de mérito y demérito, echen mano del vocabulario de la moral indiferente y olviden las enseñanzas reveladas? ¡Cuánta verdad lo que Su Santidad Pío X nos dice en su Encíclica *Acerbo nimis* de la espesísima noche de ignorancia en que se asientan hoy la mayor parte de los católicos, aun de los que visten y se conducen como ilustrados!

No nos queda otro arbitrio, si no queremos llorar tardíamente nuestro silencio, más que, o por escrito, o sobre todo de palabra, en la predicación argüir, refutar, enseñar, doctrinar. Y en estas razones, que ahí dejo al examen de otros más doctos y avisados, fundo yo mi inclinación a enseñar desde el púlpito, poniendo en esto lo primero, y lo segundo y lo tercero y todo lo que hoy día debe buscar el predicador: enseñar, enseñar y enseñar mucha doctrina.

12. Mas el sembrador de cizaña, que no duerme, teme sobremanera de estas *doctrinas* profusamente repartidas como pan a los famélicos de la inteligencia, y torciendo la significación de las palabras, pone hastío de ellas y las presenta como imposibles en la predicación, en la predicación, digo, del púlpito y con alguna solemnidad. Cosa por cierto bien ajena de la verdad y para cuya afirmación se necesita volver las espaldas a los ejemplos de los Santos Padres y a la propia experiencia. Porque ellos nos enseñaron la fe con estas *doctrinas,* predicadas sin cesar en el púlpito, y no creyeron rebajarlo explicando desde allí los dogmas y la moral católica en lenguaje claro y popular.

La experiencia nos confirma en lo mismo, pues nunca falta auditorio cuando con ocasión de solemnes novenarios o grandes funciones se explican los dogmas católicos o las prescripciones de nuestra divina ley o las grandezas de las ceremonias eclesiásticas.

Y a la vista de todos está el aplauso que han obtenido las llamadas *Lecciones sacras,* que no son más que un género homilético y esencialmente doctrinal. Y yo estoy por afirmar, y creo firmemente por mi experiencia y por la ajena, que el género llamado *conferencias* agrada a la mayoría del auditorio, no tanto por lo que se le pueda dar de hojarasca y erudición, cuanto por lo que tiene de instrutivo y doctrinal. No se darán acaso cuenta los auditorios, pero ellos sienten el hambre y reciben con ansia el pan.

13. Tal vez ese sembrador de cizaña, que no cesa en su tarea de dificultar el camino del cielo, amontone en él, para impedir la enseñanza y la doctrina, necesidades ficticias como la de las preguntas y respuestas, el orden más o menos lógico, la sujeción al texto, el decorar fórmulas de una u otra especie y otras a este tenor. Pero el pecho inflamado de celo sabrá saltar esos obstáculos, y prefiriendo lo esencial a lo convencional, hará sus doctrinas como San Pablo en el Areópago, como San Felipe en el coche del valido de la reina de Candaces, como Nuestro Señor y Maestro junto al pozo de Jacob.

14. Fiel a estos ejemplos, la Iglesia reputó y llamó catecismos a las instrucciones divinas de San Cirilo de Jerusalén, donde se condensa toda la enseñanza teológica y recomendó con San Agustín estos mismos procedimientos en el precioso

libro *De catechizandis rudibus* [1]. Del cual voy a tomar algunas palabras, ya que en realidad hoy día casi toda nuestra predicación, aun la de los púlpitos más solemnes, se reduce a un catecismo, y nuestros auditorios, y más los que pasan por más cultos, son auditorios de verdaderos rudos en la Religión y en sus verdades.

15. Dulce y blando amonesta San Agustin al diácono Deogracias, y en él a todos los predicadores de *doctrinas*, que cuando nosotros mismos sentimos placer y nos agradamos en lo que vamos predicando, corre y fluye mejor y más fructuosamente la vena de nuestra palabra; pero que nos hemos de sobreponer al tedio que se engendra en nosotros de oirnos decir cosas triviales y llanas y para nosotros mismos conocidísimas, ya con ver que los oyentes las reciben ansiosos y gustosos, ya con excitar en nuestros pechos el amor a ellos y la consideración del bien que se les recrece.

Cuida también el Santo de cortar y prevenir las causas del rubor, fastidio y cansancio del auditorio, descendiendo a detalles tan chicos como encargar que estén sentados, y aun mejor desde el principio, que repare el diácono en la calidad de las personas, en los circunstantes que haya, en los gestos de aprobación, desaprobación o tedio que se les escapen; también recomienda el chiste urbano, la narración trágica o agradable, la invitación afable a preguntar, todo para renovar la atención y procurar con las inesperadas salidas del predicador, descubrir el efecto que va su palabra produciendo en el auditorio. Que a estas y otras que parecen naderías desciende la altísima mirada de San Agustín, no despreciándose por ello, sino comprendiendo que de todas ellas depende el suceso de nuestras instrucciones.

16. Mas en lo que deseo insistir algo es en la extensión de las materias que el Santo propone a estas doctrinas y en el modo de la explicación, porque en estos escollos nos hace tropezar el tedio de tratar estas materias doctrinales, ya reduciendo el círculo de ellas y circunscribiéndolas casi a la corteza

---

[1] P. L. XL, 309. Nos referiremos en las citas de los Santos Padres á la gran edición de Migne, usando las abreviaturas P. L. para la Patrología latina y P. G. para la griega. El número romano indica el tomo y el arábigo la columna.

del Credo y los Mandamientos, y después haciendonos creer que no es enseñanza suficiente, si el auditorio no decora las preguntas y respuestas del Ripalda. Veamos lo que nos dice San Agustín, y reparemos que si en algún caso se habían de exigir las respuestas formularias y la sequedad de la materia, debía ser en el que el Santo considera, pues se trataba de la instrucción preámbula y necesaria al bautismo de los catecúmenos y no es ese el caso de nuestra predicación doctrinal.

17. Pues aun en la instrucción del catecúmeno, el diácono es el que habla, exponiendo, narrando, excitando la atención al modo dicho y dilatando la materia del catecismo; al catecúmeno no se le hacen más preguntas que la primera de si desea ser cristiano y la última de si cree lo que acaba de explicársele: *his dictis interrogandus est an haec credat et observare desideret* [1].

18. Los puntos que la instrucción abarca se pueden ver dilatados, a modo de ejemplo, por el Santo desde el cap. XVIII al XXVI, que abrazan los párrafos 29 y siguientes hasta el 50. Su materia en síntesis la presenta San Agustín por estas palabras: *Narratio plena est,* la narración que se ha de hacer es completa cuando el catecúmeno es instruído desde aquellas palabras: «En el principio crió Dios el cielo y la tierra» hasta los tiempos presentes de la Iglesia: *ab eo quod scriptum est:* IN PRINCIPIO CREAVIT DEUS COELUM ET TERRAM, *usque ad praesentia tempora Ecclesiae.* Claro está, continúa, que no deberemos ni recitar de memoria y a la letra el Pentateuco, los libros de los Jueces, de los Reyes, el de Esdras y todo el Evangelio, los Actos Apostólicos y la Historia de la Iglesia, ni siquiera decir con palabras nuestras todo lo en ellos contenido, cosa que ni el tiempo la sufre ni hay de ella necesidad; sino decirlo todo en cifra y escoger algunos hechos más admirables o más gustosos, *quaedam mirabiliora quae dulcius audiuntur,* y que determinan períodos más importantes, y esos desarrollarlos a los ojos del auditorio y con pausa y espacio proponerlos a la contemplación.»

«Terminada la narración, concluye, se debe excitar y animar nuestra flaqueza contra las persecuciones y los escándalos que se dan, ya fuera de la Iglesia por los judíos, los gentiles y

[1] P. L., l. c., cap. XXVI, n. 50.



los herejes, ya dentro por aquellos que son paja en la era del Señor. Y aquí, según la necesidad y el tiempo, será menester declarar cuál sea la utilidad de las persecuciones, cuál la medicina que en el sufrimiento y Pasión del Señor debemos buscar, cuál la resignación que nos comunica el saber que Dios en su Providencia quiere permitir esas luchas hasta el fin. Mas cuando se ilustren los oyentes contra las turbas perversas que manchan la Iglesia y en ella viven, se les han de exponer los preceptos; para que ni los intemperantes, ni los avaros, ni los engañadores, ni los jugadores, adúlteros, fornicarios y amadores de espectáculos, ni los supersticiosos, agoreros o cualquier otro cultivador de artes mágicas los puedan seducir y vayan ellos a creer que se van a quedar impunes, porque ven a muchos, llamados cristianos, amar todo eso, hacerlo, defenderlo, aconsejarlo y persuadirlo [1].»

19. La suavidad de la materia ha alargado la cita, pero suficientemente se sigue de ella cuán ancho campo se presenta a la instrucción católica y cómo podrá y deberá recorrerlo el orador sagrado en aquellos discursos en que se proponga, no ya la del catecúmeno, sino la instrucción y doctrina del católico provecto.

Por eso no he creído que eran ajenos a la naturaleza de *doctrinas* o *discursos doctrinales* los continuos ejemplos de que me valgo para describir la pelea secular del poder del hombre contra el Poder de Dios, que llena la Historia de la Iglesia.

20. Reúnen estos argumentos a la dulzura e interés de siempre y a la facilidad con que los poco doctos los reciben, la oportunidad de ser objeto de controversia contemporánea. Uno de los puntos, si no el principalmente debatido, de la actual lucha religiosa, es en efecto la Iglesia Católica, su autoridad, su constitución, su poder espiritual y temporal, su jerarquía, y por consiguiente, su historia, que no cesan de calumniar todos sus enemigos desde los protestantes a los modernistas.

La Historia eclesiástica, pues, como arma apologética nos presenta a esa Iglesia venciendo a sus enemigos, perpetuando la predicación, conservando su jerarquía, practicando y ejerciendo su derecho, siendo Madre y Luz del mundo y salvando

[1] L. c., n. 11.



al linaje humano en todas las crisis en que se ha visto peligrar. Todo lo cual, visto y experimentado, atrajo a la fe las generaciones pasadas; recordado históricamente confirma en la fe a las generaciones presentes.

21. Y con lo dicho se ha dado suficiente razón y por qué del subtítulo de esta obra y del modo preferido en tratar su argumento.

No quedará nada que no esté claro, si se añaden dos palabras sobre el espíritu moderno que estos discursos doctrinales impugnan.

---

22. La historia del liberalismo español no se ha escrito todavía, y por mi fe que tendría interés. Como una de sus muchas maravillas se podría contar la de dar a todas sus sectas, personajes, periódicos y discursos común denominador: *ni la más leve idea de originalidad*. Porque desde su principio en las Cortes sediciosas de Cádiz, donde fué civilmente bautizado, hasta nuestros días, no fué la doctrina liberal, sino el ancho cauce por donde corrieron las pestilentes aguas de infinitos errores, y el pueblo, las masas liberales, tomaron alegres el puesto del *ignobile vulgus*, de la patrulla insconsciente de todos los herejes de Europa.

23. Aquellos seudo-legisladores de Cadiz, aunque no gaditanos, eran una turba abigarada de toda clase de herejes y heretizantes, donde había galicanos, regalistas, jansenistas, plagiarios de Van Espen, de Voltaire, de J.-J. Rousseau, de Hobbes y del Contrato social, y admiradores de Lutero, de Calvino y hasta del zancarrón de Mahoma; no se unía más que en un deseo común, en el de salir de la casa paterna y amontonar lodo sobre el nombre de la Iglesia para justificar su deserción. Las turbas se dejaron embaucar con nombres sonoros, con promesas retumbantes, y ocuparon su puesto y empezaron su papel de patrulla, alabando lo que no entendían y aplaudiendo palabras, palabras y más palabras.

24. Y así por siempre. En los execrandos días de la revolución setembrina y en los turbulentos que precedieron al Concilio Vaticano, se siguió la misma consigna. Los tribunos, los papeles, los prohombres del liberalismo español se abrazaban



y confundian con sacerdotes concubinarios, se hacian protestantes de cualquier secta o de ninguna, eran kantianos, hegelianos, krausistas, prudonianos, se iban con De Lamennais o con Dupanloup, o con Frohschammer o con Dölinger, o seguían repitiendo calumnias galicanas, cesaristas, socialistas, y todo sin más objeto que hablar contra la Iglesia y justificar una apostasía que se trataba de encubrir.

El vulgo seguía firme en su papel airoso de patrulla encargada de los aplausos, y los prodigaba a todo nombre germánico, inglés o francés que sus oradores entre blasfemias y palabras sonoras repetían.

Asi se llegó hasta los errores modernistas, que con la insustancialidad del liberalismo español se alabaron sin penetrarlos, por lo que de destructores tenían, y el vulgo aplaudió sin saber quiénes eran los nombres para él sonoros de Harnack, Loisy, Tyrrell y Fogazzaro.

25. Y aquí se puso de manifiesto otro carácter interesante. Por cálculo, por inconsciencia, por malicia, por ignorancia o por todo eso junto, se habían querido manifestar católicos nuestros liberales, y cuando lo que decían escandalizaba, cubrían el escándalo con nombres o sombras de sacerdetes diciendo: ¡Si será bueno lo que decimos, cuando sacerdotes como Muñoz Torrero, Lista, Nicasio Gallego, Villanueva y otros lo dicen! Así desde el 1812. Después siguieron siempre la misma táctica: para ellos no había más Obispos en Roma que Mgr. Dupanloup y el grupo de los oportunistas y anti-infalibilistas del Concilio Vaticano, y cobijaban sus dichos con la piedad de estos señores y con nombres extranjeros o de herejes como Dölinger, o de engañados y sorprendidos como Ketteler y otros. Mas en el modernismo pudieron henchir sus medidas y aun seducir a católicos tibios, sedientos siempre de laxismos y de encontrar quien les asegure con dos o tres nombres errores en la fe y sobre todo anchuras en la moral.

26. Los modernistas y los demócratas cristianos eran lo que se deseaba. Sacerdotes activos, católicos de acción, hombres que alardeaban de celo, de amor a la Iglesia, de sumisión, de obediencia a León XIII; hombres cuyas obras habían recibido alientos y bendiciones de los Prelados; nadie pondría en duda la ortodoxia de León Harmel, de los abates Lemire, Naudet, Dabry, Klain, Gayraud, Tyrrell, Labertonnière y

tantos más. Y ¡cuán fácil era seducir arguyendo que, cuando tales hombres hablaban como hablaban, se podría decir cuanto ellos decían sin faltar a la más pura ortodoxia y a la más rígida moral! Y a la sombra de ese sofisma tan socorrido, y saltando de la respetabilidad negativa de una persona a su positiva infalibilidad, se copiaron en nuestra España frases y líneas y artículos y libros modernistas, y el ancho cauce del liberalismo, y del liberalismo católico español, los admitió todos y alabó como modelos de celo, saber, actividad y catolicismo a Loisy, Naudet, Duchesne y a todos los demás, y las turbas liberales católicas repitieron una vez más la alabanza extranjera que se le imponía.

27. Estando así las cosas, se publicó la Encíclica *Pascendi*, que condenó el modernismo, y por un tiempo se procuró decir que en España no lo había, y se quiso reducir el modernismo a las disquisiciones bíblicas o a las sutilezas metafísicas. Por este tiempo fué cuando prediqué en varias capitales como Madrid, Sevilla, Murcia, Palma, Zaragoza y en otras partes, sermones refutando el modernismo tal y como se presentaba en España. Mi trabajo fué muy sencillo: hacer hablar a los modernistas extranjeros refiriendo aquellos fragmentos de sus obras que anónimos y autorizados corrían por España, y compararlos con la censura pontificia. Procedimiento elemental que Dios Nuestro Señor bendijo. Ya en algunas poblaciones tuve ocasión de ver desengañados, y en otras hubo silencio hostil, rumor de oposición, pero quedándose siempre en los preliminares a la lucha. Agradecido estaré siempre a todos los Prelados en cuyas diócesis hubo quejosos que me denunciaran, pues se pusieron resueltos al lado de la verdad y no permitieron que me molestasen.

Por fin esos sermones se publicaron cristalizados en una novena al Sagrado Corazón predicada en nuestra iglesia de Sevilla y con el título de *El Corazón de Jesús y el Modernismo*. Después el Señor lo ha hecho todo.

Porque a España nos habían venido las filtraciones modernistas (y a ello habían contribuído muchas y distintas causas) por los escritos y obras de los sillonistas y demóratas cristianos, que habían sido en Francia los portaestandartes de los modernistas teóricos y ellos mismos modernistas en órdenes más prácticos, como el social, el político y el moral. De sus

revistas, periódicos, libros y acciones se había tomado en España el caudal de frases que corrían como validas, y que eran notadas como opuestas a los oráculos del Papa. Muchos de aquellos autores gozaban todavía del favor de católicos y del favor de los católicos, y por eso sin duda un buen amigo mío me escribió preguntándome si no temía yo nada por notar a tantos autores todavía no censurados por la Iglesia.

Ya la Iglesia ha respondido. Porque al golpe de la aplicación de la Encíclica *Pascendi,* a la luz que se irradió sobre Francia con la separación, a las amonestaciones y reprobaciones de la obra sagnieriana *Le Sillon,* y a las saludables medidas de la Sagrada Congregación del Indice y a la vigilancia pastoral de los Prelados franceses se debe el que una en pos de otra fueran cayendo o condenándose todas aquellas publicaciones y otras que se citaron en mis sermones, y que infiltraban el veneno en nuestra patria.

Así ha sucedido que algún diario, cuyo director había alardeado de querer ser en España lo que en Francia era Naudet y *La Justice Sociale,* ha desaparecido, y otros periódicos que tenían corresponsales de *La Démocratie Chrétienne* se han privado de ellos.

28. ¿Se habrá por eso acabado el peligro modernista? No, por cierto. El celoso director de *L' Unità Cattolica* de Florencia S. A. Cavallanti, dió la voz de alarma en el campo católico de que los modernistas no dormían, sino que trasladaban su acción al orden social, al orden político y al orden literario; en su Opúsculo *Letteratura modernistica: Fatti e Persone* se denuncian conspiraciones que indican la tenacidad de los enemigos de la Iglesia.

Pero más que la voz de un polemista, aunque tan preclaro, nos ha de mover la del Pastor sumo de la Iglesia, que se lamenta de que aun después de las condenaciones «late esta ponzoña en las venas y en las entrañas de la sociedad, separada de Cristo y de su Esposa» y que «es producida por el orgullo y aura pestilencial que se respira» [1].

Por eso los documentos pontificios de fecha posterior se dedican preferentemente a combatir esos gérmenes patógenos, a precaver a los católicos en la batalla contra el espíritu del

[1] Encycl. *Communium rerum.*

siglo. A eso tienden la Carta contra *El Sillon,* a eso las instrucciones sobre acción católica, a eso hasta la reprobación del modernismo literario, a eso, finalmente, las exhortaciones al valor cristiano, a no temer a los enemigos, a poner ante los ojos *que nunca cesará la pelea encarnizada y que la corona será para los que legítimamente pelearen.*

29. En España ha sucedido lo que innumerables veces ya. Como el número de los que celebraban a esos hombres y a esas doctrinas no era debido a la opinión arraigada, sino al deseo de libertad y licencia mal oculto en muchos con la autoridad de sacerdotes y católicos que sus corifeos tenían, y como el vulgo alababa en su papel lo que no entendía, sino lo que de ultrapirineos le venía; condenados aquéllos por la autoridad y caídos en descrédito, se les volvió del todo la espalda, sin que por eso se pueda decir que ha muerto aquí todo germen modernista. El ancho cauce de la libertad y licencia sigue abierto, el deseo de alabar todo lo que sea apostasía y baldón de la Iglesia católica perdura; el tedio de la sujeción a los mandamientos es cada vez mayor; el ansia de encontrar caminos fáciles para conciliar a Dios con Belial, a Jesucristo con el mundo, lejos de cesar, se aumenta; la admiración por nombres y hombres extranjeros y corifeos de errores es el pan de las ignaras muchedumbres; el prurito de cubrir todos los excesos y todos los laxismos con nombres pomposos y etiquetas católicas no ceja, sino todo lo contrario; el amor a lo temporal, al éxito, a la resonancia, al lucro, a la muchedumbre va al par de los incentivos que sin tregua los espolean; el sofisma socorrido de que es católico cuanto los católicos hacen y dicen, encuentra su cebo en la ignorancia religiosa y católica, que lo devasta todo y que hace que «descarada o hipócritamente se sacuda todo yugo de autoridad divina y se forje cada uno a su capricho una religión vaga, naturalística, individual, que conserva del cristianismo el nombre, pero no la realidad y la vida» [1].

¿Qué hacer, pues, por poco celo que se sienta?

---

[1] Pío X, *Comm. rer.* poco antes de la mitad.



30. A cumplir, pues, con este deber, a propagar y vulgarizar esas enseñanzas del Supremo Pastor y Padre, con que pretende sanear la atmósfera y precaver contra los peligros a los hijos fieles, se encaminan estos *discursos doctrinales* contra el espíritu moderno, poniendo a la vista de todos las fases siempre nuevas de la lucha secular del efímero y orgulloso poder del hombre contra el omnipotente y silencioso Poder de Dios.

31. Y para que sea más facil su uso y se puedan aprovechar por todos sus enseñanzas, se han completado, a petición de buenos amigos y celosos, con un índice de materias en que se señalan los capítulos principales de controversia católica y española en ellos declarados.

Resta sólo que los lectores saquen de esas enseñanzas las luces apetecidas, y que reparen, para perdonarlo, en cuanto de frío, insuficiente, pálido y reprensible encuentren, porque todo es fruto de mi tierra mala y pecadora; y que recojan y atesoren para granjear con ello, cuanto de útil, agradable, instructivo y provechoso encuentren, que todo, absolutamente todo es don del Poder de Dios, pues nos gloriamos en declarar que *sufficientia nostra ex Deo est.*

Almería, día de San José, 1914.

DISCURSO PRIMERO

INTRODUCCIÓN Y EXPOSICIÓN

Jesucristo en la Ley y los Profetas.

SUMARIO

Circunstancias difíciles de este novenario.—Proporción y semejanza entre la idea de la imagen y los Ejercicios de N. P. S. Ignacio. —Asunto general de la Novena.—Súplica.

I

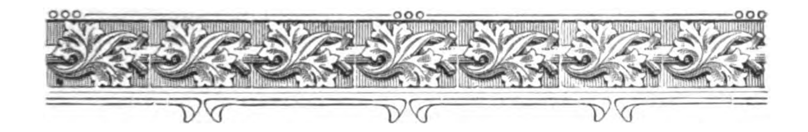
La idea de Jesús del Gran Poder.- Sus caracteres opuestos a los modelos del arte plástico.—Su semejanza con el cap. LIII de Isaías. Exposición del capítulo.—La idea de Jesús del Gran Poder en todo el Antiguo Testamento: sirve de carácter esencial del Mesías.—De comprender ese carácter del Mesías dependió el destino de Israel y su reprobación.—Momento crítico del *Ecce Rex vester* y su transcendencia.—Paralelo entre la Iglesia Católica y el pueblo judío.

II

Necesidad de comprender estas ideas por el estado general de nuestro siglo.—Es en él característico el amor del poder humano: derechos del hombre; la palabra Naturaleza.—Se excluye de la ciencia la de los conocimientos revelados y especulativos.—Ciencias empíricas y de aplicación.—Desarrollo y estudio de las fuerzas materiales.—Culto del dinero.—Máximas del espíritu moderno.—Varias citas.—Razón suprema de estas prevaricaciones.—Tentación constante de los católicos.—Aun de los militantes.

III

Oportunidad de la idea capital de estos discursos.—Ejemplo de Eliseo.—Su aplicación.—Obligación en que se halla el predicador de refutar este espíritu moderno: por su oficio, por las circunstancias y peligros de sus oyentes.—Dificultades que suelen encontrarse por la mala disposición de los auditorios.—Adulteraciones de la palabra de Dios.—Aliento que se recibe en este caso por la devoción de Sevilla a Jesús del Gran Poder.—La semejanza entre la historia de Sevilla y lo que la imagen de Jesús simboliza.—Resumen de este discurso e ideas capitales de todo el Novenario.



Praedicamus Christum crucifixum, Dei virtutem.
Predicamos a Cristo crucificado, gran Poder de Dios.
(*I ad Cor.*, I, 23).

Real Cofradía y Hermandad de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder

1. Vuestra perspicacia, que es mucha, no se necesita para sondear los afectos que tengo necesariamente de sentir ante lo arduo y desproporcionado de la empresa que en estos instantes y doblegándome a vuestra elección acometo. Porque puedo repetir como el apóstol San Pablo: *In timore multo fui apud vos* [1]: que estoy lleno de temor al presentarme a vosotros.

Pobre y sencilla, sin flores humanas ni joyas de oratoria, es mi manera de decir, aunque procure siempre no desdecir de la rancia sangre española ni del cristiano y honrado corazón, que son sus únicas recomendaciones; y para lo que veo, para lo que el entendimiento columbra, para lo que la historia testifica, se hace menester aquí una sublime y soberana elocuencia.

En efecto; si el predicador, por modesto que sea, ha de convertirse en eco y representación de su auditorio; si en sus expresiones ha de latir el corazón de sus oyentes; si en su discurso ha de arder el fuego que prende en ellos; si en sus palabras se han de espejar las grandezas y los

---

[1] I ad Cor., II, 3.

destellos del argumento, y allí han de reberverarse y centellear las doctrinas y enseñanzas cristianas que de él promanan; rastread, si podéis, qué elocuencia, por soberana, por sublime, bastará cuando el momento es este solemnísimo novenario, el auditorio vosotros, y en vosotros toda la religiosísima Sevilla, y el argumento Jesucristo Nuestro Señor y Jesucristo bajo la advocación de NUESTRO PADRE JESÚS DEL GRAN PODER.

De estos cultos dijo ya en su justo entusiasmo un orador sagrado que, si el Señor los deseaba mayores, se dignara revelárnoslo; y a nuestros ojos está lo que yo no puedo ponderar porque excede toda ponderación.

2. Y estos cultos tan espléndidos y regios que se completan con los devotísimos de la Semana de Dolores y de la Semana Santa y con la tradicional y famosa Procesión, no son sino una representación palidísima del amor de Sevilla a Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Amor heredado de generación en generación; amor avalorado con las lágrimas en los momentos de angustia derramadas; amor irisado con las alegrías de innumerables favores alcanzados; amor testificado con las suntuosas obras de su camarín, con el opulento adorno de su altar, con el trabajo magnífico de sus cruces y de sus túnicas; amor pregonado con los exvotos, promesas, visitas y oraciones presentadas ante esa imagen; amor celebrado por cuantos ven esa soberana escultura mermada y gastada por los ósculos y besos encendidos de millares de sevillanos; amor y culto, finalmente, que tienen su raíz y última razón en las grandezas divinas y humillaciones humanas, que en esa efigie dejó significadas al vivo la mano inspirada del inspiradísimo escultor.

3. Grandezas divinas y humillaciones humanas que año tras año han ido fervorosamente, elocuentemente, soberanamente poniendo a vuestra vista y ensalzando ora-

dores santos y elocuentes. ¿Quién no recordará algunos de ellos? Desde principios del siglo pasado en que aquí se oyó la voz apocalíptica del B. Fr. Diego José de Cádiz, restaurador y gloria de esta Cofradía, hasta el famosísimo y celebrado D. Vicente Manterola, martillo de la revolución septembrina en el período más tenebroso de nuestra historia moderna; y desde Manterola hasta el suavísimo y ardoroso Fr. Estanislao de la Virgen del Carmen arrebatado en flor a la cátedra y elocuencia sagrada, cuántos y cuántos que viven en vuestra memoria y cuyas palabras retiñen aún en vuestros oídos!

4. Ahora, pues, decidme, os ruego, si no ha de ser grande mi temor, mi confusión y hasta mi desesperanza en estos instantes, si no me confortara un pensamiento que de seguro es inspiración de Jesús del Gran Poder.

El sin duda quiere alardear de su fuerza en mi debilidad; El quiere claramente manifestar que lo que mis palabras causen de bueno en vuestras almas, a El y a su gran Poder exclusivamente se debe. Pero El también me avisa con su propia imagen que no debe de ser la idea que en ella sobresale ajena y extraña, antes familiar y conocida a un hijo y sacerdote de la Compañía de Jesús.

Al revolver yo conmigo mismo todos aquellos pensamientos de grandeza y dificultad, me acogía como a último puerto a esa divina imagen, buscando allí el esfuerzo de que todo lo demás parecía privarme; y después de mirar y remirar mucho ese semblante denegrido y hermoso, esa actitud gallarda y abatida, me pareció ver en todo ello la suma y la realización de las doctrinas más escogidas, de la flor de toda la doctrina que expone y da mi glorioso y amadísimo Padre San Ignacio en el celebrado libro de los Ejercicios.

Recordad aquellas páginas benditas, aquellas meditaciones fundamentales del *Reino de Cristo,* de las *Dos*

Banderas, de los *Grados de humildad,* verdadero eje de todos los Ejercicios, suma y cifra de todo el Evangelio en la doctrina moral. ¿De qué se trata allí? ¿No es acaso de batalla y de pelea, de triunfos y de victorias, de empresas y de conquistas? Es decir, ¿no es del Gran Poder de Jesucristo? Pero, ¿cómo se logran tales glorias? ¿No es con la pobreza espiritual y efectiva, con la humildad y con las humillaciones, con la desnudez y deshonra de la Cruz? ¿Pues qué es decir victorias en la humillación, reino en la desnudez, sino lo que muda pregona esa imagen que todos veneráis?

Pues la misma doctrina se aplica a todos los imitadores de Nuestro Señor. Si Jesucristo es el Rey Eterno y Sumo Capitán de los buenos, los Santos son sus generales, su Estado Mayor, sus distinguidos, que han de serlo venciendo por la paciencia, peleando con el sufrimiento, coronándose en la Cruz, haciéndose imitaciones en la humillación y en la gloria del gran poder de Jesús y de Jesús del Gran Poder.

5. Con tales pensamientos confortado el espíritu, me pareció comprender que en vuestra designación había pesado menos mi pequeñez que el deseo de que la Compañía de Jesús os recordara por el último de sus hijos esas verdades fundamentales de los Ejercicios, piedra angular de toda la vida cristiana.

6. Obediente, pues, a esta idea, vengo a eso. A eso me convida la devota imagen a que rendimos culto y que es un símbolo de la vida, de la doctrina, de la acción de Nuestro Señor Jesucristo, y de la vida y de la acción de la Iglesia Católica; a eso me convida la necesidad y los errores de nuestro siglo y las tradiciones históricas del piadoso pueblo de Sevilla.

Hoy no me propongo sino adelantar un como prólogo de estas ideas en las que, Dios mediante, ha de encerrar-

se todo el Novenario. Mas no olvidemos a la Santísima Señora, Madre del Mayor Dolor y Traspaso, para que con sus favores y bendición comencemos.

7. Ella comprendió perfectamente los misterios contenidos en la Ley y en los Profetas que anunciaban a su Hijo poderoso en la flaqueza y reinando en la Cruz; Ella con ojos de Mártir y de Madre miró al Unigénito del Padre y suyo paseando su Cetro real y su Cruz por la calle de la Amargura; Ella como roca granítica én el Calvario fué el prodigio más grande entre los humanos de aquel Gran Poder divino, y comprendió mejor que nadie que la exaltación de Jesucristo comenzaba en lo más sumo de su humillación; Ella ha asistido siempre a la Iglesia en el martirio y en el triunfo, y Ella, por fin, es Madre nuestra, solícita de que en nosotros se perpetúen los triunfos del Gran Poder.

Pidámosle, pues, que mueva mi lengua para declarar el gran misterio de la Cruz, el Poder de Dios en Cristo Crucificado: ***praedicamus Christum crucifixum, Dei virtutem.*** Pidámosle que también abra dócilmente vuestras almas para recibir esta palabra tan escondida para los ciegos y carnales: ***pereuntibus autem stultitia*** [1].

Pidámoselo con aquellas palabras que le dirigió el Angel al anunciarle que el Poder de Dios la cubriría y obraría en ella maravillas: ***virtus Altissimi obumbrabit tibi.***

Ave María.

---

[1] I ad Cor., I, 18.

I

Jesucristo en la Ley y los Profetas.

8. He dicho que esa imagen es un símbolo, y su contemplación lo comprueba.

Miradla y prescindid por un instante de cuanto la devoción de su Reverenda Cofradía ha colocado a sus pies y sobre ella. Miradla cómo salió de las manos de sus artistas.

Inspirados sin duda anduvieron ellos al formar y retocar esa imagen, e inspiradísimo y más el insigne Martínez Montañés al darle aquellos últimos toques con que la selló con la real marca de sus creaciones. Inspirado, sí; pero, ¿con qué inspiración?

No la bebió seguramente en la Venus de Milo, no en el famoso Apolo de Belvedere, no en las Madonnas del Renacimiento, ni siquiera, ya que de dolor se trata, en el celebrado grupo del Laocoonte pagano.

Mucho menos se puede parangonar la inspiración artística, el simbolismo idealista de ese Jesús del Gran Poder con los del arte contemporáneo y modernista, halagador grosero del sentido, adorador supersticioso de la forma, esclavo de la morbidez sensual, del influjo acariciador y materialista. En esas escuelas y en esos modelos lo es todo la tersura y suavidad de la tez, la blanda y muelle ondulación de los contornos, la irreprochable seguridad de las líneas, el encanto sensual del colorido, y aun hablando de figuras que semejen el dolor humano, se combinan de tal suerte la palidez mortal con la hermosura marchita, la ri-

gidez cadavérica con la morbidez artística, la desesperación del dolor con las exigencias de la belleza, que en último término se sirva sumisamente al sentido y el culto de líneas, colores, actitudes y gestos, el culto de lo material encadene la idea espiritual, la sojuzgue, la ahogue por completo si es idea de mortificación evangélica.

Ahí, en esa maravillosa creación de Martínez Montañés, se observan otros cánones, preside otro simbolismo. El semblante es duro y, si vale la palabra, nudoso; el cutis áspero y terrizo, las manos sarmentosas; el dolor humano ha encontrado ahí una expresión ruda y potente cual no la vislumbró el autor del Adonis moribundo, ni el del Laocoonte luchando con los dragones.

Sin embargo, está envuelta esa efigie en tal ambiente de grandeza, que justifica su advocación; Jesús se yergue bajo la pesada Cruz, sobrándole fuerzas para levantar un mundo; su rostro borroso y dolorido, su boca entreabierta y seca, su mirada turbia y penetrante, no tienen nada de repulsivo ni desesperado, sino que invitan a la adoración y al amor.

Arte divino que hace prodigios adonde no llega el arte puramente humano, porque bebe su inspiración, tiene sus ejemplares en más alta región, allí donde sólo Dios descubre la verdadera belleza.

9. Nada cuadra más con lo expresado en esa imagen que la trazada de Nuestro Señor Jesucristo por Isaías en el capítulo LIII de su Profecía.

Escuchad el solemne exordio donde ya se anuncia el Poder, el Brazo de Dios.

10. *Domine, quis credidit auditui nostro et brachium Domini cui revelatum est?* Señor, dice, ¿quién será el que crea lo que se nos ha revelado al descubrírsenos el Brazo, el Poder de Dios?

Se trata, pues, de presentar a los ojos del pueblo la

imagen del enviado de Dios, del Mesías, que es de quien se habla en todos los capítulos anteriores, y de presentarla como Gran Poder del Señor. Para eso la forma interrogativa, para eso la afirmación de la revelación divina, que todo contribuye a excitar y preparar al auditorio.

Comienza la descripción, en la que todos descubriréis sus afinidades con esa imagen cuyo ejemplar fué de seguro.

11. *Et ascendet sicut virgultum coram eo,* y surgirá, dice, como sarmiento seco y denegrido: *et sicut radix de terra sitienti,* y como raíz árida que rompe en un erial arenoso y seco. *Non est ei species neque decor*, sin atractivo ni hermosura humana: *et vidimus eum et non erat aspectus,* y cuando le miramos no hallamos en él belleza ni aun rostro de hombre; *et quasi absconditus vultus eius et despectus,* y su rostro está como queriéndose esconder por la fuerza de la vergüenza y del desprecio, y tan olvidado y escondido que nadie le conoce ni le estima. Verdaderamente que de Nuestro Señor Jesucristo en su Pasión se profetizó todo esto, pues por los azotes, las bofetadas, las salivas, la sangre, los cardenales, los maltratos y por tantos y tantos insultos y atropellos quedó como seco, denegrido, árido, obscurecido y sin aquella hermosura que le celebra David cuando le llama hermoso como ningún hombre. De esta hermosura y de este momento exclamó San Bernardo: «El candor de la vida eterna se torne negro en la carne para purificar a la carne. El que es hermoso entre los hijos de los hombres, para iluminar a los hijos de los hombres, se obscurezca en su pasión, se afee en la cruz, palidezca en la muerte, no le quede apariencia ni hermosura para hacerse una Esposa, sin mancha y sin defecto [1].

[1] Bern., In Cantic., serm. 28, n. 2; (P. L., CLXXXIII, 921).



Pues ya veis de dónde salieron esos rasgos característicos de esa veneranda efigie. Ya tenéis ahí trasladado a la escultura el nudoso sarmiento, la raíz polvorienta y árida, el rostro desfigurado, dolorido, avergonzado, como escondido por el rubor: todo lo que pronunció el Profeta lo halláis en Jesús del Gran Poder.

12. También está en el Profeta la Cruz, esa que cargó y carga sobre sus poderosos hombros.

Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit: en verdad que cargó él con nuestras enfermedades y tomó en peso nuestros dolores. Y después: *Posuit,* continúa. *Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum:* puso el Señor sobre él todas nuestras iniquidades; que es la misma idea, por la que se declara que aquellas flaquezas y dolencias eran físicas y morales, eran pecado nuestro, y sus consecuencias eran esa Cruz, símbolo de todo error, de todo trabajo, de todo castigo, de toda expiación humana. *Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras,* fué herido y llagado él por nuestras iniquidades; *attritus est propter scelera nostra:* destrozado y atribulado fué por nuestros crímenes. Nuestros pecados le hirieron y como polvo le desmenuzaron, porque *Deus voluit conterere eum in infirmitate.*

Hasta aquí la imagen que Martínez Montañés acabó; esa imagen dolorida, escondida, borrosa, sublimemente dura, es hija genuína del vaticinio de Isaías: «Ahí está el último de los hombres, el leproso, el llagado; ahí la hermosura desconocida, el rostro afeado, el sarmiento seco, la raíz árida; ahí el reo de todos los pecados, la oveja muda, la víctima llevada al sacrificio; ahí la expiación de todos los pecados, la carga de todas las iniquidades, la oblación por todos los delitos, desde los de Adán y Caín hasta los míos y los de todo el linaje de los hombres.

13. Pero ¿dónde está la grandeza del Poder de Dios?

¿dónde cuanto en ese conjunto hay de firme, de majestuoso, de enérgico, de sublime? ¿dónde el ambiente sobrehumano de esa escultura que hizo prorrumpir a un elocuente incrédulo en aquella afirmación de que ahí se sentía al Dios-Hombre? Porque ese Nazareno empuña su Cruz, mas la alza como si fuese liviana brizna de heno; se humilla bajo el dolor, mas late debajo de él una fuerza incontrastable; tiene semblante cadavérico, mas de una robustez atlética y sobrehumana; es Jesús Nazareno, mas es Jesús Nazareno del gran Poder. Mezcla maravillosa de belleza y humillación que ya San Agustín había celebrado cuando escribió: «Para nosotros los creyentes siempre es hermoso; hermoso en el cielo y hermoso en la tierra, hermoso en el útero virginal y hermoso en los brazos de su Madre, hermoso en los milagros y hermoso en los azotes, hermoso en el seno del Padre y hermoso en los brazos de la Cruz, hermoso en el sepulcro y hermoso a la diestra de Dios» [1].

La palabra humana es sucesiva donde el arte plástico es simultáneo, y en eso aventaja la escultura a la palabra de Isaías, que representa; pero dentro de los límites naturales, logra la profecía simultanear, por medio de continuas alusiones, la debilidad que padece con el Poder que domina, la humildad con la grandeza, lo flaco del hombre con lo poderoso de Dios, de modo que produzca en el ánimo la impresión que la vista sacaría de la realidad, la que saca ahora de contemplar esa efigie.

Por eso abre su descripción dando por modo de enfática pregunta la síntesis de su visión: «¿A quién ha sido revelado y descubierto el Brazo y Poder de Dios en las humillaciones que voy a enumerar? Las humillaciones mismas no las enumera sino salpicándolas con recuerdos

[1] August., In Ps. XLIV, n. 3; (P. L. XXXVI, 495); et XIII, De Temp. (supposititius) n. 5; (P. L. XXXIX, 1.999).

de la causa por que padece, del fruto que reporta lo que padece, de la espontaneidad con que se ofrece a padecer, con lo cual nos llama a la memoria que sus azotes nos atrajeron la paz con Dios, que su libre elección le entregó a la muerte, que su sangre fué nuestra medicina y que, aunque los hombres atropellaron sus dolores y su derecho, todavía es tanto más abominable su iniquidad, por ser Aquel cuya generación es inefable.

14. No contento el Profeta con estos como destellos de luz, que por toda la enumeración de los trabajos del Justo esparcidas conservan viva la idea del Brazo y Poder de Dios, quiere cerrar su visión con más terminantes afirmaciones.

Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longaevum, et voluntas Domini in manu eius dirigetur; que es como decir que, habiendo sido su vida digno holocausto y condigna satisfacción del pecado, él vivirá eternamente, y en esa su vida resucitada y triunfante verá una generación nueva y un pueblo de adquisición, que es la Iglesia, perdurar eternamente y ser en la tierra la administradora y dispensadora de la munificencia y voluntad de Dios.

Pro eo quod laboravit anima eius, porque trabajó su espíritu con afanes, solicitud y persecuciones; *videvit et saturabitur,* se saciará de consuelos; *ideo dispertiam ei plurimos et fortium dividet spolia;* esto es, será como vencedor que recibe cautivos, que reparte despojos, porque sentado a la diestra del Padre irán sometiéndosele todos sus enemigos, los hombres, los demonios, el pecado, el mundo, el infierno, hasta que la postrera de todos se le someta la muerte [1].

15. Nada, pues, más grande que el simbolismo de

[1] I Cor., XV, 26.



ese Jesús del Gran Poder. Esos dos caracteres de profunda debilidad humana y de sublime fortaleza divina son los que hemos visto en la profecía de Isaías, profecía a que por su exactitud llaman los Santos Padres evangélica.

16. Mas no es sólo una profecía aislada la que nos predica esos dos caracteres en el Señor; es todo el Antiguo Testamento, es toda la historia de las figuras, toda la historia del Pueblo de Dios; y son esos caracteres tan esenciales en Nuestro Señor, que no reconocidos por un pueblo, lo hicieron reo de perpetua maldición. Es muy arduo, señores, reconocer la grandeza del Poder divino en la flaqueza del poder humano, y esperar, contra toda esperanza, que allí donde acaba y se extingue toda fuerza humana es donde raya y se alza la fuerza divina. Es arduo, es difícil, pero ese es el carácter esencial del Mesías prefigurado y anunciado.

17. Desde Abraham a Jesucristo toda la historia del Pueblo de Dios es un continuo oscilar entre estas dos ideas: la debilidad humana y el Poder divino. Abraham es imagen de Jesucristo, y por eso ve cumplida la promesa de su descendencia cuando ya la esterilidad de Sara era humanamente irremediable.

Isaac, nuevo tipo del Salvador, es designado para el sacrificio, se pone sobre el ara, se blande sobre su cuello el paterno cuchillo; y en aquel momento el Poder divino lo liberta para ser tronco de la bendición y generación prometida.

Jacob, otro patriarca y sombra del Salvador, es débil, imberbe, impotente ante el velloso y guerrero Esaú. Con una tropa de mujeres y niños sale al encuentro de la tropa de guerreros, de los montañeses de Edon y el Poder divino rinde al poder humano ante la flaqueza de niños y mujeres que sólo sabían llorar y asustarse.

José, maravilloso precursor del Salvador del mundo, fué constituído Salvador de Egipto precisamente cuando vendido, calumniado, esclavizado, encarcelado, humillado en hierros y grillos, era tipo y confesión de la impotencia humana.

Moisés, que iba a ser el Jesús de su pueblo, naufraga al nacer y más tarde se opone al poder de los Faraones sin más poder que el de su vara, donde residía y asistía el Poder de Dios: criado en el palacio real, prefiere el improperio de Cristo a las delicias regias, y ese Poder divino le hace dios de Faraón, le somete los elementos y abre paso a él y a su pueblo como por el desierto, por el lecho del mar Rojo.

Sansón, nazareo, que con su vocación de libertador de Israel y piedra de escándalo de los filisteos significaba al libertador del mundo y piedra de escándalo de todos los enemigos de Dios, llega a conseguir la ruina de todos sus enemigos después que éstos blasonaban de haberle atado, encadenado, privado de la vista y reducido a misérrima condición.

Gedeón, otro capitán y otra figura de nuestro Redentor, salva a su pueblo de las tiranías de veinte años, derrota a Oreb y Zeb, generales Madianitas, que acaudillaban una muchedumbre innumerable como las langostas y fortísima con todos los carros, camellos y pertrechos de guerra en Oriente, y los derrota con trescientos hombres al ruido de unos cántaros que rompe contra el suelo y al lucir de unas antorchas alzadas en las manos de sus soldados.

David, la más brillante imagen de nuestro Rey y Señor Jesucristo, siempre le significa, y por eso toda su vida es un tegido de victorias divinas en la impotencia humana: en el valle de Terebinto Goliat sale contra él *cum gladio et hasta et clypeo*, con todas las formidables armas de

un gigante, y queda rendido ante el zagal que le ocurría *in nomine Domini*, en el nombre y con el poder de Dios. Más tarde es designado para rey de Israel, y Saúl le destierra, le persigue, le designa para morir, y desamparado de todos, entona las magnificencias del Poder de Dios; la prosperidad y el poder humano le ciega y Absalón se le rebela, los cercanos se apartan de él como de leproso, le burla Semeí, le insultan todos, y entonces es cuando más aparece la imagen del Salvador en la impotencia humana, que al fin es constituída *in caput gentium* por el Gran Poder del Señor.

El mismo carácter, las mismas notas de la debilidad humana oprimida por el poder humano y vencedora de él gracias al Poder divino, se distingue en la persona de Elías Tesbite, el hombre del desierto, el solo en Israel, contra trescientos sacerdotes de Baal, el perseguido de Acaz y Jezabel, la imagen viva de aquel Señor, testigo inconcuso de la verdad. Y Eliseo después, e Isaías y Jeremías y Ezequiel y Zacarías y todos los profetas, que débiles en el mundo fueron poderosos en el nombre del Señor, significaron en su debilidad fortísima la del Cordero de Dios que es al propio tiempo León de Judá.

18. Ni fueron solamente estas figuras aisladas y muchas otras más las que presagiando al Mesías, hacían la predicación de estos sus dos caracteres esenciales, o mejor, de este su carácter doble, mixto y compuesto de ambas notas como el rayo de sol es la síntesis y combinación de los colores del iris.

El pueblo entero de Abraham, de Isaac y de Jacob, así como fue durante más de dos mil años figura y profecía viva del Salvador, que había de venir; así también lo significó en sus derrotas humanas y en sus victorias divinas. Ya en Egipto durante cuatrocientos y más años bajo leyes de excepción y en opresión inaudita, se multi-

plica divinamente, y por fin entona el *Cantemus Domino* después que vió a sus enemigos hundidos como plomo en el mar.

En el desierto inquietado por naciones bárbaras, abatido y castigado por sus propios pecados, experimentaron la debilidad humana, pero clamaron al Señor en su aflicción y vieron su brazo extendido y su poder maravilloso.

Más tarde experimentó las calamidades del cautiverio babilónico y vió el poder de Dios que lo libertaba cuando todo poder humano había fracasado.

Finalmente, las reliquias y restos fieles de ese pueblo, el pueblo de los Macabeos, luchó por salvar incólume el depósito de la fe heredada, fue traicionado, vendido, oprimido por el número y la fuerza, destrozado en los circos y en las hogueras; y vencido por la fuerza humana cantó y glorificó el Poder divino preparando inmediatamente la venida del verdadero Macabeo y Libertador.

19. Tanta nube de testigos se necesitaba por lo difícil que era comprender esa aparente paradoja, y porque de comprenderla o no, dependía el destino final de aquel mísero pueblo.

Por eso las figuras materiales del Salvador, como la zarza milagrosa de Oreb, el cordero pascual sacrificado, la serpiente levantada en el desierto, asociaban las dos ideas. Por eso David, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Jonás y todos los Profetas no cesaban de inculcar ya la idea del Poder divino, ya la del dolor y debilidad humana, y en sus libros el Mesías es el Señor de los señores que pisa los cráneos de sus enemigos y el desamparado, crucificado, burlado y desnudado con oprobio, el que entona las misericordias de Dios, germen de David asentado en el trono eterno de su Padre y el baldonado por los cantares báquicos de un pueblo desocupado y cruel; el restaurador

de Sión y de sus ciudades con una descendencia eterna como el sol y como los cielos, y el celador del honor de Dios, perseguido por su celo y mofado por su justicia y penitencia. Ni es menos claro este doble carácter de Jesucristo en el Justo de Isaías, como hemos visto, en su divino Emmanuel, en la restauración que por Él había de venir.

Este doble carácter del reino mesiánico nos da la clave de todas las profecías y de su inteligencia. Porque cuando, alucinado el pueblo judío por las promesas del reino, de opulencia, de poderío, se fingía un Redentor y Libertador humano, uno a modo de Ciro o de Nabucodonosor; hacía Dios Nuestro Señor resonar en sus oídos profecías de humillación, de dolor, de trabajos, de impotencia humana: mas cuando la tribulación los agobiaba y la desesperanza nublaba el cielo y perdían las alas del corazón; repetían consuelos, evocaban esperanzas, entonaban cánticos al poder de Dios y presentaban á sus enemigos como el tamo de las eras al soplo del huracán.

Mas volvían a engreirse con las victorias humanas, y o se las prometían, o a costa del beneplácito divino las buscaban, o se querían temerosos unir a los idólatras para impedir la ruina temporal; y entonces era cuando los Profetas restallaban sobre ellos sus lúgubres profecías, auguraban el llanto de Egipto y de Siria, lloraban sobre la orfandad de Tiro y Sidón, les hacían comprender que ni el Templo de Salomón les libraría del Asirio, deshacían las visiones vanas de los seudoprofetas y les empujaban a que aceptaran el cautiverio con humildad como condición precisa para ver la grandeza de Dios. Y fluctuando siempre entre el amor del poder humano y el temor del Poder divino, sin querer comprender el misterio de la restauración y reino mesiánico, llegaron al momento culminante y decisivo de su historia, en que se carearon con su Dios, pero con su Dios hecho Hombre.

20. «En medio de vosotros está a quien no conocéis.» «No conocéis a mi Padre, porque no me conocéis a mí», les decía con frecuencia Nuestro Señor Jesucristo, indicando con estas y otras expresiones que habían tropezado en la humildad y debilidad del hombre, y no sabían unir en ella y ver en ella la majestad y la fortaleza de Dios.

De aquí aquel continuo fluctuar entre la fe y la incredulidad, aquel pedirle señales, aquella inquietud cifrada en aquellas palabras: *Quousque animam nostram tollis?* [1] ¿hasta cuándo nos suspendes con dudas? Los milagros confirmaban la predicación, la predicación era una continua afirmación de su ser divino: luego los milagros, el Padre testificaba el Ser divino. Pero aquel a quien los milagros atestiguaban divino, comía, padecía, era pobre, se acompañaba de pobres, andaba y conversaba y se producía en todo como débil, como hombre, como siervo, *formam servi accipiens* [2]. De estas dos afirmaciones surgía la duda, el interés humano comprometido, la vacilación, el desconocimiento: *dilexerunt homines tenebras* [3], amaron los hombres las tinieblas.

21. Llegó por fin aquel momento crítico en la historia del mundo en que se iba a quitar para siempre la incertidumbre, porque se iba ya a determinar si aquel pueblo le iba ó no a querer por rey.

Era el día de la preparación ó parasceve de la Pascua y las doce del día cuando se reunió en la plaza de Jerusalén todo el pueblo de Israel presidido por sus cabezas y superiores naturales, los sacerdotes y pontífices, que entonces ejercían la autoridad de que el pueblo podía disponer.

[1] Joan., X, 24.
[2] Philip., II, 7.
[3] Joan., III, 19.

Asistían como testigos de aquel solemnísimo acto una muchedumbre increíble de extranjeros, partos, medos, árabes, elamitas, griegos, asianos, africanos, isleños del Mediterráneo, y sobre todo, romanos. En la cumbre del cielo rodeado de los ángeles y de las almas de aquellos Patriarcas y Profetas que habían anunciado este día, estaba el Eterno Padre sosteniendo en su mano la balanza de los destinos de Judá.

La competencia era bien clara: el pueblo de Dios tenía que optar entre el Mesías y el César, entre el Dios de sus Profetas o el Augusto de Roma, y allí se le presentaban ambos en parangón. Roma y el César estaban representadas por su Presidente rodeado de lictores y defendido por el ejército de ocupación: Roma y el César significaban la fuerza, el Poder humano.

El Mesías, en cambio se le presentaba en lo sumo de la debilidad y de la abyección humana: desnudo de pies a cabeza, sólo cubierto por los ríos de sangre que unos azotes degradantes le han sacado y por un trapo de púrpura en que por escarnio le han liado; coronado de espinas, con una caña por cetro, y lo que es más, desamparado de sus amigos, atropellado en tribunales hacía ya dos días, escupido y denostado por siervos y soldadesca, callado y sin defensa ante los insultos y acusaciones, débil e indefenso ante tanta iniquidad.

Ecce Rex vester, exclama Pilatos, condensando en esta palabra la voz de veinte siglos. *Ecce Rex vester*, repitieron desde sus libros los Profetas de Israel.

Un momento de indecisión y de ansiedad.

Si Israel oye a su Dios y se pone de su lado, él será para siempre su pueblo escogido...

No podemos dudar de lo que hizo. Ante el cielo y la tierra prefirió el Poder humano al Poder divino, prefirió servir a Roma a servir con Jesucristo, y apostató de su

Dios y pidió su sangre y se entregó al castigo de Roma. Jerusalén desde ahora dejó de ser para siempre.

Queda probado suficientemente que el símbolo de debilidad y poder representado en esa efigie, es la idea cabal que de Jesucristo nos da el Antiguo Testamento y fué idea tan esencial, que determinó la ruina del pueblo escogido.

22. La realización de esas profecías y sombras nos da la completa y cabal figura de Jesucristo Nuestro Señor, como veremos más adelante. Ellas también nos descubren la vida que ha de tener la Iglesia católica en la sucesión de los siglos y nos anuncian que el aceptar o no aceptar ese misterioso conjunto de debilidad y poder, será carácter y distintivo de los que sean hijos de Dios y queden en la Iglesia, y de los que sean hijos de Belial y sean arrojados de su seno.

Por no exceder aquí los límites de una introducción, apuntaré solamente lo más culminante.

23. El pueblo de Israel en toda su historia fué imagen de la Iglesia católica, pueblo de adquisición de Dios, y la significó en sus calamidades y en sus victorias, en sus grandezas y en sus pecados. No hubo entre los dos pueblos más diferencia que la que se origina de ser aquel pueblo de prueba, de quien estaba escrito que después de negarle no había más de ser pueblo de Dios; *et non erit eius populus qui eum negaturus est* [1]; y estar de este nuevo pueblo prometido que las acometidas y los poderes del infierno no habían de prevalecer sobre él; *et portae inferi non praevalebunt* [2]. Por lo demás hay completa semejanza entre los dos.

Aquél, débil en un principio y de poco número, lleva-

[1] Dan., IX, 26.
[2] Matth., XVI, 18.



ba la promesa del Señor, que le hizo pasar de gente en gente y lo conservó contra todos los que le querían oprimir: éste, *pusillus grex*, pequeña grey también, fué extendiéndose por el poder de Dios hasta los remotos confines de toda la tierra con la predicación de los que lo plantaron y fecundaron con su sangre.

Aquél, salido apenas del pequeño número de sus Patriarcas, cayó en la cautividad egipcíaca, donde bajo la opresión de cuatro siglos creció por la virtud del Señor y de donde salió para llenar la tierra prometida: éste, apenas salido de las asechanzas de su hermano el judaísmo, que imitaba a Esaú, cayó bajo los hierros y leyes tiránicas del Imperio romano, de cuya tiranía salió después de trescientos años para cantar el poder de Dios, extendiéndose por la tierra de promisión, que no era ya otra sino el orbe entero del mundo.

Aquél, constituído en pueblo, venció a los pueblos idumeos, filisteos, madianitas, sirios y demás que le disputaban su posesión legítima; y cada victoria, cada batalla fue un milagro del poder divino contra el poder humano; éste, constituído también en pueblo y reconocido como tal por el decreto constantiniano de Milán, que este año celebramos, fue extendiendo su acción contra germanos, godos, francos suevos, eslavos, normandos, bretones, alemanes, lombardos, y finalmente contra africanos, árabes, griegos y musulmanes que le disputaban su acción y su legítima posesión, y en todas partes fué exigiendo trofeos del Poder de Dios, triunfador del poder formidable de los hombres.

Aquél, conseguida ya la posesión de Canaám, fue constantemente tentado, y su historia es un tejido de prevaricaciones originadas siempre del amor y el encanto que el poder humano le producía, ya envidiándolo en los pueblos idólatras, ya temiéndolo con exceso, ya olvi-

dando el poder de Dios y entregándose a las aberraciones de la razón de estado, de las alianzas vedadas, de las tolerancias idolátricas o a los excesos de la tiranía sin freno: éste también se ha sentido en continua lucha y tentación, y ya son Arrio, Nestorio, Eutiques, Sergio, Pirro e infinitos más que, aliados con Constancio, Valente, Honorio, Teodosio II, Constante II, el Coprónimo y otra serie de emperadores bizantinos, los que han querido empujarle a la apostasía adorando la razón humana, la ignorancia humana y el poder humano; ya han sido los siervos del poder humano representado en los reyes arrianos o en los reyes convertidos, o en emperadores germánicos los que han querido humillar y despreciar a la Iglesia y al Poder de Dios, que al fin triunfó de los Trasamundos, Alaricos, Leovigildos, de los Robertos y Enriques de Inglaterra, de los Enriques y Federicos de Germania; ya son, finalmente, los que avergonzados de la debilidad del Poder de Dios lo ponen todo en la civilización humana, y ponen en perenne prueba a este pueblo del Señor a la Iglesia católica.

Aquél recibía, por su olvido y prevaricación, primero la calamidad y el castigo, después el arrepentimiento, y por último la liberación maravillosa por Moisés, Josué, Otoniel, Débora, Gedeón, Sansón, Samuel, Saúl, David, Ciro y Nehemías, y por otros varones suscitados y revestidos del Poder de Dios: éste también recibe la persecución y la humillación como castigo, se purifica y mejora con él y el Poder de Dios suscita hombres que se llaman Constantino, Teodosio, Santa Pulqueria, Marciano, San Atanasio, San Gregorio Magno, San Benito, Clodoveo, Pipino, Carlomagno, San Gregorio VII, San Francisco de Asís, Santo Domingo, Santa Catalina, Carlos V, San Pío V, San Ignacio, San Vicente de Paúl y otros infinitos libertadores de su pueblo, que luchando con las ar-

mas de la debilidad humana, consiguieron los triunfos de la virtud divina.

Aquel pueblo de Judá, por último, prevaricó totalmente una y otra, y muchas veces, y agotada la paciencia de Dios, cayó en las manos de su justicia y perdió primero la sucesión de sus reyes, después su completa autonomía, y por fin fué entregado al poder humano preferido por él, quien lo dispersó para siempre y ejecutó en él la sentencia del poder divino: éste nuevo pueblo de Abraham, la Iglesia católica, no puede por la misericordia de su Dios prevaricar totalmente, ni por lo mismo ser destruído y reprobado, pero pueden serlo cuantos individuos, cuantos pueblos, cuantas instituciones viven de su vida y viven adheridos a él. El no muere, ni morirá nunca, pero cuantos individuos le pertenecen, sean de una u otra categoría, si prefieren el poder humano al Poder divino, perecerán, como perecieron Cerinto y Ebión, y Plotino y Prisciliano y Arrio y Nestorio y Macedonio y Eutiques y Sergio y Pirro y Paulo y Pelagio y Donato y Lutero y Calvino y Ecolampadio y Enrique VIII y Wolsey y Gustavo-Vasa y Voltaire y Rousseau y Diderot, y tantísimos que por la sensualidad y el orgullo prefirieron la libertad de la carne a la libre esclavitud del espíritu.

Y esta muerte producida por la prevaricación con la que se prefiere y estima lo visible a lo invisible, lo temporal a lo eterno, la vida sensible a la vida espiritual, se puede extender a instituciones religiosas decaídas de su espíritu por el lujo, la sensualidad, el favoritismo y el espíritu mundano, de lo que fueron ejemplo triste los templarios y muchas ramas y abadías de San Benito, y aun reinos enteros y grandes imperios, como el de Africa, el imperio Oriental, los reinos septentrionales y otros en nuestros días.

Pero debido a esa vida inextinguible de la Iglesia, es

más fácil que en el antiguo pueblo la restauración, tanto para los individuos como para las instituciones y los pueblos. Obra maravillosa de este Poder divino, que siempre está renovando, purificando y santificando su Iglesia y haciendo que no puedan destruirla ni las prevaricaciones de sus ministros.

Grandes ejemplos hubo de esto en la luctuosa historia del gran cisma de Occidente, en que la Esposa de Jesucristo atravesó larga y triste pasión, durante la cual, no sólo lució y se manifestó la debilidad humana en el padecer, sino también la debilidad humana de grandes pecados. Dios se levantó, juzgó su causa, disipó sus enemigos y convirtió en redención del mundo los padecimientos de su Esposa.

Ella también hoy aparece con marcas de tribulación, en ella se ve sólo el desamparo humano del Calvario. Confiemos, porque así redimirá a esas naciones apóstatas que le han vuelto las espaldas: esa debilidad humana es la aurora del Poder divino.

II

24. Difícilmente se habrá conocido en la historia del mundo época alguna de mayor adoración a todo lo que es poder y fuerza humana que la presente.

Proclamáronse en 1793 los derechos del hombre, y se abrió una era que se puede llamar del hombre por el hombre, de la deificación del hombre.

25. Siempre el hombre ha sido soberbio y ha llegado, como escribió San Agustín, en el amor de sí hasta el desprecio de Dios; pero, después del paganismo, hoy más

que nunca convierte en doctrina, en afirmación razonada este amor insensato, este odio blasfemo.

Empieza por no atender, ni hablar sino de lo que llama fuerzas de la naturaleza, sacrílega perífrasis con que se quieren disfrazar los tesoros de energía que Dios Criador puso en el hombre y alrededor del hombre, en el cielo, en la tierra, en los abismos y en el aire y atmósfera que lo rodea. Perífrasis sacrílega, pero que expresa suficientemente que de lo que se quiere prescindir es del orden gratuíto, del orden sobrenatural, de Jesucristo, de su Iglesia.

Por eso los Constituyentes de Versalles y sus parodiadores los Constituyentes de Cádiz, dijeron que habían de probar al mundo que podría muy bien ser feliz sin el derecho canónico.

Eso es lo que ha tenido tantos nombres, ya ensalzando los siglos paganos y tomando de ellos nomenclatura, héroes, hazañas, leyes; ya deprimiendo calumniosamente los siglos cristianos o medioevales, sus héroes, sus usos, su organización, sus empresas; ya queriendo prescindir de la Iglesia católica; ya rompiendo y atropellando solemnes pactos con ella; ya abominando del llamado clericalismo; ya por otros mil modos, que todos se reducen a engañar á los indoctos y mal disfrazar la realidad, que no es otra sino el orgullo del hombre, que creyéndose dueño de lo visible y lo natural, odia lo invisible, lo sobrenatural: á Jesucristo.

26. Alrededor de este amor y de este odio gira todo el mundo moderno. Destierra del número y cuenta de las ciencias a la Teología, la Exégesis, la Filosofía escolástica, es decir, a las que no están basadas en la materia; y hasta quiere reducir la Psicología, la Filosofía y la Moral a fórmulas matemáticas y a conclusiones de sentido común.

27. Reviste de pomposos nombres, llama ciencias antonomásticamente a las ramas filosóficas del cálculo y de la materia, o mejor, a las aplicaciones matemáticas, físicas y químicas, a la industria, la arquitectura naval y terrestre, el arte de la guerra, la producción del suelo, la comodidad de la vida, las exquisiteces del gusto, a cuanto, en una palabra, no rebase la modesta línea del conocimiento experimental y al mismo tiempo produzca interés, comodidad o aumento materiales.

No contento con esto, en su orgullo se encoge de hombros delante de la especulación filosófica, de las afirmaciones teológicas, de las verdades reveladas, y se burla de los hombres de estudio, de los teólogos, de la Iglesia como de personas y cosas poco prácticas, poco positivas, poco modernas.

28. Establecido así el orden especulativo se deduce de él lógicamente el orden práctico.

Las leyes desconocen todo principio jurídico revelado o de la revelación deducido, y todas ellas se fundan en una moral de sentido común que se bastardea conforme se aparta de los principios más evidentes o se cruza con intereses o pasiones apremiantes.

El derecho no reconoce otra base y fundamento que la voluntad de la muchedumbre y de los más, que en la realidad se convierte en la canonización de la fuerza de los más, que no es sino la fuerza bruta. Porque como los más son en cada cosa los ignorantes, y los más son de hecho los esclavos de las pasiones, y los más son siempre en el mundo los peores, resulta necesariamente que se entrega el mundo a la fuerza ciega de las muchedumbres empujada por la palabra de los sofistas, de los corruptores, de los demagogos que dispongan de ella hablando a sus pasiones.

Toda idea de justo, de noble, de bueno desaparece y



se llaman a sí los quereres ciegos de los más. El secreto del éxito consiste en disfrazar con nombres más o menos halagüeños todos los errores y todos los males.

Todo esto es, como veis, la adoración del poder humano del número. De aquí que para tener razón se cree indispensable ir acompañado de mayoría. La minoría, el hombre solo, nunca tiene razón.

29. Descendamos aún más en el orden práctico. Se aplica a la materia toda la actividad necesaria. Se estruja la corteza de la tierra para que rinda tributo y costee nuestros gastos, se la penetra y se la horada para arrancarle ríos de abundancia en el oro, la plata, el plomo, el hierro, el carbón y cuantos minerales contiene y que necesitamos vengan a la luz del día a dar alimento a la industria, al caudal. Se cabilan y piensan infinitas aplicaciones del vapor, de la luz, de la electricidad para convertir los ríos y los torrentes, las minas y los filones, el aire mismo y toda la creación, en dinero.

30. El dinero no sólo se tiene por una fuerza, cosa vulgar y evidente, sino que teóricamente se asegura que es la única fuerza, que es la felicidad de hombres y de pueblos, y que para levantar una nación no hace falta sino dinero, dinero y dinero.

De aquí brota naturalmente el pugilato febril de los individuos, de las clases, de las ciudades, de las naciones por tener y gastar más dinero, que es el único dios en quien se cree. De aquí el lujo de los individuos en trenes de casa, servidumbres, vestidos y trajes, exhibiciones fastuosas, coches, autos y aparatos de todas clases. De aquí en las ciudades el lujo de los edificios, paseos, fachadas, construcciones soberbias y empresas con que se pretende ganar y gastar dinero. De aquí, finalmente, los modernos Estados, llenando los mares de trasatlánticos colosales, de sumergibles, torpederos, acorazados formi-

dables; erizando la tierra de cañones, ejércitos y bayonetas, y aun queriendo dominar el aire con dirigibles, aeroplanos y otras máquinas de soberbia y poderío.

31. Este culto de la fuerza y del hombre por el hombre trae consigo una admiración fanática por todo esto, y nadie alaba otra cosa, nadie quiere otra cosa, nadie ni aun sueña en otra cosa.

Este amor del poder humano se le enseña e infiltra al niño en los primeros años; es el supremo ideal del joven en las praderas de la vida, se trueca en filosofía de cálculo en la batalla viril que luego le espera y se lleva como frío bagaje de desengaños en el desierto de egoísta ancianidad.

Los pobres, al calor de esta única admiración, fomentan odios de clase y proyectos de codicia y ambición; los ricos, espoleados por esta fiebre, desprecian a los menores y se perecen por emular a los mayores, y los potentados se creen semidioses y todavía envidian lo que desean poseer.

Las empresas no se miden ya por la virtud, por la nobleza, por la honra, nobles ideas medioevales; no se miden, ni se emprenden sino por la ganancia, y hasta se llega con este criterio mercader a mofar de las Cruzadas, de la Reconquista, de la colonización americana, porque no se tradujo aquello en dinero contante y sonante.

La fórmula de nuestra sociedad es la Bolsa, el cañón, la muchedumbre y siempre la fuerza bruta.

¡Pobre sociedad contemporánea! ¡Desgraciado mundo, opuesto de todo en todo a lo que representa Jesús del Gran Poder! Odia el mundo esa soledad en que va la Verdad Suma triunfando por su soledad de la muchedumbre enloquecida; odia esa debilidad y carencia de fuerza material con que Jesús del Gran Poder vence todas las fuerzas de las armas y de la riqueza humanas;

odia ese silencio y esa sabiduría de Dios reputada como locura, con la cual Jesús Crucificado vence y anula la sabiduría y la prudencia humana; odia el mundo, en una palabra, la pobreza de Dios, que vence a la riqueza del mundo; la verdad de Dios que vence a la garrulería del mundo; la debilidad de Dios que vence a las armas del mundo; la sabiduría de Dios que vence a la prudencia y astucia del mundo; al Poder de Dios que destruye el poder del mundo.

33. Tanto odio de nuestra sociedad a todo lo que representa Jesús del Gran Poder, no sólo se mantiene en aquel círculo heterodoxo, cismático, que es abiertamente hostil a Jesucristo, sino que quiere penetrar en la misma Iglesia de Dios y envenenar el ambiento que respiran los católicos y pretende pervertir hasta la defensa misma de los intereses del Señor.

De aquí proceden las máximas de esos católicos que se llamaron liberales católicos, americanistas, neoprotestantes, neocatólicos, innovadores, sabaterianos, socialistas católicos, evolucionistas y que Su Santidad Pío X reprobó con el genérico de modernistas, y que para evitar, como ellos decían, la ruina de la Iglesia, querían reconciliarla con los procedimientos modernos, querían «salvarla de la inminente catástrofe».

«La Iglesia católica agoniza, escribía en *Demain* el modernista Pierre Jay, pero sucumbe menos por los ataques exteriores que por la intransigencia interior.»

«Si la Iglesia católica anatematizara a la nueva Francia, escribe Sabatier, ésta con un gesto lleno de grandeza renunciará el puesto que ha ocupado hasta ahora y no tardará en llegar el día en que el mapa de la Francia católica será el de la Francia iliterata, y los cantones sin caminos y sin escuelas los últimos refugios de la Iglesia;

y como ya pagano, que es aldeano, significó el hijo de una religión que se iba, así volverán a ser aldeano y católico palabras sinónimas» [1].

Baudillart, otro modernista, lamenta que la Iglesia persista en su dogma y en su fe contra el torrente del siglo empírico y materialista, y añade que tendrá que quedarse sola y morirá la Iglesia, porque «colocados entre la fe y aquello que firmemente acreditamos ser ciencia, todos sabios y semicultos nos inclinaremos a la ciencia» [2].

De esta misma fuente nace el lamentarse de la intransigencia de Pío X, el atribuirla a una camarilla inquieta y comprometedora, el reprobar que en todas las Encíclicas de Pío X y singularmente en la Encíclica *Pascendi* «la preocupación, dominante, única, sea mantener a la Iglesia como en la Edad Media», y hasta se lleguen a escribir frases injuriosas como esta de Sabatier: «Aquello que la inteligencia de Pío X no comprendía, lo adivinaba de seguro su corazón y podría haberle impedido hablar en los albores del siglo xx como hablaron Gregorio VII y Bonifacio VIII» [3].

Impregnado por completo de este espíritu del siglo, de este amor y temor del poder humano, estaba aquella asociación de Marcos Sagnier denominada *Le Sillon* (El Surco) y que ha sido condenada felizmente por Su Santidad.

En primer lugar, se consagraban sólo a promover los intereses materiales de los obreros y prescindían por completo de toda religión y de Jesucristo Nuestro Señor. Con pretexto de crear una sociedad nueva que tuviera mucho número, no quería predicar los bienes del cielo sino los de la tierra, no se decantaba por ninguna reli-

[1] *A propos de la Séparation,* p. XXXIV.

[2] *Le Rénouvellement intellectuel du clergé de France,* pág. 5.

[3] *A propos de la Séparation,* p. LI.



gión, aunque prefiriendo en su alma a la católica; no quería defender a la Iglesia de la persecución que le hacía la República francesa, pretextando no querer meterse en política para tener más atractivo en el orden social.

34. Pues todos estos pretextos ¿qué son, en suma? Amor y temor del poder humano.

Olvidados los principios de la fe se busca desapoderadamente la ciencia naturalista, la felicidad naturalista, el influjo naturalista y la vida mundana y naturalista. No se tiene a la Iglesia sino por una sociedad humana que sostiene sus doctrinas por amor propio, que vive por el dinero, el influjo y la protección política y que necesita conservar todo esto mediante transacciones. En el momento actual se la ve sin poder político, sin poder militar, sin la fuerza del sufragio universal, en oposición con la ciencía de los sentidos y de la materia, en oposición con la vida de lujo y de placer, en oposición con los Estados, que en su orgullo autolátrico quieren ser los únicos dioses de la tierra; en una palabra se ve a la Iglesia católica sin el poder humano y frente a todo poder humano, y el amor y el temor a este poder humano ciegan a los católicos, que no ven la verdad, que no ven que mientras la Iglesia se conserva en la verdad, en el bien, con Jesucristo, se conservará siempre con el Poder de Dios, y si está con nosotros ese Poder ¿a qué otro temeremos?

35. Si consideramos atentos la realidad, veremos que la tentación constante del corazón católico en nuestros días es esa. Gritan y claman racionalistas, protestantes y naturalistas, que no hay más dios que el oro y la fuerza y que ellos lo poseen; se asustan los católicos liberales y pretenden para sus creencias religiosas un puesto secundario a fin de alternar con los demás en la conquista del oro, de la fuerza y del mundo; la Iglesia católica aparece despojada de lo temporal y amenazada de perderlo todo,

y en esta pelea continua los pechos católicos vacilan y se empiezan a oir voces de capitulación, de cesiones, de componendas, de tristeza y de desaliento. ¡Ah! Todo eso estaría muy bien si con nosotros no paleara el Gran Poder de Dios.

36. Y no es raro encontrar católicos luchando contra católicos a favor de la obscura noche de la persecución, precisamente ciegos por el mismo afecto de desaliento, aunque de distinto modo entendido. Los unos, ponderando las fuerzas del enemigo, creen necesario cejar, ceder, callar; los otros, viendo las mismas fuerzas, piensan llegada la hora, como Pedro en Getsemaní, del cuchillo y de la fuerza humana, y en medio de la noche y del poder de las tinieblas, apóstoles tímidos luchan contra apóstoles tímidos también, pero fuertes a lo humano. Interviene Jesús, y momentos hay en que manda vuelvan los aceros a las vainas y entonces el desaliento se apodera de todos los corazones. ¿Por qué? Porque los enemigos cuentan con periódicos, con empresas, con dinero, con número, y los católicos aún parece que perdemos lo que teníamos.

Cuando no hay culpa nuestra ¿por qué no hemos de decir que con nosotros vencerá el Poder de Jesús? ¿Por qué no hemos de repetir que ese es el cáliz que nuestro Padre nos da? ¿Por qué no hemos de oir al mismo Señor que nos dice que Él tiene en suspenso las legiones de sus ángeles para que no le defiendan? ¿Por qué no hemos de repetir que Él es el Poder de Dios? Este Poder nos debe animar para no cejar ni ceder; Él también nos debe esforzar cuando sin culpa perdemos algunas armas.

III

37. Por lo cual, en este momento solemne de la historia católica y del combate de Dios, esa imagen y las ideas que ella inculca, tienen extraordinaria oportunidad, como la tenían en la sociedad romana aquellas otras del Apostol San Pablo: *Praedicamus Christum Crucifixum Dei virtutem,* predicamos a Cristo crucificado, Poder de Dios. O aquella otra del Profeta Isaías, correspondiente y contrapuesta a la de San Pablo: Clama, le dijo el Señor, y el Profeta: *Quid clamabo?* ¿Qué predicaré? Predica, le repuso Dios, que no admiren la fuerza de Egipto, ni el poder de Asiria, ni la ciencia de Grecia, ni la hermosura y robustez de Idumea, porque *omnis caro foenum* [1], porque todo hombre es heno, y su gloria y su hermosura y su ciencia, es flor de heno, que se seca y se muere y se cae. Predícales que *verbum Domini manet in aeternum,* [2] que el Poder de Dios es el que dura eternamente.

38. ¡Ojalá fueran mis labios puros como los del Profeta! ¡Ojalá fuera mi predicación ardiente como la de San Pablo! Pero aunque yo sea muy pecador y mi corazón muy tibio, todavía he de clamar a los católicos que me escuchan, que no es fuerte la fuerza de los poderosos, que no es rica la riqueza del oro, que no es sabia la sabiduría de los sentidos, que no es formidable el estruendo de la guerra, que no es impetuosa la corriente de la opinión pública, y que todo es *foenum,* heno, hierbas, nada. Que la fuerza nuestra estriba en tener contento a Dios,

---

[1] Isaías, XL, 6.
[2] Ib., 8.

en predicar la verdad de Dios, en pelear con el Poder de Dios.

Si se grabaran estas verdades en nuestra alma, ¡cómo se reanimarían muchos ánimos marchitos!

39. Temblando de pavor al ver rodeada toda la ciudad de Dotam por las armas y los caballos del rey de Siria, corrió Giezi gritando a su señor el Profeta Eliseo: «Señor, ¿qué haremos, que estamos perdidos?» El Profeta le respondió: «Muchos más están de nuestra parte, pues está el Señor» [1].

Pues, oyentes míos, es verdad que hoy la revolución nos rodea y nos guerrea por todas partes; dispone contra nosotros del oro y del dinero, de la banca judía, de las sociedades bíblicas, de los presupuestos públicos; arma contra la Iglesia los gobiernos de todo el mundo, masones aquí, luteranos allá, cismáticos en otras partes, indiferentistas en otras y librecultistas o tolerantistas aun en las que todavía no han apostatado; emplea contra la verdad, la Iglesia y sus ministros las armas de la seducción por la enseñanza, por las artes, por la literatura y por las mismas necesidades de la vida; abre franca entrada a los honores y cargos públicos, a la apostasía, que enmascara con nombres lindos de ductilidad, prudencia, bondad y facilidad, mientras la cierra a los generosos católicos, a quienes calumnia y presenta como neos, exagerados, ultracatólicos, intransigentes, y de mil modos denigra y envilece; se gloría de poseer todo el poder de los ejércitos, todo el poder del oro, todo el poderde la diplomacia humana, todo el poder de las muchedumbres y, con ellas, cuando quiera, todo el poder del pillaje, del incendio, del despojo y de la persecución; con lo que amenaza á la Iglesia y al romano Pontífice, a quien ve aislado

[1] IV Reg., VI, 16



y privado de todos esos grandes poderes humanos. Es verdad, podremos decir con Eliseo, tienen todo eso, pero *plures nobiscum sunt.*

40. Tienen oro, que es el efímero poder del mundo, pero tenemos la verdad, que es el inmutable Poder de Dios; tienen la gobernación y las leyes, que son obra de sus manos, y ese es el fragil poder del hombre; pero nosotros tenemos y sostenemos la ley de Cristo y el cetro férreo de su reino, que es el omnipotente Poder de Dios; tienen honores que regalar, destinos que ofrecer: esa es la flor del heno, la gala de la hierba; pero a nosotros se nos reserva la honra de Dios y su confesión ante el cielo y el mundo, y esa es la gloria que permanece eternalmente; tienen ellos ejércitos de cañones, ejércitos de periódicos y de folletos, tienen la opinión de esas masas que gritan roncas *crucifige,* y esa es fuerza, es poder humano; pero *plures nobiscum sunt*, tenemos más en nuestra defensa porque tenemos a Jesucristo, a sus ángeles, a su Gran Poder.

De manera que al pasear nosotros nuestra vista sobre esos ejércitos y sobre esos adversarios, veámoslos como la roca ve al oleaje que viene a romperse contra ella; veámoslos como ovejas destinadas a la muerte, veámoslos como el tamo, como el polvo que se eleva y que está destinado a ser aventado y dispersado por el huracán, que es el Gran Poder de Dios.

41. No creo que ninguno de vosotros esté tan lejos de la realidad en España que repute ajeno e innecesario este argumento tan íntimamente ligado con esa imagen y con las necesidades de nuestros días; mas acaso, acaso haya alguno, cuyos oídos exigieran del predicador de este solemne Novenario materias más sentimentales, más dulces, más agradables.

Antigua objeción por cierto. El mundo cree que el ora-

dor sagrado es un número más del programa de festejos, como de ello se lamentaba el Profeta Ezequiel, cuando se dolía de que la predicación tomaban como una sonata musical: *est eis quasi carmen musicum* [1]. De ello nos avisa también el Apóstol señalando auditorios que buscan el halago de los oídos [2]. En cambio yo os suplico que compadezcáis al predicador por el grave riesgo en que la predicación le pone.

42. Porque a él incumbe como deber sagrado no ceder ante esa presión moral, muy fuerte a veces. Contra ella previene el Señor al propio Ezequiel y a los demás Profetas y aliga su vida o su muerte a ceder o no ceder ante aquellos deseos.

Por lo cual los Santos Padres, comentando esas palabras del Señor, escriben: «El predicador que calla lo que su oyente necesita *reus est mortis*, es reo de muerte» *Heu,* añade, *merae subtilitates quae in concione merae homicidia sunt* [3]. ¡Ay!, concluye el mismo autor, las sutilezas en los sermones no son simples sutilezas, sino simples homicidios.

43. Ni creáis que son únicamente sutilezas aquellos argumentos filosóficos y profanos que roban un tiempo precioso a la edificación y a la instrucción católica; sonlo también aquellas materias que no descubren o que encubren a los oyentes sus pecados y los caminos de su perdición. Hermosas eran las palabras de los seudoprofetas de Judá, en los tiempos de Jeremías, con que ensalzaban la magnificencia del templo y fomentaban una falaz esperanza, y eran sutilezas, porque el Señor deseaba, como siempre, que el Profeta anunciara y reprendiera los pecados de Jacob y las maldades de Israel. «*Ad hoc,* escri-

[1] Ezech., XXXIII, 32.
[2] II ad Tim., IV, 3.
[3] Teophilactus, In Acta, XX, 27; (P. G. CXXV).

be San Agustín (In Ps. 17, 55), *ad hoc constituti sunt in Ecclesia praedicatores ut objurgando peccata, nemini parcant»*: el oficio de los predicadores en la Iglesia es no perdonar a nadie en la reprensión de los pecados.

44. Eso reclama la misión divina del orador, eso la honra divina, eso el peligro de los oyentes. Porque bien puede considerarse el mundo como continuo campo de guerra, donde peligra la inocencia, perecen las almas, se calcula la ley de Dios y se despedaza la honra de Jesucristo, y bien pueden considerarse los momentos actuales como un momento crítico de ese combate en que cargan sobre el católico todos los enemigos con todo el fragor de las armas y en que todo le arrastra a la desesperanza, a la defección y a la fuga.

45. ¿Qué hacer en estos momentos? Si Demóstenes, el orador griego, reprendía a su retórico competidor porque al tratarse del bien de Grecia se entretenía en ensayar el gesto y aflautar la voz; si Séneca se mofa de las filigranas del lenguaje y las exquisiteces de estilo en la defensa de los desgraciados y exclama: *Non est iocandi locus, ad miseros advocatus es*. Basta de juegos, eres abogado de un infeliz... ¿qué dirá Dios Nuestro Señor al ministro de su palabra que en la desdicha de las almas, en el peligro de la fe y de la Iglesia se entretiene en afectos muelles, en amplificaciones oratorias, o callando del enemigo que invade el campo, se entretiene en clamar contra el que todavía no se aproxima? ¿Qué dirá al predicador que para huir disgustos comunes y ordinarios pinta con horror los excesos del anarquismo o del ateísmo delante de un auditorio de creyentes y piadosos, y omite hablar de los pecados en que éstos caen, como son, el afán de comodidades, el deseo de disimular lo malo, los respetos humanos, la facilidad de cooperar al mal por pretextos fútiles, la cobardía en la confesión de Jesucristo?

¿Qué me dirá a mí, a mí más pecador que nadie, si tengo que decirle que en los momentos de lucha y prueba de su Iglesia, mi voz sirvió para enfriar entusiasmos, para disculpar deserciones, para solapar apostasías; que hablé con tales generalidades envolviendo en ellas los deberes de mi auditorio, que le dejé a él sobre el trabajo de oirme, el trabajo también de sacar las consecuencias? *Qui non annuntiat, reus est sanguinis!* ¡Oh, nunca lo permita el Señor!

46. Pero si en otros auditorios pueden hallar acogida esos sofismas hijos del respeto humano que dejo refutados, nunca la hallarán entre vosotros si consideráis la íntima conexión de la materia indicada con el espíritu de la ciudad de Sevilla y de su acción católica en la Iglesia.

Sin ahondar en este punto voy a declararlo sumariamente.

Sevilla tiene a esta imagen de Jesús del Gran Poder cordialísima devoción, lo reputa y llama su Padre, Nuestro Padre Jesús, la predica e inculca en todos sus hijos, y la comunica de generación a generación. Estos fenómenos de piedad pública y popular no sólo tienen por causa los beneficios recibidos, sino también la conveniencia de la advocación, entendida fácilmente cuando indica una idea que se identifica con la historia de aquel pueblo.

Por eso los historiadores no atinan a señalar ningún hecho que originara esta advocación, y es, a mi parecer, que no hay otro hecho sino toda la historia de la religiosa Sevilla. Sevilla desde que nació cristiana es la obra del Gran Poder de Dios: pues, ¿qué tiene de raro o maravilloso que el perspicaz sentido cristiano de sus hijos y de sus artistas atinara con una advocación que todo este pueblo había largos siglos vivido, que informaba su historia religiosa y civil?

No es la patria el conjunto material de campos, ríos,

cielos, montes y piedras que nos rodean al nacer. Todo eso podrá ser tan hermoso y pintoresco como lo es en Sevilla y en toda su espléndida y feraz comarca, y será frío y ajeno y mudo si no se anima con la unidad de ideas, de tradiciones, de sentimientos y verdades, de hechos alegres o desgraciados que convierten esos campos y esos cielos, esos ríos y esos montes, esos valles y esos prados, en nuestra casa solariega y paterna.

Ahora bien; mirando lo que en Sevilla forma esa cadena de ideas, tradiciones, personajes, batallas, victorias, glorias y tristezas, podemos decir que Sevilla ha realizado en su historia el espíritu de Jesús del Gran Poder.

47. La historia de Sevilla, de nuestra Sevilla, es historia eminentemente cristiana, porque ella es la que constituye un todo uno y perpetuo entre vicisitudes sin cuento. La Sevilla romana fue la preparación para que naciera la Sevilla que había de perdurar, y la cautividad musulmana, como el período napoleónico, fueron dos tempestades que pasaron por su brillante cielo.

Se abre, pues, la verdadera historia de esta ciudad con la lucha desigual entre la Cruz y el Paganismo y el triunfo de aquélla sobre éste se halla simbolizado por la debilidad humana de dos pobres alfareras sostenidas y bendecidas por el Poder de Dios. La flaqueza de Santa Justa y Rufina abre las páginas gloriosas del Cristianismo en Sevilla.

48. Nuevo período de la historia del mundo se abre con la invasión de los bárbaros de Germania, y en nuestra España con los esplendores de la monarquía visigoda. Pues sólo con lo apuntado recordaréis a San Hermenegildo, rey de Sevilla, símbolo de la debilidad humana vencedora por el Poder divino. *In Visigothorum gente*, escribe su contemporáneo San Gregorio Magno, ***unus mortuus est ut multi viverent*, *et dum unum granum fideliter ceci-***

dit ad obtinendam vitam animarum, *seges multa surrexit*. Murió en aquella nación uno para que viviesen muchos, y al morir en el surco un grano para obtener la vida de las almas, copiosa miés se levantó [1].

Destrozó más tarde la tempestad mahometana la viña de las iglesias de España y arruinó el reino y la ciudad de Sevilla, pues en ella se conservaron aquellos mártires ocultos, los cristianos muzárabes, símbolo de lo que puede el Poder de Dios en la flaqueza humana.

Abierta Sevilla por el gran Poder de Jesús al Rey Santo, recibió los beneficios con que este Poder divino la engrandecía y ella envió débiles instrumentos del Poder de Dios que lo pregonaran y ensalzaran en el Nuevo Mundo y en toda la tierra.

49. Entre el fragor de las armas, en la noche tenebrosa de los principios del siglo XIX, entre la invasión napoleónica y la invasión de ideas, Sevilla tuvo la gloria de alzarse en un gran polemista, en el mayor de su época, contra los jansenistas, volterianos, afrancesados y liberales de las Cortes Constituyentes. Símbolo de la debilidad humana era el P. M. Fr. Francisco Alvarado, *el Filósofo Rancio,* por estar sólo, enfermo, ser anciano y no tener más armas que su pluma; pero señal del Poder de Dios la victoria que sobre sus adversarios obtuvo.

Cuando, por último, aquel mismo liberalismo llegó a más desaforadas empresas, derribó el trono de Doña Isabel II, puso su mano en los templos y bienes del Señor y abrió las puertas de España al protestantismo, toda España vió alzarse como poder de Dios en Sevilla a don Francisco Mateos Gago.

50. Siendo, pues, esta la historia de Sevilla y lo que en ella es Jesús del Gran Poder, espero que vuestra be-

[1] III Dialog., c. XXXI; (P. L., LXXVII, 292-3).



nevolencia me acompañe mientras yo, confiado en el Poder divino, os expongo en este Novenario las ideas hoy brevísimamente apuntadas, a saber: La idea de Jesús del Gran Poder caracteriza la vida y doctrina de Nuestro Señor, la vida de su Iglesia, la vida cristiana de Sevilla.

Para levantar mi voz y pregonar esa idea me aterra mi debilidad, el poder del mundo que se sentirá herido, el torrente de la opinión y de la época; pero me estimula la necesidad de muchos católicos deslumbrados por la moderna civilización, como en otro tiempo la romana; me alienta el ejemplo de los Santos Padres, singularmente el de San Crisóstomo y San Agustín; me obliga la palabra de Dios y me conforta su poder que no permitirá flaquear a mi pusilanimidad.

Por eso os ruego encarecidamente a todos, a los que me habéis designado para predicar, y a los que deseáis oir las glorias del Gran Poder de Jesús, que puesto que veis mi necesidad, me infundáis ánimo acudiendo conmigo a Jesús del Gran Poder y a su Madre Nuestra Señora del mayor Traspaso, y pidiéndoles que ya que ellos dan palabras a los que evangelizan con fortaleza y virtud, me las den a mí al desplegar mis labios y en todos los discursos sucesivos, a fin de que confortados todos con estas ideas del Gran Poder divino, peleemos, soportemos y triunfemos en el tiempo y en la eternidad.

DISCURSO SEGUNDO

Jesucristo: su vida y su ministerio.

SUMARIO

Los errores sobre la Persona de Nuestro Señor, niegan la Divinidad o la Humanidad: *Perfectus Deus, perfectus homo.* Esta dualidad es o desconocida o negada por los modernistas.

I

Vida de Jesucristo.—Observación de San Crisóstomo.—Doble carácter en la Encarnación, Natividad, niñez y vida oculta.—En el Bautismo, en el desierto, en la predicación.—Poder milagroso de Jesús: sobre los elementos, las enfermedades, los espíritus, y sobre la muerte.—Palabras de Pío X.—Poder divino y debilidad humana en la Pasión.

II

Acción ministerial de Jesucristo.—Esfuerzo consagrado.—Tendencia tumultuosa de los modernistas: celo del Señor y cómo lo modera.—Explicación de aquellas palabras del Señor: Quien cree en mí hará las obras que yo he hecho y otras mayores.—Aplicación y explicación de San Agustín.—Acción apostólica del Señor en su infancia: en su edad viril.—Ejemplos diversos.—Segundo carácter del ministerio de Jesucristo: la glorificación procurada por Dios. Esta glorificación se verificó en toda su predicación; en su muerte, con el cumplimiento de las profecías; en la santificación de las almas, en la Ascensión y durante toda la vida del mundo.—Breve exposición del carácter de triunfo mesiánico que tiene el Apocalipsis.—Jesús, vencedor de la muerte.—Recapitulación de todo el discurso.



In similitudinem hominum factus... Propter quod et Deus exaltavit illum.

(*Ad Philip.*, II, 7, 9.)

REAL HERMANDAD
Y COFRADÍA:

1. Los errores sobre la persona de Nuestro Señor Jesucristo han oscilado siempre entre estos dos escollos de la razón humana: o negaban la divinidad, dejando al hombre puro, o negaban la humanidad dejando a Dios solo. La razón humana negaba soberbia el misterio que ignoraba. Así negaron la divinidad de Nuestro Señor en los primeros siglos, Cerinto, Ebion, Pablo de Samosata y Arrio, y en los siguientes Socino y los suyos, los protestantes en gran parte, y en nuestros días Renan, Strauss, y sus secuaces los modernistas más radicales. Todos estos de una o de otra manera dejan en Nuestro Señor Jesucristo solamente el hombre.

2. Otros hubo, como los llamados fantasiastas y docetas, los gnósticos, los marcionitas y maniqueos, Apolinar, Valentín y sus discípulos, los anabaptistas y los cuáqueros, que negaron la realidad del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo; y éstos dejaron sólo a Dios, a la Persona divina. La verdad dogmática afirma ambas cosas: *Perfectus Deus, perfectus homo,* Dios perfecto y hombre perfecto, con todas las grandezas de Dios, con todas las debilidades naturales y no pecaminosas del hombre.

3. Esta dualidad de naturalezas en unidad de Per-



sona forma el misterio adorable de Jesucristo Nuestro Salvador y en el orden especulativo se cifra en al unión hipostática, misterio que confesamos en el Dios-Hombre. Pero este misterio trasciende a toda su vida, a todos sus actos, a todo su ministerio y se produce en continua alternación de humildad y de grandeza, de flaqueza y de poder, desde que nace en un establo y cantado de ángeles, hasta que muere en cruz llorado de todo el universo.

4. Los modernistas, como todos los herejes, no se paran en contradicción más o menos y ya exaltan hasta la divinidad las grandezas del Señor, o ya deprimen hasta la abyección sus debilidades, según que les conviene explicar, la para ellos fábula de su deidad o quieren hacerlo ejemplar y dechado de raheces y demagogos.

5. Porque cuando hablan de la evolución dogmática se fijan únicamente en las dotes de Nuestro Señor, en su atractivo, en su poder maravilloso, en los beneficios que repartía, en el entusiasmo que despertaba, en los triunfos que alcanzaba; y entonces, hombre tan glorioso, justifica la apoteosis, el mito que lo hace Dios. Pero cuando hablan a la muchedumbre, pobre y trabajadora, preséntanle rodeado de la hez popular, pasándose su vida en sañuda guerra de clases, víctima de los acaudalados, odioso a ellos, odiándolos a ellos hasta llamar su paso por la tierra la orgía de la canalla y, en tal caso, no aparecen más que las cualidades del hombre desdichado. Blasfemias de una parte y blasfemias de otra.

6. La verdad de la vida, acciones, predicación y ministerio de nuestro divino Maestro está en la armonía de ambos extremos, en aquellas palabras de San Juan: *El Verbo se hizo carne y vivió entre nosotros y vimos su gloria;* está en las de San Pablo que he citado al empezar: *Semejante en todo a los hombres... por lo cual le ensalzó Dios;* está, como decíamos ayer, en el símbolo maravillo-

so de esa imagen, es decir, en las manifestaciones de la debilidad humana unidas a los esplendores del Poder divino.

La gracia del Señor y de su Santísima Madre nos descubra tales tesoros y nos enseñe a amarlos.

Ave María.

I

Jesucristo en su Vida.

7. Tratando de los misterios de la niñez del Salvador nota San Juan Crisóstomo la maravillosa liga de humildad y exaltación que hay en todos ellos. «Misericordiosamente junta Dios los sucesos tristes con los alegres y no permite que tengan los santos ni siempre tribulaciones ni siempre alegrías, sino que mezcla con admirable variedad y como que teje los sucesos prósperos con sus contrarios» [1]. Esto repara el Crisóstomo y lo confirma con los pasajes de la infancia de Nuestro Salvador; y esto es lo que nos cumple ahora extender a toda su vida mortal tomando el agua, como se suele decir, desde el instante de su Encarnación.

8. Se verifica este misterio tan calladamente, que se escoge a una Virgen desposada, pero se hace anunciando un Angel que será obra del Poder de Dios. Teme San José y vese Nuestra Señora mortificada por el temor de su Esposo y próxima a verse desamparada; pero interviene Dios prontamente para hacer sentir su protección. Una ley de Tiberio los confunde en Belén con todos los des-

[1] Hom. VIII in Matth., n. 3; (P. G., LVII, 85).



cendientes de David; pero aquello sucede para que se dé cumplimiento a la profecía de Miqueas, en que se le anuncia como Cabeza y Jefe de la casa y pueblo de Judá. La pobreza de sus padres y del lugar en que nace, el desprecio con que Belén le deja en un pesebre, la soledad de amigos le hacen sentir la debilidad del hombre; pero los cantos y gloria de los ángeles, las adoraciones de los Pastores, la venida milagrosa de los magos, las nuevas estrellas, predicando su alteza, nos declaran que sobre él extiende su brazo el Poder de Dios.

Herodes mandando ahogar en sangre al Reciennacido, la fuga a Egipto del débil e indefenso, los afanes de sus padres en tierra extraña y hostil, son los signos indudables de la flaqueza humana, que cede y se pliega al poder de los hombres; mas la muerte de Herodes y de los demás perseguidores, la preservación extraordinaria de Jesús, la intervención celestial, el cuidado de Él, la realización de las profecías y la nueva manifestación con esto a los gentiles, nos dicen que no duerme Dios y que tiene a servicio de Jesús todo su poder. La presentación del Niño y Purificación de su Madre y la Circuncisión al octavo día nos lo ponen a los ojos como súbdito humilde y flaco; pero el Nombre que se le da indicado por los ángeles, las profecías de Simeón y de Ana, el cumplimiento de los vaticinios de Ageo, rodean esos hechos de los esplendores de la majestad divina.

Por último, en la modestia de las preguntas, en el desamparo e incomodidades experimentadas, en la dulce reconvención de su Madre Santísima descubrimos al Niño débil y de doce años en el templo de Jerusalén; pero en la admiración de los doctores y sacerdotes, en la milagrosa discreción de las respuestas y preguntas que les dirige y en las palabras suaves y firmes con que apela de sus padres corporales a su Padre celestial, no se ne-

cesita ponderar que ya se descubre el Poder mayor que en toda su vida presidía.

9. Sin salir, pues, de la niñez de nuestro Salvador y de los primeros pasos que dió, reconocemos en Él los atributos de humildad y de grandeza que ha de conservar toda su vida.

Al entrar en el mundo se ha sometido à la ley del Padre, se ha humillado aniquilando en las formas de siervo la naturaleza de Hijo Unigénito de Diós; se ha rendido a la providencia común que ejerce sobre Él leyes inflexibles de desarrollo, de sujeción, de flaqueza, de necesidad infantil y humana; depende de sus padres y no puede ni salvarse de sus enemigos. Todo esto es la debilidad humana. Mas ya al entrar este primogénito de los hombres en la vida, el Padre le dice lo que no dijo jamás a ningún Angel: *Tú eres mi Hijo* [1], y manda a todos los espíritus celestiales que le adoren y que le sirvan; cuida de El con providencia particularísima para que nada le ofenda ni le haga daño; pone a su servicio espíritus angélicos para que cumplan con El encargos de tutela y defensa; procura solícitamente que se vayan en El verificando todas las profecías y hace que todos al verle crecer y desarrollarse admiren en El aumentos de sabiduría, de hermosura, de gracia, como correspondía al Unigénito de Dios [2].

10. Pues esto no era sino en los albores de este sol, cuya carrera pública empieza a los treinta años en el Jordán. Desde allí ostenta paladinamente los mismos caracteres en todas sus acciones. Se diría que El no cuida más que de lo humano, de lo humilde, de lo débil, y que hay continuamente otra fuerza incontrastable que lo va manifestando Poder divino del Señor.

[1] Ad Hebr., I, 5.
[2] Ioann., I, 14.



11. Llega al Jordán, se confunde con aquella muchedumbre de soldados y publicanos que de manos de San Juan Bautista recibe instrucción y un bautismo de penitencia, y quiere y se empeña en que el Precursor aparezca llenando su oficio y El sometido a la común ceremonia: he aquí la debilidad humana. Pero San Juan ha sido avisado sobrenaturalmente y con sólo divisarle le reconoce y se le rinde, le administra aquel bautismo preparatorio y sin eficacia, y la muchedumbre toda ve, rotos los cielos, descender el Espíritu Santo sobre su cabeza, oye la voz del Padre que le señala como su Hijo divino y escucha al propio Precursor reputándose indigno de servirle como esclavo en desatarle y llevarle detrás el calzado: he aquí la manifestación del Poder de Dios [1].

12. Entra en el desierto llevado por el espíritu de Dios y en aquellos cuarenta días en que ayuna hasta padecer hambre, vive como un anacoreta con los brutos, deja caer por todo descanso en las grutas y en las rocas sus penitentes miembros y sufre uno y dos y tres asaltos del común tentador que le lleva y le trae en sus manos y le juzga asequible a la inconstancia y a la vanidad y a la ambición; vemos al hombre débil rendido y fatigado por el poder de las criaturas. Pero cuando le vemos soportar un ayuno de cuarenta días, cuando a la tentación responde con imperio, cuando al oir que le piden una adoración sacrílega, manda lejos e inapelablemente al tentador, cuando le vemos entre los ángeles que vienen a servirle; reconocemos al poderoso, al fuerte, al Poder de Dios [2].

13. Entremos ya con él en la plenitud de su vida pública y siempre hallaremos el mismo doble carácter.

Sencillo y llano, conversa y anda en medio de todos sin señales ni atributos de grandeza, rodéase de discí-

[1] Matth., III, 14-17; Joann., I, 32.
[2] Matth., IV, 11.

pulos de modesta cuna y menos que mediana posición social, se alberga donde la hospitalidad le recibe, sea en la casa rica de Zaqueo, sea en la popa de una barca pescadora, porque El no tiene albergue propio donde morar; camina y se cansa y suda y se tiene que sentar junto al pozo de Siquem, o padece hambre y le exige su fruto a una higuera del camino: *habitu inventus ut homo:* reconoced con el Apóstol en todas estas debilidades al hombre.

14. Pero pasad adelante y pronto descubriréis el poder de Dios. Su conversación y predicación no es como la de los escribas y letrados de la Ley, sino con una autoridad extraordinaria y avasalladora; da a esos sus discípulos facultades de predicar, de sanar los enfermos con imposición de sus manos, de atraer la paz de Dios sobre los que los reciban; les envía sin báculo ni viático alguno para que experimenten que Dios vela por ellos; entra en el convite de Caná para alegrar con un milagro a los esposos, entra en el convite de Simón para perdonar los pecados de la Magdalena, entra en casa de Zaqueo para santificarla; va a las barcas del Tiberíades para atraer con sus palabras a sus pescadores y trocarlos en *piscatores hominum;* se sienta junto al pozo de Jacob para hacer la conversión de todo un pueblo samaritano; camina por el desierto y predica en él para tener días y días a las muchedumbres olvidadas de comer; tiene hambre y pide alimento a la higuera estéril para secarla con su palabra. ¿No se ve en todo esto el poder de Dios?

15. Ese Jesús dulcísimo es el que, como el más sencillo de los niños, los llamaba, los acariciaba y los bendecía sufriendo sus inquietudes y frivolidades; él quien, como el más paciente de los mortales, toleraba la impertinencia de la multitud, que invadía su recinto sin dejarle ni alimentarse; él quien, ocultando su sabiduría, hablaba en parábolas para los ignorantes y soportaba las pre-



guntas indiscretas de sus apóstoles; él quien, como un siervo diligente, les servía y estaba entre ellos como el último; él quien, como súbdito e inferior, daba la alcabala y contribución que le exigían, con todo lo cual se confundía con los hombres y no se diferenciaba del menor de ellos.

16. Pero El también era quien, descubriendo su poder divino, reprendía con saludable rigor a los embaucadores del pueblo, a los que lo escandalizaban, a las potestades públicas que lo vejaban y lo oprimían; El, quien, apoyándose en la autoridad de su predicación y de sus milagros, no permitía la profanación del templo y llamaba ladrones a los que allí comerciaban y con látigo allí mismo improvisado, los hería y arrojaba ardiendo en el furor del celo; El, finalmente, quien allá en el monte de Dios, entre Elías y Moisés, bajo la voz de su Padre que le aclamaba, se manifestó blanco, esplendoroso, figura de la hermosura de Dios.

17. Sí, este divino Maestro, es cierto, todos los años de su predicación fué blanco y terrero de mil ofensas por parte de los escribas, fariseos, doctores y sacerdotes de Israel, que ya con preguntas capciosas, ya con insultos manifiestos, ora achacándole su ignorancia, pues no había aprendido en escuelas, ora imputando a vicio su manera ordinaria de vivir, le perseguían, desprestigiaban y ofendían. Es cierto que a veces huyó de sus manos, esquivó sus pesquisas, se ocultó para no caer en sus lazos. Todo eso es verdad, como lo es que con ello nos manifestaba la debilidad del hombre ante un poder humano fortísimo.

18. Pero no es menos verdad que se desapareció de entre sus manos cuando ya se aprestaban a caer sobre él, que se le quedaron las piedras preparadas para tirárselas; que no una, sino muchas veces quedaron confusos de sus preguntas.



Mas sobre todo, lo que hacía incontrastable el Poder divino con que Jesús triunfaba, era el poder taumatúrgico con que respondía el Padre a las afirmaciones del Hijo. Yo soy, decía éste por infinitos modos, uno con el Padre y no soy yo solo quien lo afirma: ved, lo afirmo yo, que sé lo que afirmo; mas conmigo lo afirma mi Padre haciendo milagros para asentir a mi palabra. Y a las palabras seguían las obras y desde Caná de Galilea hasta Betania no quedó elemento que no sojuzgara, enfermedad que no sanara, poder humano que no destruyera. El agua sintió su poder trocada en vino, la saliva sirvió de medicina contra la ceguera de nacimiento; los mares, bajo sus pies contra las leyes naturales, se endurecieron; sus senos lanzaron sobre las redes de sus discípulos y a su mandato pescas en número y en especie milagrosas; las tempestades y los vientos arrullaban su sueño y al despertarse él y ponerles silencio se encogían y enmudecían a su imperio; la tierra también contribuyó con la voz de sus milagros a declarar el Poder de Dios que lucía en el Salvador, ya secándose a su mandato la higuera infructuosa, ya multiplicándose en las manos del Señor los panes y los peces en el desierto.

No fué obscura su acción, sino tan clara y repetida, que no quedó en Judea y Galilea quien no reconociera su poder taumatúrgico. Paralíticos de treinta y nueve años y de distintas condiciones; ciegos que públicamente mendigaban en la ciudad y en los caminos; tullidos y mancos a quienes desde lejos traían a su presencia; hemorroísas que habían gastado su hacienda en inútiles medicinas; febricitantes a quien su enfermedad ponía en trance de muerte; enfermos de distintas dolencias a quien conducían de lejos para que El los curara; iban repitiendo por todas partes aquella palabra: El Poder infinito de Dios está con El.

Ni se limitaba a esto aquel Poder divino que realzaba su humildad de hombre, sino que los espíritus infernales sentían su fuerza. Recordad los muchos casos de posesión diabólica que nos cuentan los Evangelistas en que, o desde lejos sentían su presencia los espíritus malignos, o salían de los cuerpos glorificando a Dios, o en los últimos paroxismos de la posesión se vengaban de la imperativa acción divina en el cuerpo del desgraciado paciente, o, finalmente, pedían desesperados traspasarse a viles animales que precipitaban en el mar.

La muerte misma reconoció el gran Poder de Jesús, que resucitó al joven de Naín, a la hija de Jairo, y con dominio absoluto y circunstancias las más solemnes y en los ojos de Jerusalén, a su amigo, el cuatriduano Lázaro.

19. Señor, grande es tu Poder y admirable toda tu vida, que oscila entre la humildad del siervo y el Poder de Dios, y que nadie comprende si no junta en uno ambos caracteres. Porque si sólo nos fijamos en las maravillas poderosas de su brazo; creeremos como los judíos y como sus mismos Apóstoles, que le son impropias la humillación y la debilidad; y si no pensamos más que en esto, lo trataremos, como los blasfemos hijos del siglo, como los alucinados sillonistas de Sagnier, cual si no fuera más que un gran demagogo, un excelente filántropo y afortunado revolucionario.

20. Oigamos a este propósito unas palabras de Su Santidad Pío X: «Los directores del *Sillon* no han podido preservarse de este error. La exaltación de sus sentimientos, la ciega bondad de su corazón, su misticismo filosófico, mezclado de cierto iluminismo, los han conducido a un evangelio nuevo, en el que creen ver el verdadero Evangelio del Salvador; pero en el que llegan a tratar a Jesucristo Nuestro Señor con una familiaridad soberanamente irrespetuosa, y conformando el ideal de Nuestro

Señor según los modelos de la revolución, no vacilan en hacer entre el Evangelio y la revolución comparaciones blasfemas, que no tienen a su favor ni la disculpa de habérseles escapado en un momento de calurosa improvisación.»

«Deseamos, pues, llamar vuestra atención, acerca de esta deformación del Evangelio, y del carácter sagrado de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre, practicada por los sillonistas y por otros. Desde el momento en que se toca la cuestión social, está de moda entre ciertas personas prescindir por completo de la Divinidad de Jesucristo, y no hablar más que de su soberana mansedumbre, de su compasión para con todas las miserias humanas, de sus instantes exhortaciones al amor del prójimo y a la fraternidad. Es cierto que Jesús nos amó inmensamente, infinitamente, que bajó del cielo a padecer y morir, para que, unidos con El en justicia y en amor, animados de los mismos afectos de mutua caridad, viviéramos todos en paz y felicidad. Pero puso con soberana autoridad como condición necesaria de la realización de esta dicha temporal y eterna, pertenecer a su rebaño y a su redil, aceptar toda su doctrina, practicar las virtudes cristianas y dejarse enseñar y guiar por Pedro y por sus sucesores. Mas aunque Jesús se mostró blando y compasivo con los pecadores, no respetó jamás sus convicciones erróneas, por muy sinceras que pareciesen, sino que los amó a todos para instruirlos, convertirlos y salvarlos. Si llamó a sí a los que padecían y estaban cargados, fué para consolarlos, no para predicarles la envidia de una igualdad quimérica. Si levantó y alabó a los humildes, no fué para inspirarles espíritus de independencia y rebeldía. Si su corazón rebosaba mansedumbre para las almas de buena voluntad, supo igualmente armarse de santa indignación contra los profanadores de

la casa de Dios, contra los miserables que escandalizaban a los pequeños, contra las autoridades que oprimían el pueblo bajo el peso de cargas que ellos no ayudaban a levantar ni con un dedo. Fué manso, pero fuerte también; reprendió, amenazó, castigó sabiendo y enseñándonos, que a veces el temor es el principio de la sabiduría, y que es necesario en ocasiones cortar un miembro por salvar el cuerpo. Por fin, no anunció para la sociedad futura el reino de una felicidad ideal, de donde todo trabajo estuviera desterrado; sino que con palalabras y ejemplos señaló indeclinablemente un camino, el camino real de la Cruz» [1].

21. ¿Quién podrá expresar dignamente ya la mezcla y unión maravillosa del Poder divino con la debilidad humana en la batalla de su Pasión gloriosísima? Lengua de Profeta se necesitaría para declarar tan soberano misterio.

22. Había durante los años de su predicación concitado contra su doctrina y contra sí, por ser testigo de ella, la ira y la envidia de los que detentaban el poder eclesiástico y mantenían al pueblo ciego e ignorante enredado en cuatro prácticas supersticiosas para lucrar y medrar a costa de él. Aquel Sanedrín sacrílego había decidido matarle, y para hacerlo con apariencias legales y jurídicas, tenía que ganarse, y se ganó, la móvil opinión de las masas populares y la intervención del poder militar romano. Con halagos el pueblo, con temores Pilatos, se convirtieron en instrumentos movidos por el odio y la envidia del Sanedrín. Estos fueron los leones hambrientos, los perros rabiosos, los toros salvajes, entre quienes se vió solo nuestro Jesús, como habían prenunciado Je-

[1] Carta *Notre charge apostolique*. Act. Apost. Sed. II, n. 16, páginas 628-30.



remías [1] y David [2]. A esta batalla se adelanta Él solo para que se haga en Él alarde del Poder de Diosen la completa debilidad humana.

23. Para que nos convenzamos de esta debilidad y de que la siente en sí aplastante y absoluta, veámosle cuando a solas ante su Padre se dispone a padecer. Nada, en efecto, más débil. Postrado entre los olivos de Getsemaní, tiene su rostro pegado al suelo y hundido entre sus manos; todo su cuerpo tiembla con pavor inusitado y de la lucha que sostiene a solas en su oración, se llena de sudor, de sudor de sangre que corre por el suelo, y sus labios temblorosos no murmuran sino una oración: «Si quieres, Padre mío, aparta de mí este cáliz.» Toda amplificación huelga delante de la realidad. Tiembla, teme, se angustia, se atedia, agoniza, suda sangre, suplica: ¿quién podrá no reconocer ahí toda nuestra debilidad? Pero se acerca el Angel del Señor, le alza reverente entre sus brazos, le recuerda los arcanos de Dios, y vedle salir sereno al encuentro de Judas, preguntar con voz entera por lo que buscan, descubrirse a la turba de sayones, arrojarla con un *Yo soy*, por el suelo; levantarla otra vez para que ejecute su designio; mandarle que no toque a sus apóstoles, y meterse entre ellos, el cordero entre los lobos, con serenidad, con valor sobrehumano. ¿Quién hace esto sino el Poder divino [3].

24. Pues, ¿quién podrá enumerar las continuas manifestaciones de la flaqueza y del Poder que hay en toda la pasión de Jesús? Todo lo que de parte de los hombres padece: atropellos, ataduras, sogas, cadenas, pisotones, golpes, bofetadas, insultos, injurias, calumnias, befas, irrisiones, salivas, juegos, azotes, espinas, profanaciones

[1] XII, 8.
[2] Salm. XXI, 13, 14, 17.
[3] Luc., XXII, 40-47; Matth., XXVI, 37-47; Joan., XVIII, 4-8.

de aquel sagrado rostro y cuanto la saña, el odio, el atrevimiento y el desenfreno pudo idear; todo eso lo recibía como débil, como gusano, como el último de los hombres: pero aquel silencio de mudo, aquella imperturbabilidad de sordo, aquella inmovilidad marmórea con que padecía, eran del auxilio, del Poder de Dios que se manifestaba en Él: *Dominus Deus auxiliator meus.*

25. Entre estas continuas manifestaciones del gran Poder sosteniendo la gran debilidad que duran y se aumentan en toda la Pasión de Nuestro Señor hasta excitar la admiración imparcial de Pilatos y la admiración puntillosa y enojada de Herodes, hay de cuando en cuando soberanas llamaradas de ese gran Poder latente; en especial cuando parece ensoberbecerse más el poder humano, cebándose en la debilidad, es como la sonrisa de aquel Sansón que dormía entre las manos de los filisteos.

26. Es conducido al Sanedrín judío, que preside Caifás. Han desfilado uno tras otro testigos cohechados, y como las olas del mar se han deshecho por sí solas. Caifás se levanta, da un paso hacia adelante y le conjura con todo el peso y fuerza de su autoridad humana para que diga por fin quién es. Sin temblar, con voz reposada y divina: Yo soy ese Hijo de Dios que acabas de decir, y bien pronto me verás juzgando a mis jueces sobre las nubes del cielo [1].

27. Ni es menor el destello del Poder divino que en el tribunal de Pilatos dió, y tal que hizo exclamar a éste: ¿No sabes que tengo en mi mano tu vida o tu muerte, tu libertad o tu crucifixión? Le habían llevado los pontífices y sacerdotes al Salvador ante Pilatos, pidiendo para Él muerte de cruz, pero sin definir sus acusaciones, y quería el Presidente oir su defensa. ¿Eres, le preguntó, Rey

---

[1] Matth., XXVI, 60-64.



de los judíos? Aprovechó Nuestro Señor aquella ocasión para que se manifestara la fortaleza de que Dios le llenaba y contestó: «Rey soy, pero mi reino no es de los que viven con la vida del mundo, y por eso no se disputa o se defiende con armas. Rey soy, y predicar este reino y testificar la verdad, es lo único por lo que me persiguen y padezco» [1].

28. Llovieron sobre El los azotes y las burlas de la coronación, y cuando parecía su causa en el trance más crítico de sustanciarse y El en el punto de mayor humillación, volvió a ser preguntado por Pilatos, que no oyó respuesta ninguna de sus labios. Entonces fue cuando sin comprender aquel silencio, le increpó y le dijo: *Mihi non loqueris?* Te acaban de dejar los tuyos, te ves únicamente a merced de mi sentencia y ¿no me hablas? Y Jesús en vez de blandearse y debilitarse con la reprensión, se fortaleció y dijo: Tu potestad toda te la da Dios, y por eso quien de ella se prevale para atropellarme, comete doble pecado. Esa es la acción en Jesucristo de la fortaleza de Dios [2].

29. Al acercarse la hora de las supremas flaquezas del hombre, se acercan las supremas muestras de la fuerza y virtud de Dios. Es Jesucristo crucificado, pero se declara Dios y pide por sus enemigos; es befado en su agonía, pero promete al ladrón el Paraíso; es agujereado en pies y manos, es despojado de sus vestidos que se los reparten y juegan, es aheleado en su sed postrera; pero todo eso sucede cumpliéndose las profecías; empieza El a agonizar, pero con voz soberana encomienda su espíritu al Padre; se acerca sobre El la muerte, pero no le toca hasta que El inclina la cabeza dándole licencia; muere, pero se entenebrece el sol, se rompe la tierra, se rasga el

[1] Joann., XVIII, 36-37. [2] Joann., XIX, 10-11.



velo del Sancta Sanctorum, las sepulturas dan resucitados a sus muertos, visitan éstos a los suyos de Jerusalén, todo el pueblo baja del Calvario golpeándose el pecho, confiesa la fe el Centurión, temen los sacerdotes, brota sangre y agua el costado del Señor muerto, y se llenan de valor los discípulos hasta entonces ocultos [1].

30. ¡Oh gran Poder divino, latente durante la Pasión, que ahora se deja sentir en el cielo con el eclipse, en la tierra con el terremoto, en el infierno con la pérdida y rescate de los cautivos! ¡Oh gran Poder divino que obliga a todos a confesar que de veras, sin duda alguna, ha muerto el Salvador! Lo confiesa el Centurión, confesando que un hombre que así moría era Hijo de Dios; lo confiesa la muchedumbre, que golpeándose el pecho baja del Calvario; lo confiesan los enviados para rematar a los sentenciados, cuando le dejan sin fracturar las piernas; lo confiesa el soldado que le atraviesa el pecho; lo confiesa Pilatos al dar licencia para su sepultura; los sacerdotes que piden sellos para ella y presidio de soldados, y lo confiesan estos soldados puestos para guardar el sepulcro. ¡Oh gran Poder divino! todos esos que confiesan haberle visto en el mayor grado de debilidad, tienen que confesar que ha resucitado con la mayor manifestación del Poder divino.

31. Parodiando palabras de San Agustín, podemos resumir todo lo probado hasta aquí diciendo: Eres siempre, Señor, Jesús Nazareno, es decir, despreciado, pobre y débil; pero siempre eres también del Gran Poder, que es del Poder de Dios. Jesús Nazareno del Gran Poder en los brazos de tu Madre y en los brazos de la Cruz, en la cuna y en el sepulcro, en Belén y en el Calvario, en Galilea y en Judea, en Nazaret y en Jerusalén; porque siem-

---

[1] Matth., XXVII, 38-54; Luc., XXIII, 37-50.



pre eres el cordero inmolado y el león de Judá, que se descubrió a San Juan en su apocalipsis.

II

En su ministerio.

32. Tócanos ahora ver si Jesucristo, Señor Nuestro, es Nazareno del Gran Poder en su ministerio de Salvador y Luz del mundo, y considerar si, como quiso ser llamado seductor para consuelo de sus discípulos, que habían de ser llamados seductores, así también quiso limitar su acción apostólica con los límites del humilde poder humano para consuelo y sostén de los suyos en sus desiguales luchas con el orgullo prepotente del mundo.

33. De lo cual ya nos dió El alguna garantía y nos quiso como quitar toda idea falsa cuando dijo: *Qui crediderit in me, opera quae ego facio et ipse faciet et maiora horum faciet:* el que creyere en mí hará las obras que yo hago y otras mayores [1]. Igualdad que no sólo se puede conseguir porque la acción del hombre suba, sino también porque la acción de Jesús baje, y aquí suceden ambas cosas.

34. Tres cosas podemos considerar en toda acción y consiguientemente en la acción ministerial del Señor, a saber: la actividad consagrada a ella, la lucha con las dificultades suscitadas, el fruto y resultado final, y en todas tres cosas afirmo que se manifestó Nazareno del Gran Poder, se hizo patente el misterio de la debilidad humana, venciendo con y por la fortaleza divina.

35. Leyendo algunos libros católicos de nuestros

---

[1] Joann., XIV, 12.



días y singularmente los de aquellos en que palpita el orgullo modernista y sillonista, aunque no se manifieste del todo, se siente tal ánimo y tales deseos y propósitos de renovar pronto y a plazo fijo la sociedad, que se prevé que quien así habla no cuenta con el esfuerzo pequeño y limitado del hombre, sino con innumerables fuerzas humanas, en las cuales se confía y a las cuales después, si faltan, se les atribuye el fracaso. Noble esfuerzo de un celo desordenado, que lo quiere confundir todo: *Vanissimo strepitu, divinae vocis immemores:* Non in commotione Dominus [1], «con estrépito y ruido vanísimo, sin acordarse de la palabra divina, no está el Señor en el estruendo». Así las obras todas de los modernistas, así la obra de los Congresos en Italia, así *Le Sillon* de Francia, así tantas otras se presentaron desarrollando una actividad de miles y miles de cooperadores y todavía parecía poca. Ponían una fuerza inicial gigantesca y en esa confiaban. *Non in commotione Dominus.*

36. Veamos ya el divino Modelo.

Limita su acción apostólica a las fuerzas ordinarias del hombre, de un hombre lleno sí, de afán por cumplir solícito el encargo de su Dios, pero de un hombre.

37. Desarrollemos estas ideas.

Nadie, sin blasfemia horrenda, puede decir que no ardía en aquel Corazón divino el incendio más grande de celo desde los primeros albores de su vida. Ya entrando en el mundo lo ejercitó, ofreciendo su cuerpo en vez de las víctimas legales de Aaron, después, a los doce años, tuvo otro ensayo de aquel celo y durante su predicación le vieron sus discípulos distintas veces transformado por él y comprendieron que de El se había escrito que el celo de Dios lo consumiría. De esto no hay que dudar.

---

[1] Pío X, *Editae saepe.*



38. Pero tampoco es dudoso que la medida de su manifestación fué humana. Calló aquel celo y se escondió cuando la edad no suele permitir esas expansiones a los niños; puesto por su Padre en ocasión de ejercitarlo a los doce años, lo limitó a oir y preguntar y responder preguntado, que es oficio asimismo de niños; después volvió a callar hasta el tiempo dispuesto por Dios, que era el de entrar en la plenitud de la vida.

39. Con razón podemos admirar aquí cómo Nuestro Redentor se mantuvo en los límites naturales al hombre y a su débil acción, y muy inferior a lo que había de verse en algunos Santos niños. *Qui crediderit in me, opera quae ego facio et ipse faciet et maiora horum faciet*. Pues qué ¿no son, por ventura, obras de más empresa, de mayor acción apostólica las de muchos niños que nos cuentan las historias eclesiásticas? Inés, de sexo más frágil, de trece años, ¿no fué el asombro de los perseguidores por su constancia, por su elocuencia, por su saber divino? ¿No celebran todas las lenguas a los niños mártires Tarsicio, Agapito, Venancio, Justo y Pástor y muchísimos más que repitieron en la Iglesia las grandes glorias de los pequeños Macabeos? ¿No son asombro de todos, ejemplo de ancianos, Hilarión, de quince años, emprendiendo la vida anacoreta; Luis Gonzaga, desde los cinco, asombro de penitencia y de inocencia; Estanislao de Kostka, tomando a los diez y seis resoluciones pasmosas en un hombre? ¿No son apóstoles en tierna y frágil edad Rosa de Viterbo, desde los tres años; Catalina de Sena, ya a los veinte consejera de Sumos Pontífices; Juana de Arco, libertadora y restauradora de Francia, a los diez y siete? Verdaderamente se cumple la palabra del Salvador: Quien creyere en mí, hará las obras que yo he hecho, *et maiora* y cosas más estupendas y mayores.

40. Pues ¿para qué lo hizo así? Para darnos ejemplo

clarísimo de esta humildad en la acción ministerial apostólica en virtud de aquel consejo divino: *Altiora te ne quaesieris* [1], no te arrogues cosas mayores, y a tus fuerzas poco proporcionadas. Porque si El, habiéndose portado en su acción apostólica dentro de los límites de un niño, no ha podido reprimir el celo arrogante de los que sueñan sin preparación arremeterse a apóstoles, ¿qué hubiera sido si sus comienzos se hubiesen parecido a los de Santa Rosa, San Justo y San Pástor y a los de Juana de Arco o de otros de los Santos Niños que hemos enumerado?

41. Por lo mismo y por nuestro ejemplo limitó su acción ministerial de hombre, a menos de lo que después habían sus Apóstoles de hacer en su Nombre.

Entró al fin, varón hecho, en la vida apostólica y en ella se portó como el más solícito cumplidor de la voluntad divina. Desde que apareció en Judea predicando, no perdonó cansancio ni fatiga para evangelizar; los días los pasaba predicando y las noches dedicaba a la oración y trato con su Padre; si las turbas le requerían, sacrificaba su ocio y su comida por darles el alimento de la palabra divina; su cansancio no era nada para que no hablase cuanto la pobre Samaritana necesitaba; para El no había más sustento ni regalo que *Ut faciam voluntatem eius qui misit me* [2], que hacer y sustentarse con la voluntad de su Padre y realizar su obra. Si era preciso predicar tres días por el desierto, predicaba; si después le encontraban en la orilla del lago, la barca le servía de púlpito. Nada le arredraba y apartaba de la predicación; ni la ingratitud, ni la torpeza, ni la mala vluntad, ni el odio.

42. Pero en todo esto no dominaba sino el querer de su Padre. Al entrar en el mundo puso este mandato en su Corazón; a los doce años esa es la suprema razón que

[1] Eccli., III, 22. [2] Joann., IV, 34.



da a su Madre, que se afligía por su ausencia: después la voluntad de su Padre es su alimento, la voluntad de su Padre lo que le tenía en el mundo y lo que procuraba. Al despedirse del mundo en el Cenáculo rendía a su Padre cuenta de haber cumplido su encomienda y al rendir su alma en la Cruz, escudriñaba si quedaba todavía algo que cumplir, aunque fuera beber vinagre. ¡Oh gran ministro de Dios y fiel y fervoroso ejecutor de su voluntad!

43. Su predicación la limitó a esa palabra de su Padre: *Verba quae ego loquor, a me ipso non loquor* [1]: lo que yo digo no lo digo por mí mismo, sino que son palabras de mi Padre. Con esa predicación *non quaero gloriam meam* [2], no busco mi gloria, sino la de mi Padre.

En esto no cede nuestro divino Modelo la primacía a nadie; su apostolado es el dechado, pero un dechado posible.

En efecto, ¿qué hubo en todo esto que excediera el radio de acción de un hombre? Predicó el día, veló la noche, anduvo a pie de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, no se rindió al cansancio, perdonó su comida y su descanso; todo esto lo puede hacer un hombre.

44. No es aquí donde nuestra vanidad nos suele hacer soñar, sino en lo extendido de la acción, en lo copioso del fruto, en lo aparente y deslumbrador de la obra, en lo rápido del efecto y en todo esto es donde el ejemplo de Nuestro Señor deshace nuestras torres de Babel, nuestros sonrosados ensueños.

Su predicación y su ministerio personal no se extendía al mundo entero ni a aquella parte del mundo que mejor respondiera a la palabra del Salvador; no pretendía tampoco de una manera directa y descubierta restaurar el trono de David y prometer a los judíos el dominio

---

[1] Joann., XIV, 10. [2] Ibid., VIII, 50.



universal de la tierra: nada de eso. El radio de su acción apostólica era Judea y las ovejas perdidas de Israel; El debería ceñirse a esa parte y sólo accidentalmente tocar en Samaria, a pesar de que en todas partes parecía prometérsele mejor recibimiento que en Judea; El no podía pasar a los gentiles y los beneficios que les hacía habían de ser como sobras de la mesa preparada a Judá [1].

45. Y este Judá no fué para El campo fértil que respondiera a la semilla, no había de recibirle con el agasajo que acaso otros pueblos le recibirían; su labor había de ser ingrata. Había de haber, sí, muchedumbres sencillas y sin intereses comprometidos que en un momento de entusiasmo le seguirían por el desierto y por las ciudades, bandas de niños que para confusión de mayores habían de gritar hosannas; pero su predicación había de hallar ciegos voluntarios que amaran las tinieblas, sordos ultroneos que habían de cerrar sus oídos a la verdad, multitudes que prefirieran su granja, sus yuntas, su casa, a la doctrina predicada, cobardes que no se atrevieran a dar la cara por El, y taimados y viles e hipócritas que le calumniaran y deprimieran.

46. ¿Quién imagina más debilidad en la predicación de Dios? Quién, si los Evangelios no nos lo dijeran, creería que todo lo que a los hombres nos embaraza, molesta y humilla, lo iba en su ministerio a experimentar Jesucristo? Señor, regiones vírgenes hay donde pobres gentiles te adorarán por Dios, pueblos desgraciados que sólo con la fama de tu ministerio vienen a buscarte, reinas de Sabá, infelices Sidones que quieren oir al verdadero Salomón, que quieren ver los prodigios hechos en Betsaida. *Non sum missus;* no me envía mi Padre a ellas, Señor, ¿no eres omnipotente? Extiende tu mano, atrae los

[1] Math., XV, 24.



corazones, no se resista ninguno, restaura el reino de Dios: *Non est vestrum nosse tempora vel momenta* [1]. No escudriñéis los secretos del tiempo que el Padre se reservó. Por lo menos, Señor, que esta Judea corresponda a la voz del Pastor, del Padre, de Dios. Yo he venido para que llenen la medida de sus padres y caiga sobre ellos toda la sangre justa por ellos derramada. Yo he querido como gallina recogerlos bajo mis alas y ellos no han querido. Yo he hecho obras que nadie ha hecho y ellos por ellas me han odiado. A mí no me queda sino llorar sobre esa Jerusalén que no conoce su día, ni la misericordia de Dios [2].

47. No creo que apóstol ninguno, por erial que sea el campo que cultive, por ingrata que le parezca la acción de su apostolado, por limitada que la sienta, se podrá comparar con Jesucristo en su ministerio apostólico. En cambio, cuántos y cuántos han visto realizado el *maiora horum faciet* de la promesa del Señor.

48. «¿Qué son estas cosas mayores? pregunta San Agustín. ¿Acaso que sus discípulos curaron con la sombra, como San Pedro, cuando el Señor curaba con tocar la fimbria de un vestido? Más es sanar con la sombra que con la fimbria. Más es también el que la predicación de los Apóstoles no convirtió tan escaso número como ellos eran, sino naciones enteras. Aquel rico del Evangelio rechazó el consejo del Señor y se apartó triste de su presencia; pues lo que aquél no quiso hacer, lo hicieron muchos otros a la predicación de los Apóstoles.»

49. Esto es de San Agustín [3] según lo cual podemos raciocinar y profundizar en la sentencia del Salvador. Porque fácilmente encontramos en la Historia de la Igle-

[1] Act., I, 7.
[2] Matth., XXIII, 37.
[3] Tract. LXXIII in Joann., n. 1; (P. L., XXXV, 1822).

sia santos apostólicos de cuya acción se puede con razón decir lo mismo. San Remigio convierte a Clodoveo, y bautiza en el mismo día tres mil francos de su gloriosísimo pueblo. San Leandro recibe la abjuración de Recaredo y de toda la nación visigoda; Urbano II y Pedro el Ermitaño, levantan ejércitos de dos o más millones de hombres contra los sarracenos de Oriente; Juan de Vincenza recorrió con sus predicaciones la Italia en los revueltos días de Federico Barbarroja y reunía en las riberas del Adige pueblos enteros, en procesión de penitencia, hasta contarse 400.000 penitentes de todas clases y condiciones, todos sin armas y la mayor parte descalzos. ¿Qué más? La historia eclesiástica es fecunda en instrumentos a los ojos del mundo despreciados, y poderosos en obras y palabras como el Venerable cortador Clemente, la santa tabernera María, apóstoles y oráculos de París, al mismo tiempo que el Venerable Olier y San Vicente de Paúl. *Maiora faciet.*

50. Mas hubo en la predicación y ministerio de Nuestro Señor Jesucristo algo poderosísimo que nos ciega algunas veces hasta la desconfianza y que ciega a los modernistas y otros enemigos de nuestra fe hasta la incredulidad. Ese algo poderosísimo era el atractivo de Nuestro Señor. ¿Qué maravilla, dice la Crítica modernista, es que se formara el mito de la divinidad de Jesucristo? Su incomparable virtud, que parecía más amable en parangón con la dureza de los fariseos, su modestia, su desinterés, su amor de los pobres, de los humildes, de todos los que padecían, su benignidad con los que erraban, su indulgencia con los pecadores y las pecadoras, su generosidad en perdonar, su dulzura, su elocuencia del todo nueva, su doctrina reducida toda al amor de Dios y del prójimo, su invicta constancia frente a los hipócritas y prepotentes de la Sinagoga, su muerte tan cruel y tan in-

justa y soportada con tan noble valor, la corona del martirio sobre su frente colocada, las profecías referentes a la libertad política de Israel hecha por obra de un Mesías, la expectación general del Mesías que era mayor por entonces, todo, todo conspiraba en favor de Jesús [1].

51. Hasta aquí la ciega crítica modernista, que acumula para sacar una falsa consecuencia todos los motivos humanos de amabilidad que realzaban la Persona de Nuestro Salvador. Nuestra imaginación también se fija demasiado en esas y semejantes razones y cree que la acción apostólica de Nuestro Señor consiguió grandes frutos merced a eso, y nos parecemos en esto a los Apóstoles que antes de venir el Espíritu Santo amaban en el Redentor divino al hombre, confiaban humanamente en su excelencia y hubieron de escuchar aquella palabra: *Expedit vobis ut ego vadam* [2] os conviene que yo me vaya. Porque era necesario, escribe San Agustín, que se apartase de sus ojos la forma de siervo, pues fijosen ella no creían que era Jesucristo otra cosa [3].

52. Pues aun esto mismo, que podía en el Señor parecer una excelencia que le constituía sobre todos los ministros de su divina palabra, quiso de tal manera deshacerlo, que no nos quedase esperanza ninguna en nada parecido. Y así, apenas sopla el huracán de la persecución, todo se desvanece.

53. Cuando habían querido hacerle rey, bastó que al día siguiente les predicara el misterio de su Cuerpo y su Sangre, que les afeara su carnalidad y materialismo, para que se fueran todos y le dejaran solo; pues ¿qué habrá que esperar cuando, no solamente lo difícil de la doc-

---

[1] Bonomelli, *Gesù Cristo Dio-Uomo,* Milán, 1898. Conferencia III.

[2] Joann., XVI, 7.

[3] Lib. I de Trin., c. IX; (P. L., XLII, 833).

trina, sino la heroicidad exigida en la confesión hiele las palabras en los labios? Sucederá... lo que sucedió.

54. Apenas se vieron las linternas, los palos, las lanzas, las armaduras y los soldados y gente en Getsemaní y se comprendió que El no se iba a defender, cuando se dispersó el ganado y sus mismos Apóstoles se escaparon. Y esto era lo que había de más sólidamente constituído en la fundación de Jesucristo. Porque los otros discípulos menos intrínsecos, ni siquiera huyeron, sino que se quedaron en sus casas o retraídos por completo. El proceso seguía creciendo, la difamación aumentaba, el terror cundía y ya a la mañana no había nadie que no saliera a la calle para insultarle y compensar quizá con agravios los gritos de hosanna del domingo último; y cuando irremisiblemente se vió que la Sinagoga entera estaba en contra, que Herodes no había contradicho a la Sinagoga y que Pilatos ponía la espada romana a servicio de la Sinagoga; ya aquella muchedumbre se olvidó del atractivo de Jesús, se olvidó de su virtud incomparable, de su desinterés, de los beneficios, de los milagros, de todo, y pidió a Barrabás para que Caifás y los Pontífices vieran que no quedaba nada de la admiración antigua por Jesús. Para mostrar lo mismo y sancionar el *crucifige,* de la plaza corre al Calvario, y con los pontífices y letrados ríe y cabecea y se mofa y se sabrosea en la sangre de Jesús. Pasados unos días, el pueblo no piensa más en lo que ha pasado y la losa del olvido viene a cubrir su admiración pasadísima y su furor también pasado. Por eso cuando los Apóstoles en Pentecostés los despiertan del sueño, se ofenden, se enfadan, los persiguen. Verdaderamente, *expedit vobis* a ellos y a nosotros nos convenía *ut ego vadam*, que yo muera, para que veáis que no solamente me presenté en la debilidad de hombre cuando vine al mundo y empecé mi carrera, no

sólo ejercité el ministerio limitado por esa misma debilidad, sino que no quise exceptuarme tampoco de la ley de la debilidad humana cuando el poder de los hombres cayó sobre mis trabajos y los deshizo, sobre mi rebaño y lo dispersó, sobre mi Iglesia y la destruyó. *Percutiam pastorem et dispergentur oves* [1]. Consuélense, pues, mis Apóstoles y sepan que en esto como en todo lo demás, no los quiero aventajar sino en la debilidad, dejándoles a ellos triunfos mayores que los míos: *et maiora faciet.*

55. ¡Cuántas veces se verificó esto en todo el curso de la historia y vida de la Iglesia! ¡Cuántos fieles y ministros suyos que han visto antes de su muerte propagarse y florecer la viña que sus sudores plantaran! San Pedro planta la Iglesia y funda las particulares de Asia, Bitinia, el Ponto, Galacia, Antioquía y Roma, y al morir las ve llenas de cristianos, regidas por santos Sacerdotes y recibir dóciles sus enseñanzas. San Pablo mucho padeció como hombre en la predicación evangélica, mas pudo llamar a las Iglesias de Corinto, Filipos y Tesalónica, su gozo y su corona y admirar su fe [2] pudo enternecerse con la docilidad de Timoteo, Lucas, Tito y otros discípulos carísimos; pudo elogiar la fe de los que habían oído y recibido su palabra como palabra de Dios y de aquellos cuya virtud y valor cristiano se alababa en todas partes.

56. Pudo también el glorioso Taumaturgo San Gregorio de Neocesarea alegrarse al morir de que dejaba en su iglesia solamente diez y siete idólatras, cuando sólo diez y siete cristianos había encontrado en ella al comenzar su Pontificado. Pudo San Silvestre, al terminar su carrera, mirar con ojos complacidos, surgir templos, propagarse a la luz del sol la Iglesia, gozar los cristianos de

[1] Matth., XXVI, 36.
[2] I Thes., I, 3; Colos., I, 4; Efess., I, 55; Philip., IV, 1.

la libertad debida, derrumbarse los templos paganos y venir los emperadores de Roma a rendirse ante la Cruz. Pudieron muchos Santos atletas de la verdad, columnas de la Iglesia, gozar en paz los últimos años de su vida pregustando el fruto de sus trabajos, como un San Atanasio y un San Cirilo de Alejandría, un San Martín de Tours, un San Hilario de Poitiers, un San León Magno, un San Remigio de Reims, un San Isidoro de Sevilla y tantos y tantos más.

Pudieron finalmente apóstoles, que o por la conversión de los príncipes o por la educación y formación en la fe fueron padres de naciones y pueblos enteros, verlos al morir florecientes y cristianos como San Agustín y San Dunstano de Cantorbery, San León III y otros; pudieron príncipes cristianos, creyentes en Jesucristo, ser apóstòles de la justicia y de la verdad, y al morir gozarse en la santidad, bienestar y grandeza de sus pueblos como un Teodosio emperador, un Carlomagno, un San Esteban de Hungría, un Recaredo de España, un San Eduardo de Inglaterra, un Wladimiro de Rusia, un San Fernando de Castilla, un Godofredo de Lorena y de Jerusalén, un San Enrique de Germania.

57. Pudieron, por no hacerme interminable, fundadores de familias y Ordenes religiosas o reformadores insignes verlas, al morir ellos, pujantes con la vida de Jesucristo y multiplicadas y bendecidas por todos, como San Benito, San Odón de Cluny, San Bernardo de Claraval, San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola, San Vicente de Paúl y otros muchísimos. Pudieron todos esos y otros a ese tenor, alegrarse con el fruto de sus trabajos y por la gracia de Jesús agradecerle las finezas de su amor, que los había querido hacer más agraciados en la magnitud exterior de sus obras que Él mismo: *et maiora horum faciet.*

58. No podemos, pués, menos de confesar lo que al principio propuse, que en la acción apostólica y ministerial de Nuestro Señor Jesucristo se escondió y limitó *in similitudinem hominum,* con las debilidades del hombre y aun quedándose inferior en éxitos y grandezas externas a muchos de los que habían de creer en Él.

59. *Propter quod et Deus exaltavit illum.* Por eso Dios Nuestro Señor le sublimó y le exaltó, y se manifestó en su acción ministerial todo el infinito Poder de Dios.

En toda su predicación inculcó Jesús, como punto capitalísimo de ella, el desinterés por su parte de no buscar su gloria propia y personal, y la providencia de su Padre celestial en honrarlo, buscarle gloria, dársela y castigar a los que se la negaban. *Ego non quaero gloriam meam,* yo no busco mi gloria; *est qui quaerat,* hay quien la busque *et iudicet,* y juzgue y castigue al que me la quita [1]. Cuando estaba próximo a su pasión, en aquella solemne oración que hizo al Padre antes de salir del Cenáculo: «Padre, le dijo, *ego te clarificavi super terram,* yo no he buscado en el mundo sino tu honra y tu gloria, *clarifica me tu,* pues glorifícame tú, *apud temetipsum, claritate quam habui priusquam mundus fieret apud te* [2], es decir, glorifícame en mi misma Humanidad y como hombre, haciéndome participar contigo y en tu diestra de aquella gloria que por naturaleza tuve contigo también desde toda la eternidad; haz que esa gloria, que es mía y que no la tengo por rapiña ni prestada, sino por naturaleza, se comunique a mi Humanidad en cuanto ella la puede recibir, gozando a tu diestra del triunfo sobre todos los que la han deshonrado [3].

A estos deseos de su Divino Hijo, manifestados con

[1] Joann., VIII, 50.
[2] Joann., XVII, 4-5.
[3] Sto. Tom. In Joann., c. 16, lect. 1, n. 4.

tanto derecho y verdad, respondió la voz del Padre semejante a un trueno: «*Et clarificavi et iterum clarificabo,* te he glorificado y todavía te glorificaré más» [1].

60. Al cumplimiento, pues, de esta promesa nos toca brevemente asistir, cumplimiento que condensa en pocas palabras Santo Tomás de Aquino: «Te he honrado en tu natividad cuando los ángeles cantaron: Gloria a Dios en las alturas; en los milagros de tu predicación; pero te honraré todavía más en tu pasión, en que triunfes del diablo, en tu resurrección, en tu ascensión y en la conversión de todo el mundo» [2].

61. Detengámonos un instante en apreciar la extensión soberana de esta palabra divina: *Et clarificavi.* El ministerio divino de Jesús fué desde un principio rubricado por la voz del Padre. En el Jordán, delante de toda una muchedumbre varia y llena de avidez por oir al Bautista y la verdad de su doctrina, suena la voz celestial que dice: «Ese sobre quien baja esa paloma, ese es mi Hijo predilecto y amado.» Poco después Juan Bautista, que no hacía sino glorificarle, envía sus discípulos para que se cercioren por sí mismos de que Jesús es el Mesías, y Este apela al testimonio de los milagros que en su gloria obraba Dios: «Los ciegos ven, los cojos andan, los pobres se evangelizan, y es dichoso el que no se escandaliza con mi doctrina o con mi humildad [3]. Este testimonio aquí invocado de los milagros y de las profecías cumplidas es la más constante glorificación de Jesús desde que abre su acción ministerial en las bodas de Caná, hasta el terremoto de su muerte y la sangre y el agua de su Costado; desde que es concebido por una Virgen profetizada en Isaías, hasta el vinagre de la Cruz y el *Os non com-*

[1] Joann., XII, 28.
[2] In Joann., c. 12, lect. 5, n. 3.
[3] Matth., XI, 5.

minuetis ex eo, la preservación providencial de que se le quebrara ni uno de sus huesos. El cual testimonio de los milagros y de las profecías tuvo una solemne ratificación en el monte del Señor, cuando entre niebla y truenos apareció a los testigos señalados por Dios la gloria del Unigénito del Padre. Desde este punto pudieron decir los creyentes con San Pedro: «No seguimos en nuestra fe doctas falsedades y sabias insipiencias, como los gentiles que siguen a Hesíodo y a Homero, o como los racionalistas y modernistas de nuestros días que siguen los sueños de Hegel, o de Strauss, o de Loisy, o de Harnack, sino que seguimos aquella voz divina que en el monte Santo, en presencia de Moisés y Elías, señaló a Jesucristo como consumación de la Ley y de los Profetasy maravillosamente le designó como el oráculo del mundo, el Maestro de los hombres y el Unigénito de Dios [1].

62. Mas donde se agotaron los tesoros divinos en glorificar a su Hijo fué ya en su muerte, ya después de ella. *Oportet exaltari Filium hominis* [2], y en otro momento: *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* [3]. Convenía, sí, que el Hijo del hombre fuera suspendido en la Cruz, y convenía, porque desde entonces había de empezar la acción glorificadora del Padre. Acción glorificadora que se ejercitaría por el Espíritu Santo en el mundo: *Cum venerit Spiritus ille me clarificabit* [4].

63. Aquí es donde toda lengua criada queda muda y balbuciente al querer designar algo de esta glorificación.

Porque, en primer lugar, a ella pertenece todo cuanto podemos decir de la acción redentora de Jesucristo Nuestro Señor y cuanto en los Profetas se halla de más glorioso. Aquí se verificó aquel pisar sobre las cabezas de

---

[1] II Pet., I, 16-19.
[2] Joann., III, 14.
[3] Joann., XII, 32.
[4] Ibid., XVI, 13-14.

sus enemigos [1] aquel sabrosearse los perros en la sangre de ellos; aquel levantarse el Señor con los rehenes y cautivos rescatados [2] aquel florecer y reflorecer en la muerte como lirio perenne [3] aquí el alabarle por la gloria de su Hijo, los cielos, la tierra, los mares, los montes, los ríos, el sol, la luna y cuanto hay de visible y de invisible [4] aquí fué donde se rescató a los prisioneros y cautivos, donde se reunió un pueblo de adquisición, donde la justicia y la paz se abrazaron, donde quedaron confusos los enemigos, donde se reedificó la verdadera Sión y se reunieron sus piedras dispersas [5].

64. Si de David pasamos a los Profetas, no podremos declarar brevemente la gloria allí prenunciada. Este es el momento en que, salpicado con la sangre de sus enemigos y la suya propia, sólo con su indignación y celo divino, subió de Edom y de la tierra de los pecadores y réprobos para entrar en la divina Jerusalén [6].

En este día del Señor empieza su triunfo sobre los cedros del Libano, y las encinas de Basán, sobre las naves de Tarsis y sobre todo lo que se tiene en el mundo por poderoso y excelso y hermoso [7]. En esta glorificación de Jesús se levantará Dios en sus juicios y será ensalzado por su justicia [8]. Este es el tiempo en que aquel que nació niño y desconocido y que murió joven y escarnecido, se revelará Señor admirable, sabiduría de Dios y angel del buen consejo, Dios verdadero y Dios fortísimo, Padre del siglo futuro y cabeza de una generación

[1] Ps. CIX, 6.
[2] Ps. LXVII.
[3] Ps. XCI.
[4] Pss. XXXIII, CXLVIII, CXLVI.
[5] Pss. CVI, LXXXIV, LXVIII.
[6] Isai., LXIII, 1.
[7] II, 13-17.
[8] V, 16.

santa, Príncipe y Señor de la verdadera paz dada por su sangre, y en que tomará posesión del solio de David, donde reinará para siempre la paz y la justicia [1].

Este es el tiempo en que Dios hará que el descendiente de David y germen de Jesé, Jesucristo, sea invocado por todos los pueblos, levantado como bandera y seña de los escogidos y honrado por El el sepulcro de su resurrección [2]. A El acudirán sus redimidos cantando himnos de gratitud, coronados de alegría sempiterna y llenos y rebosando de gozo perdurable. [3] En este momento empezará el Señor a ser la luz de los pueblos que acudirán a El [4]; el Juez divino a quien el Espíritu Santo unge y cubre y llena de sus dones para que los reparta con todos [5], el Cordero dominador de la tierra [6], la piedra que derriba la estatua del poder humano y, hecha monte, cubre toda la tierra [7]; el monte que dará refugio al género humano y al que todos acudirán [8].

Leed los Profetas, y todo lo grande, lo sublime, lo glorioso, lo triunfador que allí encontréis, todas las coronas de gloria y honor, de alegría y regocijo, todos los trofeos y maravillas que allí se enuncian; todo eso es sombra y reflejo de la gloria dada por su Padre al Salvador.

65. La realidad excede a las figuras.

Porque el primer efecto de esta glorificación se vió en la presencia de Dios y de sus ángeles, cuando, por virtud de su Pasión, apareció Jesús y le adoraron los espíritus celestiales, coronado de gloria y de honor [9]; subiendo y colocado a la diestra del Padre sobre todo principado y potestad y virtud y dominación, y sobre todo cuanto

---

[1] Isai., IX, 6-7.
[2] Isai., XI, 10.
[3] Ibid., LI, 11.
[4] Ibid., LX, 1-3.
[5] Ibid., XI, 1-3.
[6] Ibid., XVI, 1.
[7] Dan., II, 34-35.
[8] Ibid., II, 2.
[9] Hebr., II, 9.

hay de sublime en lo visible e invisible [1], y recibiendo de todos el honor que a su nombre se le debe en cielo, tierra y abismos que lo pronuncian temblando y arrodillados [2].

66. Honor fue este no merecido tan sólo por el trabajo de la vida laboriosa y de la trabajosísima Pasión, sino debido también por los efectos conseguidos con sus méritos. Porque cuanto en Adán había caído sobre el género humano de pecado, odio de Dios, ira divina y condenación humanamente irreparable; todo eso se acabó y con la oblación de este Sumo Sacerdote se consumó y se borró [3]. Y aun donde reinó y abundó el pecado, reinó y sobreabundó la redención, la justicia y la gracia [4].

67. Aquel mundo y linaje de Adan caído en ira y desgracia de Dios por el pecado primero que abrió el camino y por sus pecados infinitos después, fué incorporado a Jesús, convivificado con El [5]; y El glorificado como cabeza y primogénito de muchos hermanos, que eran los hombres [6], a quien compró con su sangre [7] e hizo nación santa, sacerdocio regio, pueblo de adquisición [8], a quien enjoyó con grandes y preciosísimos dones [9] y a quien dió con su muerte y su resurrección títulos a vencer la muerte y resucitar con El [10].

68. Esta es aquella gloria que ni la experiencia de los sentidos, ni los esfuerzos de la razón pueden rastrear [11] y que de alguna manera nos bosqueja el sagrado Apocalipsis de San Juan en aquellas muchedumbres innumerables de toda tribu y pueblo y lengua y raza vestidas

---

1 Eph., I, 20-21.
2 Philip., II, 10.
3 Hebr., X, 14.
4 Rom., V, 21.
5 Ephes., II, 5.
6 Rom., II, 9.
7 I Petr., I, 18.
8 I Petr., II, 9.
9 II Petr., I, 4.
10 I Cor., XV, 22.
11 Rom., II, 9.

con las blancas estolas que en la sangre del Cordero purificaron; en aquellos ejércitos de predestinados escogidos de las tribus de Jacob; en aquellos ancianos coronados y vestidos de reyes inmortales del cielo; y en aquellos millones de millones de espíritus bienaventurados, cortejo de una corte divina e inimaginable. Esto es lo que nos quiere significar el Santo Apóstol en aquellos himnos y hosannas perpetuos, en aquellas músicas angélicas y perpetuas, en aquellas adoraciones de continuo rapto, en aquellas salutaciones de salud y gloria y honor y deidad y fortaleza y sabiduría y bendiciones de que es digno el Cordero que fué muerto y nos redimió con su divina Sangre. Exclamemos nosotros también: *Amen. Benedictio et claritas et sapientia et gratiarum actio, honor et virtus et fortitudo Deo nostro in saecula saeculorum. Amen* [1].

69. ¡Qué verdad es que primero se cansa el hombre de decir, que Dios Nuestro Señor de hacer y que todo lo breve y escaso que es en prometer, es el Señor largo e inefable en cumplir! Porque no para aquí la grandeza de su brazo al hacer a su Hijo vencedor de los poderes que le llevaron a la Cruz y a los tormentos; sino que extiende su acción a coronarle vencedor de todo poder humano, ya que El se hizo sujeto de toda flaqueza natural humana, y a esta glorificación extrínseca y pública aludía el Salvador mismo cuando, como interpretación del *iterum clarificabo* del Padre, añadió: *Si exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum* [2]: que es la misma idea del Apóstol cuando dice: *Oportet illum regnare donec ponat inimicos suos scabellum pedum suorum* [3].

70. Esta es la cátedra de la Cruz, el solio de rey, el tribunal de Juez, donde asentado Jesús con la firmeza de

[1] Apoc., VII, 9-12.
[2] Joann., XII, 32.
[3] I Cor., XV, 22.

sus clavos, espera que su Padre Eterno vaya trayendo a sus pies uno por uno todos sus enemigos: los de su sabiduría, para que confiesen la única verdad de la doctrina de su Cruz; los enemigos de su realeza, que no quisieron que reinara sobre ellos, para que se sometan como cautivos y escabel de pies; todos los pecadores, el infierno y la muerte, para que sempiternamente formen su trofeo.

71. Esta es la idea madre de toda la historia, esta es la idea indicada en las sombras del Apocalipsis. Como solemne comienzo e idea a que todo aquel libro se refiere, nos presenta San Juan al Salvador del mundo, al Príncipe de los reyes de la tierra, que fué muerto y vive y vive eternamente, teniendo en su mano las llaves de la muerte y del infierno, y asentado en el trono de gloria ante el cual han de caer postrados y deshechos sus enemigos todos. El es el único capaz de descubrir los secretos de lo futuro y por eso merece honor y gloria de toda criatura. Pues ¿cuál es este secreto de lo futuro, sino la completa victoria de Jesucristo? En otra visión sale montado en un caballo blanco, signo de imperio y de santidad, con corona de dominador en las sienes: *Et exivit vincens ut vinceret* [1]; y salió vencedor para seguir venciendo. Tras la ruda batalla con los otros tres caballos rojo, negro y pálido, que son el poder de los tormentos, las calamidades de los Santos y la muerte de ellos; después de dejar como botín de la pelea innumerables mártires que piden a Dios y al Luchador siempre vencedor venganza; se abrió el sello sexto que es el término de toda persecución, y todo monte y toda isla tembló en su cimiento y los reyes de la tierra y los príncipes y los tribunos y los ricos y los fuertes y los siervos y los libres se escondieron en las espeluncas y subterráneos, y clama-

[1] Apoc., VI, 2.



ron porque cayeran los montes sobre ellos para ocultarlos *a facie sedentis super tronum,* del rostro de aquel Principio y Fin que se sentaba en el trono: *ab ira Agni*, de la ira de este Cordero [1].

72. Estupenda, inmensa y en la historia continua manifestación del gran Poder de Dios: *ab ira Agni.* Así, así se quisieron esconder de este Poder de Dios, a cuyos pies cayeron inertes y rendidos aquellos perseguidores de la Iglesia como Nerón, Domiciano, Trajano, Septimio Severo, Maximino, Valeriano, Decio, Aureliano, Diocleciano, Maximiano, Galerio y Juliano el Apóstata, que quisieron ahogarla en su nacimiento; así quisieron también y en vano esconderse los perseguidores bizantinos como Constancio, Valente, Zenón, Justiniano, Constante, León Isaúrico, Constantino Coprónimo, y Bardas, que pretendieron viciar su dogma.

Así quisieron también, y en vano esconderse *ab ira Agni*, Cosroas y los tiranos de Persia, Mahoma y sus feroces adeptos, los reyes y tiranos bárbaros y gentiles que han hecho guerra sañuda al nombre cristiano. Así, por último, huirán en vano *ab ira Agni*, los emperadores germánicos como Enrique IV, Enrique V, Federico Barbarroja, Federico II; los príncipes electores del Imperio, los reyes disolutos y tiranos como los Guillermos, Enriques e Isabeles de Inglaterra, como los príncipes calvinistas y protestantes que quisieron dominar su independencia, esclavizar su jerarquía y hacerla servir a sus caprichos. Así, finalmente, se esconderán en vano *ab ira Agni*, los hombres del terror, los filosófos ateos, los gobiernos perseguidores de ayer, de hoy y de siempre, porque el Cordero y León era y es y será para siempre.

73. La tercera batalla, o más bien guerra llena de

[1] VI, 12-16.



batallas parciales, de que se habla en el Apocalipsis, es la postrera, en que antes de consumarse el tiempo se peleará por parte de Satanás y de sus hechuras, el Anticristo con sus secuaces, contra la Iglesia y el poder del Cordero. Aunque todo aparece allí envuelto en el sagrado misterio de la profecía, es indudable que no hay allí batalla, o mejor, fase alguna de la guerra que no sea señalada con el himno y la gloria dada al Cordero. Toca el séptimo Angel su trompeta para anunciar al mundo, al cielo y al infierno, que se abre el período final del tiempo y es acompañado por voces innumerables del cielo y por los veinticuatro ancianos del Empíreo que nos dan la síntesis y suma de todo este período: «Llegó, dicen, el reino sobre este mundo de Nuestro Señor y de su Cristo y reinará por todos los siglos. Gracias te damos, Señor omnipotente, que eras, eres y serás, porque desplegaste tu gran Poder y reinaste sobre los pueblos airados; porque llegó el momento de tu indignación y de tu juicio y de dar su galardón a tus siervos los Profetas y a los Santos y a los que temen tu nombre, humildes y elevados, y de exterminar a los corruptores de la tierra» [1].

74. El dragón o Satanás, que es vencido en la postrera persecución por la constancia de los mártires, y es echado para siempre del cielo y deja ya de tentar a los Santos, al caer en la tierra es acompañado por una aclamación de triunfo para el Cordero, que retumba poderosa en el cielo. «Ahora se consuma la salud, el poder el reino de nuestro Dios y de su Cristo, porque ha sido arrojado y deshecho el acusador de sus hermanos, que le vencieron *propter sanguinem Agni,* por la virtud de la sangre del Cordero [2].

75. El Anticristo y sus Profetas y aliados dispondrán

---

[1] XI, 15-18.

[2] XXII, 9-11.



de todo poder humano, haciendo que todos los no predestinados, grandes y pequeños, reyes y pueblos, reciban la señal de la bestia y sean seducidos por sus artes; la Babilonia pecadora del mundo, centro de toda seducción y corrupción, levantará su boca blasfema y llenará el mundo de sus tesoros, de su abundancia, de su poder; abundará en oro, plata, piedras preciosas, sedas y escarlatas, bálsamos y ungüentos, vinos y licores exquisitos, frutos de la tierra, máquinas y carros lujosos, esclavos a millones que le venderán sus almas. Con ella y con aquellos se juntarán grandes príncipes y reyes con un solo designio, con una sola fuerza y un solo poder que es destruir la Iglesia y la obra del Cordero; pero *Hi cum Agno pugnabunt, et Agnus vincet illos* [1]; esto es, pelearán con el Cordero y el Cordero los vencerá a ellos. Y vencidos los reyes y los príncipes y hundida como piedra Babilonia para que no vuelva a verse [2], otro triunfo del Cordero, concluye y termina esta guerra verdaderamente descomunal.

76. *Et vidi coelum apertum,* y de nuevo vi abrirse el cielo *et ecce equus albus*, otra vez el caballo blanco, *et qui sedebat super eum vocabatur Fidelis et Verax,* y su jinete se llamaba el Fiel y el Veraz, esto es, el que se llamó a sí mismo la Verdad, y se llamaba también el que juzga y pelea con y por la justicia. *Oculi eius sicut flamma ignis,* sus ojos llamas de fuego *et in capite eius diademata multa,* coronadas sus sienes con coronas muchas, *et vestitus erat veste aspersa sanguine*, su vestido estaba salpicado con la sangre que él derramó y con la sangre de sus enemigos, *et vocatur nomen eius Verbum Dei*, su nombre es Verbo de Diòs. Síguenle los ejércitos celestiales en caballos blancos, con vestidos inmaculados y exquisitos.

---

[1] XVII, 14.

[2] XVIII, 21.

Et de ore eius procedit gladius ex utraque parte acutus, ut in ipso percutiat Gentes. El es de quien se escribió que regirá con vara de hierro a las naciones y por eso lleva en su boca la espada de dos filos con que hiera a sus enemigos. *Et habet in vestimento et in femore suo scriptum:* REX REGUM ET DOMINUS DOMINANTIUM. Lleva en su vestidura y en su muslo escrito: *Rey de reyes y Señor de dominadores.* Así se presenta en batalla final y decisiva contra todos sus enemigos coligados, batalla que se termina en un abrir y cerrar de ojos. La bestia y el seudoprofeta que la ayudaba fueron aligados y vivos arrojados en estanque de fuego y de azufre; los demás murieron por la espada que sale de los labios del Verbo de Dios y todas las aves del cielo se hartaron de sus carnes [1].

77. Después del triunfo solemne del Cordero sobre el mundo y su ciudad coronada, sobre el Anticristo y su profeta y sobre sus huestes poderosas, sobre el dragón infernal y sus secuaces, no queda ya sino aquel triunfo insinuado por San Pablo: *Novissima autem destruetur mors,* quedará también al fin destruída la muerte, y de él nos habla también la visión de San Juan, cuando a los pies del trono del Cordero vencedor vió que el mar y el abismo y la tierra dió todos sus muertos, para que todos recibieran su pago y recompensa debida. *Et dedit mare mortuos suos, qui in eo erant, et mors et infernus dederunt mortuos suos, qui in ipsis erant; et iudicatum est de singulis secundum opera ipsorum* [2].

78. Vencidos todos los enemigos, obtenidas por Nuestro Señor Jesucristo todas las victorias posibles, se completa su acción redentora haciendo, o más bien, rehaciendo y regenerando cielos y tierra y desposándose El entre resplandores de gloria con la Iglesia y celebrando

[1] XIX, 11 21.

[2] XX, 13.



eternamente con ella sus celestiales nupcias. Así queda Jesús hecho el Alfa y el Ómega, el principio y el fin de toda criatura, y cielo, tierra y abismo confesando su Poder: *In nomine Jesu omne genu flectatur!*

79. ¡Oh Jesús Nazareno del Gran Poder! Lo eres, Señor, y no hay quien pueda dudarlo. Nazareno entre los judíos era sinónimo de obscuro, pobre y despreciado, y Nazareno fuiste en el portal al nacer, en Egipto al huir, en un taller al ocultarte; pero del gran Poder, porque en Belén te anuncian ángeles, en Egipto te manifiestas, en Nazaret creces y admiras con tu sabiduría. Eres Nazareno en tu vida pública, confundiéndote con todos en el Jordán, hablando y tratando y padeciendo como un pobre, siendo contradecido e insultado; pero lo eres del gran Poder, recibiendo la investidura de Hijo de Dios, señalando tu vida con prodigios, escapando de las manos de tus enemigos y dejándolos sin palabras y con las piedras en la mano. Jesús Nazareno en tu Pasión, pero del gran Poder por tu constancia, fortaleza y, sobre todo, por tu resurrección.

80. Jesús del Gran Poder eres también en tu acción como autor de mi fe y testigo de la verdad y redentor del mundo. Como Nazareno humilde en la acción apostólica limitada por las debilidades del hombre, nazareno humilde en la contradicción e ineficacia aparente de tu ministerio, haciendo obras menores que las que otros por tu gracia han hecho; nazareno humilde que viste tu obra destruída, deshecha y dispersa por la malicia y el poder humano; pero Nazareno del gran Poder, que se va mostrando en la eficacia de tu sangre, en la grandeza de tu obra y en la continua victoria que siempre consigues de tus enemigos. Nazareno del Gran Poder, abre nuestros ojos para verte siempre así, siempre Nazareno en la humildad de los medios, siempre del Gran Poder en la efi-

cacia y grandeza de la victoria. No atribuyamos, como el mundo, toda la eficacia del éxito a los medios, ni confiemos en ellos. Pongámoslos porque son manifestaciones del celo; pero confesemos que la victoria es sólo del gran Poder de Dios, que brilló en ti, a quien cantan honor y honra perpetua los bienaventurados del cielo, los justos de la tierra y todo cuanto de tu poder tiene vida.

Amén.

DISCURSO TERCERO

Doctrina evangélica y apostólica.

SUMARIO

Observación de Mons. Pie.—Modo de hablar de la virtud y del celo que tiene el espíritu del día.—En sus palabras late el espíritu de Satanás.—Resumen del discurso anterior.—Oposición entre el espíritu de humildad y Poder de Jesús y el espíritu de confianza humana del mundo.—El espíritu de Jesús del gran Poder es el de nuestra vida cristiana, el de nuestra vida de celo.

I

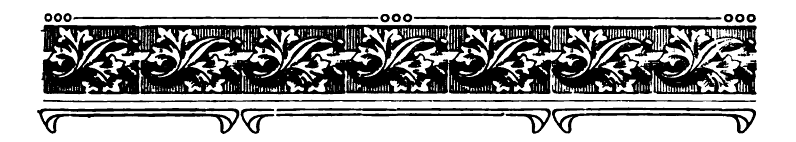
Intimó N. S. la humilde obediencia a los mandamientos: cifró en ellos la vida.—Preferencia de los mandamientos sobre todo.—Enseñanza apostólica.—*Omnium reus.*—Preceptos sobre los siervos, los casados, los súbditos.—Testimonio de San Justino.—Paciencia cristiana y su premio.—Consejos evangélicos: exhortaciones apostólicas.—Fuerza y poder de las virtudes pasivas.

II

Actividad de los Apóstoles.—Los dones de Dios a servicio de la Iglesia.—Escollo de la humana soberbia.—La predicación es condición, no causa del fruto: el predicador es como el sembrador o el segador.—Condición de la Iglesia.—Palabras de San Agustín.—Tribulaciones humanas por la palabra de Dios.—Victoria del Señor.—Tribulaciones del Apóstol y de los Apóstoles.—Triunfo de él y de ellos.—Triunfo de la Iglesia en Constantino.

III

Consecuencias y aplicaciones.—Predicación truncada.—La sociedad romana era epicúrea, materialista y escéptica.—Modo de predicación apostólica.—Su aplicación a nuestros días: consejos de León XIII y de Pío X.—Los testimonios de los adversarios.—Fuerza de la Iglesia: en qué está y qué es lo que contra ella pueden sus enemigos.



Quos praescivit, et praedestinavit conformes fieri imagini Filii sui.

(Ad Rom., VIII, 29.)

REAL COFRADÍA Y HERMANDAD DE NAZARENOS DE NUESTRO PADRE JESÚS DEL GRAN PODER:

1. Del modernismo y del espíritu moderno en general, cualquiera que sea su nombre y su aspiración, se puede decir lo que del liberalismo escribía Mons. Pie, invicto Obispo de Poitiers: «Este espíritu que soberbiamente se llama moderno, es el más antiguo y viejo de los espíritus: el espíritu de la antigua serpiente, el espíritu del hombre viejo, espíritu que condena todo cuanto él toca a rápida vejez, que todo lo hace caduco y perecedero y que, sin sentirse, va elaborando la total ruina de todo» [1].

Mas lo hace llenando los oídos de bellas promesas, de palabras seductoras.

Cuando habla del orden moral y de la acción apostólica, que es de lo que preferentemente tratamos, se extrema en aparecer amante de la virtud y del fruto de la santificación de las almas, acomodándolo todo, claro está, a las exigencias del espíritu moderno, hasta llegar a

---

[1] *Œuvres,* V, p. 44.

proscribir toda virtud, a acabar con el verdadero celo, a hacer reinar el antiguo espíritu del viejo Adán.

2. Al leer sus libros o aquellos por donde el soplo de su espíritu ha pasado, se ven frecuentes quejas acerca del desgraciado estado de la Iglesia en los países católicos, estado procedente de que, durante tres siglos, la Iglesia, viendo en peligro su influencia, ha querido reaccionar y centralizar el poder, con detrimento de las virtudes naturales, de la energía, de la iniciativa, de la acción social, de la virilidad.

«Las virtudes pasivas, como la oración, penitencia, humildad, paciencia, devoción, obediencia y otras fueron proporcionadas a un estado general del mundo absolutista y monárquico, trajeron grandes bienes consigo, contribuyeron al esplendor de la Iglesia, a la disciplina, a la obediencia. Pero hoy día depende la suerte de las naciones, y también de la Iglesia, del esfuerzo y de la vigilancia particular. Por consiguiente, sin destruir la obediencia, deben las virtudes activas ser cultivadas con preferencia a todas las demás, lo mismo en el orden natural que en el sobrenatural. En el primero hay que desarrollar una legítima confianza en sí, y en el segundo hay que dejar ancho campo a la dirección interior del Espíritu Santo» [1].

3. Ni se contentan con lo dicho, sino que hablan con desdén de las prácticas religiosas, de la suntuosidad del culto, de las devociones meridionales, como ellos con desprecio dicen.

«No cultivan los tradicionalistas en la Iglesia la probidad en los negocios, la fidelidad en guardar la palabra empeñada, el ardor en el trabajo, la rectitud en el pago de los impuestos o de las deudas, la honradez perfecta en

[1] *Vie du P. Hecker,* p. 400.



los períodos electorales y otras virtudes cívicas que merecen acogimiento caluroso. De donde se sigue que los hijos de la tradición se vean aislados del movimiento de progreso general y se les repute menos aptos para la práctica de ciertas virtudes naturales y sociales, que nuestra sociedad tiene por justos títulos en gran estima»[1].

Tras palabras por desgracia tan seductoras, no se esconde sino el orgullo humano que ya desde el Paraíso se ofende y corre de sujetarse al imperio de Dios; la vida de la carne que desea sacudir cuanto la oprima y rinda en cautiverio; el horror a la persecución y el deseo de evitarla a cualquier precio y a costa de lo que no se debe nunca arriesgar; el prurito de pretender y alardear un fruto fácil y agradable; el temor de concitar contra sí la potestad humana: en una palabra, el espíritu antiquísimo de las tinieblas.

4. Espíritu contradictorio al espíritu de Jesucristo.

Acordaos de lo que fundados en palabras y hechos divinos asentamos en el discurso precedente. Acordaos de aquella humilde a lo humano, poderosa a lo divino y siempre amabilísima figura de Jesús, que procuramos delinear. Sujeto a la voluntad de su Padre, como siervo obedientísimo, vivió la mayor parte de su vida en el ejercicio de virtudes pasivas, que fueron las que más inculcó a sus seguidores; a saber: la mansedumbre, el desprendimiento, la caridad, la obediencia, la mortificación, la paciencia, la conformidad con Dios, el rendimiento a su voluntad, la oración, el no temer las potestades del siglo, el desprecio aun de la muerte.

De estas virtudes no quiso que estuvieran desnudos ni aun los Apóstoles, a quienes envió a predicar como ove-

[1] P. Bureau, *Crise morale des temps nouveaux*, p. 241.



jas entre lobos, en cuyos labios puso palabras claras de reprensión de los vicios; a quienes amenazó con avergonzarse de ellos, si ellos se avergonzaban de Él.

5. Modelo Nuestro Señor de sujeción y de humildad al Padre, lo fué también de confianza, que no engaña nunca [1]. Con esta confianza fué poderoso, no para impedir la persecución, sino para superarla; no para estorbar que el poder de las tinieblas pusiera en Él sus manos, sino para lograr que no le pudiera hacer callar, ni acabara con su doctrina; no para evitar la muerte, sino para resucitar y coronarse de gloria por los siglos todos y por la eternidad también.

Cifra de ambas ideas fué nuestro divino Redentor en su vida particular, y cifra y suma de ellas también en su vida ministerial de Salvador, Maestro, Luz y rescate del Mundo; y en ambas vidas fué humildísimo en la debilidad humana, fortísimo con el Poder divino.

Luchó como hombre, venció como Dios.

Todo lo contrario del espíritu moderno, que quiere pelear y vencer como hombre, olvidando o desconociendo que es la que tenemos entre manos obra de Dios.

6. Escudriñemos hoy todavía las enseñanzas de este divino Maestro en sus Evangelios y en los escritos de los santos Apóstoles, y veamos que la imitación del doble espíritu de Jesús Nazareno del gran Poder ha de ser la que anime al cristiano en su vida toda, al apóstol de Jesús en su acción de celo.

Pidamos la bendición de Nuestra Madre y Señora.

Ave María.

---

[1] Ad Rom., V, 6.



I

Espíritu de la vida cristiana.

7. Nadie puede negar que la sujeción es una prueba de la debilidad, y por eso la tomó Jesucristo sobre sí y la predicó como principal artículo de su programa: la sujeción a los mandamientos y ley de Dios, que Nuestro Santo Padre Ignacio llama *humildad.*

Nolite putare quoniam veni solvere legem... sed adimplere, nadie piense que he venido a relajar la ley de Dios, sino a cumplirla, perfeccionarla y hacerla cumplir mejor [1]. Esta afirmación tan terminante restablece en todo su vigor el decálogo, ahogando las corruptelas o dispensas introducidas por los judíos. Cesó, pues, el *libelo de repudio,* se extendió la prohibición del adulterio y del homicidio a los deseos y concupiscencias voluntarias, se aseguró la santidad del juramento inculcando la afirmación llána y sencilla: *non veni solvere, sed adimplere* [2].

8. Insistiendo en estas verdades fundamentales, le contestó al que le preguntaba cuál era el camino de la vida, que no había otro sino el de los mandamientos: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata* [3].

Y siendo necesaria esta observancia para la salvación, a ella se refirió aquel mandamiento enérgico y varonil, por el cual mandaba la pérdida de los ojos, de las manos o de los pies, antes que admitir una ocasión inmediata de

[1] Matth., V, 17.
[2] S. Thom. 1. 2.^{ae}, q. 107, a. 2.
[3] Matth., XIX, 17.

pecado. *Si oculus tuus dexter scandalizat te, erue eum...* [1] Que fué como darle al cristiano la regla generosa que ha de seguir.

Es una cosa, aun en sí buena, que me sirve a mí o a los demás de escándalo y pecado; *erue*, *abscide*, prívate de ella. Es un amigo, un consejero que me es caro como la luz de mis ojos; es una lectura, es un libro que me sirve de consejo y guía, pero me induce a herejía, debilita mi fe, me pone estima del error y del hereje; *erue*, *abscide*. Son mis mayores, son mis amigos, son mis mismos padres, que con su ejemplo, con su palabra, con su acción me impiden la santidad, me estorban abrazar un estado más perfecto, me llevan a los bailes, a los teatros, donde naufraga mi pudor; *erue*, *abscide*, rompe con ellos, apártate; Jesucristo lo manda.

Es una agrupación social, es una agrupación o amistad política, en que se enfeuda e hipoteca mi personalidad y mi voto para empresas que son contra la conciencia, contra la justicia, contra la patria, contra la Iglesia; y esa agrupación o amistad se funda en una simpatía o en una necesidad, es como mi mano o mi pie. ¿Qué haré? *Abscide*, prescinde de ella, rómpela, apártate. Dura doctrina, sí, pero es la de Jesucristo cuando dice: Más duro te será condenarte con esos ojos, con esas manos, con esas amistades, con esos amigos, que salvarte y vivir para siempre sin ellos [2].

9. Fundada en esta santa intransigencia con el pecado está la doctrina toda predicada por los Apóstoles.

Donde debéis notar de camino que todas cuantas razones o pretextos se excogiten hoy para que la obligación cristiana se antoje dura a nuestro siglo; otras tantas

---

[1] Matth., V, 29.

[2] S. Thom. In Evang. Matth. h. l. Chrysost. sup. Matth. Homil. 17, n. 3; (P. G., LVII, 257-8).

y más había para que el imperio romano, dividido por el orgullo de los amos y la impaciencia de los siervos, minado por la molicie del triclinio y del circo e infatuado por las virtudes cívicas de los Sénecas y Plutarcos, se considerase poco preparado para practicar la austera verdad del precepto divino.

Pues con todo, esa es la virtud cristiana. El Apóstol San Pedro conmina a los fieles para que no padezcan persecución del poder humano por homicidas, ladrones, maldicientes o codiciadores de lo ajeno [1]. San Pablo les inculca con encarecimiento que la felicidad del Cristianismo, *regnum Dei*, no está preparada para los inicuos; *nolite errare,* añade, indicando a los falsos predicadores que otra cosa decían, ni los fornicadores, ni los que sirven a los ídolos, ni los adúlteros, ni los sensuales, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los avaros, ni los codiciosos poseerán el reino de Dios [2].

A los fieles de Roma, emporio entonces de todas las libertades de la carne y de todas las preconizaciones de virtudes cívicas humanas, les lee la misma lección y les declara dignos de muerte no sólo a los filósofos gentiles, a los predicadores de virtudes cívicas, llenos ellos de iniquidad, malicia, fornicación, avaricia, maldad, envidia, odios homicidas, doblez, malignidad; hombres ellos murmuradores, detractores, odiosos a Dios, insultadores, soberbios, hinchados, inventores de maldad, desobedientes, necios, descompuestos, duros, sin palabra, sin misericordia, que conocieron la justicia de Dios y no la aceptaron: a todos estos, infractores de los mandamientos, los reputa *dignos morte,* dignos de muerte, a ellos y a los que los consienten: *qui consentiunt ea facientibus* [3]. ¡Oh! Las de-

[1] I Petr., IV, 15.
[2] I Cor., VI, 9-10.
[3] Rom., I, 29-32.

cantadas virtudes romanas, las virtudes naturales, las virtudes de los que no son hijos de la tradición!

10. San Juan Evangelista es instruído por el ángel del Señor, y él lo inculca a los fieles, que para los cobardes que venden la fe, para los incrédulos, homicidas, fornicarios, maléficos, idólatras, embusteros, se les reserva la muerte segunda, o de todo el hombre, en los estanques ardientes del infierno [1].

11. Ni se contentan los santos Apóstoles con inculcar de este modo la observancia de los mandamientos divinos, sino que, instruyendo a los fieles en la razón suprema del mandamiento divino, no quieren que observen éste o aquél por cierta honestidad filosófica y natural; no quieren que aborrezcan uno u otro por el daño material que en sí tienen, ni crean que para ellos es menos malo faltar en un solo precepto de Dios cumpliendo los demás, sino que los instruyen en que *quicumque totam legem servaverit*, cualquiera que observare toda la ley, *offendat autem in uno,* pero viole un solo mandamiento, *factus est omnium reus,* se ha hecho reo de todos; porque el mismo Dios que mandó no fornicar, mandó no matar [2]. Esto es, como explica S. Beda el Venerable, «no porque viole materialmente todos los preceptos de Dios, sino porque menosprecia al autor de la ley y con razón pierde todo el premio que está reservado a los que la guardan [3]».

12. Sabiendo que todas estas enseñanzas no eran letra muerta en los cristianos, podía San Justino levantar su voz y escribir sus apologías al emperador Antonino, al Senado romano y al César, para que cesaran las persecuciones contra los cristianos, porque a juicio de todos eran los mejores ciudadanos; y con tanta confianza escri-

[1] Apoc., XXII, 8.
[2] Jac., II, 10-11.
[3] Alapid., h. l.



bía el Santo, que añade: «Mas no se diga que se han hallado culpables algunos cristianos, porque bien puede ser, y lo será sin duda, que se da ese nombre, como el de filósofo, a muchos que no piensan como cristianos. Por eso pedimos que se les juzgue, no por el nombre, sino por sus hechos. Si son culpables, castígueseles, no como cristianos, sino como malhechores [1]. Y en otro lugar: «Ahora bien, ¿quién no ve que no es ser cristiano confesar sólo con la boca la doctrina de Cristo? El que no hace más que esto, no alcanzará el fin supremo. Para estos cristianos de nombre os pedimos nosotros mismos un castigo.»

13. Ni se contentaron los Apóstoles con inculcar a los fieles esta doctrina de absoluta observancia de la ley de Dios, sino que descendieron a aquello que más podía ser discutido por los paganos recién convertidos.

Ya hemos visto cómo hablan de la fornicación. Veamos lo que mandan sobre la obediencia, sobre el estado de esclavitud y sobre las prepotencias tiránicas de los fuertes y ricos. En todo hallaremos la misma doctrina del Maestro, ajena a las conciliaciones con el espíritu de la época.

14. Porque a los esclavos mandan cumplir con sus deberes de servicio a sus amos, no sólo en su presencia, no por agradarlos, sino como quien sirve a Jesucristo. Y esto no sólo con los dueños y señores cristianos, sino también con los gentiles y los díscolos y crueles, para que vean y conozcan lo que la fe cristiana enseña y a lo que obliga [2].

15. A las esposas —y acordaos de la degradación del matrimonio romano— que reverencien a sus esposos como a Jesucristo; y que lo hagan aunque sea infiel, con tal que

[1] Apol. I, n. 7; (P. G. VI, 338).
[2] I Petr., II, 18; Ad Tit., II, 9-10.



él quiera cohabitar con ella [1]. A los esposos, que atiendan y miren y amen a sus esposas como Jesucristo a su esposa divina, la Iglesia, y esto aunque sea gentil, con tal que ella desee seguir cohabitando [2].

16. Se manda a todo cristiano que se someta a las autoridades en el ejercicio legítimo de su poder, que rindan a cada uno lo que le corresponde de honor, temor, tributo o contribución [3].

Con razón, pues, el citado San Justino se gloriaba de que los cristianos eran los mejores súbditos del imperio, y afirmaba que perseguirlos era querer la anarquía y la disolución del orden.

«Contribuímos más que nadie al orden público, enseñando que ni el malo ni el bueno se pueden sustraer a Dios, y que cada uno recibirá de Él o un castigo eterno o una eterna recompensa. Ni vuestras leyes, ni vuestras penas bastan a contener a los malos, porque saben que de vosotros, porque sois hombres, pueden ocultarse; pero si estuvieran persuadidos de que hay un Dios a quien nada se oculta, ni una acción ni un pensamiento, convendréis conmigo en que el temor al menos los contendría. Sin embargo, parece que tenéis miedo de que todo el mundo viva bien y de no tener que castigar a nadie. Pensamientos más propios de verdugos, que de buenos príncipes» [4].

17. Finalmente y para notar algo de mucho, Santiago, después de reconocer el juicio de Dios en que incurren los que abusan de sus riquezas, vejan y oprimen a los pobres, dirigiéndose a éstos y recomendándoles que no resistan al malo en los malos tratos personales, les dice:

---

[1] Ad Eph., V, 22; I Cor., VII, 13.
[2] Ad Eph., V, 25; I Cor., VII, 12.
[3] Rom., XIII, 1-7.
[4] Apolog. I, n. 12; (P. G., VI, 342).

Patientes igitur estote, fratres, usque ad adventum Domini. Sed, pues, hermanos, pacientes hasta el día de la visitación y venida del Señor [1]: no os quejéis, porque la venganza del Señor se acerca.

Que es como decir: Es verdad que esa observancia de los mandamientos, del deber cristiano, de lo que enseña la conciencia cristiana, puede hacernos parecer débiles, humildes, despreciables en el mundo; pero no temáis, poned toda vuestra fortaleza en Dios, que Él tiene prometido aun lo temporal, según su ordenación, al que busca ante todo el reino de Dios y la justicia [2].

18. Luce en todo esto la soberana imitación de Jesús débil y poderoso, nazareno y del gran Poder; pero donde resalta y sobresale más es en la parte de mandatos generales y consejos con que se ayuda al cumplimiento de los preceptos del Decálogo, y se especifica más la santidad cristiana.

19. Porque lo primero, se da el pregón general para que todo aquel que quiera seguir a Jesús, se repute como invitado a cargar con su cruz, como reo deputado a la muerte, y a seguir con ella al Nazareno. *Qui non bajulat sibi crucem et venit post me, non est me dignus* [3]. Palabra que impele al cristiano al odio del mundo, a la represión de los amores de lo visible y sensible, a la mortificación de los deseos que se ceban en lo temporal. Palabra de la cual no son sino particulares todas las afirmaciones del sermón del monte.

Allí se prescribe reprimir la ira en las palabras, en los deseos, en el corazón; perdonar las injurias, amar a los enemigos, devolver bien por mal, no resistir al que

[1] Jac., V, 7-8.
[2] Matth., VI, 33.
[3] Luc., XIV, 27.



nos daña o nos molesta, dar la mejilla al que nos la hiere; reputar dicha y bienaventuranza y tener como medio de dominación la mansedumbre de la oveja que se deja despojar; y esto es cruz de nuestra codicia, cruz de nuestro orgullo.

Allí se manda reprimir la concupiscencia carnal en las miradas, en el pensamiento, en las ocasiones, y se llega hasta reputar bienaventuranza el llanto de la penitencia y mortificación, la delicadeza de los limpios de corazón.

Allí se nos dice que desechemos la angustia y solicitud demasiada por las necesidades de la vida; que andemos tan desprendidos de todo, que al que nos pide la túnica demos el manto; que no atesoremos codiciosos en esta vida, donde todo se pierde y se deshace; que estimemos como el mejor camino para las riquezas y las dignidades la real vía de la pobreza cristiana; que todo es cruz del orgullo y de la apariencia humana, como el llanto fué también cruz de nuestra sensualidad.

Finalmente, allí se nos avisa contra la falaz conversación de los seudoprofetas y seductores, con lo cual se impone cruz a la vana curiosidad, al orgullo y amor a la libertad; y se nos exhorta a la oración confiada y desprendida, humilde y resignada con que nos humillamos bajo la mano del Señor.

20. De aquí proceden, para terminar este punto, todas las exhortaciones apostólicas a la prudencia cristiana y espiritual, a la sobriedad y vigilancia en la oración, a la mutua caridad, que soporta y encubre los defectos de los demás, a la hospitalidad alegre, a la beneficencia humilde, a la conversación santa, a la comida sobria y santificada con el nombre de Jesucristo, a la fuga de las novedades aun en las palabras seductoras, a la alegría en las tribulaciones padecidas por el Evangelio y Jesucris-

to, a la paciencia invencible, al respeto y sumisión, a la humildad, al desprendimiento y a la continua vigilancia contra las tentaciones [1].

21. De aquí todas las recomendaciones de San Pablo a la humildad, mansedumbre y paciencia, a la mutua y suave caridad, a la unidad y pureza de la fe, al odio del mal, al amor del bien, a la solicitud sin tedio, al fervor, a la paciencia en la tribulación, a la instancia en la oración, a bendecir a los que nos persiguen, a orar por ellos, a no devolver mal por mal, a procurar el bien ante Dios, y por Dios ante los hombres también [2].

22. No se puede hacer mayor alarde de todas esas virtudes llamadas pasivas y atribuídas a la necesidad política de la Iglesia de salvar su autoridad. Por ellas se corta y trunca todo el poder que los hombres exaltan; el poder del dinero, el poder de la venganza, el poder de la iniquidad, y se reduce al cristiano entre las contradicciones de la vida a un imitador dulce de Jesús Nazareno.

23. Y sin embargo, aquel pueblo de nazarenos se hacía temible, y ni Judea ni Roma pudieron mirarlo con tranquilidad. ¿Por qué? Porque en sus predicaciones, libros y palabras siempre esperaban en que tenían consigo el Poder de Dios. Porque el fundamento de su paciencia, de su serenidad, de su fidelidad, del cumplimiento que practican del deber, es ese reino de Dios que esperan, que ya inicialmente poseen. Lloran, pero esperan ser consolados; son pobres, pero se tienen por reyes; son mansos, porque esperan poseer la tierra; tienen resignados hambre, porque han de ser hartos; callan en las opresiones de los malvados, porque saben que su opresión

[1] I Petr., IV, 8-19; V, 1-9.
[2] Ad Ephes., IV, 1-5; Ad Rom., XII, 9-21.



atrae la cólera de Dios, y la esperan como el agricultor la cosecha; en una palabra: porque se apoyan y tienen consigo el Poder de Dios.

24. Recordemos otras palabras de San Justino, que nos atestiguan cómo se conservaba íntegra la predicación evangélica y apostólica un siglo después, y cómo los cristianos eran tenidos por fuertes, precisamente por su increíble debilidad.

«Cuando se os dice, escribe, que nosotros esperamos un reino, sospecháis, sin duda, que se habla de un reino humano; mas si esto fuera así, si aguardáramos un reino semejante, procuraríamos evitar la muerte para gozar de él algún día. Mas, por el contrario, la sufrimos con gozo, porque nuestras esperanzas no se hallan cifradas en lo presente, y el reino que aguardamos es el reino de Dios...» [1].

25. Esta era en verdad la mira primera y última de aquellos cristianos, pero también el mundo admiraba la obra del Poder de Dios en la sociedad y vida que practicaban; los mejores soldados eran los cristianos, los mejores amos los cristianos, los mejores siervos los cristianos, los mejores esposos los cristianos, y en medio de una sociedad en continua bacanal, se encontraba la virginidad y el pudor en los cristianos; en medio de un mundo de odios sociales, políticos y militares, la caridad y el amor reinaba en los cristianos; en medio de los clamores gárrulos de los filósofos queriendo implantar por arte de declamaciones virtudes romanas, todo lo bueno que esos rétores podían discurrir, lo hallaban con creces en los cristianos; no se podía negar: el Poder de Dios estaba con ellos.

---

[1] Apolog. I, n. 11; (P. G. VI, 342).



II

En la acción apostólica.

26. Donde más se manifiesta la imitación del Salvador del mundo es en la imitación de su ministerio y apostolado. Aquí se descubre toda la debilidad humana frente a toda la fortaleza humana, obteniendo de ésta completo triunfo, no por virtud humana, sino por fuerza y poder divino.

27. Mas lo primero en que se debe insistir para evitar un pasivismo pecaminoso, y en que es expuesto caer siempre que se habla de la acción divina en las acciones humanas, es que al ministro de la palabra de Dios y de la santificación de las almas exige Dios Nuestro Señor toda solicitud en el desempeño de su ministerio.

Al llamar a los Apóstoles, les dijo que fueran pescadores de hombres, indicándoles la actividad que habían de desplegar en su ministerio; para su formación les comparó a la sal, que en efecto sala, y a la luz que luce y da sus resplandores sin cesar; los envió *in mundum universum,* a todo el mundo, para predicar su Evangelio *omni creaturae,* a todos los hombres, y finalmente, los hizo sus testigos en Jerusalén, en Judea y hasta los últimos confines de la tierra.

28. Si la heredad del Señor recibe la cizaña que siembra el hombre enemigo, es porque se durmieron los guardas y operarios; si es reprendido y condenado el *servus nequam,* es porque escondió su caudal y no trabajó hábilmente con él, como lo hicieron los otros; si a algo se comparan los Apóstoles, es a los operarios que sufren todo el peso del día y del calor, al sembrador que sale a

sembrar y derrama su semilla; y si con algo se les estimula, es con la abundancia de mies y la escasez de los operarios. Por último, a los Apóstoles se les nombra ***pastores***, que dan su alma y su vida por su rebaño, y no mercenarios perezosos y cobardes.

29. Así, según toda esta doctrina, se portaron los santos Apóstoles. Desde que el Espíritu Santo llenó sus pechos, fueron rayos de la divina palabra, ángeles custodios de la tierra, mensajeros irreductibles e infatigables de la buena nueva, voces que sin cesar se escucharon en Jerusalén, Asia, Bitinia, el Ponto, Macedonia, Egipto, Grecia, las Islas del Mediterráneo, Italia, España, las Galias, la Escitia, la India y hasta los fines más remotos de la tierra.

No perdonaron viajes, caminos, peligros, fatigas, naufragios, asechanzas, odios, persecuciones y muertes por plantar la doctrina, sembrar la semilla, fundar la Iglesia. Y en esta actividad en que vivieron y murieron, formaron y educaron a sus discípulos.

30. Ellos habían de ser los herederos de su doctrina, trabajos, persecuciones y luchas; ellos los que habían de continuar guardando el depósito de la enseñanza; ellos los que habían de oponerse a los novadores y lobos que invadieran el redil; ellos los que debían vigilar siempre, trabajar siempre, predicar siempre; ellos los que tenían obligación de evangelizar oportunos e importunos, reprender, rogar, pedir, suplicar, amonestar, sin dejarlo por impaciencia ni por cansancio; ellos los que habían de emular la pelea de sus maestros para conseguir también su corona; ellos los que habían de poner a servicio de este apostolado todo el tesoro que les hubiera comunicado la gracia de Dios en sus múltiples manifestaciones.

31. Porque la Iglesia es el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, el cual ha de crecer, desarrollarse y perfeccio-



narse mediante el ejercicio y aplicaciones de todos los dones de Dios, dados para su utilidad.

El que de Dios ha recibido dones de elocuencia y de doctrina, el que tiene gracia para hablar, avisar y exhortar, no la ha recibido para sí, sino ***in aedificationem corporis Christi*** para el bien, la edificación, el aumento de la Iglesia, visible cuerpo de Cristo [1]. El que ha recibido conocimiento de los misterios de Dios, claridad para percibir sus doctrinas, ya infusa o ya adquirida, profundidad en exponer acertadamente las Escrituras, no lo ha recido para sí, sino que lo debe emplear en utilidad de los creyentes y de la Iglesia: ***ad utilitatem, in aedificationem corporis Christi.***

El que de Dios ha recibido, o gratuitamente o por su trabajo, dones para comunicar lo que sabe, para instruir y educar; o dones para dirigir y gobernar a los otros por los senderos del bien, sepa que no los ha recibido para su infatuación, sino para el bien, para la utilidad de la Iglesia: ***ad ulilitatem, in aedificationem corporis Christi.***

El que ha recibido riquezas y bienes de fortuna, salud y fuerzas de cuerpo, sepa que no los ha recibido para su adorno, su hartura, su abundancia, su placer, sino para que su sobrante caiga sobre la escasez ajena y haya igualdad, para que su compasión y ciencia alivie el dolor ajeno: en una palabra, para utilidad, para edificación del cuerpo de Cristo: ***ad utilitatem***, ***in aedificationem corporis Christi.***

32. La misma doctrina se aplicó siempre a las otras fuerzas morales que tuvieron los cristianos más adelante. Porque ese influjo que iban adquiriendo, la espada de la justicia puesta en su mano, la potestad del gobierno de los pueblos, la corona en las sienes de un Teodosio, de un

---

[1] Ad Ephes., IV, 12.



Valentiniano, de un Graciano, de un Carlomagno o de un San Enrique fueron siempre fuerzas y dones de Dios no otorgados para la prepotencia humana, sino *in aedificationem corporis Christi,* para el bien de los pueblos y de la Iglesia.

A todos sus hijos en cualquier grado, dignidad o poder constituídos, repitió la Iglesia esta predicación de los Apóstoles y les hizo siempre advertir que la potestad real no sólo se les ha concedido para el gobierno del mundo, sino más aún para utilidad y defensa de la Iglesia, a fin de que se repriman los conatos atrevidos de los sediciosos, se defiendan los estatutos y leyes saludables y se restituya a lo que esté turbado la verdadera paz [1].

33. No puede haber en esto duda alguna, mas siendo cosa tan evidente, es el continuo escollo de nuestra soberbia y propia complacencia. Porque fácilmente reputamos proporcionados al efecto sobrenatural esos medios humanos, y, cuando los hay, nos apoyamos del todo en ellos; y cuando nos faltan, o los queremos buscar a cualquier precio y aun a precio ilícito, o desmayamos, decaemos, desesperamos.

Para que esta tentación no nos haga sucumbir, la doctrina constante que sobre la acción apostólica leyó nuestro Salvador y Maestro a sus Apóstoles y en ellos a nosotros, y que ellos nos trasmitieron, y que no es otra sino la que desde el principio venimos exponiendo.

34. Porque, en primer lugar, el trabajo y ministerio apostólico es oficio de sembrador que arroja la semilla al surco, y, a lo más, que riega el sembrado; pero que ni a la semilla le da el germen de vida, ni a la tierra el calor

[1] San León I, epist. 156 (antes 125) ad Leonem Augustum, c. III; (P. L., LIV, 1.130).



que lo hace brotar; es sembrador que de ley ordinaria no suele ver el fruto de su trabajo, porque uno es el que siembra y otro el que va a segar, y ambos deben de estar contentos con su trabajo y con su salario [1]; de modo que los Apóstoles cogieron ellos el fruto de la predicación del Señor y sembraron por su cuenta lo que los varones apostólicos cogieron; los cuales también sembraron lo que otros habían de coger, hasta que en cadena ininterrumpida llegase hasta nosotros, segadores y sembradores de última hora: *Ego misi vos metere quod non laborastis; alii laboraverunt et vos in labores eorum introistis* [2].

35. Más: esa semilla y plantación no tiene la fecundidad y la vida del instrumento que la planta, sino del Padre, de Dios, que la vivifica, y así, todo plantío no plantado por el Padre, será arrancado [3]; porque ni el que planta, ni el que riega es nada, sino Dios, que fecunda y prospera [4].

36. Y para que si, a pesar de tan clara verdad, todavía quisiera el sembrador pensar en su trabajo y el instrumento en su perfección, y se encontraran burlados en sus vanidades, dispuso el Señor que los medios fueran siempre insuficientes para el efecto.

Estaba el mundo lleno de lobos fuertes con su furor y sus defensas, y envía el Señor para vencerlos un puñado de ovejas [5]. Estaba el mundo infatuado con las luces de la filosofía gentil y del saber rabínico, y escoge Dios como instrumento *stultitiam praedicationis* [6], la flaqueza y necedad de la predicación. Se precia el mundo de comienzos pomposos, de grandes promesas, de Hércules deshaciendo áspides y dragones en la cuna; pues Dios

---

[1] Joann., IV, 37.
[2] Joann., IV, 38-39.
[3] Matth., XV, 12.
[4] I Cor., III, 7.
[5] Ibid., X, 16.
[6] Ibid., I, 21.

quiere que el árbol de su Iglesia, que ha de cubrir el mundo, sea oriundo de una semilla de mostaza [1]. El mundo se fascina con los ricos, los sabios, los poderosos, y esos son sus palancas para lograr sus movimientos; pues la Cena de Dios, que es la Iglesia, ha de llenarse de cojos, ciegos, mancos, tullidos y mendigos [2], para que se vea que no es obra humana, sino divina, el efecto que produce. *Videte, fratres,* ved y considerad, hermanos, diré con San Pablo, la realidad de vuestra vocación: que no hay entre nosotros ni muchos sabios del mundo, ni muchos nobles, ni muchos poderosos, sino que escogió Dios lo ignoble y despreciado del mundo, lo que no tenía ser, para dárselo, a fin de que la carne, el hombre, no se gloríe de nada en su presencia [3]. «Grande misericordia y sabiduría la de Dios, exclama San Agustín. Sabía muy bien que si eligiera para apóstol a un senador, diría el senador: Mi dignidad ha merecido la elección; y si eligiera a un rico, diría el rico: Mi opulencia lo ha merecido; y si a un rey, pensaría el rey que su realeza era la que allí importaba; si a un orador ó a un filósofo, la elocuencia o la sabiduría eran las buscadas. Pues por ahora, dijo el Señor, apártense los soberbios que se hinchan vanamente: venga primero el pescador, venga el pobre; no tienes nada, no sabes nada; pues ven y sígueme, que es preciso acercar a la fuente copiosa y abundante ese vaso vacío. Dejó sus redes el pescador, recibió gracia y se trocó en el divino orador... Ahora se leen las palabras de los pescadores y se humillan los cuellos de los oradores» [4].

37. Así dispuesta esta Iglesia, dominando en ella la debilidad humana, ha de entrar en liza con todo el poder

---

[1] Matth., XIII, 31.
[2] Luc., XIV, 21.
[3] I Cor., I, 26-29.
[4] Serm. 87, n. 12; (P. L. XXXVIII, 537).

de los hombres, y ahí ha de presentarse ella experimentando toda su flaqueza, experimentando todo el poder de Dios. En lo cual de nuevo modo nos enseña el Señor que toda la obra del apostolado es suya: suya, porque es suya la simiente; suya, porque es suyo el incremento; suya, porque los instrumentos son inhábiles, y suya porque suya, y sólo suya, es la postrera victoria.

38. A la cual ordinariamente dispone Dios con la total destrucción de lo que habíamos hecho. Porque aunque los medios sean insuficientes y los instrumentos inhábiles, todavía cuando estamos en la lucha y vemos que se obtienen algunos triunfos, nos olvidamos de la insuficiencia e inhabilidad, y atribuímos los efectos a la elocuencia del uno, a la actividad del otro, al talento de éste, al poder de aquél, y entonces viene el fracaso inmediato de todo, para que no se glorie nadie sino en el Señor.

39. Compara en primer lugar la acción apostólica a la siembra, y la palabra de Dios al grano, y añade: Si ese grano que cae en la tierra, no muere primero, no produce nada; pero si muere, producirá mucho [1]. Como de otro modo lo declaró también en la parábola del sembrador, porque allí cae la semilla *in terram bonam* y da generoso fruto de veinte, sesenta y ciento *in patientia* por medio de la paciencia que se ejercita en las tribulaciones que se suscitan por la misma palabra de Dios [2].

40. Por eso cuando envía nuestro Señor y Maestro a predicar a sus discípulos, los envía como ovejas entre lobos; les promete aflicciones, trabajos y opresión en el mundo; que todo eso era necesario que sucediese por causa de la resistencia que el mundo había de presentar a la palabra divina.

---

[1] Joann., XII, 24.
[2] Luc., VIII, 15.

Sed confidite, ego vici mundum; pero confiad, que yo he vencido al mundo y en vosotros lo seguiré venciendo [1]. Que fué como decir: A pesar de vuestra solicitud, de vuestro trabajo y esfuerzo, vendrá la poderosa resistencia del mundo que hará que se pudra y muera el grano de la divina palabra; y cuando la debilidad humana haya cedido ante el poder humano y éste crea que no hay grano, porque se ha deshecho y han sido quizá vencidos sus sembradores; entonces vendré yo. Y yo que he vencido al mundo, lo venceré de nuevo y muchas veces más.

41. ¡Cuántas veces nosotros perdemos de vista estas palabras divinas, y desconfiando del éxito de todo, remitimos a lo más nuestra esperanza a la otra vida! Y ciertamente, el triunfo colosal y completo, la tranquilidad sin eclipses, la victoria perfecta no se ha de hallar sino cuando se acabe el tiempo; pero las victorias parciales, los premios menores, el triunfo incoado, todas las divinas Letras nos lo prometen, la razón nos lo hace creíble y la historia nos lo confirma.

42. Los Salmos, Moisés y los Profetas están llenos de esas promesas que sería violentísimo entenderlas todas de la otra vida, sobre todo porque en los momentos de triunfos parciales y de presente las emplearon los santos todos. Pero la razón es también muy poderosa, porque al lado de la verdad, de la justicia, de la revelación, está Dios, está su honra; la pelea que, *propter verbum* se traba, no es por un hombre, ni con un hombre, es con Dios y con su gloria; ¿quién, si tiene fe, podrá creer que el poder divino va a ser absorbido por el poder humano? ¿Quién soñará que la fortaleza va a rendirse a la hoja seca? ¿La piedra al humo? ¿Dios al hombre? Durará la pe-

[1] Joann., XVI, 33.



lea lo que Él tenga determinado, porque Él sólo conoce el día y hora de cada cosa; caerán en ese trance los héroes que Él tenga determinado de aquel modo coronar, se manifestará cuanto Él quiera la impotencia humana de los corderos entre los lobos, de su Esposa frente al Dragón; pero al fin los corderos vencerán a los lobos, la Esposa al Dragón, porque en ellos y en ella vence Él.

43. Lleno de estas ideas estaba aquel encendido pecho del apóstol San Pablo que mostraba como señales y maravillas de su apostolado la paciencia, los trabajos, las penalidades [1]. Por eso es tan frecuente en Él la enumeración de las contradicciones que por la predicación padecía. Ya nos presenta a todos los Apóstoles como centro de las miradas del mundo, de los ángeles y de los hombres, peleando como aguerridos atletas y venciendo y coronándose por la virtud de Dios; ya enumera cómo le tenían por loco y necio por Cristo, por débil, flaco y deshonrado, por desprecio y detritus del mundo; ya se complace en contar el hambre, la sed, la desnudez, las bofetadas, los destierros, los trabajos de sus manos, las maldiciones, las persecuciones de todo género; con todo lo cual engendraba para la fe a los pueblos y formaba en ellos a Jesucristo.

Cuando aquel gloriosísimo Apóstol enumeraba como única gloria suya los trabajos numerosos, los azotes muchos, las cárceles con frecuencia, los peligros de muerte casi continuos: cinco veces me azotaron los judíos con el máximum que ellos pueden; tres veces fuí herido con varas; una apedreado, tres naufragué, y día y noche anduve por las ondas del mar; sin cuento de peligros padecí en los caminos y peregrinaciones apostólicas, porque tuve peligros en los ríos, peligros de ladrones, peligros de los

[1] II Cor., XII, 12.



judíos, peligros de los gentiles, peligros en las ciudades y en los poblados, peligros en los despoblados, peligros en el mar, peligros por los traidores y falsos hermanos: he andado siempre con trabajo y pobreza, en muchas noches insomnes, con hambre y sed, con frío y desnudez; sin contar las solicitudes interiores, el cuidado de las Iglesias, el consumirme de celo por los escándalos y pecados de los demás; los afanes y penas interiores por las tentaciones de Satanás [1].

44. «Pablo, exclama San Juan Crisóstomo [2], lleno de devoción parece no sentir los trabajos sufridos por la virtud y aun por todo y el mejor premio reputó la misma virtud. Siempre de corazón más elevado, siempre se alzaba más grande, triunfante cantaba victoria en toda contradicción, deseaba más la muerte que la vida, más la pobreza que la opulencia, deseaba mucho más los trabajos, que otros el descanso; las ciudades, los pueblos, las provincias, los poderes, los reputaba arena exigua del mar; los reyes eran para él insectos; la muerte, los tormentos, los suplicios, los miraba como juegos de niños por la alegría y ganancia de padecer por Cristo; era diamante, era más que diamante en lo duro y en lo fuerte, y como ángel de Dios volaba predicando por todo el mundo, y como incorpóreo despreciaba todo trabajo y peligro, y como ya en el cielo desdeñaba y menospreciaba la tierra.»

45. Pero ¿por qué? Porque, como él nos dice, cuando se sentía débil y pobre y hombre perseguido, entonces se sentía vestido del poder de Dios [3]; porque ese poder de Dios le hacía andar atribulado, pero no angustiado; afligido, pero no vencido; perseguido, pero no desamparado;

[1] I Cor., IV, 9-15; II Cor., XI, 23-32; XII, 7.
[2] 2 Hom. de laudibus Pauli.
[3] II Cor., XII, 10.



abatido, pero sin que lograran verlo perecer; y de este modo vencía siempre, vencía diariamente prenunciando otra victoria mayor [1]; porque, finalmente, aunque él estuviera preso, la palabra de Dios no está presa [2], y por eso, Nerón puede amarrar mi cuerpo, pero no ligar la palabra de Dios. *Quis ergo clarior,* amplifica San Juan Crisóstomo (h. l.) *qui vincebat in vinculis, an qui superabatur in purpura?* ¿Quien más ilustre, el que vencía en la cadena o el que era vencido en la púrpura? ¡Gracias a Dios que nos dió esa victoria por nuestro Señor Jesucristo!

46. Así no habrá duda cuando Pedro y Pablo sean venerados como columnas de la Iglesia, cuando su palabra sea tenida por todos como palabra de verdad, cuando su triunfo se perpetúe de gente en gente y vengan de todas partes a venerar su sepulcro y celebrar su nombre, nadie dudará de que eso ha sucedido no por la industria humana, sino por el poder divino. Ellos, perseguidos, ocultos, muertos, pregonaron el debilísimo poder humano, fueron la flor de heno que secó el ardor solar; su doctrina viviente y resucitada del surco donde murió y con ella y por ella el nombre de los Apóstoles viviente y resucitado, son el poder de Dios que perdura para siempre.

Esa fué la pelea y la victoria apostólica, esa la de toda aquella edad de ellos y de sus discípulos también llamada apostólica, esa la de aquel primer período de la Iglesia que trajo el triunfo de Constantino que en este año celebramos todos.

47. Lo que la imparcial y verídica historia nos había trasmitido de que esta victoria y libertad de la Iglesia militante «fué debida a la sangre de nuestro Señor y

[1] II Cor., IV, 7-10
[2] II Tim., II, 9.



de los mártires» lo repetimos hoy todos con palabras del Sumo Pontífice [1], sin que se pueda poner en duda. Lo que a nuestro propósito hace es ver cómo se verifica en esto el proceso ya explicado, y que sigue siempre el Señor en la propagación y triunfo de su doctrina.

Porque quiso en su amorosa providencia que a servicio de la predicación y de la fe se pusiera toda la actividad de los Apóstoles, el valor de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna, que fueron desde sus iglesias a Roma por confesar la fe; la generosa valentía de niños asombrosos como Santa Inés, San Justo, Santa Eulalia; la de madres heroicas como Santa Sinforosa y Santa Felícitas; las apologías y el saber de San Justino, Atenágoras, San Dionisio Areopagita, San Clemente de Alejandría, Orígenes, Minucio Félix, San Cipriano de Cartago, Tertuliano y muchos más; se pusiera, finalmente, toda la riqueza de los cristianos ricos, todo el valor de los soldados cristianos, la industria y celo de los apologistas.

48. Mas para mostrar que era obra sólo de su mano poderosa y que todos esos plantaron y regaron, pero que El era quien daba el incremento, puso Dios nuestro Señor como preparación de los días de Constantino los luctuosos de Diocleciano, aquel esclavo hecho emperador, de Maximiano, el artesano de Panonia convertido en Maximiano Hercúleo y del pastor de Dacia Galerio, que ahora se lanzaban sobre la Iglesia hasta cantar himnos y levantar columnas a su desaparición. Creyeron ciertamente haber triunfado, y hacia el 303 se elevaban arcos, columnas e inscripciones que decían: *Diocleciano, Júpiter y Maximiano Hércules, Césares Augustos, después de ha-*

[1] Letr. Apost. *Universis christifidelibus*... 8 Marzo 1913. Acta Apost. Sedis, V, 89.



ber extendido el imperio romano por el Oriente y el Occidente, y de haber abolido el nombre de los cristianos que trastornaban el Estado.

49. *Qui habitat in coelis irridebit eos* [1]. El que mora en los cielos se burlará de ellos y hará que a los diez años la Iglesia entone los himnos de gozo que David e Isaías cantaron celebrando futuros los triunfos que ahora ellos ven presentes. Dios se había levantado, había manifestado al Salvador y a su Esposa, se había acordado de su misericordia, y en presencia de todo el mundo había hecho alarde de su poder. Había congregado alrededor de ella pueblos innumerables, había poblado sus soledades, y la había revestido de fortaleza y gloria.

Dextera Domini fecit virtutem [2]. Había hecho con su diestra un gesto de venganza, y el llamado *Diocleciano Júpiter* había muerto de hambre en simple *Diocles,* después de ver derribadas por Constantino sus estatuas, y desterrada y perseguida a su hija [3]: el orgulloso *Maximiano Hércules* había expirado, como otro Amán, colgado de una viga en el castillo de Marsella [4]; el brutal Galerio Maximiano, yerno de Diocleciano, con su corpulencia y ferocidad de oso transdanubiano, herido con cáncer ignominioso y pestilencial, había llegado primero a la corrupción que a la muerte [5]; su grosero y selvático sobrino y sucesor Maximino Daza, que en fiereza consiguió superarle, derrotado en Andrinópolis por Licinio y perseguido de cerca hasta Tarso de Cilicia, acababa de darse la muerte con su propia mano [6]. Y así desaparecían o en los

[1] Ps. II, 4.
[2] Ps. CXVII, 16.
[3] Lactancio, *De mortibus persecutorum,* c. XLII; (P. L. VII, 258).
[4] Lactancio, *op. cit.,* c. XXX; (P. L., cit., columnas 242-3).
[5] Lactancio, *op. cit.,* cc. XXXIII-XXXV; (l. cit., columnas 246-51).
[6] Lactancio, *op. cit.,* c. XLIX; (l. cit., columna 271).

cadalsos o en las muertes vergonzosas todos los otros perseguidores y sus razas malditas: *Dextera tua, Domine, percussit inimicum* [1].

III

Consecuencias y aplicaciones.

50. No se contenta el espíritu moderno con recomendar las virtudes activas, censurar las pasivas y enaltecer las virtudes neutras o naturales o cívicas (laicas se llamarían mejor), con lo cual incurre en aquella condenación de San Agustín cuando dice: «Hubo algunos filósofos que de los vicios y las virtudes trataron mucho y muy sutilmente, dividieron, definieron, sacaron agudísimas conclusiones, llenaron libros, con sonoras trompetas pregonaron su ciencia y hasta invitaron a los demás a seguirlos, a hacerse de su escuela para bien y felizmente vivir; pero como no entraban por la puerta, que es Cristo, no querían sino perder, destruir, matar [2]».

Así los de hoy día hablan mucho del honor, del civismo, del patriotismo, de la honorabilidad, de la humanidad, del altruísmo. Pero como no entran por la puerta, que es Cristo, en último término deshonrarán, traicionarán, perderán, matarán. Lo cual ni ellos mismos lo pretenden negar, como aquel novelista que quiso cifrar en un judío el ejemplo de todas esas virtudes ateas, y concluye por procurar la deshonra de la protagonista, con que toda aquella *gloria* se trueca en verdadero infierno.

51. Pero no se contentan con esto, sino que quieren

[1] Exod., XV, 6.
[2] In Joann., tract. 45, n. 3; (P. L., XXXV, 1720).



hacer que la propaganda católica, la evangelización del mundo se acomode y moldee por esos principios.

52. Porque, en primer lugar, en una sociedad minada por la sensualidad y el regalo, ¿cómo hablar clara, desnudamente, de la mortificación cristiana? [1].

En una sociedad profundamente materialista, ¿cómo ejercer influjo sobre las masas prometiendo bienes de la otra vida? [2].

En una sociedad del todo y en realidad indiferente y atea, ¿cómo presentarse exigiendo para la Religión Católica lo que le corresponde? [3].

Todo eso es en buen hora la aspiración, lo sumo de la aspiración, pero sería una reclamación de la Edad Media, impropia de nuestro siglo y de nuestra época [4].

53. Mas no consideran los que así discurren ni el estado social del imperio romano al aparecer la predicación cristiana, ni la fuerza que tiene la palabra de sacrificio en el hombre, ni en dónde estriba la fuerza y el poder del proselitismo cristiano.

54. ¡La sociedad romana! ¡Las virtudes romanas! ¡Se necesita no vivir en nuestros días y no saber hasta lo que nuestros niños pueden saber, para decir esto en serio! Leed a Salustio, a Cicerón, a Séneca, a Tácito; y no sólo a los historiadores y filósofos, leed a los poetas y cómicos, a Horacio, a Juvenal, a Persio, a Marcial, a Terencio, a Plauto; leed aunque sea una novela como el *Quo vadis*, que ha estado en las manos de todos, y tendréis que apartar con asco el corazón, los ojos y el pensamiento de las virtudes romanas.

---

[1] Véase Cavallanti, *Modernismo y modernistas*, p. 408...

[2] Klein, *Nouvelles tendances...*, p. 115-117. Naudet en *La Justice Sociale...* casi continuamente.

[3] P. Maumús, *Los católicos y la libertad política*, pág. últ.

[4] P. Sabatier, *A propos de la séparation*, págs. LI y LXI.



55. Porque uno os hablará de convites y bacanales donde *totos dies*, días enteros *edebatur, bibebatur, vomebatur* se comía, se bebía, se vomitaba; otro os hablará del triclinio y del *vomitorium* con sus espátulas de oro para aliviar a los comensales de suerte que pudieran recomenzar el placer de la ingestión gulosa. Otro os presentará a la media noche a aquellos descendientes de los Horacios y de los Escévolas, coronados de yedras o entre los brazos de las bacantes o rodando por el suelo soñolientos y agitados entre las heces del festín. Otros os dirán como salían al alborear y se encontraban tirados a la puerta a los parásitos y poetas que compraban sus agrados y sus sextercios con epigramas obscenos. Otros os hablarán de que aquel pueblo desde el triclinio se iba al anfiteatro donde veían a príncipes como Nerón disputar el premio de los histriones, mientras el preceptor Burro lloraba, pero aplaudía: *et moerens Burrus et plaudens;* donde el espectáculo artístico cedía al atlético, el atlético al brutal, el brutal al cruel e inhumano; en que el emperador y las vestales y los senadores y todo el vulgo ronco, ébrio de sangre, descompuesto, pedía clamoroso que se rompieran las jaulas, que salieran las fieras de Libia, que se les echara un montón de niños, ancianos, mujeres e indefensos cristianos! Y todos, todos, como yo ahora, llegarán a un punto en que tendrán que callar, porque la virtud romana llegó a tal exceso de impudicicia y refinación, que no hay nadie que se atreva a pronunciar lo que ellos, lo que sus Sócrates, Periandros, Zenones y Crisipos; lo que sus Calígulas, Nerones, Adrianos y Heliogábalos, lo que sus semidioses y dioses se atrevieron a hacer y a canonizar.

56. Porque en la sociedad donde predicaron San Pedro, San Pablo y sus discípulos, no sólo se hacía eso y se alababa, sino que se adoraba. Se adoraba la disolución en



Venus, y se adoraba el derecho de la fuerza en Marte, y se adoraba el robo y el interés en Mercurio, y se adoraba el orgullo y la tiranía y la crueldad y la traición en Saturno, y en Juno, y en Júpiter y en toda la turba vil de dioses, diosas y semidioses y héroes.

57. Por consiguiente, aquella sociedad tenía por maldición el dolor, por infamia la humildad, por único poder la fuerza, por misión divina de los romanos tiranizar, por sabiduría el sofisma y la apariencia, por dioses de la tierra sus águilas y sus legiones. Por eso ardía en lucha de clases, y los esclavos, que eran más de las dos terceras partes de la población, vivían en perpetua rebelión, que luego se transformó en sedición militar y acabó por la ruina del imperio y la invasión de los bárbaros.

Era, pues, aquella, una sociedad epicúrea, era una sociedad materialista, era también atea, porque reuniendo en sí los dioses de todo el mundo, se había quedado sin ninguno, se había hecho escéptica.

58. Pues decidme ahora, si no hubo pretexto para que aquellos Apóstoles de la verdad la dieran truncada. ¿Qué iba a pasar, si predicaban el odio total al mundo y a sus placeres, si predicaban mortificación a un mundo que salía del triclinio para dirigirse al circo? ¿Cuántos prosélitos iban a hacer predicando los bienes del cielo a los que hambreaban los de la tierra? ¿Cómo se iban a abrir paso a los oídos de los pobres, si les ponían su recompensa tan lejos? ¿Qué resistencia no hallarían, introduciendo una fe que cautivaba y se decía única donde todas se toleraban con tal que no fueran exclusivas?

59. Pues, con todo, así fué. No se contentaron los Apóstoles con señalar algunos o muchos casos en que fuera pecado mortal condescender con el mundo; sino que asestando el dardo a su propia naturaleza e hirién-

dolo en el corazón, predicaron que el mundo todo estaba constituído en maldad [1]: que no era sino reunión y suma de objetos concupiscibles para los ojos y para la carne, y de cebo e incentivo para la soberbia [2]: que entre el mundo y los cristianos había un abismo, porque los cristianos ya no eran aquella abominación, sino que estaban limpios, santos y santificados [3]: que no sólo no habían de caer en las inefables carnalidades antiguas, sino que habían de huir de la palabra torpe, de los chistes y juglarías *sicut decet sanctos*, como deben vivir los santos [4]: que, finalmente, debían vivir no según los sentidos, porque morirían; *debitores sumus non carni ut secundum carnem vivamus, si enim secundum carnem vixeritis, moriemini* [5].

61. Pues en punto a la recompensa de las tribulaciones y trabajos, aunque no desconocen que la vida cristiana es fuente de bienestar para la sociedad informada por ella, y no niegan nunca que el Señor, aun en esta vida, llena de sus bienes a los que de su mano los esperan; todavía insisten en que sirvan y obedezcan y sufran porque nuestro trabajo no es inútil en el Señor [6]; y si les presentan lo odioso de la opresión que de los ricos sufren, cómo sus jornales mal pagados o detenidos caen como lluvia de sangre sobre los ricos; es para hacerles confiar en la paciencia y esperar como el labrador la cosecha *adventum Domini,* la venida del Señor [7].

62. Por lo que hace a la predicación de la fe cristiana, no se dejaron seducir del temor, ni aun siquiera del aparente amor de mayor éxito, callando de Cristo para ganarse la fuerza de aquellos filósofos como Plutarco,

---

[1] I Joan., V, 19.
[2] I Joan., II, 16.
[3] I Cor., VI, 11.
[4] Eph., V, 4.
[5] Rom., VIII, 12.
[6] I Cor., XV, 58.
[7] Jac., V, 7.



Quintiliano, Plotino y los emperadores filósofos, que deseaban la restauración del siglo de oro de las costumbres romanas. Sin dejarse seducir por estas tentaciones los Apóstoles y los Santos predicaron inconfusibles *Christum crucifixum,* arrostrando el desprecio soberbio, la persecución desenmascarada, y no se avergonzaron del Evangelio [1], ni callaron, ni temieron perder bienes imaginados, ni dejaron de llevar a Jesucristo hasta a las acciones más vulgares de la vida; y comiendo y bebiendo y viviendo y muriendo se confesaban de Jesucristo y en todo buscaban su glorificación.

63. Con estos modelos bien fácil es conocer cuál debe de ser nuestra conducta, no es difícil la elección.

En medio de un siglo corrompido y corruptor, lejos de nuestros labios las palabras de progreso de la conciencia humana, perfección de los sentimientos, elevación de la dignidad y del pudor con que se ocultan feas concupiscencias. Lejos también de nuestros labios toda palabra de sirena que quite ó disminuya el saludable horror al peligro, el saludable horror al mundo, a sus espectáculos, teatros, gimnasios, circos, concurrencias y lujo. Porque, aunque nos fuera lícito hacer alarde de un casuismo sutil, no deberíamos usarlo si por él iba a padecer escándalo algún débil, algún pequeño [2]. ¿Perecerá, diremos con San Pablo, permitirás que por el alarde de tu ciencia se ponga en peligro algún pequeñuelo de aquellos por quienes Cristo murió? ¿No repetiremos más bien aquellas otras palabras apostólicas: *Nolite communicare operibus infructuosis tenebrarum;* no tengáis participación ninguna con las infructuosas obras de las tinieblas, que es el mundo? [3]. ¿No repetiremos mejor las exhortaciones de San

[1] Rom., I, 16.
[2] I Cor., VIII, 11-12.
[3] Ad Ephes., V, 11.



Agustín a los nuevos cristianos: «Sabed que tenéis trabado desde ahora combate mortal con aquella antigua y venenosa serpiente: haced, pues, que después que en el bautismo habéis renunciado a sus obras, no vuelva a encontrarlas en vosotros, no sea que vuelva a reduciros a su esclavitud. Pues, ¡oh cristiano!, quedas en descubierto y como cogido cuando dices una cosa y haces otra; cuando permaneces fiel en el nombre y ostentas con las obras otra cosa, y no guardas la fidelidad de tu promesa; cuando entras en la iglesia para orar, y al poco te ven gritar indecorosamente con los histriones y comediantes en los espectáculos. *Quid tibi cum pompis diaboli, quibus renuntiasti?* ¿Quién te mezcla a ti con las pompas de Satanás a que en el bautismo renunciaste?» [1].

64. En cuanto a predicar el orden sobrenatural, las recompensas eternas a un siglo material y materializado, cerremos los oídos a las burlas sacrílegas de Naudet, Murry y demás amigos suyos, de Sagnier con sus *sillonistas*, de todos los que, más o menos picados del espíritu del siglo, quieren predicar al mundo algo inmediato y práctico, porque es poco, dicen, predicarles sólo lo eterno. Nosotros con León XIII atendamos ante todo y sobre todo al perfeccionamiento moral y religioso; recordemos constantemente a todos el *Quid prodest* del Evangelio, ¿qué aprovechará al hombre ganar el mundo, si pierde su alma? Recordemos siempre que este es el carácter con que Nuestro Señor Jesucristo quiere que se distinga el cristiano del gentil, porque estas cosas terrenas, nos dice, buscan los gentiles, pero vosotros habéis de buscar primero el reino de Dios y su justicia, para que todo lo demás se os dé como añadidura [2].

[1] De Symb. ad Catech., IV, c. I; (P. L., XL, 661).
[2] Encycl. *Rerum novarum*.



Nosotros hemos de inculcar con Su Santidad Pío X que «es preciso recordar enérgicamente en tiempos de anarquía social e intelectual como los presentes, en que cada uno se constituye en doctor y legislador; que no se levantará la ciudad sino como Dios ha querido que se levante; que nadie podrá edificar si la Iglesia de Jesucristo no echa los cimientos y no dirige los trabajos; que no hay que inventar una civilización ni se debe pensar en edificar en las nubes la ciudad del presente; que esa ciudad, que esa civilización ha existido y existe y es la civilización cristiana, la ciudad edificada por la Iglesia a través de los siglos; que no se debe tratar sino de instaurarla y restaurarla sobre sus cimientos naturales y divinos, contra los ataques todos de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad: *omnia instaurare in Christo* [1].

65. Por lo que toca a un mundo ateo, que no puede oir hablar de Jesucristo, de la Iglesia como única Esposa suya, y a lo que se le debe decir, es también clara la forma en que a los Apóstoles debemos imitar. En primer lugar, debemos arrojar lejos de nosotros aquel error disfrazado con el nombre de tolerancia, y ensalzado por la prensa liberal y moderna como una soberana conquista de nuestra época, por el cual el amor ha de estar por encima de todas las opiniones filosóficas y religiosas respetando la buena fe de los equivocados y el derecho del error a la propaganda; sino que debemos reconocer que, según la doctrina católica, el primer deber de la caridad no es la tolerancia de las convicciones erróneas, por sinceras que sean, ni la indiferencia teórica o práctica del error o el vicio en que se hallan hundidos nuestros her-

---

[1] Lettre: *Notre charge apostolique...* Act. Apost. Sedis, II, página 612.



manos, sino el celo por su mejoramiento intelectual y moral [1].

Por esto mismo debemos reconocer que más que nunca nuestros tiempos requieren acción, pero acción que consista en la profesión franca y abierta de la Religión católica [2].

66. Que «ni siquiera con pretexto de atraer más fácilmente a los disidentes debe la Iglesia atenuar algún dogma o dejarlo en la sombra» [3], sino que «aquel ***non erubesco Evangelium*** que con tanta franqueza repetía ya San Pablo en medio de los romanos, esté impreso con grandes e indelebles caracteres en la bandera de toda obra católica, y que una abierta y franca profesión cristiana forme su gloriosa divisa y la síntesis luminosa del carácter que la informa y la distingue»; que, como en distintas ocasiones ha inculcado Su Santidad, toda empresa, palabra o exhortación católica «se muestre y sea católica a toda prueba, no sólo en las sombras de las reuniones privadas, sino en la luz de las grandes manifestaciones sociales; no sólo en el silencio de la vida privada, sino en el rumor de la vida pública; de modo que todos podamos aplicarnos a nosotros mismos y repetir con gloria ***in Ipso vivimus et movemur et sumus***, en Jesucristo vivimos, nos movemos y somos [4].

Por último, y aunque haya que romper con intereses de medio, aficiones y simpatías naturales y cualquier otro respeto humano, el católico de nuestros días, y singularmente en España, no ha de dar su nombre a ningún partido político de manera que hipoteque al jefe su voto,

---

[1] Pío X, *Notre charge apostolique*, l. c., pág. 619.

[2] Pío X, Encicl. *Supremi Apostolatus*, 4 Oct. 1903, hacia el fin.

[3] León XIII, *Testem benevolentiae*.

[4] Pío X, Carta al Conde Estanislao Medolago Albani, 15 Marzo 1910. Acta Apost. Sedis, II, pág. 222.



su manera de pensar, sino que recabe su libertad para protestar contra todos los errores liberales condenados por la Iglesia y para oponerse con su voto y con su acción a lo que sea contra su conciencia, la justicia, la patria o la Religión [1].

67. Aquí es donde se multiplican las voces de alarma del espíritu moderno anunciándonos que por ese camino nos vamos a encontrar solos; que así se resta y no se suma; que pronto desaparecerá la Iglesia. Pero es que no se acuerdan de lo que en otras ocasiones confiesan sus mismos doctores: *mentita* est *iniquitas sibi* [2].

68. Porque cuando quieren pintarnos el desarrollo de la Iglesia en los primeros siglos de la era cristiana, dan tanto al entusiasmo sagrado, al fanatismo religioso, así le llaman, de aquellas muchedumbres, que sin recurrir al orden sobrenatural explican el proselitismo y crecimiento de la Iglesia. Eso, dicen, tienen esas ideas grandes y generosas, que exaltan las imaginaciones y profundamente conmueven los corazones y con su imán atraen y cautivan. En cambio las ideas muelles y blandas no ejercen su influjo sino en almas enmollecidas y sensuales, de las que nunca se puede esperar nada.

Todo lo cual es mucha verdad, con tal que no lo exageremos hasta hacer depender de ello el sobrenatural y milagroso desarrollo de la Iglesia en sus principios. Pero al fin y al cabo ese influjo de las ideas grandes y heroicas en las almas generosas es verdad.

Por donde ya se ve que el espíritu moderno es el antiguo espíritu de la mentira.

69. A raíz de la separación en Francia, o poco des-

[1] Pío X, Normas políticas a los católicos españoles. Norm. 8, Abril, 1911.

[2] Ps. LXII, 12.



pués, era trasladado a Burdeos Mons. el Cardenal Andrieux, y al entrar en su nueva Sede predicaba a su pueblo la obligación no sólo de no obedecer a una ley contra Dios, sino la obligación en conciencia de trabajar contra ella. El santo Prelado fué perseguido y siempre mantuvo la firmeza y la integridad de su afirmación. Al mirarle y admirarle bramaban los papeles clerófobos de París, y uno de ellos expresaba el por qué de su saña en estas palabras: «Por este camino los vencidos de hoy serán los vencedores de mañana.»

70. La misma idea han expresado en nuestra patria los que se han preciado de verdaderos salvadores de la revolución, puesta en peligro por los avances intempestivos de la izquierda, que excitaba la firme resistencia de los católicos.

Es decir, que precisamente lo que humanamente podría acabar con la Iglesia, lo que acabaría con ella, si no fuese inmortal, sería esa abdicación, ese olvido, ese silencio, esa renuncia de sus dogmas y de sus derechos. La razón es obvia; porque ¿qué es la Iglesia sino una institución fundada en una serie de afirmaciones, que es su Credo, y una serie de deducciones y derechos, que es su moral? Pues ¿cómo muere una tal institución sino mudando su Credo, abdicando sus derechos, truncando su moral? En el momento en que algo de esto suceda, ya no es ella, ya será otra cosa, ya ha perecido. Y como los enemigos de Dios odian a la Iglesia, lo que quieren es que no sea lo que es, que desaparezca.

71. De manera que la razón natural nos hace comprender que esa actitud generosa que los ejemplos y doctrina apostólica nos impone, que los sucesores de San Pedro nos inculcan, lejos de atraer la muerte de la Iglesia, le proporcionan su única vida.

Podrá ser, no lo negamos, que, exacerbados los ene-



migos con esta actitud noble y que en su corazón aprueban, se lancen con todo su poder sobre ella y le hagan sentir momentáneamente el rigor de su odio. Podrá ser que entonces, dejada un instante por Jesucristo a merced de sus enemigos, se manifieste la flaqueza humana, y padezca, gima, se vea sola y vea diezmadas las filas de los suyos. Podrá ser, en una palabra, que todos en ella vean a Jesús Nazareno y le pregunten ¿dónde está tu Dios? *Ubi est Deus tuus?* Todo eso y más podrá suceder; lo que no sucederá es que muera, porque su poder es el Poder de Dios.

72. Que es precisamente lo que olvidan aquellos católicos por cuyos pechos ha pasado el maléfico espíritu moderno: *Sufficientia nostra ex Deo est* [1]. No tenemos nuestra confianza en nada de lo visible y de lo humano; no nos seduce ni el número de las muchedumbres, ni el poder de los poderosos, ni la astucia de los prudentes; no la fuerza de los guerreros, ni el oro de los ricos, ni poder, ni fuerza, ni influjo alguno humano, sino que en todo vencemos y venceremos por el Poder de Jesucristo.

Será hoy como ayer y como siempre, que cuando Jesús haya llegado al Calvario y a lo sumo de la flaqueza humana, cuando ya echen suertes sobre sus vestidos y sellen su sepultura; cuando hasta sus mismos amigos en la calle de la Amargura y en el Calvario y en el Cenáculo le crean perdido; cuando un sol de luto alumbre los excesos de júbilo de Jerusalén deicida; cuando todos, todos no vean en Jesús más que el Nazareno; entonces, entonces sea cuando empieza el Poder de Dios.

73. Será hoy como ayer y como siempre, que la Iglesia de Dios y sus Apóstoles por predicar la fe y a Cristo

[1] II Cor., II, 5.



Crucificado, suscitarán contra sí a los procónsules y emperadores, a los sabios y filósofos, a los guerreros y fuertes, y cuando ya se hayan escudriñado las catacumbas para que no queden cristianos; cuando se hayan diezmado las legiones para acabar con los Sebastianes, Mauricios, Eustaquios y Teodoros; cuando ya el terror haya parecido dispersar el rebaño; cuando se erijan monumentos a la ruina de la Iglesia; cuando los Diocleclanos, Galerios y Maximinos quieran descansar y elevar sus copas por la ruina de la Esposa del Cordero; entonces, entonces se levantará el león y Dios poderoso y mirará y confundirá y carbonizará a sus enemigos: ***Sufficientia nostra ex Deo est.*** Nuestro poder es el gran Poder de Dios.

74. Por eso no moriremos teniendo al Señor contento, antes al contrario, abdicando, ocultando, callando su doctrina. Pero mientras nosotros prediquemos su palabra, ensalzemos su misericordia, inculquemos su verdad; no temamos, sino digamos con los jóvenes Ananías, Azarías y Misael: Nuestro Dios es poderoso para hacer que el fuego no nos toque y que ningún trabajo aflija a su Iglesia; pero tenga Él determinado librarnos del fuego o dejarnos perecer en él, has de saber, oh rey Nabucodonosor, han de saber todos nuestros enemigos, que en cualquier caso nuestra determinación es no adorar la estatua, no callar, no enmudecer, porque ***obedire oportet Deo magis quam hominibus*** [1], y perseguidos y triunfantes glorificaremos su poder ahora y siempre y eternamente.

Así sea.

---

[1] Hechos, V, 29.



DISCURSO CUARTO

El Poder divino y la sabiduría humana.

SUMARIO

Himnos de alegría en la Iglesia por la paz de 313: Fragmento del *Triumphus Christi*.—Nuevas luchas; sus causas y gérmenes.—Materia de este discurso.—La flaqueza humana y el Poder divino en las luchas del Oriente por la fe; los mismos caracteres en las luchas modernas entre la razón y la fe.

I

Observación a la Historia de Duchesne.—Desprecio aparente de la verdad.—Líneas generales de la materia.—Error del arrianismo, del nestorianismo y eutiquianismo.—De qué depende la prosperidad de las herejías.—El arrianismo: circunstancias en que nació: Nicea, Constantino, Constancio, Valente.—San Atanasio.—Panegírico de éste por San Gregorio Nazianceno.—Conciliábulos.—Confusión en Oriente.—Osio y Liberio.—El poder de Dios en San Atanasio y en San Basilio.—El monofisismo y sus fases.—Las fórmulas de paz caracterizan esta herejía.—Latrocinio de Efeso.—Concilio de Calcedonia.—Lucha contra éste y causas de ella.—El *Henótico* de Zenón.—Justiniano y los *Tres capítulos*.—Sergio y la *letesis* de Heráclio.—Resistencia de San Sofronio.—Tipo del emperador Constantino II.—San Máximo y San Martín.—Sus palabras y martirio.—Triunfo del Poder divino.

II

La ciencia moderna.—Errores más radicales.—Se busca hacerlos pasar por ciencia con la libertad liberal, el indiferentismo, la impunibilidad de las ideas, la corriente moderna, el agnosticismo, el practicismo con sus diversas fórmulas.—Resistencia y doctrina de los Sumos Pontífices Pío IX, León XIII y Pío X.—Señales de victoria y victorias parciales.—Cuál es la causa del escepticismo moderno.—Palabras de Pío IX sobre el triunfo último.

Resumen del discurso y conclusión suprema que de él se deduce.



Perdam sapientiam sapientium et prudentiam prudentium reprobabo.

Destruiré la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes.

(*Isaías,* XXIX, 14)

Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder:

1. Era el año 313, fecha que es hoy familiar a todos los católicos y de la cual se pueden sacar muy útiles consideraciones. En aquel año la literatura eclesiástica rebosa de alegría. Los obispos en las dedicaciones de las basílicas e iglesias, que merced a la munificencia de Constantino se erigían y edificaban por todo el mundo, rompían la urna de los elogios y alabanzas bíblicas, y las elevaban al Señor que había suscitado al nuevo Ciro, al gran Emperador a quien colmaban de aclamaciones y encomios.

2. El pueblo también tomaba parte. Los Virgilios cristianos pululaban por dondequiera, y anónimos unos y con nombres declarados otros, todos repetían idénticos conceptos, que eran los del mundo cristiano. Nuestro Juvenco escribe la historia del Salvador del mundo; Optaciano, agradecido a Constantino por sus favores personales, une su voz al concierto universal para cantar a Jesús rey del cielo y al emperador su ministro en la tierra!

La poetisa, o mejor, centonista Valeria Fultonia Pro-

ba despoja a Virgilio de sus versos para engalanar con ellos la fe, la predicación, la doctrina vencedora de la Cruz [1]. Poetas anónimos como el autor del poema *De laudibus Domini* y el del *Triumphus Christi,* aclaman la conversión de Constantino Magno y exponen la alegría que dominaba los corazones.

3. «Cristo reina en el universo mundo. Antes los valerosos griegos, después los reyes del Lacio sembraron el mundo con los trofeos de sus victorias. Ahora es Cristo quien empuña su bandera emblema de un triunfo tan duradero como la eternidad. Yérguese el árbol de la Cruz que plantó Cristo; leño adorable de cuyas ramas penden sus enemigos degollados. Allí vencido el Plutón estigio, roto su arco, derramadas sus inútiles flechas, quebrados sus grillos y sus cadenas; allí pálida, ciega, feroz, con la lengua arrancada, los dientes deshechos, la nariz mutilada, la boca entreabierta, rígida, allí está la imagen ensangrentada de Marte. Mirad; allá en lo alto el rocío y la lluvia de la sangre divina apaga la cólera del cielo y disipa los remordimientos de los pecadores. En un brazo de la cruz está clavado el decreto de condenación de los hombres y de todo el linaje de Adán: en el otro están para siempre encadenadas la discordia que ensangrentó el mundo, las muertes y los crímenes, la crueldad de los tiranos. Cristo los ha vencido, Cristo los ha aniquilado. Muchas veces se ha renovado la lucha, pero a nosotros estaba reservada la victoria. A nosotros y para nosotros, por Cristo que reina por toda la eternidad» [2].

4. ¡Por toda la eternidad! ¡Para siempre! Estas son las palabras que con más frecuencia se escapan de los labios de los oradores y poetas. Estas palabras eran el de-

---

[1] Val. Fult. Prob., *Centones Virgiliani ad testimonium V. et N. T.;* (P. L., XIX, 803).

[2] Triumph. Chr.; (P. L., XIX, 387-88).



seo universal. Les pasaba como a los hijos de Israel, a quien aludían. Dejaban en un mar de sangre, rojo e hirviente, ahogados a sus enemigos, y con el terror que la persecución produce, no querían más pensar en ella. ¡Para siempre! exclamaban, para siempre venció Cristo, para siempre vencimos nosotros.

5. Pero no era así. El Brazo de Dios habíase sacudido con fortaleza, el Señor se había levantado del sueño en que parecía haber caído, había herido y ahuyentado a sus enemigos; pero no había torcido su decreto de que su Iglesia había de estar en el mundo en un perpetuo vaivén, de la fortaleza de Dios a la impotencia humana y desde la impotencia humana otra vez al Poder divino.

6. Hoy día la historia y la razón humana descubren los verdaderos enemigos que minaban el imperio romano, a pesar de la conversión individual de Constantino Magno. El imperio no se había convertido y no se convertiría ni refugiado en Constantinopla.

«Bien persuadido estoy que los macedonios, los Eudoxios, los Eutiquios, los Saturninos de Arlés, los Auxencios de Milán, lo mismo que Ursacio y Valente, cabeza de ellos, y sus protectores, no tenían de cristianos sino el nombre. Fuera del bautismo y los sacramentos, de que se hacían ellos un medio de ambición y dominio, un arma administrativa, no había ni en su fe, ni en sus costumbres, ni en sus actos, nada de común, no ya con el dogma católico, pero ni siquiera con la idea más elemental de la religión católica. El arrianismo implantado por ellos en el mundo, era una reacción pagana más bien que una lucha entre la herejía y las ideas cristianas. No se trataba, en suma, sino de hacer prevalecer un culto de estado, nacido de los caprichos del César y de imponerlo al mundo sobre las ruinas de la religión de Jesucristo. Prolongación de la resistencia oficial de la idolatría bajo

Constancio, que se mostrará paladina bajo Juliano el Apóstata. Era el duelo mortal entre el paganismo y la Iglesia, duelo que con la conversión de Constantino Magno no había tenido sino una tregua. Para vergüenza de la civilización romana, la historia declara que las razas decaídas y gastadas por el enervamiento religioso, razas que la idolatría minaba política, social, intelectual y moralmente, fueron refractarias al cristianismo.»

7. Estas juiciosas palabras de Darrás [1] caen primeramente sobre el arrianismo, pero tienen perfecta aplicación a toda la lucha sostenida por la Iglesia en Oriente contra nestorianos, eutiquianos, acéfalos, monotelitas y focianos. De todos aquellos emperadores, patriarcas, sacerdotes y monjes, de Nestorio, Eutiques, Dióscoro, Acacio, Pablo, Sergio, Pirro y de los Cenones, Heráclios, Constantinos y Basiliscos se puede decir lo mismo: ni tenían fe cristiana, ni costumbres cristianas, ni moral cristiana, y eran verdaderos paganos que vivían en el cristianismo.

8. Por eso no entendían ni sabían siquiera lo que debían de creer y concebían de un modo humano y grosero los dogmas elevados de la Encarnación y la Persona adorable del Salvador. La razón humana infatuada y soberbia negaba el *obsequium fidei* midiendo por su necedad los abismos incomprensibles del saber divino. Un César prepotente y un Judas adulador solían ser los que se empeñaban en corromper el dogma y la enseñanza divina, y aquí comenzaba la Pasión de la Iglesia y de sus defensores, en la cual se manifestaba la debilidad humana en los que corporalmente sucumbían, y la fuerza y el Poder divino en la victoria de la idea, en la ruina de los enemigos, en el triunfo postrero de la verdad.

[1] *Hist. gen. de l'Église,* tom. X, c. 1, núm. 6.



9. Grandes enseñanzas para nuestro provecho y edificación, ya que la lucha moderna tiene mucho de lucha de ideas difundidas por la mentira prepotente, sostenidas por intereses muchas veces sacrílegos, vendidas por silencios punibles y culpables. Lucha de ideas que toda se reduce a juzgar de los dogmas por la pobre razón humana, a negar el razonable vasallaje de la fe y a medir la sabiduría de Dios por la prudencia humana.

10. Ya que en los discursos anteriores y fundamentales hemos considerado con cierta generalidad nuestro tema, como parecía conveniente al principio; desde ahora parece mejor, no rompiendo del todo el orden natural e histórico, ordenar la materia según batallas dadas y ganadas por el Poder divino a distintos y temibles poderes humanos. La sabiduría de la carne, la prepotencia de los grandes, la sirena engañadora de la prosperidad, el torrente de la opinión, las inclinaciones de raza y los terrores del pesimismo, fuerzas humanas son contra las que el Poder de Dios ha dado y da constante batalla y de las que siempre vence y triunfa.

Unos tras otros los iremos viendo, para sacar siempre instrucción, aliento y confianza.

Comencemos por la sabiduría del mundo luchando con la sabiduría de Dios, para conocer que entonces, y hoy, y siempre pierde Dios, engaña Dios y aniquila Dios a la sabiduría humana con la santa y sabia necedad de la fe.

Imploremos, etc.

AVE MARÍA.

I

11. Uno de los reparos y razones de reprobación dados por las Congregaciones romanas en la condenación de la historia antigua de la Iglesia escrita por monseñor Duchesne, fué que reducía aquellas grandes cuestiones teológicas y dogmáticas a disputas sin sustancia, que en nuestro siglo no hubieran tenido lugar, y hacía los Santos Padres, que agonizaron en ellas y por ellas, hombres disputadores y sutiles sofistas, cuando fueron Padres de la Iglesia, a quien confirmaron y aumentaron, y Padres de la misma sociedad, a quien procuraron salvar de la ruina.

12. Mas este criterio despectivo de la verdad es característico del espíritu moderno, y una de las armas con que la combate. El espíritu moderno lucha desapoderado en el campo de las ideas y llama ciencia hinchadamente a cuanto favorece o no se opone a las suyas; pero rehuyendo ponerse frente a frente con la verdad y temiendo ser vencido de ella, la desprecia, le vuelve la espalda y aparenta olvidarla; falso olvido, falso desprecio, pero, en fin, arma de combate.

Lo mismo, absolutamente lo mismo podremos apreciar en la lucha teológica que vamos a describir.

13. Todos los grandes sucesos que vamos a anunciar, se desarrollan en Oriente, la cuna del Cristianismo, y tienen por materia el ser misterioso de Jesucristo Nuestro Señor. Su divinidad y su humanidad y la unión de ambas en un solo Redentor, que es lo que se llama la unión hipostática.

El tiempo en que estos acontecimientos tan transcen-

dentales corren, es de trescientos setenta años, es decir, desde el 325, en que se tuvo el primer Concilio ecuménico y primero de Nicea, al de 680, en que se reunió el sexto Concilio ecuménico y tercero de Constantinopla. Las herejías que sirvieron para purificar el concepto cristiano de la Encarnación se llamaron *arrianismo, nestorianismo* y *eutiquianismo,* de sus autores Arrio, Nestorio y Eutiques. El *monotelismo,* que no fué sino un eutiquianismo disfrazado, se llamó así de su error, como otras sectas, dentro de las grandes herejías dichas, tomaron otros nombres particulares.

14. Arrio negaba que el Verbo y, por consiguiente, Jesucristo, fuera en sentido propio y unívoco con su Padre, Dios; en buen hora le concedía cuanto de grande se quisiera, pero nunca la misma substancia, el ser de Dios; era la razón humana, que no comprendía tres Personas en un Dios y negaba lo que no comprendía: era de nuevo el paganismo. Como la verdad era indivisible y estribaba en una palabra, *consustancial* al Padre, los errores eran todas cuantas categorías se pueden imaginar en el orden criado hasta llegar á Dios, con tal de no hacerle Dios *consustancial.* De ahí que cada conciliábulo presentaba una fórmula de arreglo con lo que todo se confundía más.

Esta herejía duró en Oriente desde 320 a 378 en que moría con el emperador Valente. Los contendientes poderosos, las columnas de la fe en este período fueron singularmente San Atanasio de Alejandría en Egipto y San Basilio de Cesarea en Capadocia.

15. La segunda herejía fué la del Patriarca de Constantinopla Nestorio, el cual negaba que en Jesucristo hubiera una sola persona, sino que admitía que era un hombre puro, santo, en quien moraba Dios como en su templo: era la razón humana que no comprendía el misterio de la Encarnación y negaba lo que no comprendía.

De otro modo que Arrio, llegaba a negar a Jesucristo la divinidad, porque era un hombre en quien habitaba Dios. Todo su error y su ignorancia la condensó este retórico sutil en decir que la Virgen María no era Madre de Dios, sino de Cristo, en quien habitaba Dios. Su duración fué exigua y obscura, como la vida restante del patriarca: nacida en 428, fué anatematizada en 431 y desaparecía de la escena con la reconciliación de Juan de Antioquía y San Cirilo y con la entrada de San Proclo en Constantinopla en 437. El hombre de Dios levantado contra el patriarca bizantino fué San Cirilo de Alejandría en Egipto.

16. Más duración y más alternativas tuvo el error del abad o archimandrita de Constantinopla, Eutiques. Este, ignorante como el presbítero alejandrino y como el patriarca constantinopolitano, no comprendía la unión hipostática, y afirmó que en Jesucristo se mezclaban las dos naturalezas divina y humana, no resultando sino un mismo y único principio de operación. Los llamados *monotelitas*, llamados así por una palabra griega que significa defensores de una voluntad, defendieron esa unidad de operación en Jesucristo, con lo cual de hecho negaban la dualidad de naturaleza o de principio operativo en Jesucristo. Era la razón humana que juzgaba humanamente de lo divino, y no entendiendo más unión que la yuxtaposición o la mezcla, admitían ésta porque en Nestorio quedaba condenada la otra. Este error del *monofisismo* y *monotelismo* duró desde el 440 en que se manifestaron las blasfemias eutiquianas, hasta el 680 en que condenado y extirpado el monotelismo, se acabaron sus transformaciones y consecuencias. Los santos que Dios nuestro Señor puso para muro de su Iglesia fueron San León Magno, San Flaviano de Constantinopla, San Eusebio de Dorilea, San Sofronio de Jerusalén, el Papa San Martín I y el abad San Máximo.



17. En cuanto al desarrollo de ellas hay que notar que aquí pasó lo que había pasado antes de Constantino con las de Ebión, Cerinto, Pablo Samosateno, Valentín y otras, que bajo la proscripción de la Iglesia no tardaron en morir; lo que pasó después en la Edad Media con la de Berengario y la de los *predestinacianos,* lo que ha pasado en nuestros días con las de Loysi, Laberthonnière, Houtin y los modernistas teóricos, *tamquam foenum velociter arescent,* sécanse rápidamente como el heno [1].

Ley del error abandonado a sus fuerzas, que demuestra claro que si la verdad católica, sin tener nunca más que sus propias fuerzas, se ha impuesto en el mundo, ha sido porque tiene el poder de la verdad, que es el Poder de Dios.

18. Entonces, ¿cómo duraron esos errores y el monofisita tanto tiempo? Porque se puso de su lado el poder público. Y duraron tanto más, cuanto más se puso del lado de ellos el poder humano con todos sus recursos. Porque fueron un duelo desigual entre el poder humano armado de astucia, ofertas, violencias, mentiras, tormentos, seducciones y artificios innumerables; y la flaqueza humana que al fin venció cuando quiso el Poder divino. Ni se debe negar que el error tiene a su favor la manera humana y rastrera como concibe el dogma, manera que siempre tiene hecho el exordio a nuestra razón ciega e ignorante. También es esto poder humano.

Ejemplo de esto son las herejías dichas. El nestorianismo duró poco, porque Teodosio el Joven nunca había sido muy pertinaz defensor suyo, y los condes Ireneo y Candidiano no obtuvieron el supremo grado del poder. Aquel emperador, cediendo a consejos de Santa Pulqueria, su hermana, y de Placidia, su esposa, volvió decididamente

---

[1] Ps. XXXVI, 2.



su espalda a Nestorio y sus amigos, y desprovista la herejía del favor humano, se secó, se obscureció, murió.

19. No así en la herejía de Arrio. Y eso que alcanzó circunstancias en que la mirada humana no descubriría sino imposibilidades para el poder de las tinieblas.

Se presentaba la herejía precisamente cuando se levantaba por todas partes un himno al Salvador, a Jesucristo Dios, por quien aquellos millones innumerables de mártires habían muerto; cuando un Emperador debía su corona al Lábaro vencedor; cuando se respiraba la libertad y nadie pensaba en la tribulación.

20. Por eso el Concilio ecuménico de Nicea fué la manifestación más grande del triunfo de la Iglesia y de lo que pudiéramos llamar esplendores eclesiásticos. Allí se congregaron los Obispos en número de trescientos diez y ocho de todos los extremos de la tierra; allí venían, no para tratar de las pequeñeces de la tierra, de los negocios políticos, sino de intereses eternos del alma. Allí venían aquellos venerables confesores, salvados por Dios de las cárceles y de los tormentos de los perseguidores, ancianos coronados de virtudes y de años, con las honrosas señales de los martirios padecidos por Jesucristo, que se reunían para confesar que no otra cosa sino la divinidad de Jesús era lo que habían confesado en los potros, en los circos, en las cárceles. Eco vivo de la tradición, traían a aquella augusta asamblea las enseñanzas de los siglos pasados y reanudaban la tradición entre los apóstoles y los que habían de sucederles a ellos.

Allí, entre estas grandes lumbreras de la Iglesia, estaba Osio de Córdoba, que venía en representación de San Silvestre, Papa, y cuya consumada ciencia, piedad y prudencia le hacían célebre en todo el mundo. Allí los santos ancianos Pafnucio, de la alta Tebaida, y Potamón,

de Heraclea, a quienes la crueldad de los perseguidores había arrancado el ojo derecho. Allí San Pablo de Neocesarea sobre el Eufrates, a quien con un hierro candente habían quemado los nervios de las piernas. Allí Santiago de Nísibe, en la Mesopotamia, y San Nicolás de Mira, insignes taumaturgos; San Anfión de Epifanía, torturado por el nombre del Señor; San Melecio de Sebastópolis, San Hipacio de Gangres, San Macario de Jerusalén, San Eustacio de Antioquía, San Alejandro de Alejandría, el primero que había levantado su voz contra Arrio; y, como una esperanza para lo futuro, el futuro defensor y columna de la Iglesia, el diácono San Atanasio.

Allí, en medio de todos ellos, con túnica de púrpura y manto cuajado de pedrería, el Emperador Constantino, extendiendo su cetro y su espada para hacer sombra a aquella Iglesia, para defenderla contra todos, como imagen del poder divino que también la cubría y sombreaba.

En estas circunstancias se condena el error de Arrio, y, condenado el error, se puede decir que empieza la herejía de Arrio.

21. ¿Os asombráis? Es que ahí se muestra el Poder de Dios y el poder humano y va a empezar una era en que se marchitará todo poder humano, para que se vea que es el Poder de Dios sólo el que al fin triunfará. En Nicea está el poder del número, el poder del imperio, el poder y prestigio de la santidad y el poder de la Verdad y de Dios, y vamos a ver cómo va Dios queriendo que se marchiten los poderes y prestigios humanos, para que ni el número, ni la fuerza, ni el imperio, ni el prestigio de la virtud, se gloríen contra Dios, *ut non glorietur omnis caro in conspectu eius* [1].

Es preciso que la Iglesia se gloríe en todo lo que sea

[1] I Cor., I, 29.



flaqueza suya, tentación suya, ***ut inhabitet*** in ea ***virtus Christi,*** para que se manifieste en ella el poder de Cristo [1].

22. No habían pasado cuatro años del Concilio, cuando se empezó a tratar por Eusebio de Cesarea, el hombre llamado por los historiadores «más erudito que sabio, más cortesano quo obispo», y por otros amigos de Arrio, de la revisión del proceso del mismo, de su justificación, y a la sombra de esto comenzó el arrianismo a entronizarse, porque después de rehabilitar a la persona, era fácil rehabilitar el error. Constantino en sus remembranzas paganas de sumo pontífice de la idolatría, creyó tocarle intervenir en la pacificación de la Iglesia católica, aprobó una fórmula de fe ambigua que presentaba Arrio, le aceptó a su gracia y levantó el destierro a sus amigos.

En esta coyuntura sobrevino la muerte de Arrio, manifiesto castigo de Dios; pero no murió el odio de Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedia contra el concilio Niceno y contra su defensor San Atanasio, en quien ya se condensa y cifra toda la batalla.

23. Crece la lucha con el advenimiento de Constancio al trono del imperio, pues todo el poder de los Césares paganos, toda la influencia que en la Iglesia había heredado de su padre como César cristiano y toda la confusión que un sacerdocio venal fomentado por él podía derramar sobre el pueblo cristiano, vino a ponerse del lado de la herejía.

Detrás de Constancio vino la fugaz resurrección pagana de Juliano, y apenas cesa esta pelea cruel, se recrudece la arriana en el reinado e imperio de Valente. «Todas las iglesias, escribía San Atanasio a un defensor de la fe, Lucífero Calaritano, todas las iglesias visten de luto, todas las ciudades derraman lágrimas, todos los

[1] II Cor., XII, 9.



obispos y los sacerdotes están desterrados. En su lugar se sientan herejes en el templo del Señor, como ya los publicanos, exigiendo los diezmos para el fisco imperial. Nos estaba reservado en nuestros días ver a los ministros de Satanás sobrepujar las crueldades de su amo y señor y sentarse en la Sede del Cordero» [1].

Añadíanse a los destierros las crueldades, y Constantinopla, Antioquía, Alejandría, la soledad, los ríos y los campos y los mares veían católicos ahogados, mutilados, muertos, como en los días más crueles de Diocleciano y Juliano.

24. La confusión se aumentaba en el pueblo con los continuos concilios en que se reunían los arrianos, en los cuales, a más de deponer a San Atanasio y a los católicos, componían constantemente nuevas fórmulas, que San Gregorio dice pasar de seiscientas, todas más o menos obscuras, para proscribir la de Nicea. Hubo de estos conciliábulos en Tiro, Antioquía, Milán, Sirmio, Ancira, Rímini, Seleucia, Nicea de Tracia, sin contar que en muchas de estas ciudades se celebraron dos y tres, y hubo otros en otras más desconocidas. Llegó a tanto la tiniebla extendida por la Iglesia de Dios, la hipocresía de los obispos arrianos, que en Rímini sorprendieron la buena fe de muchos obispos, y por unos quinientos Padres fué suscrita la condenación de San Atanasio y la fórmula de fe que para anular la de Nicea presentaron Ursacio y Valente.

25. Habían muerto aquellos confesores de Nicea, se habían enseñoreado de las iglesias hombres venales, cortesanos de Constancio y de Valente, los defensores de la fe eran asesinados o desterrados, y para mayor tristeza y persecución se hizo correr la calumnia de que Osio, el

[1] Epist. I; (P. L. XIII, 1.038).



presidente de Nicea, y Liberio, el Papa protector de Atanasio, habían prevaricado. ¡Con razón escribía San Jerónimo que el orbe gimió viéndose arriano!

Haec est hora vestra et potestas tenebrarum. ¡Qué hora de pasión y qué poder el de las tinieblas! Pero en ella misma se muestra el Poder de Dios. Se muestra, primero, resistiendo y sufriendo; por fin, triunfando.

26. El héroe de este período es San Atanasio. Alabar a Atanasio es alabar la virtud; alabar a Atanasio es alabar a Dios, exclamaba en su panegírico San Gregorio Nazianceno. En él se veían personificados los grandes patriarcas y los profetas: Enoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Aarón, Josué, Samuel, Elías, Eliseo. Igual a los más de éstos, superaba a otros. Se dijo de él que había tomado a cada uno su virtud dominante: a éste la elocuencia y la fuerza de persuadir, al otro la energía, a éste la dulzura, a aquél el celo y la intrepidez. Se mostró en la sede de Alejandría verdadero sucesor de San Marcos. Verdadero, digo, porque no heredó sólo el trono y la cátedra del evangelista, sino su piedad y su fe. Que aquéllos no son verdaderos sucesores de los Apóstoles, que asaltan sus Iglesias, repudian su fe, usurpan las dignidades y corrompen su doctrina. Tal sucesión es el triunfo de las tinieblas sobre la luz, son la peste reemplazando la salud, la tempestad cubriendo de nubes el azul del cielo, la impiedad y la locura destronando la prudencia y la virtud. Atanasio fué todo lo contrario.

27. «Pero dejo esto, continúa, para ceñirme a lo que constituye su heroísmo excepcional. Fué un tiempo, bien corto por desdicha, en que la Iglesia estuvo floreciente. Nadie pensaba entonces en fórmulas capciosas para disimular doctrinas envenenadas; no se conocía el arte de las perífrasis y de las sutilezas teológicas; nadie hubiera osado hacerse una doctrina acomodada a las circunstan-

cias, ni consultar a los señores del mundo para saber cómo había que hablar de Dios. El lenguaje de la Iglesia era simple y claro como Dios mismo. Vino Arrio con su furor impío y trocó la blasfemia por la majestad antigua del Evangelio. ¿Quién dirá las calamidades de que su herejía fué como la señal? Jeremías en persona sería menester para deplorarlas.

»Atanasio fué, en efecto, la trompeta de la fe en un tiempo en que la verdad gemía oprimida. En la augusta reunión de los trescientos diez y ocho confesores de Nicea, Atanasio, simple diácono, tuvo el honor, por sus méritos, de ejercer una influencia decisiva. Designado desde entonces a las venganzas de los sectarios, fué el blanco y terrero de sus tiros, y en una lucha que cogía el universo entero, no se pensaba por los arrianos sino en rendir una cabeza.

»Conocéis los delitos y engaños del capadocio Jorge, intruso, cuya crueldad ensangrentó a Egipto. Atanasio, proscrito, fué a demandar asilo a las rocas de las soledades. Los piadosos habitantes del desierto se admiraron de verle más ejercitado que ellos en la mortificación, penitencias, ayunos y vigilias santas. Ellos hicieron de su cuerpo la muralla de Atanasio y ¡cuántos murieron por no descubrir el escondite del patriarca! Jorge recorrió el Egipto, registró la Siria, el Oriente todo con esperanza de hallarle, y no pudiendo encontrarle, recurrió a las calumnias, arma más punzante que un puñal. Por su influjo se tuvieron, no diré concilios, pues no quiera Dios que profane yo esta palabra, sino consejos de Caifás donde se compraron Judas, se sobornaron falsos testigos, se condenó de nuevo a Jesús.

»Nadie ni nada pudo doblegar el valor de Atanasio, columna de la fe, sostén de la Iglesia. Nuevo Sansón, devolvió sobre sus autores el montón de calumnias que ha-



bían levantado. Dios mismo tomó a su cargo la causa de su defensor.

»Primero cayó Constancio, príncipe desdichado, cuya vida fué un tejido de crueldades, cuya muerte fué claramente obra de la venganza divina. Al morir, dícese que se arrepintió del asesinato de Galo, su sobrino, de haber dado la púrpura de César a Juliano y de haber sostenido el partido arriano. El intruso capadocio Jorge fué descuartizado por el pueblo en rebelión y Atanasio volvió a entrar triunfante en Alejandría.

»Su tranquilidad no fué duradera, porque el apóstata Juliano, el restaurador del paganismo, no creía poder hacer nada contra la Iglesia viviendo Atanasio. Nueva persecución, nuevo destierro, hasta que herido del poder de Dios expiró Juliano entre los Partos.

»Se alzó entonces un emperador digno del cetro, digno de la Iglesia, cuyo hijo devoto era y se quiso instruir de Atanasio cómo discerniría la verdadera fe en medio de las fórmulas arrianas, que llegaban ya a seiscientas. El patriarca de Alejandría le respondió con el símbolo de Nicea, cuya juventud no se marchita jamás. Joviano, príncipe amado de Dios, no hizo más que pasar por el trono.

»Bien conocéis las tormentas que corre ahora la Iglesia con el amo que soporta el Oriente.

»En medio de esta borrasca ha muerto Atanasio, la luz del orbe católico, el pontífice incomparable, la voz potente de la verdad, la columna de la fe, el nuevo precursor de Cristo, la segunda antorcha encendida en los senderos del Señor. Duerme en una luminosa vejez, lleno de días pasados según Dios. Tras tantas calumnias refutadas, tras tantos asaltos sostenidos, la Trinidad augusta le llama al descanso de los santos» [1].

[1] S. Greg. Naz., Orat. 21; (P. G. XXXV, 1.082 y sigs.)



28. El mismo Poder de Dios se manifestó en los demás defensores de Atanasio y de la fe, como fueron el Papa San Julio, San Hilario de Poitiers, San Eusebio de Vercelis, San Cirilo de Jerusalén, Osio de Córdoba, Lucífero Calaritano y Liberio, Pontífice de Roma.

Mas así como sucedió a San Atanasio en la defensa generosa de la fe San Basilio Magno, así fué prodigio de fortaleza y la mano de Dios estuvo con él.

El Señor también extendió su brazo e hizo desaparecer con muertes horrendas a Arrio, a Eusebio de Nicomedia, Jorge de Capadocia, Constancio, Juliano y Valente; llenó el mundo de castigos con temblores de tierra, guerras crueles, hambres e invasiones, muertes de personas allegadas a los tiranos y mil otros castigos que hacían pensar en el Poder de Dios.

29. Por último, la misma secta fundada en la ambición, la adulación y la mentira se fraccionaba en las seiscientas fórmulas de que habla el Nazianceno, como entre nosotros se ha fraccionado el protestantismo y se fracciona el liberalismo y el socialismo, en fórmulas más conservadoras o más radicales, más templadas o más enérgicas, más a la derecha o más hacia la izquierda; pero que todas significan el principio de muerte que las mina, el Poder de Dios que las destruye. Así, se llamaron arrianos, eusebianos, anomeos, semiarrianos, accianos, eunomeos y eunomeos eupriquianos.

De aquí que la persecución general contra todo lo cristiano que recrudeció el Apóstata, desbarató muchos de estos grupos y o los ahogó en sangre, o les hizo volver a la iglesia, o francamente apostatar.

Por fin, al advenimiento de Teodosio el Grande se restituyeron los Obispos católicos a sus sedes; San Gregorio Nazianceno limpió la silla bizantina de las escorias de cuarenta años de dominación arriana; pueblos enteros

semiarrianos volvieron a la Iglesia, y el arrianismo teórico, griego, de mala fe, el arrianismo de Arrio, de Aecio, de Eusebio, de Ursacio y de Valente quedó del todo destruído, y el símbolo de Nicea se cantó y se canta en todo el mundo cristiano. *Dextera Domini fecit virtutem.*

30. Fases muy parecidas a las del arrianismo son las del eutiquianismo y su última evolución el *monotelismo*. En su desarrollo se pueden notar siempre los mismos caracteres. La batalla ganada para la verdad en el primer momento; la reacción de un poder humano que con todas sus fuerzas quiere apagar la verdad; la conspiración de todos los miedos, de todas las ignorancias, de todos los intereses, de todas las adulaciones, de todos los orgullos, de todos los engaños, de todos los medios, aun los crueles, para prevalecer; y en la tormenta y entre tormentos, el Poder de Dios manifestándose durante la lucha como por relámpagos muy claros, pero fugaces, y siempre y al fin de la lucha por dar la victoria a la verdad y a los defensores de ella.

31. Pero esta herejía tiene una nota interesantísima, que en la herejía arriana se descubrió, pero ahora se acentúa; y es el escepticismo con su consecuencia natural el silencio político y el amor a la paz del mundo. Entre los arrianos esto se pretendió por medio de los formularios, que llenaron el mundo y que no sirvieron al arrianismo sino para acelerar su muerte y declarar su inconsistencia. Pero entre los herejes de que ahora tratamos se hizo una fórmula oficial refrendada por los emperadores, que se quiso hacer aprobar a los Papas. Llamóse *Enótico*, *Éctesis* o *Tipo*, pero que siempre fué una fórmula de silencio político, de transacción criminal, de escepticismo religioso, de agnosticismo la llamarían hoy, de prudencia mundana para conseguir paz, número, éxito, vida.

Leyendo las cartas de Sergio al Papa Honorio, de Zenón, como prólogo a su formulario y los otros escritos contra San Sofronio de Jerusalén y los demás defensores del concilio de Calcedonia, se confirma uno cada vez más en que el espíritu moderno es el viejísimo espíritu de las tinieblas.

32. En efecto, apenas nacido el error de Eutiques, quedó condenado por San Flaviano de Constantinopla y por la definición del Papa San León. En este momento entra a enconar las heridas de la Iglesia Crisafio, omnipotente eunuco de Teodosio el Joven, y el ambicioso, cortesano e impío Dióscoro Patriarca de Alejandría. Ya tenemos al poder humano juramentado contra la verdad.

En el latrocinio de Efeso ciento treinta obispos, bajo el terror de las armas y de la fuerza bruta de Crisafio, de Dióscoro y del monje Barsuma, firmaron la excomunión de San Eusebio de Dorilea y la deposición de San Flaviano, que, pisoteado y ensangrentado, salió de allí para la corona del martirio. Volvió el Poder de Dios a manifestarse y en Calcedonia quedó proscrito Eutiques, depuesto y condenado Dióscoro, rehabilitado San Flaviano y su memoria y devuelta la paz a la Iglesia.

33. Esto sucedía en 451, y desde ahora hasta 680 no cesó la guerra encarnizada contra el concilio de Calcedonia. En ella se alió contra la verdad y la justicia toda la corrupción de aquellos obispos griegos, cortesanos, astutos o ineptos, que describen San Crisóstomo y el Nazianceno con obscurísimos colores; «hombres, para usar palabras del último, que traficaban con su fe como habían traficado en la recaudación de impuestos imperiales, que ayer andaban entre los histriones y en los teatros y hoy llevaban ornamentos sagrados y se ofrecían en espectáculo a lo divino; ayer vendían como abogados la justicia y hoy eran constituídos en Danieles; ayer con las armas

defendían sus latrocinios, hoy eran maestros de mansedumbre; ayer el otro era bailarín y bebedor, hoy pastor de vírgenes; ayer Simón Mago, hoy Simón Pedro» [1].

Unióse a esto y lo fomentó la ineptitud y tiranía, el afán de intervenir en las cosas eclesiásticas de emperadores bizantinos crueles, tiránicos e impíos, pasiones que cuidaron de mimar y acariciar pérfidamente los patriarcas de Constantinopla Sergio, Pirro, Pedro, Pablo y Teodoro, hombres en quien toda doblez y todo engaño encontró su asiento. Las guerras de bárbaros, de persas, árabes y mahometanos que turbaban los mares y los pueblos, hacían más fácil la confusión y la propagación de los errores; y, por último, la colaboración a ellos de patriarcas herejes en Antioquía y Alejandría vino a extender el mal y la prepotencia de él por todo el Oriente.

La forma misma de transacción, de amor a la paz y de deseo del bien de la Iglesia, los elogios prestados al celo, conocimientos teológicos y discreción de los emperadores y hasta la conducta de los pontífices Honorio y Vigilio astutamente interpretada contra el concilio calcedonense, dieron a esta persecución un carácter especial, que la hizo una de las más espantosas del Oriente.

34. Recordemos sus fases principales. No habían cesado las luchas contra el concilio de Calcedonia aún treinta años después; pero gracias a la constancia del patriarca Acacio y del emperador Zenón se veían reprimidos los herejes. Pero de repente muda toda la faz de las cosas: Acacio, queriendo hacerse él el Salvador de Oriente, entra en vías de conciliación y empuja por ellas al emperador, para lo cual restablece en la sede de Alejandría contra derecho al eutiquiano Pedro Mongo y dicta a Zenón una fórmula de concordia entre eutiquianos y ca-

[1] *Carm. histor.*, Sect. I, núm. 12; (P. G. XXXVII, 1.177-1.196).



tólicos, que se llamó el *Enótico* y que se reduce toda a poner en duda la definición de Calcedonia y retrotraer la cuestión a los tiempos precedentes, no admitiendo sino los concilios anteriores. Los eutiquianos firmaron el edicto de paz, porque vieron en él lo que deseaban, y los católicos fueron perseguidos por rebeldes, porque se negaban a rechazar por la imposición del príncipe el concilio de Calcedonia. Pedro Fulón, patriarca de Antioquía, Pedro Mongo y Acacio fueron los genios del mal en las tres metrópolis principales del Oriente y contra las reclamaciones constantes, pero desoídas, de los pontífices de Roma. Por fin consiguió San Hormisdas hacerse oir, y en un concilio de Constantinopla pareció en 519, sofocado todo germen contra el concilio de Calcedonia.

35. Parecía, pero no lo estaba. No habían pasado cuarenta años, cuando para desacreditar a aquel concilio se promovió y se encendió la famosa *cuestión de los tres Capítulos,* condenando a tres prelados difuntos Teodoro de Mopsuesta, Ibas de Edesa y Teodoro de Ciro, cosa que no hicieron los Padres de Calcedonia aunque reprobaron los escritos del primero y admitieron la retractación de los otros dos. La emperatriz Teodora, que era eutiquiana, el emperador Justiniano, que deseaba ser más teólogo que soldado, tomaron a pechos la empresa de la condenación de los tres Capítulos. El Papa Vigilio, que por ambición había tomado la sagrada tiara, hubo un instante en que favoreció el incendio; pero vuelto en sí, justificada y legalizada su elección, recobró su autoridad, aunque le costó nueve años de cautiverio semejantes a un martirio.

Triunfó al fin de esta nueva persecución el Concilio de Calcedonia en el quinto concilio ecuménico del 553, pero no se acabaron sus enemigos, sino que siguiendo los pasos de Acacio y de Zenón, le prepararon la última y más cruel acometida.



36. Su autor fué el patriarca Sergio de Constantinopla, quien aparentando celo de reunir a la Iglesia católica los herejes eutiquianos, y proponiendo su fórmula como lazo de unión entre unos y otros, determinó callar y hacer callar sobre la naturaleza o naturalezas de Cristo, afirmando sólo que había en él una operación. Cundió su error gracias a las armas victoriosas del emperador Heráclio por Arabia, Armenia y Egipto, y en Alejandría sedujo al patriarca Ciro, quien hizo de ella el modo de reducción de los eutiquianos.

Alegráronse estos en todo el imperio porque se negaba la definición calcedonense y porque de admitir una sola operación en Jesucristo a no admitir sino una naturaleza no había más que un paso. Con tales triunfos hinchado Sergio, escribió e hizo firmar a Heráclio un decreto o *Éctesis*, por el que se mandaba tomar a todos aquel temperamento de paz sacrílega, y dirigió al Sumo Pontífice Honorio I una engañosa carta, que por lo pronto consiguió su objeto. Reduciendo la gran cuestión teológica a una cuestión de palabras, decía que los Santos Padres habían indiferentemente apreciado las locuciones; que movido de celo quería él evitar discusiones inútiles; que ya Ciro de Alejandría, usando el mismo temperamento, había conseguido lo convención de los eutiquianos y que sólo Sofronio de Jerusalén turbaba la paz con sus intransigencias y quería con nombres nuevos escandalizar, cosa en verdad dura por romper la unión con la Iglesia de tantos pueblos que hasta ahora ni oir habían querido el nombre de San León y del concilio de Calcedonia y que ahora los recitan en los Sagrados Misterios.

La respuesta de Honorio ambigua, como fundada en la falsa información de Sergio, fué tomada como aprobación explícita del error, y de este modo el esplendor de las victorias de Heráclio sobre los persas, la actuación y

prestigio de los patriarcas de Jerusalén, Antioquía y Alejandría, la muchedumbre de Obispos cortesanos y de monjes eutiquianos, y hasta la santidad de la Sede Romana pareció contribuir al triunfo del error.

37. San Sofronio de Jerusalén mientras tanto luchaba contra él. Rodeado por los persas y árabes no podía hacer que su voz resonara en el mundo; pero confiando en Dios, tomó a su sufragáneo San Esteban de Dora, y llevándolo consigo solemnemente al Calvario, allí, sobre el sitio en que se elevó la Cruz del Redentor, le hizo jurar que no pararía hasta llegar a Roma y poner en manos del engañado Papa la historia del nuevo error y la refutación que con palabras de los Padres había él compuesto. Así quedó la guerra declarada entre la verdad, sin más armas que el *Tomo apologético* de San Sofronio, y la mentira, con todo el poder que dan la astucia, el dolo, las dignidades, la fuerza y hasta la supuesta aprobación del Papa.

38. Bien pronto conocieron Juan IV y San Teodoro, sucesores de Honorio, la superchería de Sergio, y se pusieron del lado de la verdad, defendiendo la memoria de su predecesor. Pero la victoria del error iba en aumento.

A Sergio le sucedieron Pirro y Pablo, que siguieron haciéndose cabezas del error, y a Heraclio el cruel y desavisado Constantino II, que sustituyó la *Éctesis* de su antepasado por otro decreto llamado *Tipo*, en que a todos los súbditos del imperio clérigos, monjes y legos, prohibía, bajo graves penas, disputar sobre *una operación* o *dos operaciones* en Cristo, sobre una voluntad o dos voluntades, sin perjuicio de lo que ya había sido decidido por los Santos Padres.

39. Muerto San Sofronio de Jerusalén, suscitó Dios como debeladores de la nueva herejía a San Máximo, abad de Constantinopla, y a San Martín I, Pontífice ro-

mano. En ellos estaba cifrada toda la debilidad humana que hacía frente a todo el poder humano.

40. La polémica de San Máximo hace a nuestro propósito y es así:

Enviado a Roma el apocrisario Gregorio para tratar, mediante la aceptación del *Tipo* de Constantino II, la paz y concordia entre Roma y Bizancio, el mismo Gregorio se lo comunica al santo Abad desterrado. «Eso no puede ser, contesta él, porque no sufren los romanos que se supriman las brillantes palabras de los Santos Padres a una con las pestíferas de los herejes, que con la mentira se extinga la verdad, que con las tinieblas se disipe la luz.» —Mas, contesta Gregorio, el *Tipo* del Emperador no niega, sino calla la verdad—. «¿Y qué es callar, sino negar? Porque, como dice la Escritura: No son palabras ni voces aquellas que no se dicen ni se oyen [1]. Luego si no se permiten palabras y conversaciones de Dios y de sus dogmas, es como si se quitaran y suprimieran. Mas, si por una regla de prudencia, al mismo tiempo que el pernicioso error, se suprime la fe recta y debida, no nos unimos con Dios, sino que nos separamos de él. Porque mañana dirán los nefandos judíos: Por prudencia, para que tengamos paz y nos unamos, suprimamos nosotros la circuncisión y suprimid vosotros el bautismo y no disputemos más los unos con los otros. Esto también lo procuraron los arrianos, y ofrecieron al emperador Constantino diversas fórmulas para conseguir la unidad de la Iglesia, suprimiendo la palabra *consubstancial;* pero no consintieron en ello aquellos divinos Padres nuestros, sino que quisieron más bien padecer y morir, antes de callar aquella palabra que sin duda confesaba la verdadera consubstancialidad en la deidad del

[1] Ps. XVIII, 3.



Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Jamás pudo en ningún tiempo ningún emperador persuadir a los Padres deílocuos y divinamente inspirados que con palabras obscuras conviniesen con los herejes de su tiempo; sino que siempre usaron palabras claras, terminantes y acomodadas a lo que expresaban, porque confesaban y hacían profesión de ser obligación de los sacerdotes investigar y definir los dogmas y enseñanzas de la Iglesia católica» [1].

41. ¡Gloriosa lengua la que así se expresaba! ¡Divinas manos las que así escribían! ¡Gloriosa lengua y divinas manos que merecieron ser mutiladas por no mutilar la verdad! Porque llevado el Santo a Constantinopla le insultaron, hirieron, abofetearon, escupieron, llenaron de horruras, azotaron bárbaramente y por último le arrancaron de raíz la lengua y le desterraron; sin que consiguieran ni truncar la verdad, ni hacer silencio sobre el dogma, ni vencer al atleta de Dios.

42. Consorte en su corona fue San Martín I Papa, a quien Dios suscitó como columna férrea, como muro granítico contra el *Tipo* de Constantino II. Su generosa resistencia y sus palabras firmísimas están en sus decretales y cartas dogmáticas.

«Se apresuraron, escribe, a acumular pecados a pecados y a negar la humanidad y divinidad de nuestro Salvador con horrenda blasfemia y *per impiissimum Typum* por el impiísimo decreto llamado *Tipo*. Este decreto fue urdido por la maligna instigación de Sergio, Pirro y los demás, y en él contra la inmaculada fe de los cristianos definía el serenísimo príncipe que no debía nadie confesar ni una ni dos voluntades y operaciones en nuestro Salvador. Por él rechazan al mismo tiempo que a los pérfidos herejes, a los Santos Padres, y con las palabras de los

[1] Acta S. Maximi, n. 4; (P. G., XC, 115-18).



hombres malvados, esto es, *una voluntad* y *una operación*, hacen que se nieguen también las doctrinas ortodoxas, esto es, *dos voluntades* y *dos operaciones* en Jesucristo.»

«Por él promulgan y profesan ilícitamente que los herejes pueden sin nota de reprensión o condenación perseverar en sus confesiones de *una voluntad* y *una operación*, y que sin peligro pueden gozar de la misma libertad que aquellos que siempre han brillado con la doctrina irreprensible; es decir, los Santos Padres. Así ciertamente se destruyen las reglas de la Iglesia católica y aún más la santa predicación de la doctrina inspirada por Dios, que de ningún modo excusa a los pecadores, ni los da por libres como a los inocentes, porque esto es malo y opuesto a la divina equidad.»

«Por eso, continúa el santo Pontífice, pasamos a condenar todos los dogmas impíos, tanto los antiguos como los recientes *cum impia eorum Ecthesi;* con la impía *Éctesis* de Heráclio, *necnon impiissimo Typo;* y con el impiísimo *Typo* de Constantino II, para mostrar a todos la diferencia que hay entre la luz y las tinieblas, entre la clara doctrina de los Padres y la temulenta locura de los herejes y que no hay nada común entre los herejes y los Santos Padres, sino que cuanto dista el Oriente del Ocaso, tanto y más dista la palabra y el sentido de los impíos herejes del de los Santos inspirados por Dios.»

«No erréis, concluye, no erréis, hermanos míos amadísimos, engañados por falaces locuciones; aunque Nos o un ángel del cielo os evangelice diversas cosas de las que hemos recibido de los Santos Apóstoles, de los Padres probados en la fe y de los cinco Sínodos ecuménicos (de Nicea, Efeso, Constantinopla, Calcedonia y II de Constantinopla); *anathema sit* [1].

[1] S. Mart., Opera., Epist. 1; (P. L., LXXXI, 124-29).



43. Con estas palabras de fortaleza en los labios fué sorprendido en su basílica Constantiniana y arrastrado enfermo y medio tullido a la flota griega que, preso le llevó a Constantinopla. ¿Quién expresará lo que el bárbaro poder humano se atrevió a ejecutar en este debilísimo varón divino? Interrogatorios inconvenientes, testimonios falsos, insultos de una soldadesca cruel, hambre, sed y malos tratamientos, cárcel y cadenas, afrenta pública y desnudez ignominiosa, y ¿a cuánto no se hubiera extendido el furor humano si Dios Nuestro Señor no hubiera querido hacer muestra de su Poder?

44. Había indignamente muerto Sergio. Pirro, su sucesor, andaba desterrado. Pero el Señor aguardaba los padecimientos de su Ungido para que la copa de su indignación rebosara. Durante ellos muere con la penitencia de Caín y el arrepentimiento de Herodes el patriarca Paulo, y, aterrado el emperador, manda cesar en aquel martirio y envía desterrado al Quersoneso al Pontífice.

Pero la ira de Dios persigue al emperador sacrílego, que huye de Bizancio y odiado de todos y fugitivo, muere asesinado en Sicilia. Su sucesor, Constantino III Pogonato, pide a Roma la paz, y el VI Concilio ecuménico la devuelve a la Iglesia, quedando postrados a los pies de Jesucristo Arrio, Macedonio, Nestorio y Eutíques, con todos sus fautores, los Eusebios, Acacios, Dióscoros, Ursacios, Valentes, Ciros, Sergios, Pirros, Paulos y Teodoros y todos los emperadores que les habían favorecido; los Constantes, Valentes, Julianos, Zenones, Heráclios y Constantinos, con todos los formularios, transacciones, *Enóticos*, *Éctesis* impías e impiísimos *Tipos,* para que se cantara perpetuamente en el mundo el símbolo de Nicea, con la carta de San León y las enseñanzas de San Martín Romano: *Dextera Domini fecit virtutem.*

El Poder de Dios hizo brillar la verdad, valiéndose de

la predicación y trabajos de sus doctores, de Atanasio, Hilario, Ambrosio, Basilio, Gregorio, Cirilo, Flaviano, Sofronio y Máximo, cuyos nombres hizo lucir y resplandecer en perpetuas eternidades.

II

La ciencia moderna.

45. No se puede negar que, si ha habido algún siglo que niegue obstinado las verdades, tanto reveladas como naturales, ha sido el nuestro. El siglo XVIII se llamó *de la filosofía*, *de las luces* el XIX. El presente ha recogido el orgullo y la herencia de sus progenitores. Hay quien lo niega todo, y cada verdad de cualquier orden hay quien la niegue.

Mas, para decir verdad, las negaciones más audaces han venido y han salido de Germania y de Inglaterra, porque esas negaciones procedían del protestantismo. Los blasfemos de Francia e Italia, y, sobre todo, los de nuestra España, lo son de segunda mano. Repiten o disfrazan lo que dijeron Kant, Hegel, Schopenhauer, Strauss, Harnack, Cooker, Heckel y otros; mas no por eso son menos perniciosos y menos blasfemos.

46. Estos enemigos de la verdad ocupan el puesto que en las luchas primitivas los arrianos radicales, los acéfalos, los enemigos claros del concilio de Calcedonia, los eutiquianos furibundos; y éstos, hoy como entonces, sobre todo después del Concilio Vaticano y del *Syllabus* de Pío IX y de Pío X, son pocos, están entre sí divididos y no son fecundos en su propaganda. Así lo conocen y lo confiesan sus secuaces en muchos países católicos, que declaran en alta voz ser siempre minoría.

47. De aquí que quieran apelar al engaño, a la astucia, a las mañas de los formularios, de los *Enóticos*, de los impiísimos *Tipos*. Y en este punto pasa como pasó en los tiempos ya indicados, que puede ser sorprendida la buena fe de muchos y pueden ser engañados con las sonoras y dulces palabras con que se disfrazan. Por lo cual es mayor la obligación que nos corre de desengañar a los sencillos, de despertarlos, de desenmascarar los errores.

Lo que se pretende con todas las astucias es dar carta de circulación al error y dejarle ancho campo de propaganda. Los medios, ¿quién los dirá todos?

48. El primero y más antiguo fué proclamar la libertad pública, la impunibilidad del error. Quitado el freno de la ley, de la Inquisición, no se tardará, pensaban ellos, en mirar con indiferencia la herejía y la religión, la verdad y la mentira.

Otros levantaban esta licencia y libertad al orden especulativo, afirmando que el poder público no puede ni debe reprimir el error, porque la idea es impunible, porque el pensamiento no delinque, porque el orden público es lo único que cae bajo la autoridad.

Otros tienden al orden práctico y quieren hacer creer que, dadas las circunstancias modernas, sería una ruina la intolerancia del error, sería un atavismo, un retroceso imperdonable, sería desafinar en el concierto del mundo, que es, dicen, lo que hace la Inquisición romana, persiguiendo el pensamiento de los hombres originales y procurando suicidarse.

Otros hay que apuntan al mismo entendimiento humano y proclaman como ley el escepticismo absoluto o relativo en unas ú otras materias y ponen como estado normal no saber, no poder saber la verdad, no poder conocerla y, por ende, la necesidad de encogerse de hom-

bros y dejar que la verdad luche en las teorías, buscando sólo el lado práctico de la vida.

49. Practicismo es este que tiene otras manifestaciones. Porque tiene la primera y más radical de burlarse de todo lo que es metafísica, filosofía, elevación, especulación, y de hecho no creerse criado sino para ganar, ganar y ganar dinero. De aquí la exaltación de los hombres prácticos, la execración de los quijotes, y de aquí el quijotismo del realismo, que es lo peor y más repugnante.

Variaciones de este practicismo son todas las que se preconizan según el bien que se trata de buscar: ya es callar sobre la religión católica para reunir masas y muchedumbres en las obras sociales, como sillonistas y aconfesionales; ya es tolerar el error ajeno, disculpándolo con la buena fe o dando por probada la sinceridad del adversario; ya es deprimir las cuestiones de fe y de principios o al rango de una opinión de amor propio, o a la categoría de una cuestión meramente política, o al nivel de un interés humano y de provecho material; ya es, finalmente, darlo todo por controvertible, atendiendo al número y ponderando la ciencia y erudición de los adversarios y deprimiendo la crítica, la ciencia y la erudición de los católicos. Ejemplos de todo lo cual se descubren en los sagnierianos del *Sillón* y en sus imitadores.

50. También aparece este tolerantismo con otras formas seductoras. Porque ya dicen, como los americanistas, que es el deseo de atraer a los disidentes, ya es la hermosa palabra de *unión* y *caridad* la que toman en sus labios para que, v. gr., protestantes y católicos se opongan a los anticristianos, o para que liberales y católicos se opongan a los radicales, o para que todos los que oigan misa se opongan a los ateos, o para que todos los hombres de buena voluntad se opongan a los pertur-

badores del orden. Fórmulas y tipos todos que, callando la verdad en algún orden, la esclavizan al error.

51. Finalmente, esta depreciación del orden de las ideas que se aparenta precisamente para dar carta de naturaleza a las malas, se manifiesta en la preferencia de los bienes visibles sobre los invisibles. Si la prudencia humana no presiente un éxito del momento, ya se dice imposible la empresa. Si el defender una verdad acarrea la molestia de un amigo, la pérdida de algún bien material, la lucha o la contradicción, ya se reputa como un mal menospreciable el silencio de la verdad, en comparación del mal humano y temporal que se teme. Lo cual sería digno de lágrimas si se hiciera con vergüenza y por debilidad, pero es intolerable cuando se quiere convertir en tesis y se andan escudriñando clases de verdades y número de verdades que se niegan como si no fuera cierto y evidente que el que quebranta un mandamiento *factus est omnium reus* [1]; y que no aprovecha nada estar *in multis mecum* en muchas cosas conmigo y con la Iglesia, si se está *in paucis*, en pocas o en una sola *non mecum*, no conmigo y con la Iglesia, como repetía San Agustín a los donatistas: «*In multis mecum*, *in paucis non mecum. Sed in his paucis in quibus non mecum*, *non eis prosunt multa in quibus mecum.* En mucho estáis conmigo y en poco no; pero por esto poco en que no estáis conmigo, nada os aprovecha lo mucho en que estáis conmigo» [2].

52. ¿Quién podrá, concluyo, reducir a suma las variadísimas maneras que hay de guardar las espaldas al error, para que se vaya enseñoreando de todo? Por eso se puede con lágrimas decir lo que hablando de aquel libro famoso de Arnaldo, *La Comunión frecuente*, escribía San

[1] Jac., II, 10.
[2] In Ps. LIV, n. 19; (P. L., XXXVI, 641).

Vicente de Paúl, que desde que circularon por el pueblo cristiano todas esas tolerancias, agnosticismos, neutralismos, aconfesionalismos, hipótesis y demás fórmulas, el mal tiene mayores fuerzas, los errores más descarados corren y la calamidad es mayor en el pueblo cristiano.

53. Sabemos que el Poder del Señor se ha de mostrar como se mostró contra las fórmulas arrianas, contra los edictos de paz de los eutiquianos, como contra la *Comunión frecuente* de Arnaldo. Pero también sabemos que quiere que la debilidad humana luche, para que en ella se vea el Poder divino.

54. No se han dejado esperar mucho tiempo las advertencias, la doctrina de la Santa Sede. No digamos de Pío IX, aquel Papa de santa memoria, que no cesó de condenar a los que entonces se llamaron católicos liberales, nombre que ya era una fórmula de arreglo entre las doctrinas de la revolución y las del catolicismo. León XIII, a quien injustamente presentaron como fautor de todas esas fórmulas, no cesó de proclamar lo absurdo del liberalismo católico [1], reprobó las mutilaciones de tentaban los americanistas [2], y hasta denunció como infectos de liberalismo a los que defienden la verdad y contradicen al error con poca energía, y él mismo repetía con valor cristiano que, como había combatido Pío IX, *e pur da Noi si combatte* [3], «también Nos combatimos».

55. Desde que subió Pío X al solio de San Pedro no ha cesado de condenar y reprobar toda manifestación doctrinal que atacara la pureza de la fe, que sembrara la confusión y el equívoco entre los católicos. Se condena-

[1] Litt. ad Arch. Westmon. 11 Feb. 1901. Act. S. Sed. XXIII, página 449.

[2] Litt. ad Arch. Baltim., 22 Jan. 1899. Act. S. Sed., XXXI, p. 47.

[3] Aloc. 4 Jun. 1885.

ron las teorías del agnosticismo, del modernismo, de toda aproximación entre los errores alemanes y el dogma católico. Se reprobó la fórmula de alianza y distinción entre el historiador y el católico, el filósofo y el católico, el teólogo y el católico. Se condenó el prurito de la mucha gente, del mucho séquito, imponiendo como ley el que toda obra social católica confesara su timbre y su gloria. Se fulminaron las bellas palabras *sillonistas*, las infiltraciones liberales de sus teorías, sus seductoras expresiones nes de paz, caridad, justicia, progreso, democracia cristiana con las que se turban las conciencias, se divide a los católicos y se compromete la causa de la Iglesia.

Finalmente, de este Pontífice son los alientos y elogios a los católicos *meritísimos* que defienden en España la tesis católica sin arredrarse de los progresos del mal, y el mandato de cumplir con las obligaciones que la verdad, la justicia y el amor a la patria imponen, sin enfeudar su conciencia a ningún hombre ni a ninguna agrupación [1]. Suyo es también, y para acabar, aquel grito de dolor, aquella reprensión paternal del Sumo Pastor contra los que traicionaron la verdad, posponiéndola a una vil neutralidad.

«Gravemente yerran cuantos se fingen y esperan que alcance la Iglesia un estado inmune de toda perturbación, en que fluyendo todo a nuestro gusto, sin que haya nadie que resista a la autoridad e imperio del poder sagrado, podamos disfrutar de dulcísima paz y tranquilidad.

»Más torpemente aún se equivocan los que ilusionados con la falsa y hueca esperanza de obtener semejante paz, disimulan los intereses y derechos de la Iglesia; subordínanlos a miras particulares, injustamente los atenúan,

[1] Normas citadas, núm. 1, 12.



halagan al mundo, que *todo está puesto en maldad,* bajo pretexto de congraciarse con los fautores de novedad, y de hacerles aceptable la Iglesia, como si fuese posible acuerdo alguno entre la luz y las tinieblas o entre Cristo y Belial. Sueños de febricitante, que en ningún tiempo dejaron ni dejarán de ilusionar muchos cerebros, mientras haya soldados o cobardes, que arrojadas las armas huyan al primer asomo del enemigo, o traidores, que se apresuren a entrar en tratos con él; lo cual, en nuestro caso, es pactar con el irreconciliable enemigo de Dios y del linaje humano.»

«A vosotros, pues, venerables hermanos... incumbe resistir fortísimamente contra esta funesta tendencia de la sociedad de adormecerse en vergonzosa inercia, cuando arrecia más la lucha contra la Religión católica, de entregarse a una vil neutralidad fundada sobre vanos respetos y compromisos, todo en daño de la justicia y del bien, olvidando aquella sentencia del Salvador: ***El que no está conmigo está contra mí*** [1]. (Matth., XII, 30.)

56. Esta es la voz de la resistencia humana defendiendo la causa divina. ¿Es débil? ¿Es flaca? ¿Son muchos los adversarios? No temamos.

Aunque no podemos cantar victoria completa, todavía se ven muchas señales de ella.

57. El Brazo, el Poder de Dios, no cesa de dar muestras de su vida. No nos separemos del orden intelectual en que hoy nos ocupamos, y veremos que sólo a ese Poder divino se puede atribuir la constancia que los Papas, los escritores y polemistas católicos, los seglares con la pluma y con la lengua, los profesores en sus cátedras y libros hacen suyo aquel consejo de León XIII: «Ninguno

---

[1] Encicl. *Communium rerum.* Act. Apost. Sedis, I, págs. 364-5.



ceda a la fuerza de los acontecimientos o del tiempo, ninguno se habitúe con culpable indiferencia a un estado de cosas y a unas ideas que ni Nos ni ningún sucesor nuestro aceptará jamás» [1]. Con esta firmeza al Concilio Vaticano siguió el *Syllabus,* al *Syllabus* las Encíclicas y las Alocuciones y enseñanzas de León XIII; a la acción doctrinal de León XIII, siguió el *Syllabus* de Pío X, la Encíclica *Pascendi,* la condenación del *sillonismo* y la continua enseñanza del Supremo Doctor.

58. Ni es para olvidar el progreso lento, pero sólido, de la doctrina escolástica de Santo Tomás y los demás doctores católicos, que encuentran seguro dominio entre los eclesiásticos, pasa de los centros de doctrina sagrada a los libros, y sin adversarios domina en todos los círculos del saber. ¿Quién cita hoy con honor como en tiempos de Balmes, a Descartes, Leibnitz y Condillac? ¿Quién que no sea anticuado, se acuerda de Rosmini y de Krause? En el mismo periodismo católico se tratan con seguridad escolástica doctrinas que son hoy vulgares y que fueron adivinaciones, y parecieron atrevidos descubrimientos en los días de Balmes y de Valdegamas.

Entretanto y mientras esa doctrina de la Iglesia permanece una e inmaculada, se olvidan bajo la condenación apostólica las obras de Denis, George, Olive, Houlin, Loisy, Albi, Vogrinec, Labertonnière, Maggioni, Fogazzaro, Naudet, Dabry, Le Roy, Le Morin, Fonsegrive, Duchesne, Sagnier y tantísimos más que parecía iban a seducir a los incautos.

59. Los mismos hijos del siglo y de su espíritu se destruyen y contradicen. ¿Quién hoy día, aun en el terreno ideológico, se acuerda con estima de las utopías de Rousseau, de las procacidades de Voltaire, de los sueños

[1] Aloc. 16 Oct. 1881.

brillantes de Hegel, de las afirmaciones de Schelling, de las dudas y paralogismos kantistas, de los amargos pesimismos de Schopenhauer, de las crueles teorías de Swift y Malthus, de las atrevidas hipótesis de Bentham? ¿Y quién no sabe que unos se destruyen a otros, y que éste demuele lo que aquél soberbiamente levanta?

60. ¿Qué más? El mismo prurito del liberalismo y del tolerantismo y del modernismo y de los mil grados y matices de ellos de presentar únicamente esas teorías sin objetividad determinada, sólo como manifestaciones del pensamiento, respetables por tales, pero no apodícticas ni definidas; ese escepticismo ¿qué es sino una confesión de la insubstancialidad, de lo falaz y vulnerable de ellas? ¿Quién es capaz de pedir libertad para la equivalencia de los ángulos de un triángulo? ¿Quién para el número de los colores del iris? Por eso todas esas variaciones son, como las de las sectas protestantes, confesiones claras de la mentira de todas, son su destrucción. Al variar se refutan, al refutarse se destruyen.

61. Pero alguien dirá que este siglo es poco idealista, que las cuestiones doctrinales se relegan a segundo término.

62. ¡Vano alarde! ¡apariencia y nada más que apariencia! Siglo anticientífico aquel que no vive sino impelido de la curiosidad de saber! ¡Siglo despreciador de la ciencia el que ha excavado y excava los senos de la corteza terrestre para sorprender en las capas geológicas un átomo de verdad sobre la prehistoria del mundo; el que no deja reposar la materia para poder saber algo de la esencia y fuerza de los cuerpos; el que pregunta a las pirámides la muerta edad de los Faraones, el que desciende a las mudas y gigantescas tumbas de Nínive y Babilonia para reconstruir su civilización!

¿Siglo sin estima por las teorías el que quiere saber lo

que tiene el mar en su seno por la ciencia oceanográfica, y el que no cesa de inquietar con expediciones las yertas soledades del polo, el que pretende sorprender los secretos de la aviación y el que tortura y martiriza la materia para descifrar la incógnita de las energías aún en ella latentes? No, no es un siglo sin amor al saber el que fomenta la ambición de saber hasta en el pobre obrero, el que con una sombra de ciencia se engaña por el periodismo, el que en cátedras, ateneos, aulas, discursos y mítines no cesa de dogmatizar, el que ambicioso quiere saber más que Dios en la Biblia, más que la revelación... Siglo ansioso de saber como Lucifer, como Lucifer se ve impotente. Esa impotencia confirma la destrucción de la ciencia sin Dios.

63. Al verse impotente quiere negar lo que no puede comprender, y deseando acabar con una ciencia superior a él y que le humilla, cree que con el afectado desdén conseguirá lo que no ha podido con la investigación, con la negación directa y franca. De manera que el escepticismo político, el liberalismo especulativo, el indiferentismo, no es otra cosa sino la confesión paladina de una impotencia que prueba el Poder de Dios, que le va siempre destruyendo las toscas torres de Babel que él edifica.

Por eso herido en su orgullo, traduce su enojo por *No quiero saber;* cuando en realidad es: *Quiero y no puedo saber;* lo quiero todo contra la ciencia de Dios y no puedo nada.

64. Nosotros, pues, en medio de la lucha intelectual de nuestros días, miremos al Poder de Dios que va triunfando siempre. Y cuando nos pregunten los miopes como preguntaban, según se cuenta, a Pío IX: ¿En qué acabará todo esto? Respondamos con aquel Pontífice: ¿En qué acabará esto? Pues en el triunfo de la verdad, en la humillación y destrucción del error. Y si todavía esos mio-

pes insisten: ¿Cuándo? ¿Cómo? Respondamos con el mismo, que repetía palabras de Jesucristo: Ese es el secreto de Dios: *Non est* nostrum *nosse tempora vel momenta*, no somos los secretarios del Altísimo, lo nuestro es testificar su verdad: *Eritis mihi testes:* ser sus testigos, ese es nuestro deber.

65. Ese es nuestro deber. Recordemos las enseñanzas que hoy nos ha dado el conocimiento de las gloriosas luchas de la Iglesia por su dogma. Dirijámosles la última mirada.

Salida de las catacumbas por la mano poderosa del Señor, aparece unida y fuerte en Nicea, coronada con la aureola brillantísima de la confesión de su credo, de su doctrina, y apoyada por la fuerza imperial de Constantino. En aquel momento reúne ella todo lo hermoso, todo lo deseable, de la multitud de pueblos, de la concordia interior, del favor humano, de la esplendente victoria; Dios Nuestro Señor hace de Nicea un atisbo y remedo de lo que ha de ser la Jerusalén divina. Gracias a este favor y a estas galas de victoria, se llena el mundo de basílicas del verdadero Dios; la fe se propaga a regiones adonde todavía no ha llegado la espada romana; la esperanza de que los bárbaros, primero cristianos que romanos, cesen de hostilizar el imperio, llena los pechos de los previsores; la ley cristiana, comunicada por los decretos del emperador cristiano, suavizará las costumbres, resolverá el secular divorcio entre esclavos y señores, ordenará y santificará la familia, protegerá la niñez, enseñará sus deberes al soldado, al general, al magistrado, al procónsul, educará y elevará al pueblo y le hará aborrecer el triclinio, los huertos, el lupanar y el circo... ¡Oh, qué era de grandezas sueña para el mundo y para los cristianos la prudencia humana! ¡Mas para todo eso es necesaria la paz, la concordia religiosa!

66. Eso es verdad, muy verdad, todo verdad. Hoy, como entonces y como siempre, la paz, la concordia, el adelanto de las conversiones, la acción social y bienhechora del Evangelio, la educación cristiana de las muchedumbres, es un bien, un bien inmenso. Pero entonces, ya lo hemos visto, no se consiguió por los pasos tranquilos que la prudencia humana sospechaba.

67. Surgió terrible la guerra doctrinal en el seno mismo de los Padres que habían estado en Nicea, y después se perpetuó, como hemos visto, por largos siglos, retardando y aun impidiendo muchos de los frutos que ya estaban en flor.

68. ¿Quién tuvo la culpa? Los católicos lo sabemos, y no hay duda de ello. *Inimicus homo hoc fecit*[1], mano enemiga sembró la cizaña; y la Iglesia, por San Atanasio, San Ciriló, San Flaviano, San Sofronio, San Máximo, San Martín y con los otros Sumos Pontífices San Julio, San León y San Agatón, hizo lo que debía hacer, lo que no podía menos de hacer, acudir a la defensa del dogma, de la justicia y de la verdad, aunque esta defensa agriara a Constantino, arrojara de la Iglesia numerosos obispos, fuera pretexto para la guerra de siglos que se trabó. Así acudió la Iglesia desde León X a extirpar y combatir el Protestantismo, aunque hubiera que tolerar un paréntesis en el brillante camino de la civilización cristiana, un como olvido momentáneo de la secular empresa de las Cruzadas. De esto no podemos dudar los católicos, pero dudaron de ello los heterodoxos de aquel tiempo, dudan los inficionados del espíritu moderno y dudarán los seducidos de siempre.

69. Porque ya Eusebio de Cesarea atribuyó toda la lucha atanasiana a una cuestión de palabras; ya Ursacio

[1] Mat., XIII, 28.



y Valente la hicieron una cuestión de fórmulas; ya hicieron creer a Constantino que no se trataba sino de sutilezas teológicas; ya San Isidoro Pelusiota, mal informado, recriminaba a San Cirilo de que daba contra Nestorio violentas sentencias, que todo lo hacía por odio personal y envidia y por antigua rivalidad de Alejandría con Bizancio, heredada de su tío Teófilo; ya Sergio escribió al Papa Honorio que toda la cuestión monotelita eran caprichos de San Sofronio; ya la impía Éctesis y el impiísimo Tipo y el herético Henótico se presentaban como fórmulas de paz y de silencio, y ya todo esto ha tenido su resonancia en las historias modernas, como la de Duchesne, donde se censuró por la Iglesia el que habla con desdén de aquellas controversias teológicas, como si hoy día nunca hubieran prosperado.—«Así las épicas luchas por la fe contra los herejes con frecuencia se quieren hacer pasar como cavilosos litigios, efecto de malas inteligencias, que hubieran podido componerse con facilidad, como si no hubiera habido diferencia substancial entre la fe de los Padres y la de Arrio y los otros» [1].

70. Eso no lo podemos decir los católicos. No hay nada preferible a la pureza del dogma, a la verdad de la doctrina; porque todo lo que se edifica sobre el error, sea piedad, sea número, sea favor de los hombres, sea aceptación, sea aplauso de la multitud, es plantío que no plantó el Padre; y, en cambio, la verdad es la que salva. Ella es la que siempre resucita, porque la verdad es Jesucristo, y Jesucristo es el Poder de Dios. Cuando, pues, nos digan los emisarios del siglo, como a San Máximo, que vienen a darnos la paz, contestemos como él: ¡Gran ventura es esa! Pero ¿cómo? ¿Mutilando la verdad? ¿Negando algún derecho de la Iglesia? ¡Ah, no! *Non sustinent ro-*

[1] Circol. agl. Ordin., 1 Sep. 1911.



mani SS. Patrum lucidas voces una cum impuris haereticorum vocibus auferri. No es posible a los católicos callar y suprimir y poner en el mismo nivel las palabras de los Santos Padres y las blasfemias de los herejes.

71. Si de este modo se entorpece la acción de la Iglesia, si se pierden almas, si se detiene el curso majestuoso de la civilización cristiana, si se suscitan guerras, si la defensa del nombre cristiano se impide; culpa es, y culpa única del poder humano, del poder de las tinieblas, que por una hora prevalece. Jesucristo duerme en la barca, duerme quizás en el sepulcro; pero Él se alzará, Él se acordará de su Poder, Él despertará cuando tenga determinado. Mientras tanto la lucha es ya victoria, la perseverancia es poder de Dios, porque de estas batallas está escrito: *Haec est victoria, quae vincit mundum, fides nostra* [1]. La victoria parcial que vence al mundo es que no nos puedan arrebatar la fe. Esa fué la victoria de Atanasio, de Basilio, de Flaviano y de Máximo, victoria coronada en ellos por la corona de gloria, y en la Iglesia por la posesión tranquila de su Credo durante todos los siglos.

El Señor con su gran Poder nos las conceda cumplidísimas.

Así sea.

---

[1] I Joann., V, 4.

DISCURSO QUINTO

El poder secular.

SUMARIO

Ilustración tomada de la inscripción CHRISTUS *magis*. Tanto la victoria sobre el poder humano, como el modo de obtenerla, se oponen al espíritu moderno.—Ambas cosas debemos nosotros confesar.—Ambas las demostramos en la lucha con la ciencia y prudencia de la carne.—Ambas las demostraremos en la batalla con la fuerza humana.—Extensión de la materia.

I

Fíjanse los límites de la cuestión de las Investiduras.—Estado social de Germania, Francia e Italia en el siglo XI; carácter del señorío feudal y lucha con el poder real e imperial.—Razón del privilegio de las investiduras y abuso que de él se hacía para favor de las luchas políticas.—Testimonios en prueba del abuso y origen de la simonía.—De la simonía brota el concubinato público.—Testimonios de San Pedro Damiano.—Acción de Juan XIX.—Inicia eficazmente el desarraigo de los abusos San León IX.—San Pedro Damiano, San Juan Gualberto y otros le auxilian.—Víctor II, Esteban IX, Nicolao II y Alejandro II siguen su obra.—Enrique IV y San Gregorio VII.

Aplicación a la guerra que hoy se hace a la Iglesia por el dios-Estado, queriendo primero despojarla, después oprimirla por la concesión de prebendas, luego excitando la codicia y malas pasiones del clero.—Hipocresía del espíritu del siglo que se escandaliza de lo que él procura.

II

San Gregorio se apresta a luchar.—Carácter de Enrique IV.—Justicia y mansedumbre de San Gregorio: sus cartas.—Proceder infame del rey: sus cartas insultantes.—Mansedumbre del Papa.—Castigo impuesto al rey.—Enmienda fingida de éste: Canosa.—Vuelve al vómito y se endurece.—Muerte de San Gregorio.

Calumnias de los herejes a San Gregorio, que son las que ellos merecen.—Semejanza de este proceder con el de los herejes del día contra la Iglesia.—Separación teórica y práctica del Estado y de la Iglesia por deseo de dominarla.—Cuando la Iglesia condena la separación, dicen que se mezcla en la política y que es ambiciosa.—

Testimonios de los enemigos.—Palabras de Pío X; condenación del no quererse meter en política de los sillonistas.—Lo que querían era esclavizar la Iglesia a sus perseguidores.

Nueva fase de la lucha, muerto San Gregorio.—Obscura suerte y ruina de los enemigos de la Iglesia mientras que el Papado en Urbano II triunfa extraordinariamente.—Concilio de Clermont y primera Cruzada.—Alúdese a la gloria del Pontificado bajo Pío IX, León XIII y Pío X.

III

Ultimos momentos de la cuestión de las investiduras en Enrique V y Pascual II.—Cesarismo de Enrique; su invasión a Roma.—*Pravilegio* obtenido por fuerza.—Semejanza de esta conducta con la de Clemente XI, Clemente XIV y León XIII.—Bien que sacó Dios de las concesiones de Pascual II: concilio plenario de Letrán.—Pontificado mártir de Gelasio II.—Brilla el poder de Dios en Calixto II, en el concordato de Worms y en el primer Concilio Lateranense.—Bienes y triunfos de la Iglesia de Francia después de los últimos aciagos días.

Resumen final.—Jesús duerme.

Et dominabitur a mari usque ad mare.
Se extenderá su dominio de mar a mar.

(*Ps.* LXXI, 8.)

Real Cofradía y Hermandad de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder:

1. Cuenta Chabás, docto arqueólogo sagrado, en su *Episcopologio Valentino* (I, p. 30), que entre aquellas ruinas cristiano-romanas se halló la piedra que servía de base a una estatua del emperador Claudio, en que la adulación pagana había esculpido los pomposos epítetos de *pio*, *felice, augusto, invicto*, y donde la verdad cristiana, con mano sublime y lacónica, había escrito: Christus *magis*, que es decir: *Cristo lo es más.*

2. Aquí tenéis la síntesis de toda la lucha secular entre el Poder omnipotente de Jesucristo y la flaqueza presumida de los imperios. Y si aquella columna y aquel basamento y aquella inscripción fueran restos de algún arco, trofeo o monumento levantado, como se levantaron a Nerón y a Diocleciano, *extincta superstitione christiana,* por haber extinguido el nombre y la creencia en Jesucristo, entonces el crismón añadido y la protesta sublime Christus *magis* se convierte en plena manifestación de la realidad. Siempre el orgullo humano levantando monumentos y trofeos por haber hollado el imperio de Jesucristo y siempre la mano de Dios grabando junto a

todos los encomios interesados de los hombres aquel: *Y Cristo más* de la inscripción valenciana.

3. ¿De qué modo? He ahí el secreto divino. Esa imagen nos recuerda aquel momento supremo en que ante la fuerza y el poder romano en Pilato encarnado, confesó Jesús Nuestro Bien que era rey, que caminaba a su reino, que entonces lo estaba reconquistando, pero por un modo singular y extraordinario y sobrehumano, como correspondía a lo singular, extraordinario y sobrehumano de aquel reino que no era de este mundo: *Regnum meum non est de hoc mundo.* Por eso, continuaba el Señor, por eso no me rodeo de soldados, ni de armas; por eso mandé a mis apóstoles que envainaran el cuchillo, y por eso tampoco llamé en mi auxilio más de doce legiones de ángeles, porque el reino que yo fundo y tengo en la tierra no es terreno ni mundano: *Non est de hoc mundo* [1]. Por eso cuando lo dejo, lo conquisto, y cuando me lo arrebatan, lo poseo y cuando levantan estatuas sobre su ruina, resucita, y cuando muere, vive, y cuando todos desesperan de él, es cuando está más cerca.

4. Verdad es esta en su doble aspecto, que no recibe el espíritu moderno. Y unas veces como el pueblo, ebrio de sangre, no quiere que reine Jesucristo sobre él, y otras, como Pilatos, se mofa escéptico de un reino a quien no garantizan las bayonetas y los cañones, o por lo menos desfallece en el Cenáculo antes de recibir el Espíritu Santo, comparando su flaqueza con el poder humano y desesperando de que *in tempore hoc* se ha de restablecer el reino de Dios [2].

5. Apartados nosotros por completo de este espíritu moderno, confesemos primero con todo el fervor de nues-

[1] Joan., XVIII, 36.
[2] Act. Apostol., I, 6.



tras almas que Jesús es nuestro Rey y el Rey inmortal de los siglos, el Rey de todos los reyes de la tierra; y declaremos que es nuestro deseo firme y ardiente que reine, y que esperamos que reinará. Pero también declaremos que no ha de pelear por la ambición de la tierra, ni con ejércitos humanos, y que precisamente cuando el poder del hombre se sienta fracasado y del todo impotente, entonces será cuando surja inmenso y omnipotente el Poder de Dios, del brazo de Dios.»

6. Estas enseñanzas vimos en el discurso precedente respecto a ese poder humano que se llama ciencia especulativa o práctica, filosofía o prudencia, saber del sentido que a sí mismo se llama docto, sagaz y discreto, y que es necedad ante Dios. Vimos ese triunfo solemne e inmenso en la mayor batalla dogmática que vieron los siglos, donde se quiso luchar con todas las armas de argucias, sofismas, discursos, elocuencia, prudencia, formularios y silencios políticos contra la verdad sencilla y desarmada, que acabó por cantarse en Credo unánime sobre las ruinas de aquel imperio civil y de aquel imperio eclesiástico que habían desbaratado su fuerza luchando contra ella.

Enseñanzas que veíamos iniciadas y ya cumpliéndose en el vértigo de opiniones, sectas, doctrinas y sistemas con que el espíritu moderno niega la verdad; y que van desapareciendo como ensueños de calenturientos, y en la cadena sin fin de fórmulas, arreglos, hipótesis, pendencias, tolerancias y silencios con que no menos, aunque sí con menor audacia, se quiere ahogar a la verdad. La cual va continuamente triunfante y cantándose en unánime símbolo, hasta que llegue el día en que se entone sobre las ruinas de una civilización, como la moderna, que no ha hecho más que irse pulverizando contra la verdad.

7. Hoy nos toca ver otra manifestación de esa in-

acabable pelea: la fuerza secular contra el Poder divino.

Por cuanto abarca la Historia de la Iglesia se dilata siempre la lucha que mencionamos.

8. La Sinagoga primero, queriendo con azotes y cárceles hacer callar a los que el Señor mandaba testificar lo que habían visto; el Paganismo después con todo el poder del dios-Estado queriendo abrir ancha laguna de sangre cristiana donde él mismo había de quedar ahogado; luego los césares bizantinos erigiéndose ellos en supremos sacerdotes, y queriendo a su talante modificar el Credo de la Iglesia católica, hasta que ebrios y embotados por la crápula y el rebajamiento extendieran sus manos a las cadenas y su cuello al alfanje de Bayaceto.

Al mismo tiempo, los capitanes de tribus bárbaras, que pasan como tempestad por Europa sembrando de fecunda semilla cristiana los surcos de la árida tierra y amasando con sangre pura los cimientos de reinos mañana gloriosos; más tarde será Cosroes y los reyes de Persia y en pos de ellos los califas de Bagdad, los de Córdoba, los reyes de Marruecos y Túnez, los infinitos hijos del Profeta, sus hermanos y sucesores los turcos, que lucharán con el alfanje y la guerra hasta cebarse en la muerte para morir ellos, precisamente porque al matar tropezaron en la vida que es la Iglesia, *mors impegit in vitam,* como dice San Bernardo, en Jesucristo viviendo en ella.

9. Lucha perpetua que es la vida toda de la Iglesia, peleando sin treguas ni descanso contra los Enriques de Inglaterra, los Felipes de Francia, sin llegar a las épocas del Protestantismo, en que los príncipes electores de Germania, y Gustavo Vasa en Suecia, y Enrique e Isabel en Inglaterra y los piratas y generales calvinistas se conjuraron para testificar con su ruina el gran Poder de Jesucristo. Lucha en que llegó hasta tiempos casi contemporáneos peleando con Luis XIV de Francia, Car-

los III de España, José I de Austria y con todos los regalistas que en vano quisieron trasladar la tiara de los Pontífices a las sienes de los monarcas. Lucha, finalmente, en que de una o de otra manera la ven los tiempos actuales con igual empeño de los adversarios, con semejantes vicisitudes en la pelea, con igual resultado como en parte vemos y en parte indudablemente esperamos.

10. Por eso quererlo abarcar todo es imposible, y sobre imposible, nada útil.

Para poder hacer algo y que sea provechoso, es preferible tomar una especial batalla, un período particular y, como hicimos con la lucha dogmática, analizarlo y desentrañarlo para sacar la alabanza debida al gran Poder de Jesucristo.

Pidamos los socorros de la gracia.

Ave María.

I

11. La materia del discurso presente será la cuestión conocida en la historia con el nombre de *Las Investiduras*, que por especial designio de Dios se agrupa toda alrededor de un nombre, gloria de la cátedra romana, luz del mundo, muro granítico del derecho, sostén de la libertad de Europa, blanco y terrero de odios seculares, espanto de jansenistas y regalistas y terror hoy día de liberales y modernistas. Ya he nombrado a San Gregorio VII.

12. Pero aunque es verdad que ese nombre es sobre todo otro nombre de su edad, y alabarle a él es alabar la fuerza de Dios en aquel trance, todavía la verdad y la justicia piden que se le coloque en su verdadero lugar y

se abarque en toda su extensión aquel período que propiamente empieza por la elección de San León IX en 1049 y termina por el Concordato de Worms y el Concilio ecumético *Lateranense I*, en 1123.

13. Abarcan estos setenta años todas las variedades de la batalla, que va creciendo hasta llegar a un conflicto gigantesco, que parece luego perdido para la causa de la justicia, y que termina providencialmente alardeando Dios de su gran Poder.

14. Al comenzar el siglo XI, teatro del duelo gigantesco de las *Investiduras*, toda la vida diplomática y exterior de la Iglesia estaba casi circunscrita al reino de Francia, que acababa de fundarse en Hugo Capeto y que se aumentaba sin cesar a costa de los pequeños señoríos feudales que iba devorando, y al imperio germánico, que extendía sus tentáculos por la Lombardía e Italia y que o favorecía o dañaba al reposo de los estados de la Iglesia y de Roma, turbada casi siempre por señores y tiranos minúsculos.

15. Tanto en Francia, como en Germania y en Italia había nacido y se había robustecido el feudalismo por la necesidad que hubo de oponerse a las invasiones normandas del siglo décimo y a las invasiones mahometanas, cosa que hacían mejor los dueños y señores pequeños, sobre todo en la inutilidad de los últimos carolingios. Así se robusteció el poder parcial de los señores secundarios y llegaba a eclipsar unas veces, emular otras e impedir muchas la autoridad real o imperial. Los reyes, pues, y los emperadores y frente a ellos los señores feudales, todos vivían en continua paz armada, en recelos incesantes y no pocas veces en abierta y paladina hostilidad.

Estos señores menores de que hablamos, eran muchas

veces obispos y abades y dignidades eclesiásticas que juntaban con el carácter de señores espirituales el de señores temporales con rentas, vasallos, castillos y territorios dependientes de los reyes y emperadores.

16. De donde fácilmente se deducirá el interés que tenían a veces todos los señores seculares en el nombramiento de los pastores y dignidades de la Iglesia y el carácter mixto del nombramiento y de las prebendas. De aquí se derivó el privilegio de las *Investiduras*.

Conservábase todavía la forma canónica de la elección popular para las dignidades eclesiásticas, y la Iglesia concedió a los emperadores, reyes y otros señores la facultad de confirmar esa elección, si les era grata, y hacer al agraciado entrega de las insignias de su cargo, a fin de que entendiera de quién recibía el señorío temporal, anejo a la prelacía espiritual. Esta entrega de las insignias, que era en los prelados el báculo y la cruz, se llamaba la *investidura*.

17. Cuando el emperador era San Enrique, aunque alguna vez, como en la de Tagmon de Magdeburgo, forzara la voluntad de los electores, siempre lo hizo en bien de las iglesias y sin llegar a medios reprobables; pero ni los emperadores tudescos eran todos San Enrique, ni los otros señores y reyes mucho menos. Y ya se comprende que la investidura se la arrogaban como único y verdadero nombramiento, que, o forzada o preterida por completo la popular voluntad, se repartían las dignidades eclesiásticas como las seculares; que al darlas, se atendía sobre todo a la razón de Estado y aumento temporal: que se ponía a los clérigos en peligro de pretensiones cortesanas, adulaciones serviles, compras sacrílegas, simonías manifiestas.

Recién elegido el emperador Enrique III, se lamentaba de esto en un Concilio de prelados que reunió de

todos sus Estados, tanto de la Galia, como de Germania: «Vuestra avaricia, les decía, os ha seducido y os ha acarreado todas las maldiciones del cielo. Mi padre mismo, el emperador Conrado, y temo mucho por su alma, hizo en vida vergonzoso tráfico de las dignidades eclesiásticas, y yo no dudo de que, en castigo de tantos pecados, vienen sobre nosotros los azotes del hambre, de la peste y de la guerra; porque todos los órdenes de la Iglesia, desde el Soberano Pontífice hasta los ostiarios, están infectos de simonía». Callaron aquellos obispos, continúa el historiador Glaber, porque la simonía había infestado, no sólo las Galias, sino toda la Italia, y eran venales las dignidades eclesiásticas como mercancías expuestas en pública feria [1].

18. Convertidas las dignidades eclesiásticas en seculares y vendidas al favor, al apoyo de un príncipe contra otro o por sumas de dinero, o por soldados con que los favorecieran; los obispos abades y prebendados eran más que nada opulentos señores temporales, cortesanos del príncipe y lobos del rebaño, al que no pensaban sino en usufructuar. Con esto se introdujo la relajación de las costumbres y públicamente, rompiendo el vínculo de la honestidad, o tomaban mujeres y tenían familia en su casa, o se lanzaban animalmente a feos vicios sodomíticos.

19. Testigo de mayor excepción es San Pedro Damiano, cuyas obras rebosan en crudas descripciones de la relajación que las investiduras y el abuso hecho por el poder secular habían traído a muchos clérigos y sacerdotes. «¡Ay de aquellos, escribe el Santo a sus hermanos los Cardenales, hecho él recientemente Cardenal, que, reprensibles en su vida, ambicionan más reprensiblemente aún un puesto donde se debe vivir irreprensible! Así son

[1] Rodulfi Glabri, *Historiar.*, l. V, c. 5; (P. L., CXLII, 697-698).



los que, olvidados de su patria y de sus afecciones, siguen a tierras bárbaras y desconocidas las banderas de los reyes. Es tan grande en ellos el amor de las dignidades terrenas, que consigue de ellos lo que no puede arrancar el amor de las celestiales, y por no estar contentos con lo que tienen en su casa, se hacen extraños en la ajena, y para llegar a empuñar sobre los demás una tardía férula, se someten a servir a otros en baja clientela. Por cierto que sería mejor que de una vez dieran todo el precio que les pidan por los venales honores, que no sufrir tanta mole de trabajos y de molestias. Ciertamente que la palabra de Isaías [1] se expone diciendo que hay tres clases de precio, a saber: *munus a manu*, *munus ab obsequio, munus a lingua.* El don que se da con la mano, es el dinero; el que se da obsequiosamente, es la sujeción de la obediencia, y el que se da con la lengua, el favor de la adulación. Y como dice el profeta que el justo ha de sacudir sus manos de todos estos regalos, bien claro se prueba que es reo de todos el que, por conseguir dignidades eclesiásticas, sigue las banderas de los reyes. Porque hacen gastos y grandes expensas en carros, vehículos y aparatos bélicos y por eso son reos del *munus a manu;* se hacen sus seguidores y partidarios con tantos trabajos, fatigas y sudores, ¿quién dudará que incurren en el *munus ab obsequio?* Finalmente, alabando a su jefe y señor, procurando acomodar a la de éste su propia voluntad, lo adula y frecuentemente le halaga con el *munus a lingua*» [2].

20. No levanta menos su voz contra la vida escandalosa de los clérigos, sacerdotes y obispos, exhortando a los Pontífices que repriman lo que no se podía ocultar. *Ergo prae pudore nescio quomodo supprimatur in synodo, quod*

[1] Is., XXXIII, 15.
[2] S. Petr. Dam., Epist. l. I, ep. 1; (P. L., CXLIV, 257).

publice vociferatur in mundo, pues no se puede sin vergüenza callar en el sínodo, lo que públicamente se pregona en el mundo [1].

21. Por último, el testimonio de la nefanda ruina en que habían caído los clérigos simoníacos y nicolaítas nos lo da el mismo Santo en el opúsculo intitulado: ***Liber Gomorrhianus***, cuyo título basta a nuestro propósito [2].

¡En tan triste ruina había caído la porción escogida de la Iglesia, el estado clerical! Y bien aparecía la matrona noble y generosa de otras edades manchada y afeada por las inmundicias de Babilonia y de Gomorra. Ni se puede negar que la avaricia sacrílega era la puerta de tanto desorden y que estaba sostenida por la abusiva concesión y uso de ***las Investiduras***.

22. Ya el Papa Juan XIX, aunque coartado por los gobernadores y tiranos de Roma, había escuchado los llantos y clamores de la Esposa del Cordero; mas su acción quedó desvirtuada y anulada por sus indignos sucesores Benedicto IX y Gregorio VI, reos ellos también de simonía, cuando el Señor envió a su elegido el gran Pontífice San León IX. Y como nunca aparecen solos estos grandes hombres en la Iglesia, el Señor suscitó también a su lado a San Pedro Damiano, a San Juan Gualberto, a San Hugo y San Odilón de Cluny, a San Arialdo de Milán, sin contar a los legados pontificios y otros santos Obispos que le sucedieron en su celo y en su acción. Así Víctor II, así Esteban IX, así Nicolao II y así, finalmente, Alejandro II, que sostuvieron la pelea, que iba en aumento, hasta que el Cardenal Hildebrando, auxiliar hasta entonces de los Papas, entró a serlo él con el nombre de ***Gregorio VII***.

---

[1] Cfr., si lubet, S. P. Dam., Opusc. XVII; (P. L., CXLV, 380-1).
[2] P. L., CXLV, 159-190.



23. El momento era supremo. Las puertas del infierno se habían conjurado contra la Iglesia y todo el poder de la tierra iba a caer sobre ella.

El emperador Enrique III había muerto, dejando a su hijo, futuro emperador, que no llegó a serlo, de muy poca edad. Este mozo se había de criar en la licencia y en el orgullo y había de buscar en los simoníacos y nicolaítas apoyo y defensa de sus vicios, que ellos le darían a cambio de la que también necesitaban y requerían. Porque heridos con las medidas de represión de los romanos Pontífices, ya se habían juntado en facción y tenían a su frente al antipapa Cadaloo.

Todo, pues, conspiraba contra la Iglesia; los señores, tanto eclesiásticos como seculares, querían disponer de las prebendas y abadías, a fin de encontrar en ellas instrumentos de dominación y de poder; los clérigos de mala conducta hallaban defensa fácil para sus vicios plegándose a las voluntades de los que, a cambio de ello, se los toleraban y cubrían; el joven Enrique IV, rey de Germania y emperador electo, extendía su cetro sobre toda esa corrupción y la defendía reclamando para sí *las Investiduras,* o sea el derecho de alimentar con bienes de las Iglesias los parásitos de su corte y los escándalos del Imperio. Gregorio VII se oponía, como se habían opuesto León y Víctor y Esteban y Nicolao y Alejandro; pero se oponía en un momento más crítico, más decisivo, más importante. Esta es su personalidad, éste su carácter.

24. Fijaos bien en la lucha por mí esbozada y comprenderéis que no es más que un accidente de la batalla general que el poder secular da a la Iglesia. Es que el luminar menor se quiere hacer luminar mayor. En esta ocasión se prevalía del uso y privilegio de las investidu-

ras, después invocará las regalías, en nuestro tiempo descaradamente querrá preconizar la supremacía, la autolatría del Estado.

25. Envidioso de la supremacía moral de la Iglesia, y pensando que toda ella estribaba en las cuantiosas riquezas, en los patrimonios de los pobres que ella poseía, en el reino temporal de los Papas, volvió sus iras contra eso; y las leyes de desamortización primero, el despojo después y la sacrílega usurpación del patrimonio de San Pedro, vinieron a hacerle creer que ya había conseguido convertir a la Iglesia de Jesucristo en una sierva del Estado. ¡Vana creencia! Todo ese despojo no sirvió sino para descubrir que la Iglesia era superior a todo y que su fortaleza no se fundaba en los caudales, ni en el puñado de bayonetas de los zuavos pontificios.

26. ¡No la hemos oprimido bastante! se dijeron. Valiéndonos de los mismos privilegios que ella nos concede, busquemos entre sus miembros Judas que se vendan, Simones que se dejen cohechar. Y no hubiera sido extraño que los hubieran encontrado. Los encontraron los Constancios y los Valentes, los Basiliscos y los Coprónimos, los Enriques de Germania y los Luises de Francia. Páginas de vergüenza hay en la historia de las debilidades humanas, y sucesores de Judas y Simón Mago fueron los Eusebios, los Ursacios, los Valentes, los Sergios, los Pirros, los Acacios y en el período de las Investiduras los Cadaloo, los Guibertos, los Pedros de Milán, los Sigfredos de Maguncia, los Hermanes de Metz, los Hugos y Burcardos, los Guillermos y Ulricos, y en una palabra, casi todos los abades, obispos y arzobispos de Germania y Lombardía y muchísimos de Francia que pusieron precio a su adhesión al emperador.

Pero Dios Nuestro Señor ha tenido compasión de su Iglesia, y aunque *prodierunt ex nobis,* salieron de nuestro

clero en nuestros días los abates Naudet, Lemire, Gayraud, Murry, Klein y otros, ha brillado sobre todo con el resplandor del sol el ejemplo del episcopado francés, siguiendo al Papa y volviendo la espalda al Estado apóstata.

27. La tendencia de éste ya se ha visto y se está viendo. Tratar los cargos eclesiásticos como cargos puramente humanos, valerse de la ambición eclesiástica para buscarse adeptos, imponer o un silencio venal o una complacencia forzada o un *munus ab obsequio;* insusurrar en los oídos de los ministros del Santuario aquella vieja canción: *Haec omnia tibi dabo,* y tratar a los ministros de Dios como a funcionarios públicos. Conseguirá las victorias que el Señor permita, pero la táctica polémica no es otra.

Y naturalmente, si hay sacerdotes y religiosos y cristianos y católicos de todas clases, que no se rinden en la perpetua batalla, contra éstos se extreman los rigores; y si hay desgraciados que se hacen sus adeptos y pordiosean sus caricias y quieren ser sus parásitos, a éstos se les disimula lo malo, y el espíritu moderno los alaba y llega en su adulación a decir, como se dijo del abate Lemire, que era «un modelo del Papado» [1]. Con lo cual la licencia se quiere defender como ley, la ductilidad interesada como obediencia evangélica, la cortesanía culpable como caridad y humildad, la relajación como benignidad cristiana, el indiferentismo como apostólica mansedumbre. Y hasta se ha llegado a susurrar entre esos desgraciados como una disculpable debilidad y después como una necesidad permitible la relajación del celibato eclesiástico.

¡Ah poder humano! ¡Y qué daños has hecho en medio del rebaño del Señor!

---

[1] *Journal de Roubaix,* 17 de Agosto 1903.



28. Pero ved cuán hipócrita es el espíritu de las tinieblas, que fué espíritu de Enrique IV en el siglo XI y es espíritu moderno en el siglo XX, como fué espíritu jansenista en otros siglos. Él promueve la corrupción de algunos eclesiásticos y después se asombra y se escandaliza de ella y la atribuye precisamente a la Iglesia, que es la que siempre ha protestado, la que la ha procurado remediar, la que ha agonizado por remediarla. ¿Quién en el siglo XI protestó más vigorosamente que San Pedro Damiano? ¿Por quién conocemos el estado a que el poder secular había reducido a muchos eclesiásticos, sino por las ardientes palabras de aquel angel apocalíptico? ¿Quién se consagró a resistir y a morir por la hermosura del estado eclesiástico sino San Juan Gualberto, los monjes de Valleumbrosa, San Pedro el Igneo, San Arialdo y su compañero San Herlembaldo? ¿Quién inauguró en la Iglesia la reforma y verdadera purificación de ella sino San León IX, consagrándose a continuas peregrinaciones y visita de las iglesias necesitadas en Lombardía, Francia y en el Imperio germánico? ¿Quién siguió trabajando sino los Pontífices sus sucesores? ¿Y quién, finalmente, diácono y cardenal y Papa fué el atleta formidable de la reforma eclesiástica sino el cardenal Hildebrando, el Pontífice San Gregorio VII?

29. Lo mismo sucede hoy día. Si en los anales contemporáneos se registran defectos, como hemos dicho, de algunos eclesiásticos, atribúyase la culpa a aquel cuya es, al poder seglar, a la codicia humana, al eterno tentador. Atribúyase al que hizo una corte aseglarada de la corte de Aviñón, al que quiso destruir la Iglesia en los días de León X y Alejandro VI, al que ofreciendo dones o prometiendo riquezas, quiere minar la santidad del Evangelio; pero no a la Iglesia, que con ello es la que padece, la que es perseguida, la que es afligida, que en

esos trances es la que reacciona, la que reforma, la que protesta, la que pelea, la que vence. No se lo atribuyamos a la Iglesia que ella es la que con Pío IX es despojada, la que en León XIII condena el americanismo, la que en Pío X condena solemnemente el modernismo, prohibe todo trato con la tercera República y reprueba la conducta de los demócratas cristianos, de los hombres del *Sillon*, de los del espíritu nuevo y liberal de los abates que sacrílegamente se le proponían por modelos.

II

30. Volvamos los ojos al momento crítico de la batalla por *las Investiduras.*

Veintidós años tenía el rey Enrique IV de Alemania cuando empezó San Gregorio VII a gobernar la Sede Romana y desde los quince, impulsado por la ambición del imperio y la licencia de los primeros años, había sido enemigo acérrimo de la Iglesia.

Desde la fundación del imperio de Occidente en Carlomagno, había sido tenida la dignidad imperial como un don libérrimo de la Santa Sede y que ella comunicaba al soberano que más apto creía para defenderla y para sostener la soberanía temporal de los Pontífices. Del mismo modo se entendieron los privilegios a la dignidad anejos, y singularmente el de las Investiduras.

Pero en su orgullo algunos emperadores y ahora el joven Enrique tenían tales privilegios como herencia y propiedad suya y querían usar de sus fuerzas materiales y de las fuerzas del imperio para exigirlos. La constante repulsa de Alejandro II primero, y ahora de Gregorio VII,

lo lanzó al cisma y a la rebelión, y queriendo justificar con palabras calumniosas su proceder, llamó a Gregorio ambicioso, soberbio, dominador.

31. Puede tanto la calumnia, que aún se introduce en los elogios de los admiradores entenebreciéndolos con su sombra. Tal pasa con San Gregorio VII. No sólo los enemigos del Pontificado, los galicanos y jansenistas repiten las calumnias de Enrique IV, sino aun los católicos de tal modo nos hablan de aquel santo Pontífice, que no parece que hubo en él sino acometividad, celo, poder, y que su duelo con Enrique IV fué algo así como el duelo entre dos poderes, dos fuerzas humanas.

Es cierto que Dios Nuestro Señor dotó el corazón de Gregorio de soberana fortaleza; es cierto que se mostró en él aquel poder divino que conforta al mártir ante las amenazas y en las vejaciones; es certísimo que su pecho era pecho sacerdotal, como el de Atanasio y Basilio, como el de Flaviano y Ambrosio. Pero no es menos cierto que no hubo jamás sacerdote de Dios más exento de ambición y soberbia, ni hubo padre más amoroso con los pródigos, a quienes llamaba y atraía, ni hubo tampoco quien usara menos de las armas humanas y terrenas. En todo se mostró verdadero Vicario e instrumento de la mansedumbre y del Poder de Jesucristo.

32. Apenas elegido Pontífice, sin aviso del emperador electo, y sabiendo que en Alemania y Lombardía existía una facción de señores y prelados simoníacos y concubinarios que le odiaban y que excitarían los celos del joven Enrique contra él, no quiso ser ordenado ni entronizado hasta contar con la aprobación y consentimiento de sus enemigos.

33. La obtuvo dentro del primer año de su elección y en seguida se dispuso a continuar con paso firme el camino de sus antecesores.

En el Concilio de Roma renovó los anatemas y penas de los ecuménicos VII y VIII contra los simoníacos; volvió a proscribir la inmoralidad del clero y defendió la libertad de la Iglesia.

Llegan a oídos de Gregorio las arbitrariedades de Enrique, su desalmada y criminal negociación con las prebendas eclesiásticas, y la primera arma que esgrime son cartas llenas de amor y de dulzura. «Si Dios te concediese, por modo suyo piadoso, hacerte ver patente mi corazón, no dudo de que con su gracia nadie te podría separar de mi amistad y amor. Mas confío en su misericordia que alguna vez conocerás claro cuánto y con cuán sincera caridad te amo. A eso me obliga el precepto de caridad común a todos los cristianos, a eso también me impele la majestad imperial y la potestad blanda de la Sede apostólica: *ad hoc enim imperatoria majestas, ad hoc apostolicae sedis mansueta potestas*..... Pero, oh dolor, continúa, no piensan con debida diligencia en esto aquellos que tratan de sembrar entre nosotros discordia para poder, a favor de estas redes diabólicas, buscar y conseguir sus provechos, paliar sus vicios, con los que provocan la ira de Dios y la espada de San Pedro. Por lo cual te exhorto, hijo carísimo, a no dar oídos a éstos, sino a aquéllos que no buscan su interés, sino el de Jesucristo».

Continúa presentándole los grandes proyectos que de la Cruzada al Santo Sepulcro tenía, y aun de acaudillarla él en persona, y concluye: «Si no esperara yo de ti mucho más de lo que muchos piensan, no te diría estas cosas. Mas porque quizás no haya persona ninguna a quien creas sin género de duda al hablarte del amor y sinceridad mía para contigo, le ruego al Espíritu Santo, que todo lo puede, que él te ilumine y descubra qué deseo para ti, cuánto te amo y que también te trueque el corazón de

modo que los deseos de los malos se anulen y los de los buenos se logren» [1].

34. Enrique no se enmendó. Lleno de doblez y de engaño trata de apoderarse del Papa o de matarle; continúa en vejar a sus pueblos y a la condesa Matilde, la única soberana que se halló siempre al lado de Gregorio. Quiere con palabras falaces engañar a éste; reúne un conciliábulo en que veinticuatro obispos y muchos abades deponen a San Gregorio del Sumo Pontificado, y se lo comunica en una carta llena de insultos y calumnias.

«Eres, Hildebrando, le decía en ellas, monje fingido, no verdadero Papa..... Has pisoteado como a esclavos a los ungidos del Señor, a los arzobispos, obispos y sacerdotes... Tienes el alma llena de orgullo, creyendo que tú solo lo sabes todo y que nadie sabe nada..... Me has contradicho a mí, que, aunque indigno, he sido consagrado rey, y que, según la tradición de los Padres, no puedo ser juzgado, sino por Dios solamente, y por ningún delito puedo ser depuesto, sino por la herejía, cosa que Dios no permita... Estás herido del anatema de todos mis obispos y del mío. Baja, pues, de ese trono y que lo ocupe otro que sea digno...» [2].

35. ¡Tantas palabras para decir que San Gregorio perseguía a los simoníacos y nicolaítas, para confesar que le advertía de sus extravíos como padre, para declarar ante el mundo que el orgullo real no quería someterse a nadie en el mundo! A tan desconsiderados ataques, continúan los analistas, apenas si hubiera podido el legado y embajador imperial escapar de las manos de los Padres asistentes al Sínodo romano, si no hubiera sido cubierto

[1] Reg., L. 2, ep. 31; (P. L., CXLVIII, 586-7).
[2] P. L., CXLVIII, 794-5.



por el cuerpo del Pontífice, que recordando a todos la mansedumbre de la Iglesia, que es oveja entre lobos, disolvió la sesión, dilatando el resolver para el siguiente día. En él ya, atendiendo a la razón, al voto unánime del Concilio y al bien de la Iglesia, pronunció el anatema y la sentencia de deposición contra Enrique [1].

36. ¡Cuán diferente es la idea que estos documentos auténticos nos dan de San Gregorio de la que Enrique IV, Fleury y los demás calumniadores nos ofrecen, y aun de la que se filtra en muchas imprudentes alabanzas! No es el Pontífice provocador, humanamente guerrero, impetuoso y precipitado: el poder humano luchando con el poder humano. Es el padre que llora, que ruega, que amonesta, que ama, que amenaza, y que al fin, invitando al arrepentimiento, castiga.

Y es más: es el Padre que hasta se deja..... engañar.

37. Porque contribuyendo el Poder de Dios a la defensa de la Iglesia, tocó de terror el corazón de los súbditos de Enrique y empezaron a separarse de él. Muertes horrendas entre los prelados, sus secuaces, contribuyeron a aumentar la deserción, y aquel joven aturdido pensó en volver a la casa paterna. La defección de su reino le urgía, los sajones rebelados le estrechaban, y por fin llamó al Papa para que viniera a la Dieta de Augsburgo, y él, inquieto e impaciente, no queriendo que terminara el año de su excomunión, se dirigió al encuentro de Gregorio en Enero de 1077.

38. Canosa se hizo con el encuentro de ambos famosa en la historia. San Gregorio dudaba con razón de la sinceridad de Enrique; pero San Hugo Cluniacense y la condesa Matilde rogaban por él, y aquel Padre y Pontífi-

[1] P. L., CXLVIII, 789-96.



ce se dejó aplacar y recibió en su gracia, aunque con desconfianza, a Enrique.

39. Seis días después todo había cambiado. Los consejeros laicos y eclesiásticos del monarca, interesados en sus simonías y pecados, le mudaron el ánimo, y ya desde entonces se endureció hasta su desdichada muerte. Persiguió a San Gregorio, trató de apoderarse de él, requirió las armas contra sus súbditos católicos, y feliz en ellas, las llevó hasta Roma; colocó al antipapa Guiberto en la sede de San Pedro, hizo que San Gregorio saliera huyendo para Salerno y con blasfemia impía atribuyó a castigo de Dios la muerte de San Gregorio y de su propio competidor en el trono de Germania, Rodulfo de Suabia.

40. ¡Siempre en estas luchas de la Iglesia los mismos caracteres! Ya lo hemos visto; no se lucha de igual a igual, de poder a poder; siempre lucha David con Goliat. Frente al poder del emperador, sostenido por los señores de Alemania y de Lombardía, que estaban fuertes con sus riquezas, interesados en sostener sus vicios, está solo el Pontífice, a quien sólo una mujer, la heroica condesa Matilde, permanece fiel. Las armas que usa son las de la persuasión, el ruego, la admonición, el anatema y aun rechaza las armas de los sajones y se mantiene neutral en la elección de Rodulfo de Suabia. Mas como si Dios quisiera manifestar que todavía no se mostraba con toda claridad cómo la victoria había de ser toda, toda, toda suya, quiere que muera Rodulfo, como diciendo a los católicos de Sajonia: *Mitte gladium tuum in vaginam* [1], y llama a sí a su Vicario, como si a toda la Iglesia la repitiera: *Expedit vobis ut ego vadam* [2] para que no se diga que venció la Iglesia porque tenía un Rodulfo o un Gregorio, sino

[1] Joann., XVIII, 11.
[2] Ibid., XVI, 7.



porque tuvo el poder de Dios: *dextera Domini fecit virtutem* [1].

41. Antes de ver este último y decisivo momento de la lucha en que, perdidas por completo las esperanzas humanas, brilla en la debilidad del hombre el Poder de Dios, deduzcamos algo de las calumnias con que se ha manchado el nombre de San Gregorio VII.

Lo calumniaron de ambicioso y dominante, de soberbio y codicioso del poder universal. Lo dicho prueba lo contrario, que la acusación debe retorcerse sobre la cabeza de los que la forjaron. Ellos eran los que no querían someterse a juicio de hombre alguno; ellos los que ambicionaban la monarquía universal, ellos los que, al sentirse detenidos en sus ambiciones por la ley y el dedo de Dios, apelaban a llamar con calumnia a los demás el nombre que ellos merecían.

Lo mismo pasa hoy día.

42. No se contenta el dios-Estado con usurpar a la Iglesia sus bienes y sus dominios, con mancillar su vestidura mediante un ejercicio venal de sus privilegios; sino que llevado por el orgullo de la dominación única, hace proclamar primero la separación teórica de los dos poderes, y después la separación práctica, siempre deseando llegar a la esclavitud real de la Iglesia. Así hablaron los modernistas antes de la encíclica *Pascendi;* así hablaron después por boca de Sabatier, Sagnier, Battaini, y así hablan recentísimamente por medio de los periódicos liberales, y así en Portugal por la pluma oculta tras el seudónimo de Eurico de Seabra.

43. Mas cuando la Iglesia condena esa separación teórica y práctica, cuando se alza excomulgando a los que en Francia y Portugal consumaron el atentado de la se

[1] Ps. CXVII, 16.

paración; cuando en la encíclica *Pascendi* reprueba a los que dicen que el imperio del derecho, que el Estado no debe ser sino neutro y no favorecer creencia alguna oficialmente; cuando aconseja en la encíclica de la Acción católica que «se llegue a una acción católica que conduzca claramente a la observancia completa e integral de las leyes divinas y de las prescripciones eclesiásticas y de la profesión clara y osada de la verdad y de la Religión»; cuando en la encíclica *E supremi Apostolatus* recuerda a todos que «Dios no es un dios inerte y descuidado de lo humano, sino vivo y verdadero y que extiende a todo su autoridad», entonces gritan que eso es hablar como Gregorio VII (y en eso tienen razón) y llaman ese lenguaje ambición de dominio, clericalismo, política, y en eso calumnian como calumniaron a Gregorio VII.

44. «Los clericales, dice uno, confunden la religión con la política» [1]. «*Instaurare omnia*, renovarlo todo, escribe otro, dice que quiere Pío X, pero no es en Cristo, sino que su política más se parece a la de Bonifacio VIII que a la del Maestro manso y humilde de corazón» [2]. Otros, finalmente, como los *sillonistas* y sus imitadores, al ver a la Iglesia perseguida, no quieren tomar parte en su defensa, se adhieren y adulan a una forma de gobierno perseguidora de la Iglesia, y todo eso dicen hacerlo continuando muy católicos, católicos indiscutibles y puntillosos, pero que no quieren mezclarse para nada en política.

45. Oigamos a Su Santidad Pío X.

Siguiendo los ejemplos de Pío IX y de León XIII confirma cuantas definiciones emanaron de su augusto magisterio, singularmente el *Syllabus* y las encíclicas *Li-*

---

[1] Battaini, *La Chiesa contra lo Stato,* pág. 98.

[2] Sabatier, *A propos de la séparation,* p. LIX.



bertas e *Immortale Dei.* Como doctrina inculcada por él oigamos algunas de sus palabras: «Los tiempos nos exigen trabajo asiduo; que consista todo en guardar íntegra y cuidadosamente los mandamientos del Señor y los preceptos de su Iglesia, en confesar libre y paladinamente la Religión, en ejercitar toda clase de obras de caridad sin respeto ninguno a la propia utilidad» [1].

En las normas dadas a los católicos de España inculca la «necesidad de llevar personas buenas y católicas a los cuerpos y organismos políticos» [2].

46. Hácese cargo el Sumo Pontífice en varias ocasiones de la objeción y calumnia de los enemigos que llaman política a toda defensa de la Iglesia ofendida, y con gran claridad la refuta. En la Alocución consistorial de 4 de Noviembre de 1903, después de hablar de las doctrinas erróneas del liberalismo y modernismo, concluye: «Bien sabemos que algunos se ofenderán y dirán que nos metemos en política. Pero un justo apreciador comprenderá que el Papa no puede separar las cosas políticas del magisterio que ejerce de fe y moral».

47. Pero donde se da toda esta doctrina completa y hablando no sólo del Papa, sino de todos los fieles, es en la encíclica contra los sillonistas, precioso complemento de la Constitución *Pascendi.*

«¿Qué debemos pensar, escribe el Papa, qué debemos pensar de la acción en la Iglesia de estos hombres cuyo catolicismo es tan puntilloso y delicado, que a poco más el que no abraza su causa es tenido a sus ojos como un enemigo interior del catolicismo y que no llega a comprender ni a Jesucristo ni al Evangelio? Pues bien; ante

[1] Epistola encycl. *E supremi Apostolatus cathedra,* 4 Oct. 1903. Pii X Pontificis Maximi Acta. Vol. I, pag. 13-14. Romae. Ex typographia vaticana, 1905.

[2] Norm., 9, 12.



las palabras y los hechos nos vemos obligados a confesar que ni en su acción ni en su doctrina satisface el *Sillon* a la Iglesia».

48. Despuésde esta introducción, señala Su Santidad dos errores en los miembros de aquella Asociación: uno, adherirse de tal modo a la forma democrática y republicana, que no tenían por buenos católicos a los que en esto discrepaban de ellos, cosa tanto más reprensible cuanto que de hecho en Francia esta forma tiene doctrinas erróneas, que es recordar aquella frase de Mgr. Freppel: «La república es la masonería».

«La ilusión que se desprende de toda vuestra carta es, permitidme que os lo diga, que vosotros os creáis una república ideal, quimérica, sin relación ninguna con la realidad. Pues no es con este ente de razón, con esa abstracción pura con lo que nosotros pugnamos, sino con la república francesa, con el régimen caracterizado en 1881 como en 1793 por la guerra a Dios, al cristianismo y a la Iglesia; tal es el enemigo en carne y hueso, que si triunfa definitivamente dará un golpe mortal a la Religión católica en Francia. Que la Iglesia no condena ni rechaza en principio ninguna forma de gobierne, eso es evidente de toda evidencia; pero no lo es menos que la Iglesia católica condena y rechaza todo régimen que de hecho es sinónimo de irreligión e impiedad» [1].

El segundo error que señala la Encíclica es la actitud del *Sillon*, la actitud de neutralidad que adopta frente a los ataques y vejaciones de la Iglesia por parte de esa república y democracia, a la que se adhiere; neutralidad que quiere cohonestar con decir que ellos, los sillonistas, no tienen nada que ver con la política. Al terreno político, exclama el Papa, es arrastrada la Iglesia para ser in-

[1] Carta de Mons. Freppel a Mons. Bellot., 26 de Febrero de 1881.



juriada y despojada, y ¿habrá católicos que se crucen de brazos para no mezclarse en política? ¿Dónde, pues, está el católico? ¿O es que el católico sólo ha de aparecer cuando al golpe de un adversario, en una discusión, hace falta decir que lo es? ¿O es que en el sillonista hay dos hombres: el individuo, el particular, que es católico, y el hombre de acción que es neutro?

49. Las palabras textuales son éstas: «En primer lugar su catolicismo no se acomoda sino a la forma del gobierno democrático que estima ser la más favorable a la Iglesia y confundirse, por decirlo así, con ella; enfeuda, pues, su religión con un partido político. No tratamos ahora de declarar que el advenimiento de la democracia universal no quita ni pone nada a la acción de la Iglesia en el mundo; porque ya hemos recordado que la Iglesia ha dejado siempre a las naciones el cuidado de darse el gobierno que estimaran más ventajoso para sus intereses. Lo que afirmamos una vez más con nuestro predecesor es que hay peligro y error en enfeudar el catolicismo con una forma determinada de gobierno, error y peligro tanto mayor, cuanto que se une y sintetiza la religión con un género de democracia cuyas doctrinas son erróneas. Y este es el caso del *Sillon*; el cual de hecho y por preferir una forma política especial, compromete a la Iglesia, divide a los católicos, arranca la juventud y hasta los sacerdotes y seminaristas de la acción simplemente católica, y gasta, perdiéndolas del todo, las fuerzas vivas de una parte de la nación».

50. «Y ved ahora una flagrante contradicción. Precisamente alegando que la religión debe estar sobre todos los partidos, se abstiene el *Sillon* de defender a la Iglesia atacada. En verdad que no es la Iglesia la que ha descendido a la arena política, sino que la han arrastrado a ella para mutilarla y despojarla. ¿No será, pues, obligación

de todo católico usar las armas políticas que tiene a mano para defenderla y para obligar a la política a quedar en sus dominios y no pensar en la Iglesia sino para darle lo que se le debe? Pues bien; frente a la Iglesia así violentada, hemos tenido con frecuencia el dolor de ver a los sillonistas cruzarse de brazos, si no era en el caso en que esa defensa les fuera a ellos de alguna utilidad. Se les ha visto dictar o sostener un programa que por ninguna parte y en ningún grado dejaban ver ni revelaban al católico. Pero no impedía a estos hombres en plena lucha política y a los golpes de una provocación manifestar públicamente su fe. ¿Qué es esto sino decir que hay dos hombres en el sillonista: el individuo, que es católico, y el hombre de acción, que es neutro?» [1].

51. Con este proceder, que no es exclusivo de los sillonistas franceses, se adherían a los esclavizadores de la Iglesia y se vendían por amigos de ella; es decir, contribuían a esclavizar a la Iglesia y adulaban a sus perseguidores. Estos son los frutos del sofisma y del equívoco, por desgracia tan generalizado: *los católicos no han de ser políticos.*

52. Pero volvamos a las Investiduras.

En el momento supremo de la lucha, cuando la causa de la verdad y de la justicia parecía contar con defensores humanos que contrabalanceaban los defensores de la iniquidad, Dios extendió su brazo y segó las vidas del caudillo supremo y del caudillo temporal: San Gregorio y Rodolfo de Suabia mueren en su victoria.

Enrique, el antipapa Guiberto, la turbamulta de adeptos vibró palmas, entonó vítores... *Adhuc escae eorum erant in ore ipsorum, et ira Dei ascendit super eos* [2],

---

[1] Carta «Notre chargue apostolique», 25 Agost. 1910.—Act. App. 1, tom. II, p. 622-623.

[2] Ps. LXXVII, 30.



y no sabían que no habían cesado los ecos de sus cantares, cuando subía sobre el horizonte la ira de Dios que venía a decirle al mundo una vez más aquello de: *Mihi vindicta et ego retribuam;* yo soy el vengador y yo daré a cada uno lo suyo [1].

53. Porque, en primer lugar, Enrique y los cismáticos habían pretendido humillar y anular el prestigio de la Iglesia Romana, y precisamente el pontificado de Urbano II, sucesor de Gregorio, tras los breves días del B. Víctor III, es, sin duda alguna, el momento de mayor autoridad y esplendor de la Cátedra Romana. No hay que decir sino que Urbano II fué el Papa de Clermont y de la primera Cruzada. ¿Qué rey, qué duque, qué señor, qué pueblo se acordó entonces del rebelde Enrique IV, que con un puñado de levitas simoníacos y viles se consumía de rabia en un rincón de Alemania? Entretanto aparecía el sucesor de Gregorio VII a los ojos de Enrique y del antipapa Guiberto, aparecía en Clermont para empujar con un gesto de suprema autoridad a tres millones de peregrinos soldados sobre el imperio de los infieles. ¿Quién había de decir que el Papa de Salerno era el antecesor del Papa de Clermont? Por una corona exigua de prelados cismáticos y excomulgados, se vió Urbano rodeado de trece arzobispos y más de doscientos obispos y abades que traían la representación y obediencia de España, Italia, Inglaterra, Albania, Bretaña, Flandes, Lorena, Francia y aun de la misma Alemania. Y por el emperador electo y excomulgado y algunos príncipes tudescos y lombardos que le seguían; se vió obedecido por la flor de los caballeros cristianos, Hugo el Grande, Raimundo de Tolosa, Raimundo de San Gil, Roberto de Flandes, Roberto de Normandía, Esteban de Chartres y de Blois, Go-

[1] Rom., XII, 19.



dofredo de Bullon, Bohemundo de Tarento, con los mejores y más nobles señores de la Calabria, la Pulla y Sicilia, entre los que dejó perenne memoria el joven y valeroso Tancredo. *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo consolationes tuae laetificaverunt animam meam* [1]. Bien pudo cantar la Iglesia que a la medida de las tribulaciones pasadas vinieron las alegrías del Señor a consolarla.

54. Y mientras tanto, la mano poderosa de Dios se hacía sentir sobre sus enemigos. Notan los historiadores del tiempo el hambre general seguida de horrenda mortandad en Italia y en el imperio, las sediciones y aflicciones en Roma durante la invasión del antipapa y otras calamidades que precedieron o siguieron a la muerte de San Gregorio. El cisma iba poco á poco debilitándose y las desbocadas costumbres de sus fautores lo degradaban y destruían. Morían unos y se arrepentían otros obispos de los enriquistas, y el mismo rey se hizo objeto de execración a su propia esposa, á sus hijos Conrado y Enrique, los cuales se pusieron a la cabeza de los señores católicos para reivindicar la libertad de la religión y del imperio.

55. Entre tantas desdichas puso Enrique IV los ojos en su segundo hijo Enrique, quien también desaprobó su conducta cismática y le obligó a acudir al Papa pidiendo intercediera el Pontífice en favor del padre contra el hijo. Ultimo acto de humillación y de infructuosa penitencia que precedió a una muerte súbita y prematura. *Dextera Domini fecit virtutem.* El Poder de Jesucristo había una vez más hecho sentir su fuerza al perseguidor de su Ungido.

Más pesada fué la divina fuerza sobre el antipapa

[1] Ps. XCIII, 17.



Guiberto, que prófugo y desechado del mundo, como otro Caín, acabó miserablemente. En vano el ciego Enrique quiso perpetuar el cisma en Alberto, Teodorico y Maginulfo, que como secos e infructuosos sarmientos se secaron y pudrieron malditos del Señor [1].

56. Antes de tocar la última y decisiva fase de esta lucha donde se recoge el fruto sembrado con las lágrimas de San Gregorio y donde más que en las otras luce sobre y entre las debilidades humanas el gran Poder divino, consolémonos también nosotros mirando en nuestros días esos rayos del Poder de Dios que iluminan y coronan la frente de su esposa, aun en medio de la persecución y en las cadenas de la cautividad.

57. Los que desearon anular la acción de la Iglesia sobre el mundo y para eso le arrebataron sus estados y sus bienes, bien han podido tras cincuenta años comprender que no sacaron el fruto apetecido de su injusticia. Jamás la Iglesia Romana ha resplandecido más por la pureza de vida, por el esplendor de sus Pontífices. Murió Pío IX después de las grandezas del Concilio, tras los triunfos del *Syllabus* y rodeado de las caricias del mundo católico, que en ininterrumpida serie de peregrinaciones iban «*a adornar con flores* de su prisión las rejas», iban a morir por él.

58. Del esplendor que para la Sede Romana adquirió y ganó el Pontificado de León XIII, ¿quién podrá callar? Ni ¿quién alabarlo dignamente? En sus Encíclicas ha quedado vibrante la voz de los antiguos Padres y por confesión de sus enemigos en las conocidísimas *Immortale Dei, Libertas* y *Humanum genus*; con la popularísima *Rerum novarum* se oye la voz de Bonifacio VIII, Inocencio III, San Gregorio VII. ¿Quién no se acuerda

[1] P. L., CLXIII, 9-10.



de las continuas manifestaciones de amor que el mundo le daba con ocasión de sus fiestas más notables, que eran fiestas de familia de toda la cristiandad, del orbe universo?

59. Pues de Pío X ¿qué diremos? Claro está el respeto que el emperador de Alemania le tiene, clarísimo el amor que en constantes peregrinaciones viene el mundo a testificarle, y patente por demás el triunfo que sobre el espíritu moderno ha conseguido con la condenación del modernismo y la facilidad y aumento de la Comunión frecuente y con la celebración de las fiestas Constantinianas.

Mas el triunfo mayor de Pío X ha estado en Francia, en esa hija primogénita de la Iglesia, triunfo que se debe a Dios sólo y que sólo su gran Poder ha podido dar. Lo declararemos después, pero antes concluyamos el punto histórico de las Investiduras.

III

60. A Urbano había sucedido Pascual II y a Enrique IV su hijo Enrique V. Las conjeturas no podían ser más halagüeñas en favor de éste, pero la realidad defraudó las esperanzas. Enrique había heredado de su padre el orgullo y la pasión de dominar, y quizá tuviera sobre su padre la astucia y la violencia. Pascual II no era un San Gregorio VII, y hubo un momento en que al chocar el poder de Enrique con la debilidad de Pascual, pareció que la debilidad humana iba a imposibilitar el Poder divino: era la hora de la pasión, del poder de las tinieblas...

60. En efecto; Enrique V, perdido el miedo a sus enemigos, no necesitó del Papa y empezó a sentir en su

alma al emperador tudesco, al emperador pagano, al césar Dios.

Caesar lex viva stat regibus imperativa...

El César, escribía un poeta cortesano, es la ley viva y la que se impone a todos los reyes:

Quidquid ei placuerit juris ad instar erit!
Qui ligat ac solvit Deus ipsum praetulit orbi,
Divisit regnum divina potentia secum:
Astra dedit superis, caetera cuncta sibi... [1].

Arrullado y embriagado y distraído con este incienso, tomando en serio las afirmaciones del poeta de que su querer era ley y hacía derecho, de que Dios mismo le había dado el imperio del orbe para atar y desatar, y de que no se había reservado más que el cielo para sus santos, dando la tierra entera al César; engreído, digo, y endiosado con todo esto y con su poder, el joven Enrique V creyó llegada la hora de exigir por violencia las Investiduras, el dominio de la Iglesia romana, y de echar los cimientos de aquella dominación universal que los poetas y cortesanos le prometían:

Astra dedit superis, caetera cuncta sibi.

61. Era el año 1110 y por Italia se extendieron los ejércitos imperiales. ¿Quién, escribe Pedro de Pisa, quién dirá lo que hizo en su camino aquel manifiesto enemigo de la Iglesia? Destruyó y arrasó en su paso muchas ciudades y castillos; con mentira fingía venir en son de paz; no cesó de incendiar y profanar iglesias, de prender y cautivar a todas las personas religiosas y católicas que podía encontrar, y a los que no, los hacía huir y les pri-

[1] Godofredo de Viterbo, Chron., part. 17, apud Rohrbacher, *Histoire universelle de l'Église catholique*, Paris, 1851, t. 15, página 43, nota.



vaba de sus casas y oficios. Así pasó por Lombardía y Toscana hasta que se presentó a las puertas de Roma en 1111.

62. Nada se omitió en su entrada para aplacarle, aunque todo, como suele suceder, fué en vano. Los principales de la ciudad, el clero, todos revestidos como en las grandes solemnidades se extendían para recibirle desde la puerta del castillo de Sant Angelo hasta San Pedro. El pueblo acudió en incontable muchedumbre. En procesión autorizada, con las capas, dalmáticas, planetas y casullas, con los trajes de gala de cardenales y prelados, y ensordecido por los vítores del pueblo, llegó el emperador Enrique a la puerta del templo donde le abría los brazos Pascual II.

63. Detúvose Enrique V, y con un gesto inesperado de dominio que heló las aclamaciones en los labios, ocupó militarmente la Basílica, y entonces entrando ya como conquistador, empezó de hecho a cautivar al Pontífice. Notan los historiadores eclesiásticos y contemporáneos que era aquella la dominica en que el Señor, subiendo a Jerusalén, anunció a los doce lo que le había de acaecer cayendo en manos de los gentiles, y comparan estos malos tratamientos con los que desde entonces hasta fines de Abril padeció en la persona de su Vicario y de los suyos: *flagella*, escriben, *multaque opprobria diu ab eis perpessus est*, aun azotes y otros oprobios padeció largo tiempo de aquella soldadesca germánica [1].

64. ¿Con qué consecuencias? En tan aciagos días coronó emperador al rey Enrique el cautivo Pascual II, y tras largas negociaciones firmó aquel privilegio, que el Concilio plenario de Letrán llamó *pravilegio*, por el cual

---

[1] Petr. Pisan., Vita Pasch. II Pp., n. 13-14; (P. L., CLXIII, 20-1).



él, el Papa, cedía a Enrique V emperador, las investiduras tal y como las había usado su padre, y se comprometía por su palabra a no excomulgar a Enrique y a no inquietarlo jamás por nada de lo que había perpetrado contra la persona de Pascual y de los suyos. La espada de San Pedro había entrado en la vaina y otra vez sonaba la hora del poder de las tinieblas.

65. Lejos de mí y de todo buen católico juzgar a quien solamente juzga Dios; pero, sin ensalzar ni reprender la conducta de Pascual, podemos acordarnos de cuántas veces el proceder de otros sucesores suyos ha reproducido en medio de una lucha agitada el mismo envainar de las espadas y dejar a Jesucristo que, reteniendo las doce legiones de sus ángeles, se entregue en las manos del poder de las tinieblas! Acordaos de aquellos momentos tristes de la Iglesia en que combatida por adversarios hipócritas y contumaces, como eran los jansenistas, publicó Clemente IX el famoso edicto de paz que de su nombre se llamó *paz clementina*. Acordaos cómo pocos años después, otro Clemente dió aquel famoso breve *Dominus ac Redemptor,* edicto también de paz, por el que se entregaba la Compañía de Jesús maniatada al poder de sus adversarios, y la Iglesia se privaba de sus *genízaros*, para hablar con los mismos enemigos, de *remeros hábiles y expertos* para expresarnos con Pío VII. Acordaos cómo en nuestros mismos días la gloriosa memoria de León XIII llevó hasta lo increíble la condescendencia con la República Francesa.

Acordaos cómo él mismo, al borde de la tumba, recuerda en carta bien melancólica al Presidente Loubet, «cómo había inculcado cuidadosamente a los católicos de Francia, no sólo no guerrear contra la forma de gobierno, sino prestarle franca y leal adhesión»; que «en la elección de los Prelados podía tener el gobierno por seguro que la

Santa Sede, mientras procedía a las informaciones previas, tenía siempre a la vista la concordia entre los dos poderes; y que los prelados franceses, así escogidos, no habían de faltar, ni dejar de seguir las ideas de moderación y prudencia en que la Santa Sede se inspiraba».

Recordad, por último, aquella triste conclusión de la misma carta en que el nonagenario Pontífice, como previendo la ingratitud escribía: «Sería para Nos gran pena y profunda amargura ver desvanecidas sin llevar sus soñados frutos, todas nuestras benévolas intenciones para con Francia y su Gobierno, a los que Nos hemos dado siempre reiterados testimonios de nuestras más delicadas atenciones, de nuestra eficaz y paternal afección» [1]. Palabras son éstas que nos recuerdan el llanto del Salvador sobre Jerusalén. Repito que yo no juzgaré nunca a los que sólo el Señor puede juzgar; pero sí señalo que en estos momentos todos creyeron oir aquellas palabras: Esta es la hora del mal y el poder de las tinieblas.

64. Pero Dios convirtió bien pronto el llanto en alegría y las desesperanzas se trocaron en hermosísimas realidades.

Porque, en primer lugar, apenas se supo en el mundo cristiano la conducta de Enrique V para con Pascual II y la de éste para con aquél, se alzó por todas partes una voz de extrañeza y de dolor, que empezando por los cardenales de Roma y siguiendo por San Bruno de Segni, abad de Monte Casino, y por todos los Padres del concilio plenario de Letrán, cundió por la Iglesia entera. El *pravilegio* arrancado por fuerza fué reprobado por todos los Padres, y aunque Pascual II, por respeto a su palabra, se atuvo a lo que había prometido, la reprobación universal cubrió a Enrique V.

---

[1] Carta a Mr. Loubet, 23 de Marzo 1900.



Agobiado éste por tal nube de anatemas, se movía entre la súplica y la exasperación; pero siempre se encontraba con la firmeza apostólica de Pascual, que le respondía: «Yo he cumplido mi palabra, yo no le he excomulgado; pero su proceder ha suscitado la reprobación de la Iglesia y eso no lo puedo evitar.»

65. Con estas palabras en los labios murió Pascual II, y Gelasio II, su sucesor en su año de pontificado, no fué sino una víctima propiciatoria, que con su sacrificio había de atraer las misericordias de Dios. Asaltado a raíz de su elección por el partido de Enrique, padeció malos tratamientos y golpes; llamado por Enrique a Roma, temió, con razón, la suerte de Pascual y no acudió a caer en el lazo. Profanada la sede Romana por un antipapa del partido imperial, lo anatematizó y huyó de Italia, refugiándose en Cluny, donde Dios le coronó.

66. La medida estaba colmada: Dios estaba satisfecho. Cuando menos se podía conjeturar, el Papa Calixto II consigue del emperador una retractación escrita de sus pretensiones. «Por amor a Dios, a la Iglesia de Dios, a los santos Apóstoles Pedro y Pablo, por amor de Calixto y por amor a mi alma», dice el emperador, «renuncio libremente a las Investiduras y devuelvo la paz a la Iglesia». Estas son las cláusulas del Corcordato de Worms Después viene el primer Concilio de Letrán, y con las aclamaciones de los mil prelados allí reunidos, se sanciona la acción de León IX, de Gregorio VII y de Gelasio II; se hunde en el olvido la guerra y las pretensiones de Enrique IV y Enrique V, y se entona el himno final de victoria al omnipotente brazo de Dios.

67. Gran ejemplo también que hemos visto en todas las ocasiones arriba aludidas. Porque al silencio y paz clementina contra los fautores de Jansenio, siguió la acción eficaz y dogmática de Clemente XI, por la cual se

proscribieron para siempre los errores y subterfugios jansenistas en la famosa Constitución *Unigenitus* de 1713. La extinción de la Compañía de Jesús hizo que luciera en medio de aquella noche espesísima el Poder de Dios cuando primero el santo Pío VI condenó solemnemente las proposiciones del sínodo de Pistoya, vindicando la honra, las misiones, los teólogos y el apostolado de la Compañía de Jesús; y su glorioso sucesor Pío VII restableció, no la honra, sino el cuerpo mismo de la Compañía por la Bula, cuyo centenario celebramos este año.

Ni menos ha brillado el Poder de Dios en la vecina Francia de nuestros días. Porque cuando todo parecía augurar que un rompimiento en Francia y la misma separación acarrearía innumerables males; cuando no se podía negar que existían ocultos muchos verdaderos enemigos de la Iglesia para poder suministrar leña al incendio; todo sucedió de modo que lució el brazo de Dios y se vieron en Pío X enjugadas las lágrimas de León XIII. La ley de separación fué rechazada unánimemente sin intentar condescendencias ni leales ensayos, los Prelados franceses con el pecho lleno de valor lo dejaron todo y dejaron las halagüeñas promesas del Estado por no dejar la unión del Papa y del pueblo católico; la turba de abates modernistas, diarios modernistas, revistas y libros y obras modernistas se desenmascararon, y o se arrepintieron, o siguiendo a Carbonell y Sabatier se fueron con los protestantes; la Francia verdadera, tradicional y cristianísima fué a Roma para beatificar a Juana de Arco, y volvió a Francia y celebró las fiestas de aquella santa Pucela calumniada por Voltaire; y esa misma Francia, verdadera, tradicional y cristiana, es la que se agrupa en sus iglesias y celebra el centenario de Ozanam y el de Luis Veuillot, y los funerales de Alfredo Roussel.

Qué, ¿no reconocéis en esa Francia, a la Francia hija

primogénita de la Iglesia? Con la condenación de Sagnier y de sus jóvenes demócratas, ha caído de sus manos la bandera tricolor, la del Juego de Pelota, la del Terror, la de la Commune, la de la separación, y ondea de nuevo allí el estandarte blanco de Juana de Arco, que es la bandera de San Luis, que es la de Godofredo, que es la de Carlomagno, que es la de Carlos Martel, que es la de Clodoveo, que es la de la hija primogénita de la Iglesia. Sólo el Poder de Dios ha podido en tan poco tiempo obrar tan honda transformación.

68. He terminado, y apenas si se hace necesaria una mirada sintética al período que hoy hemos escogido.

El famoso crismón valentino se repitió una vez más; los aduladores, poetas y cortesanos levantaron interesados su estatua de elogios a Enrique IV y a Enrique V, y allí les decían: que su querer era el derecho; que el orbe era suyo; que Dios en su provecho se desentendía del mundo; que ellos, y sólo ellos, eran la ley, el poder, la justicia. Mas viene la mano de Dios, la voz de Alejandro y de Gregorio, y escriben en el basamento CHRISTUS *magis,* Cristo lo es más, o mejor. El solo lo es, que los demás no son. Y rugen heridos en su orgullo los emperadores y juntan ejércitos y cohechan levitas y clérigos, y amenazan y destruyen; y Alejandro y Gregorio y Gelasio repiten: CHRISTUS *magis*, Cristo solo es el poderoso. Y ante las firmes y débiles protestas, viene a Canosa Enrique y va a Worms su hijo, y no tienen más remedio que confesar ellos que CHRISTUS *magis,* que Cristo es rey de reyes.

69. El modo es el que a Jesucristo corresponde. Lucha con afirmaciones, contra amenazas; con anatemas, contra ejércitos; con fugas, contra persecuciones; con armas de oveja, contra armas de lobos. Y hasta llega un momento en que aún esas armas de oveja se embotan y

se quiebran... Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis? ¿Qué son esos medios de que queréis usar, sino cuchillos de San Pedro, briznas de heno para oponeros a un ejército? ¿Yno véis que es feo llorar porque ese heno se os quiebre? ¡Cuando permite Jesús que aparezca en Él toda la flaqueza del hombre, es porque a su cargo corre hacer brillar con toda la grandeza el Poder de Dios! ¿O es que creéis que porque se deja llevar de sus enemigos, ya se ha olvidado de su causa? *Dormiente bono Jesu,* escribe un contemporáneo de estos sucesos, con lo cual alude a la tempestad del Evangelio.

Pues veamos en todo ese sueño del buen Jesús, y como aquel alma enamorada digamos que le dejen dormir hasta que Él quiera. ¡Él sabe la hora de despertar! Y entretanto el huracán le arrulla y la ola tempestuosa le acaricia. Él duerme y nos deja remar. Cuando quiera se levantará, y con un gesto de su mano acallará los vientos, amansará los mares; con un gesto de su mano destruirá y despedazará y pulverizará todas las estatuas de los Severos y Dioclecianos, de los Valentes y de los Enriques, y en las abandonadas basas escribirán los ángeles y los hombres: CHRISTUS *magis.*

Cristo los venció, Cristo es el único vencedor, el vencedor de todos los siglos. Así sea.

DISCURSO SEXTO

La prosperidad y sus engaños.

SUMARIO

Profecía acerca de las prosperidades de la Iglesia: su reiteración.—Singular cumplimiento de ellas en los siglos XII y XIII.—Falacia a que exponen las prosperidades humanas.—Fruto de agradecimiento y de desengaño que se ha de sacar de su consideración.—Necesidad de ambos contra el espíritu moderno.—Semejanza de éste con el refutado por San Agustín en su *Ciudad de Dios*.

I

Marcha de la Iglesia por la primera mitad del siglo XII; Honorio II; Inocencio II vence al antipapa Pedro de León.—Pontificado de Eugenio III: plan universal de la segunda Cruzada.—La lucha de Alejandro III fué un continuo triunfo: testimonio de Arnulfo.—Victorias durante el siglo XIII.- Acción victoriosa de Inocencio III, de Honorio III, de Inocencio IV.—Santos de estos siglos.—Universidades de París y Bolonia: doctores en ambas.- Reyes santos y grandes guerreros.—Desarrollo artístico y literario.

Consecuencias de lo dicho: gratitud a Dios.—Refútanse algunas objeciones de los neopaganos: 1.ª, la Iglesia enemiga de la cultura: no hay cultura que no crezca bajo la mano de la Iglesia; 2.ª, la Iglesia sólo promete bienes invisibles: no hay trabajo por Dios que Dios no remunere con éxitos, o los otros bienes aun en esta vida: *el ciento tanto*.—Retuércese la objeción en los adversarios, que prometen y no cumplen, que no pueden alabar a los suyos sino por lo que aprendieron entre nosotros; 3.ª objeción: duró poco esa felicidad.

II

Enseñanzas de la tribulación.—Exposición de tres errores a que puede inducir la prosperidad: amor del siglo, relajación de costumbres y confianza en los hombres.—Declárase la tribulación del siglo XIV.—La residencia en Aviñón: sus causas, su desarrollo, sus consecuencias.—El cisma de Occidente y desgracias en que se ve sumida la Iglesia.—Provechos que saca Dios de estas calamidades: purificando la idea de la verdadera felicidad de su Iglesia, corrigiendo y reformando las costumbres y manifestando que la vida de la Iglesia no estriba en lo temporal.

Pruébase brevemente que los enemigos de la Iglesia y los partidarios del espíritu moderno son los que no aman sino los bienes humanos, los que inducen y traen la corrupción de costumbres y los que se confían en los hombres.



Et venient ad te curvi filii eorum, qui humiliaverunt te, et adorabunt vestigia pedum tuorum omnes qui detrahebant tibi, et vocabunt te civitatem Domini, Sion Sancti Israel.

Vendrán a ti encorvados los hijos de los que te humillaron, y adorarán las huellas de tus pies los que te calumniaban, y te llamarán la ciudad del Señor, Sión del Santo de Israel.

(*Isaías*, LX, 14.)

Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder:

1. Solemne y consoladora es la profecía que os acabo de citar. Y no creáis que está aislada y sola en los Profetas, como si el Señor quisiera indicarnos lo efímero que había de ser su cumplimiento, sino que, al contrario, como si inculcándola y repitiéndola y revistiéndola de muchas metáforas, nos convenciera de que el estado de la Iglesia, pues de la Iglesia Católica se dice, el estado de la Iglesia allí profetizado había de tener su duración, había de repetirse en distintos y varios momentos de su Historia; no cesa de excitar la fe y la esperanza de su pueblo por la más varia y continua reiteración de tan magníficas promesas.

2. Ya es la Iglesia el monte de Sión adonde confluirán todas las naciones, para recibir de ella sabiduría, ley, conocimiento de Dios y de toda la felicidad [1]; ya es la madre de infinitos pueblos, que nacen de ella y vuel-

[1] Is., II, 2-4.

ven a ella en demanda de luz y de amor [1]; ya es el reino de Dios y la reina de las naciones a cuyos hijos sirven de ayos príncipes y reyes, y cuyas hijas tienen a reinas por nodrizas y doncellas [2]; y siempre es Dios el que hace estas maravillas [3], el que alegra a la estéril [4], llena de feracidad el desierto [5], amansa a los animales feroces y ponzoñozos, unce en uno al dragón y a la oveja [6], rompe y despedaza las armas y trueca en arado la espada del conquistador [7]. Dios, Dios mismo es el que consuela a su pueblo [8], Dios el que le seca las lágrimas [9], Dios el que le corona de alegría, Dios el que le colma de bienandanza perenne [10]. Dios, finalmente, el que le sirve de muro y barbacana [11].

3. Pues aunque esto tendrá su absoluto y perfecto cumplimiento en aquel día sin ocaso de la eternidad, y en aquel reino sin enemigos de la patria; todavía en cuanto se compadece con el estado de prueba, no parece que hay en toda la Historia eclesiástica período alguno donde mayor cumplimiento hayan tenido estas profecías que en aquel de la Edad Media, que se abre con Calixto II en 1119, y se cierra con Bonifacio VIII en 1303.

4. Siempre, en efecto, se cumplió en la Esposa divina la antigua profecía, que ella misma reconoce diciendo: *Nigra sum.*

Porque los Césares de la casa de Suabia, los sarracenos y otras luchas particulares, y aun pecados y debilidades humanas afearon y ennegrecieron con el dolor su rostro, anublaron su paz y su esplendor. Pero siempre

---

[1] Is., LX, 1-5.
[2] Ibid., XLIX, 22-23.
[3] Ibid., IX, 6-7.
[4] Ibid., LIV, 1.
[5] Ibid., XXXV, 1-10.
[6] Ibid., XI, 6-9.
[7] Ibid., II, 4.
[8] Ibid., LI, 12.
[9] Ibid., XXV, 8.
[10] Ibid., LXV, 18-19.
[11] Ibid., XXVI, 1.

también pudo decir: *Nigra sum, sed formosa.* Soy hermosa a pesar de la obscuridad parcial de mi rostro, y soy tal, que sobresale siempre mi hermosura. Porque estas borrascas estaban aminoradas por tal torrente de grandezas, prestigio, autoridad y vida cristiana, que se puede apartar la vista de aquello para ponerla en esto.

Con lo cual no haremos sino completar lo que en otros discursos hemos omitido, y seguir en materia distinta el mismo orden y método. Porque allí una lucha homogénea nos absorbía y reclamaba toda nuestra atención, con lo cual prescindíamos de otras materias y aun de aquellos gérmenes de grandeza que el Poder divino iba depositando para su día en las entrañas de la sociedad cristiana.

5. Ese gran día llegó. Acabadas con las de los normandos, las infinitas invasiones de francos, suevos, alanos, borgoñones, alemanes, godos, visigodos, ostrogodos, lombardos, vándalos y tantos otros pueblos más; constituídas las nacionalidades modernas, suavizadas las costumbres bárbaras, establecidos los derechos de la Iglesia y de los demás Estados: formaba la Europa una gran familia de pueblos hermanos unidos por fe y caridad, con un Padre común que era el Papa, quien se servía como de hermano mayor de uno de los más poderosos príncipes, a quien daba la categoría de Emperador.

Sólo, pues, se necesitaba un período de paz relativa y suma en lo humano, para que los dulces frutos de esa prudentísima y santísima organización se percibieran. A esa floración y madurez de frutos en el ingenio, en el valor, en la santidad, en las artes, en las organizaciones, en las lenguas, en la literatura, en todas las manifestaciones de la humana actividad, quiero haceros hoy asistir; y ese conocimiento de las larguezas y grandezas del Poder divino os hará ensalzarlo y alabarlo; grande y primer fruto que con David e Isaías deseo conseguir del pue-

blo cristiano, *ut non obliviscantur operum Dei* [1], para que nunca nos olvidemos de las obras del Señor.

6. Pero ya nuestro Salvador llamó falaces a las riquezas [2], y falaces son también todas las prosperidades humanas. No porque no sean verdaderas prosperidades, sino porque seducen al pobre corazón humano, se presentan a él como única felicidad, hacen amar por ellas el bien moral, y cuando faltan hacen flaquear la fe y las virtudes. Segunda y principal enseñanza que deseo saquemos de esta materia, al ver que nuestro Señor pone por complemento de los esplendores de los siglos XII y XIII la obscurísima noche del siglo XIV, y del tristísimo cisma de Occidente, con la casi total ruína del reino de Francia.

7. El agradecimiento nos hará penetrar en los tesoros secretos de la munificencia divina contra aquellos ingratos que, o por ceguedad y perfidia, o por pusilanimidad y ruindad, no creen que Dios nuestro Señor es dueño de la naturaleza y de la gracia, y afirman ¡blasfemos! que la Iglesia Católica es la que ha traído la ruina de Europa. Nuevos paganos atribuyen a la Iglesia de Dios la única infelicidad que ellos comprenden, que es la temporal, y es menester hacerles comprender, como a los antiguos San Agustín, que Dios es el autor de la prosperidad humana, y que la da también según su disposición divina.

8. Pero el desengaño es también necesario: primero, contra esos mismos paganos e incrédulos modernos, para que no atribuyan a la prosperidad y al favor humano la grandeza de la Iglesia, obra toda del Poder divino; y segundo, contra los católicos tibios, que refuta también San Agustín y que hoy como siempre aman perdidamente

[1] Ps. LXXVII, 7.
[2] Matth., XIII, 22.

los bienes de la tierra, y aun aman por ellos a la Religión Católica, y por no perderlos condescienden torpemente con lo que en sus corazones aborrecen. *Jure istam vitam quando divinitus affliguntur cum eis amaram sentiunt, cujus amando dulcedinem peccantibus eis amari esse noverunt.* Con razón padecen con los malos los buenos, para sentir amarga la vida, por amar cuya dulzura no quisieron ser amargos a los pecadores [1].

Ojalá fuera un entendimiento como el del Santo Doctor de Hipona y una elocuencia como la de él, la que expusiera estos puntos tan útiles para la enseñanza, la polémica y la práctica cristiana de nuestros días. Ya que estoy tan lejos, suplidlo con vuestras oraciones al Espíritu de Dios por intercesión de su Esposa santísima.

AVE MARÍA.

I

Esplendores del Poder de Dios.

9. Salida la Iglesia de la tempestad de *las Investiduras,* empezó su marcha triunfal por el mar de la vida y no parece sino que Dios iba rizando y levantando a su paso pequeños oleajes para que tuviera la gloria de pisarlos.

No podemos detenernos en todos. Lamberto de Ostia, nombrado violentamente antipapa, reconoce su error a los siete días, y en premio de su humildad ocupa la Sede romana y es Honorio II. Inocencio II, su sucesor, tiene un antipapa competidor, pero ¿para qué? Para que San Bernardo nos haya podido dejar fe de su triunfo al escri-

[1] *De Civitate Dei,* l. I, c. 9; (P. L., XLI, 21).



bir: «No hay consejo contra el consejo del Señor, su palabra se extiende como la luz y reúne pueblos y reyes bajo la autoridad paternal de Inocencio... Han comprendido el juicio de Dios y unánimes lo han confesado Galterio de Rávena, Oldegario de Tarragona, Norberto de Magdeburgo, Conrado de Salzburgo, ilustres y santos arzobispos. También lo han proclamado Hugo de Grenoble, Eguiberto de Munster, Hildebrando de Pistoya, Bernardo de Pavía, Bernardo de Parma, Landolfo de Asti. La gloria excepcional y la excepcional santidad de estos pontífices no nos permiten vacilar. Paso en silencio la multitud de prelados que tienen igual sentir en Toscana, en la Campania misma, en Lombardía, Germania, las Galias, y en España y en las Iglesias de Oriente. Tantos arzobispos y obispos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida, pero que no caben en una breve carta... No omitamos los santos que muertos al mundo no viven sino para Dios, que no tienen otro deseo sino agradarle, conociendo mejor su voluntad santa: camaldulenses, cartujos, los que viven en Valleumbrosa, los de Cluny, Marmontier, Cistercienses, los de Caen, Tiron, Savigny, todas las comunidades de clérigos y de monjes que siguen a Inocencio defendiendo su causa, obedientes a su voz... Los príncipes de la tierra, los reyes cristianos, los pueblos que los obedecen, ¿no le reconocen por cabeza, padre y obispo de sus almas?» [1].

Ni tardó la autoridad de Inocencio II en verse respetada, antes pudo manifestarse en todo su esplendor rodeada de más de mil obispos en el segundo Concilio de Letrán, y poco después vió a sus plantas a Roger de Sicilia, último sostén de aquel cisma de siete años.

10. La luz que irradia Eugenio III, el discípulo de

[1] S. Bern., ep. 126, nn. 9-11; (P. L., CLXXXII, 277-79).



San Bernardo, es la que acompaña a los días más gloriosos de la Iglesia. A su voz y a la de San Bernardo se conmovió otra vez la Europa, reconociendo su autoridad y condenando a Arnaldo de Brescia. Todo el mundo cristiano fué el teatro de esta segunda Cruzada. Porque no se contentó Eugenio III con socorrer al Oriente, sino con mirada y actividad de padre de todo el mundo arrojó tres Cruzadas al mismo tiempo: una sobre el norte de Europa, para castigar a los bárbaros; otra sobre el mediodía y Africa, para rechazar a los musulmanes, y la última sobre todo el Oriente, para sostener los reinos cristianos allí fundados por la primera Cruzada, y empujó con su autoridad al emperador Lotario, a Luis VII de Francia, a Roger de Sicilia y a la mayor parte de los príncipes de Alemania, Francia e Italia, sin contar a García Ramiro, de Navarra; Ramón Berenguer, de Barcelona; Guillermo de Montpeller y los marinos insignes de Génova y de Pisa. Dios Nuestro Señor, diremos con San Bernardo, le dió el éxito que le plugo, pero ¿es acaso poco el robustecer por modo tan maravilloso la autoridad de su vicario, el esplendor de su Iglesia? ¿Cuándo se pudo verificar mejor aquel *ponam te in superbiam saeculorum* [1], que cuando todos los siglos y todos los pueblos la vieron con orgullo ponerse al frente de la liberación del orbe, y que el orbe escuchaba su voz hasta la derrota y hasta la muerte?

11. Al mediar este siglo XII se abrió una era de triunfos en el pontificado de Alejandro III. *Certamen forte dedit illi ut vinceret* [2]; para que fuera mayor la victoria, fué más fuerte el combate.

Había Federico Barbarroja, desde los últimos años de

---

[1] Is., LX, 15.
[2] Sabid., X, 12.



Adriano IV y después de conseguida la corona imperial, empezado su rivalidad con la Iglesia y querido en vano renovar los días de Enrique IV. Esta herencia recogió Alejandro, pero siempre con tal protección divina, con tal reconocimiento universal de la fuerza del Pontificado, con tales victorias parciales, que su lucha, aunque ardua, fué un triunfo: *certamen forte... ut vinceret.* Apenas elegido, y frente al ridículo antipapa que sostenía Federico, envió Alejandro sus legados a Francia, España, Inglaterra, Oriente, Hungría, Bizancio; y apenas conocida la elección, le prestaron obediencia, tras del rey cristianísimo Luis, todos los señores de Sicilia, España, Inglaterra y Jerusalén, el emperador de Constantinopla con todos los prelados, príncipes y pueblos de la tierra. El mismo Federico se sentía débil ante sus enemigos, flaco en la guerra, él que había sido feliz en las armas y que en ellas sólo confiaba.

Oigamos al elocuente Arnulfo de Lisieux describiendo el triunfo de Alejandro III casi, casi al empezar la batalla. «Los que antes se escondían en sus recintos murados han osado atacar a Federico frente a frente y deslustrar con sus sucesos su gloria. Sin duda que ahí se ve la mano de Dios y que esa transformación es obra del brazo poderoso del Altísimo. ¡Ojalá llegue él a comprender tan ruda lección, y a volver a camino de prudencia! ¡Ojalá llegue a ver ese desgraciado, en los reveses presentes, las amenazas futuras!»

Vuélvese después Arnulfo a los Cardenales de la santa Iglesia Romana, y continúa diciendo: «Desde un principio, Padres y señores míos, tenéis título a reputaros afortunados y felices, por haber sido en estas circunstancias elegidos por Dios entre todos los hombres, como defensa y muro de la integridad y la justicia, de la verdad y la fe, de la libertad de la Iglesia. Sois nuestros ca-

pitanes, sois, en realidad, aquellos fuertes de Israel que se agrupan ordenados en torno al trono de Salomón para librarlo de los temores nocturnos. A vosotros, como a luz sobre el candelero, se dirigen las miradas de las Iglesias de Oriente y de Occidente, y hasta en las islas ha reteñido vuestra voz. Separados por mares y tierras, por espacios muy grandes, estamos unidos a vosotros por indivisible caridad. Nuestro propósito es firmísimo y nada nos apartará de él; vivir en un mismo espíritu en esta unidad católica, y morir en ella. Ni la muerte, ni la vida, nos harán titubear. Si en el mundo no nos es posible presentarnos al Santo Pontífice, nos satisfacemos dando cuanto podemos y sabemos para concurrir a la acción de sus legados apostólicos, y nos consagramos del todo al servicio de la Iglesia Romana. Ellos son nuestra luz, con tal perfección de doctrina y santidad; que es mayor el respeto y simpatía que sus personas nos causan, que el que nos infunde su autoridad. El pueblo admira su eminente virtud, el clero celebra de consuno su profunda sabiduría, los príncipes sienten temor ante sus justas sentencias» [1].

12. Así escribía desde Francia un elocuente obispo y esa era la situación de la Iglesia. Nadie, ni Barbarroja, discutía el derecho de Alejandro; si alguien se doblegaba era ante la fuerza y número y devastaciones de los ejércitos alemanes.

Bajo la acción de esta fuerza tempestuosa se retira Alejandro III, y su destierro es una carrera triunfal y su vuelta a Roma, después de cuatro años, no hay lengua que la pueda describir. Sigue el César teutónico sus vandálicas incursiones; pero aun en la guerra siente flaquear su brazo; desoyen sus silbos y amenazas los reyes de

[1] Arnulph., Lex. epist. 25; (P. L., CCI, 45-6).



Francia, Inglaterra, Dinamarca y España y, desesperado y confiando sólo en sus tropas, cae de nuevo sobre Italia, concentrando sus fuerzas sobre una ciudad recién construída, ciudad que, con sus muros de tierra y techos de paja, era símbolo de la Iglesia en el mundo, pero que en el nombre que le habían dado tenía el mejor garante de su victoria; el César germánico campó sobre Alejandría, llamada así del Soberano Pontífice, de Alejandro III. Bajo las maldiciones del cielo y los anatemas del Papa, se había enflaquecido el valor tudesco, y allí, ante los muros endebles de Alejandría, halló la más completa derrota, y suplicante pidió la paz, y rendido dobló sus rodillas, y el feroz Hohenstauffen depuso su clámide y su espada y ante el pueblo de Venecia, en el atrio de San Marcos, a los ojos de los Cardenales y a la vista del mundo entero, inclinó su cabeza, besó los pies del perseguido Alejandro III y recibió de él el abrazo y beso de paz.

13. La carrera triunfal de Alejandro III no se detuvo aquí, sino que de Venecia se trasladó a Anagni, donde se firmaron las condiciones de su vuelta a Roma, y de Anagni pasó a Tívoli, para entrar solemnemente en la Ciudad Santa.

Las Actas contemporáneas nos la describen con lujo de detalles.

Era el día de San Gregorio Magno y dominica al mismo tiempo *Laetare,* cuando celebrada en Tívoli la misa, se partió Alejandro III para entrar solemnemente en Roma. El clero con cruces alzadas, las banderas de la ciudad desplegadas, los nobles y la milicia de gala, el pueblo blandiendo ramos de oliva, cantando todos himnos y hosannas, salieron procesionalmente al encuentro del pacífico triunfador. Todos los ojos buscaban su faz augusta, y la gozaban como si vieran la de Nuestro Señor Jesucristo. Se empujaban unos a otros con avidez ex-

traordinaria para besar el polvo que pisaba el blanco caballo en que iba el Papa, que sin cesar tenía que pararse en su gloriosa carrera para derramar, hasta la fatiga, bendiciones sobre aquella muchedumbre.

En medio de pompa tan solemne, acaso sin ejemplo en los anales de la Iglesia, tomó el restaurador del poder papal posesión de la basílica de Letrán en 1178. ¿Cuándo se pudo entonar mejor que ahora la palabra profética de Isaías: *Et adorabunt vestigia pedum tuorum, qui detrahebant tibi:* y besarán las huellas de tus pies los que te calumniaron? [1].

14. Esta autoridad divina de la Iglesia, reconocida aun por los enemigos que la quieren destruir, llena todo el siglo XIII, siglo que se comienza por Inocencio III y que termina por San Gregorio X y Bonifacio VIII, nombres que tienen a su alrededor lumbres suficientes para hacerse distinguir aun en medio de las tinieblas de la ignorancia actual. Entre ellos están y sobresalen Honorio III, conmoviendo a Europa en prosecución de la Cruzada; Gregorio IX obligando a capitular a Federico II; Inocencio IV que ve muerto al tirano Federico y a San Luis caminando a Tierra Santa; Inocencio V y Alejandro IV que pudieron extender su solicitud sobre toda la tierra.

15. Enumerar todos los triunfos, tanto más numerosos cuanto contra más enemigos, sería escribir la Historia de la Iglesia en estos siglos, cosa que no pretendo. Pero callar de la acción moderadora y suprema de la Iglesia y de los frutos de ella obtenidos, sería hacer traición a nuestra proposición. Diremos, pues, lo que creamos suficiente y siempre quedará mucho más a la investigación.

16. La acción pontificia había sido siempre recono-

---

[1] Is., LX, 14.

cida por todos los pueblos. Convertidos éstos a la fe, no tardaron en ponerse bajo la obediencia de San Pedro y su Vicario, que intervenía en sus disputas y guardaba el derecho de todos. Acción radicada en el primado, pero determinada por la buena voluntad de los reinos y reyes, y condicionada por el estado exterior de persecución o prosperidad en que el supremo árbitro se hallaban. Acción, finalmente, ejercida a veces con mayor o menor celo, según era el supremo Pastor y el fervor que en su pecho ardía [1].

17. Glorioso fué en esto como en todo, el Pontificado de San Gregorio VII, pero no hace a nuestro intento queriéndonos fijar en los siglos XII y XIII. Ya Inocencio II, por medio de sus legados cuida de la paz en Dinamarca, Suecia y Groenlandia; ruega a David de Escocia que deponga las armas, y trata de salvar a Irlanda por San Malaquías, su primado, de los horrores y vergüenzas del maniqueísmo. Alejandro III, siempre digno de su cargo y

[1] Vid. Innoc. III, L. 7, ep. 42. Extravag. de Ind. cap. *Novit ille*, donde se declara toda la facultad indirecta de los Pontífices sobre lo temporal. «Nos, se dice allí, no pretendemos juzgar del feudo, cuyo juicio pertenece al rey, sino pronunciar y fallar sobre el pecado, cuya censura pertenece a Nos sin duda alguna, y que debemos pronunciar contra cualquier potestad. La dignidad real no debe tener a menos someterse en este punto al juicio apostólico, porque el emperador Valentiniano decía a sus electores de Milán: Ponedme delante un Pontífice, ante quien Nos mismo, que gobernamos el imperio, doblemos nuestra cabeza y de quien recibamos, como pecadores que somos, avisos y remedios. Pensando sobre todo que Nos no nos apoyamos en una constitución humana, sino en ley y constitución divina, y que nuestro poder no es del hombre, sino de Dios, nadie habrá tan insensato que ignore que es nuestro deber reprender de cualquier pecado mortal a cualquier cristiano, sea quien sea, y reprimirle con las censuras eclesiásticas, si él desprecia la corrección..., que por eso se dijo á Jeremías: *Te puse sobre los reinos y naciones, para que arranques, y destruyas, y disipes, y para que edifiques y plantes...;* y a San Pedro: *Todo lo que atares en la tierra, será atado en el cielo...*

de su nombre, salva a Inglaterra del vicio y la tiranía, defendiendo a Santo Tomás contra la licenciosa imposición de Enrique II. Celestino III reprueba el repudio de Ingelburga por Felipe Augusto de Francia.

18. Mas donde fulgura esta acción triunfadora de la Iglesia es en Inocencio III. ¿Quién podrá decir la acción bienhechora y triunfante de su apostolado? Él oye los tristes acentos de la repudiada santa Ingelburga, y lo que no podía Canuto de Dinamarca, su hermano, lo que nadie osaba, Inocencio lo hace: arrostra la obstinación de Felipe Augusto, pronuncia el entredicho contra su reino y logra la reconciliación. Las tiranías de los señores italianos y tudescos en Italia hallan en él al defensor de la libertad y del derecho. El joven Federico II, colocado bajo su tutela, ve defendidos los suyos; Sajonia, Hungría, Bosnia, Valaquia y Bulgaria encuentran en Inocencio y en la unidad romana la confirmación de su independencia; hasta la Lituania, la Livonia, la Rusia y la Noruega extiende Inocencio su poder, para arrancarlas a la barbarie o impedirles retroceder a ella.

En la competencia surgida sobre la sucesión imperial y cuando ardían las discordias entre Federico Hohenstaufen, niño aún, rey de Sicilia y pupilo de la Santa Sede, contra Felipe de Suabia y Otón de Sajonia, competidores también al imperio, Inocencio, movido del deber que tenía de mirar por la suerte del imperio, «cuyo principio y fin supremo es la Iglesia romana»; «para que la justicia y la paz reinen en el mundo» y «por no seguir de lejos a Jesucristo, que es la verdad, con peligro de negarle», y después de ponderar todas las razones que de una y otra parte había, decretó la corona imperial a favor de Otón de Sajonia contra Felipe y Federico [1].

[1] Innoc. III, Regest. de Rom. Imp., XXIV; (P. L., CCXVI, 1.025-1.033).



¿Quién relatará los afanes de Inocencio y su influjo salvador para acelerar en las Navas de Tolosa la liberación de España, para reprimir por las armas de Simón de Monforte los avances de los Albigenses en el sur de Francia, para la salvación del imperio latino oriental y de todo el Oriente por los trabajos de la cuarta Cruzada?

19. Honorio III cuenta, como gloria que Dios otorgó a su pontificado, la defensa que tomó de los derechos de Inglaterra contra Luis VIII de Francia, la protección ejercida sobre Waldemar de Dinamarca, el vasallaje recibido de Reginaldo, señor de Man, de Erico de Suecia, del duque de Noruega y de todos los príncipes que buscaban en este moral vasallaje lo que en vano después han requerido o de los lazos de parentesco, o de las falaces alianzas o de los engañosos tribunales de arbitraje internacional.

20. Inocencio IV salva a Europa de la ambición cesarista de Federico II, interviene por su legado entre Enrique de Inglaterra y Alejandro de Escocia, reprime los excesos de Sancho de Portugal, no sin guardar inviolados sus derechos, no permite que Bela II de Hungría rinda vasallaje y pleitesía a Federico II sacrificando la independencia de su reino; es recibido bajo la tutela del Santo Padre y consagrado rey Haquín, rey de Noruega; Polonia encuentra socorro y consuelo contra las invasiones de Conrado de Mazovia en el Papa Inocencio; en él hallan freno las devastaciones de Swantopelko y ánimo y valor los caballeros Teutónicos que le resistían; Daniel y Basilio, duques rusos, abjuran el cisma oriental en manos del abad Opizón, legado de Inocencio en Polonia, y hasta los tártaros extiéndese la acción del Papa llevada allí por el franciscano Juan de Plano Carpo.

21. El día nos llegaría a faltar y no habríamos em-



pezado a decir nada de lo que victorioso iba haciendo el Poder augusto de Dios encarnado en sus Vicarios.

Por lo dicho se ve que el mundo tendía a ser, y Europa ya lo era, una familia inmensa guiada por un Padre común. Todos reconocían su derecho, y díscolos unas veces y dóciles otras, iban guiados por la mano amorosade la Iglesia.

22. Ni pararon en esto los prodigios del Poder de Dios; los frutos exquisitos por él producidos. ¿Quién podrá enumerarlos? Enumerarlos nadie, pero indicarlos sí.

¡No salgamos de estos siglos, de estos siglos medios tan calumniados de la mala fe, tan olvidados de la ignorancia, siglos llamados bárbaros por los bárbaros siglos que se sucedieron.

23. Personifica el siglo XII San Bernardo de Claraval, orador, asceta, apóstol, escritor dulcísimo, polemista infatigable, alma de los Cruzados, consejero de los Papas, voz de entusiasmo para los Caballeros Templarios, pacificador de los pueblos, gigante suscitado por Dios para que se vea lo que puede su brazo. A su lado están Pedro el Venerable, que sigue en Cluny la tradición de San Hugo y San Odilón, y Sugerio, abad de San Dionisio de París, eco de San Bernardo en la tercera Cruzada. San Norberto, fundador de los Camaldulenses y Arzobispo de Magdeburgo, llena la Alemania con los prodigios de su celo y del de sus hijos. En Inglaterra, Escocia e Irlanda renuevan los días más gloriosos de la Iglesia Santo Tomás de Cantorbery, San David y San Malaquías. Hugo y su discípulo Ricardo de San Víctor con Juan de Salisbury dejaron nombre eterno en la mística de aquel siglo. En este mismo se renovó y fundó en Europa por Bertoldo de Calabria la orden del Carmen; por los siete

Santos Fundadores la Orden de los Servitas, y por San Félix de Valois y San Juan de Mata, los Trinitarios, redención de cautivos.

24. La grandeza de la santidad en el siglo XII, ¿quién la describirá? Santa Juliana de Lieja introduce el culto y festividad del Corpus, que Urbano IV en 1264 extiende a toda la Iglesia; San Felipe Benicio propaga por todas partes la Orden de los Servitas; San Francisco de Asís y San Antonio de Padua son capitanes de los religiosos Menores; Santo Domingo de Guzmán predica el Rosario y la cruzada albigense; los santos hijos de estos Patriarcas llevan la predicación y el ejemplo por toda la Iglesia; San Pedro de Verona sella con su sangre el oficio de inquisidor, y San Estanislao de Polonia imita y muere como Santo Tomas de Cantorbery, y por fin, San Pedro Nolasco en España funda la Redención de Nuestra Señora de la Merced.

25. Unidos aparecen en estos siglos los resplandores de la santidad y del saber en el maravilloso desarrollo científico. Fúndanse y llegan a su apogeo las Universidades de París y Bolonia, emporios del saber teológico y del saber jurídico, gloriándose una y otra de Pedro Lombardo, Alejandro de Arlés, Alberto Magno, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino y Juan Duns Scoto en la Teología; y en el Derecho de Graciano, de los Pontífices Alejandro III, Inocencio III, Inocencio IV, Gregorio IX y del santo confesor y compañero de Pedro Nolasco, San Raimundo de Peñafort. Ni dejan de significar, antes sirven para conocer la extensión de la ciencia inmensa de aquel siglo, el Franciscano Roger Bacón y el autor de una verdadera enciclopedia, el Dominico Vicente de Beauvais.

26. Mas todavía no hemos dicho lo que más admirará a nuestro siglo. Vicente de Beauvais nos da en su

Speculum morale las doctrinas morales y corrientes que se daban y leían en las escuelas; pero la Iglesia nos presenta esas doctrinas vividas y practicadas en los palacios reales y señoriales, en los campos de batalla, en las legislaciones de las naciones cristianas. Me refiero a los reyes santos, a los guerreros santos o cristianos, y por cristianos generosos, que honran y distinguen estos siglos. No hay nación que no se enorgullezca con ellos.

Estos siglos son los que vieron nacer bajo las fulminantes palabras de San Bernardo a los caballeros Templarios, uniendo el valor de leones a la mansedumbre de corderos; éstos los que mecieron entre el fragor de la pelea la cuna de los caballeros Teutónicos o de Santa María; éstos los que vieron florecer las órdenes de caballería, voluntariado religioso para guardar la paz y el orden de los despoblados y caminos; éstos los que en nuestra patria vieron surgir los caballeros de Santiago, de innominados fundadores; los caballeros de Calatrava al soplo inspirado de San Raimundo de Fitero, los de Alcántara, Montesa, Cristo y Avis, que todos profesaban la santidad del valor cristiano a servicio de la religión y del derecho.

27. Siglos admirables aquellos en que florecían en las cortes reinas como Santa Isabel de Hungría, grande en el esplendor de Turingia, y más grande en la mendicidad y pobreza; como Isabel de Portugal, iris de paz entre las rivalidades guerreras de sus deudos; reyes como San Canuto de Dinamarca, mártir y padre de su pueblo; como San David de Escocia, cuya memoria, según el cronista, será bendita para siempre, porque fué espejo de reyes; como Luis VI, VII y VIII de Francia, hospitalarios con los Papas, fieles a su pueblo y a su engrandecimiento; como Lotario II, modelo de emperadores y el mejor de su siglo; como los Alfonsos de Castilla y de Aragón, los Rogerios de Sicilia, los Felipes de Francia, que

aunque turbados un momento por la pasión o por el orgullo, supieron llorar como David y como David hacer la grandeza de su pueblo. Siglos de oro que vieron santos y héroes cristianos como Balduino III de Jerusalén, a quien Noradino mismo calificaba de *príncipe como no había otro en el mundo;* como Guy de Lucignan, héroe coronado entre los héroes de San Juan de Acre; como Amaury, hijo, sucesor y heredero de Balduino; como Balduino de Constantinopla, mártir de la pudicicia, héroe en vida y en muerte, y que en su agonía tuvo que luchar con las aves de rapiña, que ya le sabroseaban cadáver; como aquel cumplido caballero delicado como un religioso, magnánimo como un león, aquel Simón de Monforte, con quien en Francia no se pudo comparar sino San Luis, cuyo nombre es su mejor elogio; reyes y guerreros y princesas como Berenguela y Blanca de Castilla, como Doña María de Molina, como Jaime el Conquistador, como San Fernando de Castilla!

28. Siglos no bárbaros, sino bienhadados aquellos en que se daba la Carta Magna de Inglaterra, se restauraba la legislación de San Esteban en Hungría, se perfeccionaba el derecho francés por San Luis, se escribían las Partidas en España. Siglos en que se construían las catedrales de París, Reims, Chartres, Amiens; las de Toledo Burgos y Sevilla; y las de Westminster, Salisbury, Estrasburgo, Colonia e infinitas más. Siglos en que el Dante escribía su *Comedia* y surgían los poemas del *vieux Gaulois*, del primitivo francés, y se escribía el de *Myo Cid*, con lo que aparecían las artes y las literaturas modernas y las más perfectas legislaciones...

Siglos para alzar la voz y los ojos arrasados en lágrimas, y pedir al Poder de Dios con sollozos cordiales perdón de la ingratitud con que hemos olvidado aquel diluvio de beneficios, aquella cuna de nuestra grandeza, aquel



teatro de maravillas divinas que se llaman siglos medios, siglos sobre todo XII y XIII.

Et venient ad te curvi, filii eorum qui humiliaverunt te; estos que ahora, oh Iglesia de Dios, ves puestos a tus plantas, son los hijos de los fieros Sicambros, de los altaneros Godos, de los temibles Hunos, que humillaron tu gloria en siglos de ignorancia para ellos.

29. Y tributado ese homenaje de alabanza y sacrificio de gracias a Nuestro Señor, podemos volvernos a nuestros diminutos maquiavelos, que nos dicen que la acción de la Iglesia, el Derecho canónico en frase de los constituyentes doceañistas, impedía el progreso, la cultura de los pueblos.

30. ¡Oh! Si el Señor suscitara un San Agustín entre nosotros, que a estos neopaganos respondiera como él respondió a los de su tiempo, acaso, acaso señalando todas esas glorias y grandezas les dijera:

Extended vuestros ojos por la Historia y aprended de ella. ¿Qué grandeza hay desde el siglo V en Europa que no sea grandeza cristiana, eclesiástica, promovida por la Iglesia? Al lado de Clodoveo están San Remigio y Santa Clotilde; Recaredo se apoya en la sangre de San Hermenegildo y en los consejos de San Leandro; Teodorico es el padre de Italia, cuando sigue los dictámenes de Boecio y Casiodoro. Totila, el devastador, se para delante de San Benito, como lo hizo Atila delante de San León. Los primeros albores de la nacionalidad inglesa son aquellos neófitos de San Agustín de Cantorbery que se llaman San Etelberto, San Eduino y San Oswaldo.

31. Constituídos los reinos, ¿qué grandeza impidió la Iglesia?, o mejor, ¿qué grandeza no promovió? Las ciencias encontraron en los monasterios su primer refugio, después en las cortes episcopales, por último en los palacios de los soberanos que se llamaron Pipino, Carlo-

magno, San Esteban, San Eduardo, San Canuto, Guillermo de Normandía, San Vladimiro, Otón el Grande, San Enrique, Alfonso el Magno, Alfonso el Católico, Alfonso el Casto, San Guillermo de Aquitania, Alfredo de Inglaterra, sin contar los que ya en este siglo hemos enumerado. ¿Qué pacífica grandeza de ciencia impidió la Iglesia?, o mejor, ¿cuál no favoreció? ¿Cuál no promovió? ¿Cuál precisamente impidiendo el error no adelantó?

32. Pues ¿y la grandeza militar? ¿A qué héroe le mermó el valor? ¿A cuál no se lo dió? Y cuando los romanos se negaban a ir a pelear con los bárbaros, como hoy los antimilitaristas, ¿quiénes eran los héroes de aquellas legiones, sino los cristianos? Pero, ¿qué digo impidió? ¿Qué guerra justa no bendijo? Desde las de Teodosio y Santa Pulqueria a las de Pelayo y Carlos Martel, desde las de Heráclio y Carlomagno hasta las de Fernán González y Godofredo, y desde las de Godofredo a las de las órdenes militares, ¿qué guerra santa no bendijo? ¿Qué héroe santo no canonizó? Aun la represión de la guerra injusta es en beneficio del valor, porque el furor del asesino y del bandolero es baldón para el noble y para el caballero.

¿Qué otra grandeza ha impedido la Iglesia? ¿Cuál no ha promovido, y cómo, y en qué circunstancias?

33. Esos reinos constituídos por Recaredo, Clodoveo, Pipino, San Esteban, Guillermo de Normandía, Vladimiro de Rusia, Canuto de Dinamarca, son las antiguas hordas de Atila, Genserico, Leovigildo y Alarico, y de tantos otros; son las que capitaneaban esos mismos a quienes el bautismo hizo de tigres, corderos, de conquistadores, padres.

Eso lo ha conseguido la Iglesia en medio de la furia de las irrupciones, entre las reapariciones de los bárbaros, en el entrechocar de las pasiones, y lo ha conseguido predicando a los leones mansedumbre, a las serpientes

simplicidad, a los dragones obediencia. Y lo ha conseguido, reclutando sus apóstoles entre los vencidos, y no esgrimiendo otras armas si no la paciencia, y no presentando otra defensa, sino su pecho. Y lo ha conseguido, no predicando y prometiendo esos bienes, sino los invisibles y celestiales, de los que esos son la añadidura.

¿Y habrá quien diga todavía que la Iglesia ha estorbado la cultura, la prosperidad, la grandeza?

Ha estorbado, sí, el error, la iniquidad, el robo, la vileza; pero con eso, si ha coartado la actividad, la ha mejorado, le ha dado eficacia.

34. Y clara, de lo expuesto, se deduce la respuesta a otra objeción que ponen nuestros paganos, pero que parecen repetir erróneamente los cristianos.

Los bienes que promete la Iglesia sólo son para la otra vida, y ¡están tan lejos! Extended vuestros ojos por lo que hoy hemos probado y por lo que acabamos de insinuar, y decid si no hemos visto también que Dios, según su promesa, da bienes visibles a los que pelean por los invisibles. Así lo vieron clarísimamente aquellos santos Pontífices como Eugenio III, Alejandro III, Inocencio III, Inocencio IV, Gregorio X, que aun en vida vieron confundidos a los que trataban de confundir a la Iglesia; así aquellos varones santos como San Bernardo, San Francisco, Santo Domingo, San Fernando, San Raimundo, y tantos más que vieron tras de sí el suceso en sus empresas, la admiración de los pueblos cristianos, los bienes que como *ciento tanto* el Señor les concedía; así aquellos doctores como Bacón y Alberto Magno, Santo Tomás y San Buenaventura, a quienes la tierra entera escuchaba y veneraba como prodigios y destellos del saber divino. Aquellos mismos héroes que murieron, o en la pelea o en la cautividad, como Balduino, Simón de Monforte y San Luis de Francia, tuvieron y tienen la

grandeza póstuma que todos los pueblos y todos los siglos han dado siempre a sus héroes.

35. Y penetrando más aún, ¿no es corona del sembrador la cosecha del estío? ¿Pues qué mayor corona, aunque parezca al egoísmo tardía, que la transformación de una Europa bárbara en Europa cristiana, de aquellas hordas de sajones, normandos y godos en pueblos gobernados por leyes, asequibles al honor y a la enseñanza, conquistadores de regiones bárbaras e incultas, que saben respetar el poder? ¿Quién hubiera dicho jamás que de los destructores del Imperio romano habían de salir los fundadores del reino de Jerusalén, y de las invasiones de los siglos pasados habían de surgir las Cruzadas?

36. Premio es todo esto, y grande premio, y premio que alienta a los que pelean por ideas, y premio que indica Isaías al prometer que vendrían a la Iglesia humillados los hijos de los que la oprimieron. Premio consiguiente a lo único que la Iglesia sobre todo quiere, que es el bien espiritual, porque todo lo temporal se lo ha dado el Señor por añadidura, y lo han recogido los siglos XII y XIII de lo que sembraron los anteriores.

37. Esto y más diría, escribiría y ponderaría un San Agustín al escribir el libro de la *Ciudad de Dios* que hoy se requiere, y también retorcería como aquél sus argucias sobre las cabezas de los mismos que las inventaron. Porque estos paganos de hoy, como aquéllos, ni aman más bien que el material, ni aman la religión o la irreligión, la herejía o la verdadera fe, sino por estos bienes materiales, y por ellos, y prometiéndoselos galanamente, se apartaron de la obediencia y fe de la Iglesia Católica. O por lo menos, no quieren para nada mezclar a la Iglesia en la adquisición de esa felicidad. Por eso, pues, los argüiría así:

38. «Os habéis apartado de la Iglesia, primero con

Lutero en Alemania, después con Enrique VIII en Inglaterra, luego con Calvino en Francia, con Jansenio y con la Revolución en el sur de Europa. Y ¿dónde está la felicidad? Pero ¿qué digo? ¡Bastó la revolución religiosa de Lutero para convertir a Alemania en un mar de sangre, y primero vino la guerra armada contra Zwinglio, después la de Muncero y Storck, más tarde la de los caballeros Teutónicos, en seguida la de los campesinos y, por término final, la de los treinta años! Sólo en la de los campesinos murieron 100.000 hombres en los campos de batalla, fueron siete ciudades destruídas, 1.000 monasterios arruinados, 300 iglesias quemadas, innumerables tesoros de pintura, cristalería, imprenta y escultura del todo perdidos.» El B. P. Canisio escribía: «Tendrán que volver a predicarnos con la Religión la cultura. Era natural. Las escuelas incendiadas, los niños abandonados, la inmoralidad creciente, las caricaturas inmundas... ¡gran obra la de los enemigos de la Iglesia, gran obra y muy pronto realizada; en pocos años, de una Alemania civilizada ha hecho una Alemania bárbara!»

39. Siempre así. Federico Barbarroja llenó de tiranías a Italia, arrasó a Milán, pasó a cuchillo los habitantes de Ancona. ¡Era que renacía con el cisma el bárbaro que la religión católica enfrenaba!

Apenas Inglaterra y Suiza y Suecia y Noruega dejaron la religión católica y obediencia de Roma, renació la impudicicia, el asesinato, el incendio, la profanación, la ignorancia, la barbarie. Está demostrado: la Iglesia hizo de un Atila un San Esteban; la herejía hace de un San Esteban un Atila. La ventaja está en que esto se hace más pronto.

40. Pero todavía hay otra circunstancia que ponderar. La Iglesia católica no pone en su programa como fin y término de su acción lo temporal; la herejía, la re-

volución religiosa, sí. Aquélla lo consigue; ésta, no. De donde se deduce que ésta o es necia o engañadora, porque, o sabe que no va a conseguir lo que promete, y entonces engaña; o no lo sabe, y entonces no debe ni desplegar sus labios.

41. No os maravilléis, pues, de lo que la historia os dice. Vino la revolución a Francia y sobrevinieron los años del Terror. La misma revolución la corroe ahora lentamente, y lentamente la lleva a su disolución. Esas serán siempre las consecuencias de apartarse de la Iglesia; esa es la causa de los males que pesan sobre nuestra España: *Perdidisti omnes qui fornicantur abs te* [1].

42. Pero suelen los enemigos de la Iglesia católica levantar hasta las nubes a algunos hombres y nombres famosísimos entre ellos, y los ponen en estatuas y los quieren inmortalizar. ¡Vano empeño! Porque, en primer lugar, ¿qué alaban ellos en sus héroes? ¿Alaban acaso las crueldades de los unos, las deshonestidades de los otros, las rebeliones de todos? Si alaban esto, si esto es lo que quieren en sus estatuas y en sus libros inmortalizar, ¿cómo después lo quieren condenar en sus leyes, castigar en sus códigos, penar en sus tribunales?

Pero no es esto: alaban en unos la bondad, en otros la beneficencia, en aquéllos el sacrificio, en los demás el valor ú otras virtudes. Pero decid: ¿dónde aprendieron eso y de cuyos labios lo recibieron? Porque esa es la enseñanza de la Iglesia, eso lo que ella practica, eso lo que cuando estaban en la casa paterna practicaron y recibieron; eso lo que nadie les impidió que ejecutaran cuando vivían en el solar paterno. Hijos pródigos, al separarse de su Madre la Iglesia iban engalanados con esas preseas, que por especial providencia de Dios no han perdido del todo,

[1] Ps. LXXII, 26.



aunque quizá las hayan deteriorado, afeado y deslucido en caminos de iniquidad.

¿Alaban y ensalzan acaso sus dotes naturales, el talento, la energía, la actividad? Dotes que únicamente de Dios recibieron, por lo cual no merecen ellos alabanza, pero que emplearon mal y contra su Dios y su Esposa, por lo cual no merecen sino vituperio. Porque tampoco pueden ser alabados por lo que positivamente han hecho; porque cada uno ha venido a destruir, modificar o cambiar la obra de los que le precedieron, y sólo convienen en lo negativo, en salirse de la casa paterna, en renegar de lo que fueron, en no ser lo que han sido, pero sin convenir en lo que serán.

43. Pero añaden, y esta es la última objeción, aquella felicidad pronto se trocó en obscura calamidad; al siglo XIII sucedió el siglo XIV.

Quienes como los herejes, revolucionarios y liberales no han podido dar a ningún pueblo días de paz y de dicha, quienes para darla han tenido que abjurar de su doctrina y aceptar la de la Iglesia, quienes han prometido constantemente darla, y constantemente se han visto reducidos a la impotencia, no tienen derecho a objetárselo y echárselo en cara a la Iglesia.

La cual, además, les podría contestar que precisamente por ellos, por los cesarismos de Felipe el Hermoso y por los odios y desarreglos de Wicleff y de Hus y de Lutero, y por las ambiciones y lujuria de Enrique VIII y de Isabel I, y, en una palabra, por todo aquello que ella, la Iglesia, reprueba y condena, es por lo que vinieron las calamidades y días de luto que se siguieron; que ella, la Iglesia, fué de todo la primera víctima, y que, por consiguiente, es duro y cruel por demás insultarla por lo que debió merecer compasión, hacerla reo de lo que siempre fué el primer fiscal.

II

Enseñanzas de la tribulación.

44. Mas como es punto capital y que completa la idea que en este discurso desarrollamos, se hará preciso tratarla con amplitud relativa, para ver las enseñanzas que de la tribulación se desprenden.

La principal y fundamental ofuscación que consigo trae la prosperidad humana es el amor a lo caduco y perecedero, que, poseído, difícilmente se deja de amar.

Cuántas veces al leer las historias escritas por católicos, al mezclar en nuestras conversaciones las ideas que la prosperidad nos sugiere, hablamos y nos expresamos como quien cree que la verdadera felicidad estriba en la extensión de los imperios, en el oro y abundancia de las riquezas, en el esplendor de las ciencias, en todo aquello que apellida divinamente San Agustín *munera vel solatia:* ¡regalos y consuelos pasajeros! Cuán pocas tenemos por firme criterio de la felicidad lo que el mismo Santo nos enseña: «No son felices los reyes y emperadores cristianos por la longitud y amplitud de su reino, ni por haber acabado en paz sus días dejando en el imperio a sus hijos, ni por haber reprimido y oprimido a sus enemigos o a los de su patria. Porque estos regalos y consuelos, *munera vel solatia,* los tuvieron también los que fueron infelices, para que nosotros no los deseemos como los principales bienes» [1].

Lo ordinario no es este lenguaje, ni el que sigue en

---

[1] *De Civitate Dei,* V, 24; (P. L., XLI, 179).



todo el capítulo, donde la felicidad se pone en que el rey o emperador cristiano sea humilde entre las alabanzas, casto en la libertad, sobrio en la abundancia, justo en las guerras, magnánimo en las victorias, desprendido de lo terreno y amador exclusivo de la justicia y de los bienes que felicitan al que los posee. Lo ordinario es que David se engría en la prosperidad, y el amado de Dios engrosado, crecido y rozagante, recalcitre y crea que aquellos dulces y regalos de Dios son, no sólo algún bien pasajero, sino el bien de hecho sólo deseable.

45. En segundo lugar, y consecuencia de esto, es la vida aseglarada de los católicos. Ya San Cipriano hablando de aquella edad que todos admiramos como dichosa, la edad de los mártires, nos declara con lágrimas las consecuencias fatales de una prosperidad relativa, de un paréntesis de felicidad. «Quiso el Señor probar a su familia, y ya que una larga paz había corrompido la tradicional disciplina»: *jacentem fidem et pene, ut ita dixerim, dormientem,* y la fe que estaba caída y casi dormida, si vale la palabra, al castigo divino se despertará y levantará.

Y la relajación provenía, como suele, de que olvidados los cristianos de lo que en tiempos mejores habían hecho y siempre debían hacer, no vivían sino para aumentar sus patrimonios, y para aumentar su fortuna con insaciable codicia: *non in sacerdotibus religio devota, non in ministris fides integra, Non in operibus misericordia, non in moribus disciplina:* faltaba a los sacerdotes la piedad, a los ministros la integridad de su fe, en las acciones misericordiosas; hombres y mujeres se daban a lujos y adornos mundanos, pintándose y procurando engañar; se unían con los gentiles en matrimonio, prostituyendo así con los infieles los miembros de Cristo; se juraba y se perjuraba, se maldecía, se desobedecía y se

odiaba. Muchos prelados, que debían ser la luz de los demás, se olvidaban de la administración espiritual y se convertían en administradores temporales... ¿Qué no merecíamos cuando el Señor había dicho: *Visitabo in virga iniquitates eorum?* [1].

Quejas estas son que repitieron San Agustín, San Pedro Damiano, San Anselmo, y que siempre y en todo tiempo serán verdad mientras la Iglesia se componga de hombres.

46. En tercer lugar, y como consecuencia funesta de lo primero, unir la suerte de la Iglesia a la prosperidad temporal, al apoyo de los príncipes y de los poderosos; de donde viene el miedo servil, la adulación obsequiosa, el poner su confianza en el hombre más que en Dios. Grandemente censura todo esto el Señor en las divinas Escrituras, y singularmente en Isaías y Jeremías, contra aquel pueblo que buscaba su apoyo en Siria, Asiria o Egipto; que ponía su confianza en la hermosura del templo, y no únicamente en Dios. Y ya también Inocencio III al elegir emperador a Otón de Sajonia, protesta de que de ningún modo quiere colocar su esperanza en el hombre, porque está escrito: Maldito el hombre que confía en el hombre y que pone su confianza en el brazo de carne [2].

47. Pero la utilidad que de este punto podemos sacar hoy día nos la evidencian abundantemente los modernistas, los demócratas cristianos y los que más o menos rinden tributo al espíritu moderno. Porque de aquí proceden en primer lugar los temores humanos de la ruína de la Iglesia, como ellos dicen, siguiendo por los caminos de intransigencia que Pío IX inauguró y que lamentan ellos haber tomado Pío X. De aquí las condescendencias del

---

[1] S. Cipr., *De lapsis,* V, 6; (P. L., IV, 472-73).
[2] Regest. de Rom. Imp., 29; (P. L., CCXVI, 1.051).

abate Lemire en el Parlamento francés y fuera de él, queriendo interpretar hasta la logomaquia las frases más duras y claras pronunciadas por los hombres públicos, ya en abierta hostilidad a la Iglesia, ya en desdeñoso desprecio de ella, para servir a la República, con la cual querían infeudar a la Iglesia. De aquí el deseo del ensayo leal de la ley de separación. De aquí el proyecto de bolsas de retiro para los sacerdotes. De aquí todos los deseos de arreglo y parlamento con la revolución.

Pues bien; estos tres principales escollos que la blanda paz tiene, y que son verdaderamente muerte de la Iglesia, si la Iglesia pudiera morir, los hace el Señor evitar por el sencillo procedimiento de la tribulación, y así hizo en el momento que consideramos.

48. No habían estado estos siglos exentos de lucha, como hemos visto, pero la lucha no había compensado la prosperidad. Era, pues, conveniente que abriera el Señor su mano y la alzara sobre su Iglesia, para que se acordara de Él y a Él volvieran sus hijos.

Y así lo hizo.

La primera calamidad fué la traslación de los Papas a Aviñon; la segunda, el gran cisma de Occidente. Los dos hechos son muy conocidos; pero se necesita para nuestra proposición analizar sus causas, su desarrollo y sus consecuencias. Será la mejor manera de probar que esta es la hiel que el Señor puso en los ojos de muchos para que la grandeza de la prosperidad no los cegara y les hiciera comprender la flaqueza de los bienes del mundo, la necesidad de ser agradables a Dios con lo que a sus ojos nos hace gratos a Él, y dónde está el verdadero poder de su Iglesia y de su causa.

49. Revestido con toda la magnificencia de Pontífice, puesta la capa magna y la tiara de tres coronas, te-

niendo en su siniestra las llaves de su potestad y apoyándose en la cruz que alzaba en su derecha, asistido sólo de dos cardenales, símbolo de la debilidad humana que rodeaba a aquel poder omnipotente y espiritual, esperaba en 7 de Septiembre de 1303 y en la villa de Anagni, el gran Pontífice Bonifacio VIII a los sicarios de Felipe IV de Francia, llamado el Hermoso, que eran Guillermo de Nogaret y Esciarra Colonna. Bien se puede decir que así moría aquel gran sucesor de San Pedro en los albores del siglo XIV y que así permitía Dios que para prueba y bien de su Iglesia se extinguiera por un momento aquella extirpe pontifical que renovó los días de León I y Gregorio I, con aquellos gloriosos Papas que empiezan en León IX, siguen por San Gregorio VII, pasan por Eugenio III y Alejandro III y por Inocencio III, Gregorio IX y Gregorio X llegan hasta Bonifacio VIII; aquella extirpe pontifical, que conocedora perfecta de su cargo y de su poder, no se dejó marchitar ni ajar por ningún tirano, llamárase Enrique o Federico.

El primer Papa gascón, el débil Clemente V, no fué así; se encontró de frente con el orgullo y la tiranía de Felipe el Hermoso, y el amor a la felicidad humana le hizo aun humanamente infelicísimo.

50. Cifra de los engaños de la felicidad era el reino de Francia. Desde Hugo Capeto y Roberto el Piadoso, se había ido engrandeciendo más y más, y Cluny primero, y Claraval después, y sus reyes casi siempre unidos a la Santa Sede y dispuestos a su obsequio, lo habían justamente encumbrado. Las Cruzadas fueron obra singularmente francesa, San Bernardo fué gloria de Francia, París era más que la capital de Francia, la del mundo teológico, los Luises, desde el VI al VIII, se habían manifestado los defensores de la Santa Sede, San Luis, por fin, había llevado el esplendor de Francia y de su santi-

dad a toda Europa, a Túnez y a Egipto, y el nombre de Francia era respetable a los turcos; que se acordaban de Jerusalén, Alejandría, Damieta y San Juan de Acre y Rodas, y a los griegos que le temían todavía en la sombra inulta de Balduino de Constantinopla; á los cristianos de todo al mundo, que cantaban sus hazañas y era singularmente amado de los Pontífices que en Urbano II, Gelasio II, Eugenio III, Alejandro III, Inocencio IV y Gregorio X habían encontrado en ella y en su cristianísimo pueblo y cristianísimos reyes asilo, honor, defensa y veneración.

51. Ejemplo triste de lo que infatúa la prosperidad fué el nieto de San Luis, Felipe el Hermoso. Se veía ciertamente cabeza del reino más glorioso y poderoso de Europa, su hermano Carlos de Valois se coronaba rey de Nápoles, su familia reinaba en Navarra, en Italia y en Hungría ¿qué falta a su ambición? Extender la mano sobre la Iglesia: ¡eterna ambición del poder secular!

En su carrera encontró el terrible obstáculo del septuagenario Bonifacio VIII, y al sentirse detenido por él, se ofendió, y ofendió, calumnió, intentó el parricidio más sacrílego, y medio perpetrado, quiso denigrar, calumniar, borrar la memoria del audaz que le resistió.

Quería que la Iglesia fuera suya, y para eso se echó sobre los cargos eclesiásticos, y los dió y los quitó a su arbitrio, enriqueciendo con ellos a los que no amaban en la Iglesia, sino los dones o consuelos, *munera vel solatia*, que se dan también a los malos hijos.

Tuvo también la tiara en su mano y la dió o, como escribe San Antonio, al que le prometió satisfacer sus deseos, o, como parece más probable, al que conocía incapaz de oponerse a ellos.

Quería que la Iglesia fuese suya, y envidiaba su heroicidad y sus riquezas, y por eso cayó sobre los Templa-

rios y los calumnió, atormentó, despojó, afrentó y, por último, sin forma de juicio los abrasó vivos, para eclipsar su gloria y sorber sus tesoros.

52. Y por gracia y favor de este tirano, es elegido Clemente V. ¡Qué problemas a resolver se le ofrecen! El sacrílego atentado de Anagni, exigiendo una reparación justiciera, las intromisiones cesaristas reclamando un freno poderoso, la honra y la vida de los Templarios clamando como la sangre de Abel. ¡Pobre Clemente V! Aturdido él también por las prosperidades de la Iglesia, no quiere perderlas ni comprometerlas, disgustando al tirano, y aunque desea cumplir con su deber, de tal modo lo cumple, que lo deja bien abandonado. Ceba a sus parientes y a los parásitos del rey con cargos y rentas eclesiásticas, aumenta el esplendor de su corte, se afinca en Aviñón, donde deja medio constituída su residencia, permite y tolera las hogueras que levanta Felipe para los Templarios, calla ante sus desgarradoras apelaciones a la justicia papal, y de tal modo defiende en el Concilio de Viena a Bonifacio VIII, que extiende un manto, más que de mansedumbre, de increible tolerancia, sobre los criminales de Anagni y sobre sus mandatarios.

53. Es cierto que los demás sucesores suyos, hasta Urbano V y Gregorio XI, procuraron cumplir mejor con sus deberes papales; pero la mano poderosa de Dios no se separaba de su Iglesia. Aquel reino de Francia, en cuyo apoyo confiaba, se vió conmovido en su raíz y amenazado de muerte trágica. Los hijos de Felipe el Hermoso, Luis, Felipe y Carlos, pasan rápidos por el trono de San Luis, hasta desaparecer y hundir consigo en catorce años la rama directa de los Capetos. La rama de los Valois parece que hereda la maldición divina, y la cruel y larga guerra con los ingleses, y el cautiverio de Juan el Bueno, y la desmembración y las cien calamidades de la guerra,

parece decir a los que retenían en Aviñón a Juan, y a Benedicto, y a Clemente que: ***Maledictus homo qui confidit in homine*** [1]: es maldito el que confía en el hombre más que en Dios.

54. Italia, aquel florón de la Iglesia, la misma Roma, sentían la ausencia de su supremo Padre y Soberano, y en un vértigo que tenía mucho de despecho, de ofensa nacional, y mucho también de la ingratitud y secular indocilidad italiana, se levantaba, y abatió tiranos y reyezuelos, ya de farsa, ya de tragedia, de tragedia siempre para los desgraciados pueblos donde la sangre corría, se perdían las almas y el respeto y amor al Soberano Pontífice. Las expediciones militares de Albornoz no impedían lo que sólo el desarmado poder del Padre era capaz de remediar.

55. El antiguo sacro imperio romano crujía y se rebajaba, porque las preferencias pontificias hacían a Francia el eje de Europa y la dignidad imperial la encauzaba por otra parte. Luis de Baviera buscó en la ambición y en la usurpación el remedio, y llamó en su auxilio los gibelinos de Italia, y hasta pensó en despojar el patrimonio de San Pedro y hacer otro Papa a servicio suyo. Carlos IV, dócil a la Iglesia, recibió una potestad imperial sin hegemonía europea, y, por tanto, disminuída. Así fué que ya empezaron a sonar quejas que fueron murmullos, murmullos que fueron rumores de tempestad y de terremoto, porque se discutió la dignidad papal, y al vicario de Jesucristo se le llamó vicario del pueblo cristiano.

Lo cual todo no era más que el principio, el ***initium dolorum*** con que Dios se preparaba a purificar a su Esposa divina, hasta hacerle buscar los bienes que no son de este mundo, poner su esperanza en Él y para nada en

[1] Jerem., XVII, 5.



los apoyos humanos, saber distinguir entre los bienes y los regalos, entre la felicidad y aquellos consuelos que de ella se derivan: *munera vel solatia*.

56. En las abrasadas palabras de los celosos escritores de aquel tiempo y singularmente en las de aquella débil y fortísima defensora y ángel de la Iglesia, Santa Catalina de Sena, late la amenaza amorosa de Jesucristo, de que Él había de purificar a su Iglesia, ya que los hombres no lo hacían, con medios más duros que los humanos.

Y esos remedios vinieron: esa calamidad cayó sobre la Iglesia, y no fué otra sino el lamentable cisma de Occidente, a que contribuyeron el amor a la vida mundana y aseglarada de Aviñón, el vicio que aun en la santidad del sacerdocio había germinado y, por último, el deseo de Carlos V de Valois de seguir teniendo el Pontificado como una presea de su combatido reino. Nuevo pecado, como el de Felipe el Hermoso, y que expiará duramente la nación entera.

57. ¿Quién podrá describir la ruina del Santuario en estos treinta años de cisma? Lo primero que a los ojos se ofrecía por todas partes era la audacia de los reyes y príncipes seculares, que decidían sobre su adhesión a uno u otro Papa y sobre su neutralidad como de un negocio libérrimo. Las razones de estado, que cubren frecuentemente ambiciones y feas codicias, se sobreponían a todo otro respeto. Francia se decide por el Papa de Aviñón y arrastra en su cisma a España y Portugal; Juana de Nápoles se adhiere a Urbano o a Clemente, según por una o por otra parte se le ofrecen ventajas temporales. Entretanto Italia es teatro de guerras continuas entre los ejércitos del antipapa y los del Papa legítimo. Excomuniones y censuras cruzan como rayos en noche tempestuosa de una y de otra parte, y lluvia torrencial de

beneficios más o menos simoníacos vienen a hacer nacer adhesiones y a fortificar partidos.

Los pecados y licencias de los eclesiásticos no pueden ser reprimidos; y hasta es utilizada la licencia para el medro y la prosperidad. Guerras civiles y exteriores desgarraban a Portugal, Castilla, Aragón, Francia, Inglaterra, Nápoles, Sicilia y los innumerables Estados italianos, y los pueblos agobiados por el saqueo, la guerra civil y eclesiástica, eran oprimidos con horribles exacciones para sostener dos Papas en guerra y con cortes tan fastuosas como la de Clemente VII.

Mientras tanto agoniza el Oriente ahogado por Bayaceto, y Europa tiembla amenazada por las hordas del Atila. Y para que pareciese más completo el sueño de Jesús en la Nave de Pedro, huracanes de herejías, singularmente las de Wicleff y Juan Hus, empezaron a sacudir la Germania.

58. *Domine, salva, nos, perimus!* brotaba de todos los labios; hasta Santa Catalina de Sena veía que «el exceso del mal había caído sobre la Iglesia»; pero en medio de su dolor comprendía que no era sino una corrección, que no era sino dejarla en el fuego para sacarla más purificada; era adoctrinarla contra los peligros de la prosperidad, era también adoctrinarnos a nosotros.

59. Lo primero, se purifica la idea de la verdadera dicha y prosperidad de la Iglesia. ¡Qué lenguaje tan inspirado en la verdad el de Santa Brígida, Santa Catalina, San Vicente Ferrer, el venerable Goot y Tomás de Kempis! ¡Qué enseñanzas también tan útiles para nosotros!

La Iglesia Católica, como su divino Maestro, no ha venido al mundo para pleitear por lo terreno y temporal, sino para defender el orden, la verdad, lo sobrenatural. Ella, en la cuna de su propagación no defendía lo temporal porque ni lo tenía, ni lo ambicionaba. Después, la

munificencia cristiana y la providencia divina la llenaron de lo que le pertenecía, y ella vió ya un derecho sagrado que defender en lo que por tantos títulos le pertenecía. Ella, pues, defiende lo suyo como defiende todo lo que es verdad, todo lo que es derecho; como defiende todo lo que es bien. Pero por ser suyo y temporal no lo defiende con preferencia, no lo defiende a costa y riesgo de lo moral, de lo espiritual, de lo sobrenatural, de lo divino. Sabe que conservando ella ese depósito que le ha sido encomendado, verdaderamente triunfa y vence. Por eso al fulgor siniestro del cisma y de la guerra se alzaron todas las voces del celo condenando la avaricia y predicando el reino que *no era de este mundo.*

60. Nosotros, más afortunados en esto que aquellos santos, vemos en la Santa Sede el ejemplo perenne de esta grandeza moral. Despojada desde Pío IX del principado de San Pedro, y con él de aquellos esplendores terrenos que en la Edad Media fueron premio de buscar ante todo el reino de Dios; no cesa de protestar generosamente, porque ella es la salvaguardia de todos los derechos, y el suyo lo es y lo es de toda la humanidad y es sacratísimo, y por eso sería una traición callar ante el atropello. Pero no apela a medios violentos sabiendo que su victoria está en no callar, y que será obra de Dios la hora en que Él le devuelva lo arrebatado.

Entretanto, agradece al Poder divino la aureola de santidad y de respeto con que ha adornado en su cautiverio a los Píos y a León, que aun los enemigos de la verdad, confiesan que en sus labios han revivido Gregorios y Bonifacios.

61. Más clara, si se quiere, fué la segunda lección que la desgracia les dió y nos da. El odio santo a la licencia mundana. Clemente V, y sobre él Clemente VII, en Aviñon, y el antipapa Clemente VII, habían buscado

en la imitación del lujo y disolución de los Valois la grandeza y autoridad de la Iglesia. Abierta así la mano a la relajación de costumbres, se vió la Esposa del Cordero no sólo perseguida y tiranizada, sino afeada y ensordecida. La riqueza, y con ella la avaricia, abría la puerta a todos los pecados. Terrible tentación que dió al mundo días de escándalo, y que había de seguir dándolos siempre, como se vió en las cortes amundanadas de los Borjas y los Médicis.

Dios permitía estos males para que de todas partes se levantaran clamores de verdadera y sana reforma. Los santos de esta edad los primeros, como Santa Brígida, Santa Catalina, San Vicente; los varones amantes del esplendor de la casa de Dios, como Lanstein, Juan de las Celas, Groot y Tomás de Kempis, y poco después los grandes predicadores de penitencia, como San Bernardino de Sena, y todo el pueblo sano y católico que pedía insistente la reforma de la Iglesia; son una confesión abrumadora de que la gloria de ésta consiste preferentemente en su santidad, y de que no tiene mayor enemigo que el espíritu mundano que la destruiría si ella no fuese indestructible.

62. Nosotros debemos conservar bien grabadas estas verdades contra el espíritu moderno. Desde el Concilio Tridentino hasta Pío X, no ha procurado otra cosa la Iglesia, por medio de sus Santos y sus Pontífices, que todos han sido verdadera y santamente reformadores. Recordad los nombres de San Carlos Borremeo, San Pío V, Santa Teresa, San Pedro Alcántara, San Vicente de Paúl, San Ignacio de Loyola, y en todos encontraréis celosos y santos reformadores de la Iglesia; oid las palabras de Margarita María de Alacoque, y veréis que lo que Jesucristo procuraba por su medio y por el amor a su corazón era una santa renovación y reformación de la Iglesia.

Seguid de cerca la acción de los Romanos Pontífices, y no veréis otra cosa. Y ¿cuál es el lema y la preocupación constante de Pío X, sino renovar la memoria y los ejemplos de San Gregorio Magno, de San Juan Crisóstomo de San Anselmo Cantuariense, de San Carlos Borromeo, promover el culto y la frecuencia de la Eucaristía, excitar el aliento sacerdotal y católico, para que ante todo y sobre todo luzca el esplendor de las virtudes en la Casa de Dios y en todo el pueblo fiel, para que todo se restaure por la santidad de la vida en Jesucristo?

Estas son las inmarcesibles glorias del Catolicismo, y a estas seguirá la grandeza que el Señor quiera, como amoroso remunerador, darle; esta es la hermosura de ella; no la imitación de las virtudes humanas, que son oropel; no la deslumbradora majestad de las riquezas, que son solo adorno de la santidad, como en las ricas custodias son adorno de la sencilla y divina Forma; no los bienes de cualquier clase humanos, que si no son sombra de la virtud, se convierten en disimulación del vicio.

63. Y lo mismo se ha de decir de la protección humana. Preguntó Nicolao II a San Pedro Damiano por qué eran tan breves las vidas de aquellos santos Pontífices; y Damiano le respondió que acaso para que todos los hombres confesaran lo efímero de la gloria humana, viéndola pasar tan rápida por aquellas cumbres de la Iglesia. Pues por modo semejante se puede preguntar ¿por qué han sido tan pocos y de vidas tan cortas los reinados de los emperadores y reyes que han cumplido bien sus deberes para con la Iglesia? Porque es cierto que aunque oratoriamente solemos unir a Constantino con Teodosio, a éste con Clodoveo y Recaredo, a éstos con Pipino y Carlomagno, y en seguida solemos agrupar a Otón el Grande, San Enrique, Lotario, San Eduardo, San Luis, San Fernando, y aun llegar a Carlos V y los Felipes de

España, y así la imaginación acalorada por la elocuencia se figura que la Iglesia, hasta casi nuestros días, ha tenido la protección de la espada material, y aún objetan los modernos, por ella ha vivido; pero nada más inexacto.

64. Esos nombres han sido pocos, y esos períodos han sido relativamente cortos, y Dios lo ha querido así para que no se sacara aquella absurda consecuencia. Porque aunque es verdad que los Sumos Pontífices y los doctores todos han exigido como un deber de los príncipes católicos el proteger con su autoridad a la Iglesia, y esto lo han hecho invocando el bien de la sociedad; todavía los que son ciegos y no ven, confundiendo el hecho con el derecho, podrían deducir que la Iglesia había vivido por esa protección, que nunca le había faltado. En cambio, ¿qué mejor refutación de la argucia y del sofisma que presentarla sin ese apoyo? *Ut ponant in Deo spem suam* [1].

65. Así pasó en estos días lúgubres de Aviñón y del cisma. Había, es verdad, luchado durante toda la Edad Media, o con la ineptitud y descuido de los emperadores carolingios, o con las ambiciones y cesarismos de muchos teutónicos; pero al fin tenía otros reyes poderosísimos que resarcían los daños de aquéllos. Mas ahora todo ha mudado de faz.

La protección de Francia es parásita y ahoga más que salva, y aun en un momento es nula, porque Francia se ve desmembrada y casi para morir: el imperio al mismo tiempo vive en rebelión con la Iglesia, Italia se desangra entre tiranos, Nápoles no presta ayuda, Castilla y Aragón se adhieren al cisma... y todo eso es el prenuncio de un día, que vemos todos, en que las naciones o separadas o cismáticas o librecultistas, vuelven su espalda a la Iglesia. Al verla salir de la cautividad primero, de los

[1] Ps. LXXVII, 6.



horrores del cisma después, de los lazos de naciones apóstatas siempre, se comprende que su vida es Jesucristo, que es deber de los pueblos respetarla; pero que ella vive y vivirá lo mismo en las catacumbas y perseguida, lo mismo bajo Nerón y Adriano, que bajo Valente, Enrique IV o Federico Barbarroja; que ella convida a los pueblos que se acerquen a ella, no para recibir ella, sino para vivificarlos a ellos, porque ella sabe que *qui se elongant a te peribunt* [1], que los que se huyen de sus brazos perecerán, como perecieron los de Hohenstaufen y Juana de Nápoles y la casa de Felipe el Hermoso y toda la dinastía de San Luis. Y que ella, en cambio, con espada y sin espada de Carlomagno que la proteja, vivirá y dará vida, *Etenim manus Domini erat cum illo;* porque el brazo poderoso de Dios está con ella [2].

66. Mas todavía podemos retorcer sus objeciones contra los defensores del espíritu moderno, porque ellos son precisamente los que son reos de ellas.

Ellos, los que no entendiendo las palabras del espíritu, lo sacrifican todo al éxito humano, y hablando en la Iglesia el lenguaje del mundo, toman por victoria las alabanzas, los aplausos de las muchedumbres, los halagos de los sucesos, y toda lucha, toda contradicción, toda derrota material, tienen por pérdida de la gloria de Dios. Ellos, los que por eso desean lo imposible, que la Iglesia se avenga amistosa con los dictados del siglo; ellos, los que para eso adulteran la palabra de Dios, esclavos del rumor de la gloria; ellos, los que no queriendo sino renovar el mundo, *omnia cient agitantque vanissimo strepitu,* todo lo conmueven y agitan con vanísimo ruido y olvi-

[1] Ps. LXXII, 26.
[2] Luc., I, 66.

dan que Dios no anda en la commoción; ***divinae vocis immemores: non in commotione Dominus*** [1].

67. Ellos son, viniendo a lo segundo que nos objetan, los que no sólo son la causa, sino los instigadores y defensores de la mayor relajación de costumbres y aun, por desgracia, observan los cristianos y aun ministros de Dios más libres para levantarlos, ensalzarlos y precipitarlos en la ruina. Eso hicieron siempre los novadores; eso sucedió, por desgracia, en los amargos tiempos de Aviñon y del cisma; eso imitaron después los novadores luteranos, anglicanos y todos los protestantes; aquéllos, como dice Pío X, ***que no pretendían corregir las costumbres, sino destruir los dogmas, que se abrían a sí y a los demás el ancho camino de la licencia; que se hacían parásitos de los príncipes y los pueblos corrompidos, y que diciendo al mal bien y al bien mal, se llamaban a sí mismos reformadores, cuando en realidad de verdad fueron los corruptores de Europa*** [2].

Eso hicieron en nuestros días aquellos jóvenes que, salidos de los Seminarios, olvidaron bien pronto las costumbres y modales allí aprendidos, y hasta se avergonzaron de ellos; los que quisieron sacar a la Iglesia de las sacristías; los que, finalmente, acabaron por pedir la disolución del voto eclesiástico de castidad, o han acabado por llevar una vida relajada, como Charbonnel, Murry y otros. Ellos, por fin, son los que siempre introducen en la Iglesia la relajación que ella deplora y condena, arranca y extermina.

68. Para terminar, ellos, los enemigos de la Iglesia, los que nunca han salido ni podido vivir sin el favor humano, ya sea de los príncipes, ya de las democracias.

---

[1] Pío X, *Editae saepe*, 26 Mayo 1910; *Act. Apost. Sed.*, II, 374.

[2] *Editae saepe; Act. Ap. Sed.*, II, 362.



Desde Arrio hasta Lemire y Murry siempre han buscado vivir por la adulación.

Gran prueba de ello el período de Aviñon y del cisma; gran prueba los novadores todos. Lutero busca el apoyo de los príncipes electores, Calvino se ofrece adulador a Francisco I, el jansenismo se alía con el regalismo, y el modernismo quiere adular a las democracias de la revolución. Por consiguiente, caigan los enemigos de la Iglesia bajo el rayo que ellos contra ella forjan, porque la Esposa de Jesucristo siempre vence sólo, sólo por el Poder divino.

69. Elevemos un himno de gratitud y de alabanza al Señor viendo los triunfos obtenidos por la Iglesia en la Edad Media, cuando hizo de Europa una familia de santidad y de fe; porque Dios nuestro Señor trajo a sus pies a los hijos de sus enemigos, porque la sublimó con ciencia y santidad y la hizo admiración de las gentes. Glorifiquémosle también porque la rodeó de dolor, hizo conocer a sus hijos dónde estaba la verdadera grandeza, la purificó cual oro en ardiente crisol y declaró una vez más que Él es su salvador, su consolador, el que la llena de grandeza, por quien vive y vivirá en el mundo y por quien reinará en la eternidad.

Así sea.

DISCURSO SÉPTIMO

La fuerza de la opinión.

SUMARIO

Poder del pueblo comparado al del mar.—Ejemplos de este poder en el Antiguo Testamento: en Moisés, Aarón, Samuel, David, Elías; otros ejemplos, como en Jehú, Joas, Joacaz y en Isaías y Jeremías.—Otros en la Roma republicana y en la imperial.—Justificación de este poder en el derecho revolucionario.—La multitud fuente de derecho; la ley es su voluntad; las mayorías.—Consecuencias naturales de estos errores: todo, aun la Religión, está en su mano: los oradores demagogos, el periodismo moderno.—Lo que de aquí fluye a los católicos: temores, desalientos, codicia del número, utopías.—Ese poder es, en verdad, heno.

Recapitulación de los anteriores discursos.—Materia del presente: Santas Justa y Rufina y San Hermenegildo.

I

Persecución y martirio de las Santas Justa y Rufina.—Victorias de Leovigildo, su odio al catolicismo: resistencia de Ingunda, conversión, resistencia y muerte de Hermenegildo.—Texto de San Gregorio Magno.—Enseñanzas de estas narraciones: los dos pueblos que aquí nacen serán el español.

II

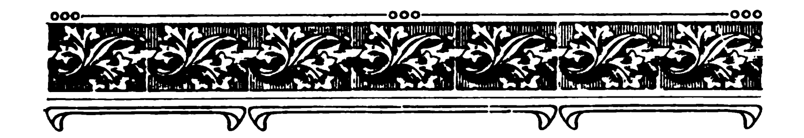
Oposición a la opinión pública.—Estado de ella en el paganismo: modo cómo la combatieron los mártires.—Qué es opinión pública: sus elementos, la ignorancia y la pasión en la vida.—Único caso en que es respetable la mayoría.—Volubilidad de la opinión: ella misma se condena.—Ejemplos de desafiar la opinión humana.

Objeción: necesidad del número.—Abuso que de esta razón se hace en la parte dogmática y en los puntos morales.—El ejemplo de San Hermenegildo.—Diminución de la verdad en el conciliábulo de Toledo.—Persecuciones.—Resistencia armada del Santo.—Su muerte.—Aplicación a la lucha católica del día.—En qué consiste la fuerza de la muchedumbre, y en qué no.—Tesón necesario para guardar la entereza de las costumbres cristianas y peligro de perderla por amor al número.—Cómo debe de ser la confesión de la fe, y cómo la pureza de costumbres: debemos saber que no hay dos hombres ni dos conciencias, que la vida cristiana es de abnegación

y que los peligros se han de considerar en concreto, como enseñó el B. Diego de Cádiz y el V. P. Calatayud —Recapitulación.—El espíritu de la Época.

III

Periodismo: periodismo de tesis y periodismo noticiero.—Maldad del periodismo impío o inmoral: acción católica contra él.—Gloria del periodismo de polémica católica: gloriosos nombres: recomendaciones y elogios.—Daños del noticierismo: texto de Pío X.—Exhortación a no temer el poder de la opinión pública.



Vere foenum est populus.
En verdad que el pueblo es heno.

(Isaías, XL, 7.)

REAL COFRADÍA Y HERMANDAD DE NAZARENOS DE NUESTRO PADRE JESÚS DEL GRAN PODER:

1. Ya el orador romano comparó la muchedumbre del pueblo con el mar, y ciertamente que, como el mar, es vario y móvil, como el mar tempestuoso y agitado y como el mar, también poderoso e irresistible. De este poder humano, temible siempre, adorado hoy como suprema ley del mundo, vamos a tratar.

2. La historia, tanto sagrada como profana, tanto eclesiástica como civil, nos da ejemplos terribles de lo que es este poder. ¡Cuántas veces Moisés y Aarón lo vieron enfrente de sí! Ya temían los israelitas el poder de los egipcios que tenían detrás de sí, y al ver delante el mar Rojo, lloraban como niños y gritaban, olvidados del Brazo del Señor; ya sentían el fastidio del maná, y tumultuosamente acudían al tabernáculo de Moisés pidiendo y reclamando las ollas de la cautividad; ya, temerosos de que Moisés no bajara del Sinaí, corrían a Aarón y reclamaban de él un becerro de oro; ya, por fin, a la vista de la tierra de Canaan, se aterraban y desalentaban, olvidados de las promesas de su Dios.

3. ¡Pobre pueblo, y ciega opinión popular! Ella fué la que, imbuída con el ejemplo de pueblos menos felices, se presentó ante Samuel para pedirle un rey como tenían los demás. Ella la que ya dejaba solo a David por Saúl ó por Absalón, y la que después aclamaba de nuevo a David por su único rey y ungido del Señor. Ella la que con sus alaridos asustaba al Sumo Sacerdote Ozías para que entregase a Bethulia. Ella a la que preguntaba Elías: *Usquequo claudicatis in duas partes?* [1], ya sacrificando a Baal, ya elevando altares al verdadero Dios.

De esta misma ceguedad hace a veces un argumento, y llevada y empujada, o por la emulación, o por la vanidad, o por el amor al éxito fácil, busca su ruina en una imitación servil de lo malo, y con la fuerza irresistible del mismo logra imponerse, y llevado de su torrente empuja y es empujada, se busca y hace doctores, a quienes sigue y de quienes es seguida, y convierte a los que debían ser sus luces y sus guías en aduladores de sus instintos.

Así ocurrió en las casi continuas y seculares prevaricaciones de Israel y de Judá. Rodeados de los reinos de Siria, Egipto, Asiria y otros muchos, idólatras todos, y viendo unas veces la prosperidad material, otras la fuerza y victorias de sus ejércitos, otras temiendo sus venganzas e injusticias, otras cediendo a las pasiones del amor y del sentido, recibían los dioses de los gentiles, y sin renegar en apariencia de su Dios, del Dios verdadero, se iban detrás de los simulacros gentílicos.

4. Los reyes unas veces, como Jeroboán, introdujeron el escándalo en el pueblo; pero el pueblo, otras, era ya la causa de mantener el escándalo, y así el valeroso Jehú, azote de la casa de Jezabel y de Acab; así Joas,

[1] III Reg., XVIII, 21.



piadoso y tímido; así Joacaz, herido por el Señor y arrepentido de sus idolatrías, temieron acabar con las del pueblo, que iban tras los dioses de los otros pueblos y naciones.

La voz poderosa y llena de celo de Elías, Eliseo y Jeremías se alzaba para encauzar y corregir aquella depravada opinión popular; pero Elías tenía que llorar la deserción aun de los profetas de Dios: *Ego remansi propheta Domini solus»* [1].

Isaías exclamaba dirigiéndose al Señor que había arrojado de sus ojos a su pueblo, porque estaban, como en los días de Aarón, llenos de idolatría; tuvieron agoreros y adivinos, como los filisteos; hicieron uniones ilícitas con gentiles, y veían llena su tierra de cuadrigas de lujo, de caballos de guerra, de tesoros y de dinero; pero también de ídolos, templos gentílicos y abominaciones idolátricas [2] y tenía que deplorar el profeta no sólo el pecado, sino la opinión popular ciega que corría a los videntes y profetas a decirles: «No escrutéis la verdad, no veáis lo que nos conviene; habladnos y decidnos errores, pero agradables [3].

Jeremías tuvo que ver las últimas y terribles consecuencias de este poder de la opinión pública desviada, cuando huyendo la voz áspera de la verdad, corría el pueblo a los profetas aduladores y querían con maltratos hacer callar a Jeremías; cuando estando ya a las puertas de Jerusalen el ejército asirio, todavía querían confiar en alianzas, en murallas o en la santidad del templo; cuando, por último, tuvo el Profeta que vaticinar primero y lamentar después todo el furor del Señor, que se vertía sobre su pueblo en castigo de su obstinación y ceguedad.

[1] III Reg., XVIII, 22.
[2] Ibid , II, 6-9.
[3] Ibid., XXX, 10.

5. Esta fué en lo antiguo la opinión pública y estos los estragos incalculables de esa fuerza, cuando, como la del mar, rompe los lindes naturales de la justicia y de la razón, e hirviente e impetuosa salta a las serenas playas de la vida y arrolla, destroza, anega y hunde cuanto a su paso encuentra. Así se habla de la opinión pública en la Roma republicana extraviada por los tribunos, y de la opinión militar de las legiones en la Roma del último imperio; pero no se había dicho nunca lo que la mayor cobardía ha sugerido como apotegma filosófico a nuestro siglo; *la santidad* y *el estado jurídico de la opinión.*

6. Muchos errores hay en esto: unos condenados por el supremo magisterio de la Iglesia y otros por el seguro fallo de la recta razón, y todos tales, que nadie los hubiera creído, si la triste evidencia de ello no nos convenciera.

Porque puesto el pueblo como única fuente de derecho público, la opinión es necesariamente justa y digna de toda obediencia. De donde se deduce que la ley de la mayoria es la única, la verdadera ley.

Considerad las naturales consecuencias de tal endiosamiento del hombre. No hay verdad, ni derecho, ni justicia en sí mismo, y todo ello depende de la opinión, del juicio de los más. Ella es, naturalmente, el árbitro de lo verdadero, de lo justo y de lo santo, y nadie le puede hacer frente. Por eso se ha llegado, con pasmo de la razón, a decir que el anarquismo elevado a opinión de la myoría podría hacer leyes y exigir la obediencia al derecho debida.

La misma religión ha venido a ser, en boca de protestantes, liberales y modernistas, una manifestación sujeta a las modalidades de la opinión, que ha de regular su ejercicio.

7. Nadie ignora tampoco, que elevada a diosa la opi-

nión pública, se encontrarán en seguida ambiciosos que adulen esta opinión, que la dirijan, que la ilustren, pero en realidad que la sirvan, que la beneficien. Porque los más de los hombres son ignorantes en muchas cosas; los más se dejan llevar de sus aprensiones sensibles y de sus aficiones materiales; los más son pecadores, apasionados, ciegos. Por consiguiente, esos que se hacen apóstoles de las muchedumbres, tienen que adularlas, decirles lo que ellas aplauden, servirlas. Por eso todos se truecan al fin y al cabo en los seudoprofetas de Judá, que decían al pueblo lo que el pueblo quería que le dijesen, precio único que él ponía al aplauso y a los beneficios que a sus seudo-directores daba.

8. De aquí procede en nuestros días la llaga social de oradores populares y demagogos, que desencadenan y estimulan las bajas pasiones de la multitud a cambio del aplauso, del voto, del encumbramiento. De aquí la desenfrenada licencia en hablar en esas reuniones, asambleas, congresos, ateneos, mítines y juntas de todas clases. De aquí la llaga social del periodismo moderno, que es continua cátedra de errores, y que, sirviendo las pasiones del pueblo, le seduce, y siendo dirigido, le dirige, y empujándolo, es empujado.

Es, pues, una gran fuerza humana la fuerza del número, fuerza a la cual mucho temen muchos católicos.

8. De cuyo temor unas veces brotan desesperanzas amargas de remedio; otras, proferir frases como las que por los libros de los medernistas y modernizantes corren, de que «nadie puede detener el torrente de la revolución», «que las aguas de la libertad no vuelven atrás», «que no hay que pensar en la tesis católica», «que los católicos somos los vencidos y hemos de aceptar las condiciones que nos impongan», «que hay que ir tirando», y otras a este tenor. De la misma fuente brota el desordenado de-

seo de ganar esas multitudes, ya sea ocultando, ya mutilando, ya reduciendo a su mínima expresión el Evangelio, o, como dicen, *el programa católico*. De aquí el ambicionar, como los *sillonistas* y modernistas, una prensa, una representación periodística abundante y numerosa, pero comprada a costa de la pureza en la doctrina, de la severidad de las costumbres, de la instrucción, de la austeridad, de la seriedad.

9. El apóstol del gran Poder tiene que llegarse a las gradas de ese altar y preguntar con Isaías a Jesucristo: *Quid clamabo?* ¿Qué predicaré?, y Jesucristo le contestará: *Vere foenum est populus*. Mira que el pueblo, la muchedumbre, no es más que heno. Heno que el Poder de Dios ha de pulverizar, heno estéril, heno seco; en una palabra, heno vil.

Quiera Jesús del gran Poder que nosotros lo entendamos, como se lo suplicamos por su Santísima Madre.

Ave María.

10. El plan que os propuse al comenzar esta novena incluía y comprendía esta idea principal. A saber: La lucha entre el Poder divino y el poder humano, con aquellas derrotas parciales e inmediatas de lo humano en la defensa divina, para llegar a la victoria total de lo divino y de lo humano por el Poder triunfador de Dios. Mas esta idea fecunda, consoladora, divina, había de ser considerada, primero, en el mismo Señor y su doctrina, lo cual había de servirnos de roca firmísima donde habíamos de edificar con solidez; segundo, en la propagación y conservación de la Iglesia, siempre combatida, siempre destituída de lo humano y siempre vencedora en lo divino y reintegrada en lo humano por el Poder de Dios.

Y estos dos puntos los hemos recorrido en los discursos precedentes, y al propio tiempo hemos particularizado

la lucha con muy principales poderes humanos, y hemos admirado a la Iglesia vencedora de la prudencia y saber carnal, vencedora del poder brutal de los ejércitos y la prepotencia, vencedora hasta del poder falaz de las prosperidades.

11. Réstanos ahora circunscribirnos a la historia de Sevilla y de lo mucho que esta ciudad religiosísima ha contribuído por su parte al triunfo del Poder de Dios sobre el poder humano.

Empecemos hoy poniendo frente a frente el Poder de Dios y el poder de las muchedumbres.

Lo cual se ve maravillosamente en dos sucesos conocidísimos de Sevilla: en el martirio de las Santas Justa y Rufina, y en la guerra santa y de Religión en que se coronó San Hermenegildo.

I

12. La narración de la batalla y triunfo de las dos Vírgenes alfareras es conocidísima y puesta fuera de toda duda.

En el pontificado de San Sabino, luz y ornamento de la sede hispalense, vivían dos modestas hermanas, vírgenes ambas, ambas cristianas, que se sustentaban, y a muchos pobres, con la industria y venta de objetos de alfarería. Aprovechaban, como suele acaecer, para la mejor venta, los días de mayor concurso, las grandes solemnidades, las ferias populares; y estas ocasiones se ofrecían en las fiestas religiosas y cívicas con que la provincia Bética, identificada por completo en usos y religión con Ro-

ma [1], ofrendaba los simulacros ya indígenas, ya extraños, que por el siglo III constituían su abigarrado Panteón. Esta vez tocó ser conducida en triunfo y regocijo la representación sira de la diosa del placer y la deshonestidad, la infame Salambona.

13. Un populacho ebrio de lujuria y de vino, mujeres impudentes y desvergonzadas, la hez de Hispalis se echó como cenagoso torrente a las vías a danzar, gritar, reir, holgar y empujar el carro triunfal de Salambona. Las mujeres que más cerca iban del simulacro y las que se disputaban honor y participación en la colecta, iban pidiendo y exigiendo de los presentes contribución y óbolo para proseguir después los festejos. Justa y Rufina, mortificadas con tanta licencia, pero atadas a su puesto por su necesidad, estaban a la orilla de aquel arroyo que por la vía se precipitaba. Conociéronlas algunas de las mujercillas que cortejaban el ídolo y, para burlarse y comprometerlas, les pidieron su correspondiente contribución. Negáronse las Santas, y las infames se arrojaron sobre la frágil mercancía y la despedazaron.

14. Justa y Rufina sintieron en su alma aquella herida que sintió Finees ante la vista de Zambri [2], y arrojándose sobre el simulacro y derribándolo al suelo, probaron a todos que también él era un *vas fictile*, un despreciable cacharro.

¿Quién describirá la confusión de aquel momento? Todo aquel populacho perdía para siempre el título que ostentaba para entregarse a la lubricidad y a la orgía, y aquellas dos vírgenes se ponían de frente a la opinión popular. Arrastráronlas presas al tribunal de Diogeniano, que había sido encargado por el emperador gentil de secundar sus planes de extirpar el Cristianismo.

---

[1] Estrab., III, p. 3.

[2] Num., XXV, 7, 14.



15. Ardía entonces la más fiera persecución que tuvo que sufrir el nombre cristiano; y después de las matanzas de Mérida, Zaragoza y de España entera, ya en estas colonias se preparaban arcos y columnas al Emperador: *Exstincto nomine christiano;* por haber concluído con el nombre de Cristo. En tales circunstancias, pues, se presentan o son presentadas estas dos alfareras, verdaderos vasos de barro, ante la fuerza del Imperio, sostenida por la fuerza popular.

16. Sucedió lo que hemos visto ya hasta la saciedad. El vaso de barro es pulverizado por la fuerza material; pero la constancia, la idea, la fuerza divina sobrepuja, vence, triunfa del poder humano. Encruelécese Diogeniano y acumula tormentos a tormentos: uñas de acero, peines férreos, ecúleo, azotes, láminas candentes. El vaso frágil del cuerpo se despedaza, pero la constancia de la confesión se impone a la admiración y rabia popolar. Tiene Diogeniano que trasladarse desde Sevilla para asuntos del Estado a la sierra Mariana, y hace que ante su litera de viaje vayan Justa y Rufina, extenuadas, medio desnudas y descalzas... ¡Inútil furor! Los riscos y las cambroneras quedan santificados con la sangre de aquellos virginales pies; pero el pecho de las mártires es más duro que los riscos y las peñas de la Sierra.

17. Justa, entre tormentos, rindió su alma en la cárcel, y el cuerpo fué arrojado a un pozo; Rufina sobrevivió a su hermana, para volver otra vez a presentarse ante la muchedumbre de los idólatras.

En otra, pues, de aquellas bárbaras solemnidades del circo, cuando toda la muchedumbre nauseaba ya sobre los espectáculos vulgares de luchadores, esclavos y gladiadores, fué sacada Rufina como reparación de la idolatría ultrajada, y como cebo codiciado de las fieras, de las fieras humanas, digo, que llenaban los tendidos del anfiteatro.

Abriéronse las jaulas subterráneas de los leones y panteras de Libia, que rodearon a Rufina, tan inmóvil entre ellas como había estado en la plaza el día del atropello, en los tribunales del gobernador y siempre que había sostenido la tempestad del pueblo. Los leones besaron sus pies, pero las fieras humanas no la perdonaron y se cebaron en su cadáver, extrangulado por mano del verdugo, arrastrado a la arena del circo y quemado allí para saciar y divertir a los espectadores.

Así triunfaron Justa y Rufina del poder temible de la opinión popular, y así, con esa victoria, plantaron con su sangre la nobilísima Iglesia sevillana.

18. Antes de deducir las naturales consecuencias de esta victoria, que se ofrecen para nuestra instrucción, acompañadme, trescientos años después, a la victoriosa corte del mayor de los monarcas visigodos: del arriano Leovigildo.

Difícilmente nos podemos hoy penetrar de lo que fué su poder y su grandeza. Entre los últimos estertores del imperio romano, bajo la nominal dominación de Justino II de Bizancio, se iban cimentando los nuevos reinos, y uno de ellos, acaso superando en gloria al de los Francos, fué ahora el de los Visigodos. Leovigildo obtuvo con su hermano Liuva el reino de Atanagildo, y mientras Liuva gozaba tranquilo de la Septimania, Leovigildo, su hermano, se afirmaba y extendía por toda la España Citerior. No descansó un instante. Lanzóse como un rayo sobre todos los pequeños Estados a que la desmembración del imperio había dado lugar, y de los Astures de León pasó a los Vacceos de Palencia y Sierra de Campos, y de aquí a los Vettones y Arragones de Salamanca y Extremadura. Desaloja de bizantinos y tropas imperiales la Bartetania, Córdoba y toda Andalucía; clava su espada

y hace sentir su rigor en Saldaña, Amaya y toda la Cantabria; se apodera y devasta la Oróspeda desde las fuentes del Júcar al Estrecho y desde Baeza a la sierra de Ronda, y cuando hereda en las Galias el ducado de Liuva, allá vuela, para domeñar a la Narbonense [1].

19. Al compás de sus carreras de conquistador iba su acción de dogmatizante. El arrianismo, que no fué entre los bárbaros una apostasía, como lo había sido en Constantinopla y el imperio griego, era para estos germanos una primera educación cristiana, inconsciente e infantil, revestida con todo el orgullo del conquistador, y con el mismo desprecio hacia el dogma católico que hacia la raza vencida. En Leovigildo todo se juntaba: desdén al vencido, tenacidad por la primera fe recibida, orgullo de conquistador y hasta la ambición de imitar a los emperadores de Bizancio, aun en el definir sobre cuestiones dogmáticas.

Figuraos, pues, lo que sería en estos momentos el arrianismo, y cuán apartada de él andaría la opinión entre los visigodos, entre los vencedores.

Por eso desde los primeros años de Leovigildo había habido víctimas ilustres, como San Juan de Biclara, que por resistir al torrente arriano padeció destierro, fué relegado a Barcelona y por diez años soportó vejaciones y asechanzas sin número [2].

20. Pero la persecución más cruel y postrera estalló en la familia real. Ingunda, la hija de Sigiberto de Austrasia, al casarse con Hermenegildo había traído al palacio el catolicismo, y en vano se lo quiso arrancar con ma-

[1] Fernández Guerra e Hinojosa, *Hist. de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la Monarquía Visigoda*, I, 298-340.

[2] S. Isidor., *De Vir. Illustrib.*, c. XLIV; (P. L., LXXXIII, 1.105).



los tratamientos su abuela Gosuinda [1]. Esta fué la centella que determinó el incendio. En vano quiso Leovigildo apagarlo enviando a los dos esposos a Sevilla al gobierno de la provincia Bética. Hermenegildo abrazó el partido de los vencidos y recibió la instrucción y el bautismo de manos de San Leandro.

21. Armóse el brazo de Leovigildo de violencias y de seducciones. Una fórmula equívoca de abjuración, propuesta en un conciliábulo de Toledo arranca la verdadera fe a muchos ambiciosos, interesables, ciegos y apegados a los honores: *Plurimi nostrorum, cupiditate potius impulsi, in arianum dogma declinant* [2]; entre los que se cuentan ricos, hacendados, nobles y hasta sacerdotes como el Cesaraugustano Vicente, *de Episcopo apostatam factum, et tamquam a coelo in infernum projectum* [3]. En esta persecución, además de San Leandro descolló S. Masona, prelado emeritense, contra quien fueron impotentes las astucias, violencias, promesas y furores de Leovigildo.

22. No estuvo exento de esta cruel persecución el rey Hermenegildo, a quien quiso su padre privar del reino para reducirle y ablandar la constancia de su alma. Lejos de enmollecerse Hermenegildo, se irritó, y viendo la dura condición a que la prepotencia de su ciego padre sometía a todos sus súbditos católicos, conociendo que si era pública la ofensa y común a todos la injuria, bien podía quien quisiera y en la medida de sus fuerzas castigarla [4], aunque por ello lo perdiera todo; como en otro tiempo el Macabeo, recurrió a una guerra desigual preparado y

[1] S. Greg. Turon., *Hist. Francor.*, l. 5, c. XXXIX; (P. L., LXXI, 353-54).

[2] Joann. Biclar., *Chron.*, n. 580; (P. L., LXXII, 866).

[3] Isid., *Hist. de regib. Gothor.*, n. 50; (P. L., LXXXIII, 1.071).

[4] S. Juan Crisóstomo, *De Statuis*, I, n. 12; (P. G., XLIX, 32).

dispuesto a morir, mejor que a ver la ruina de la Iglesia católica [1].

La furia de su padre, la audacia de los arrianos, la desdicha continua de la guerra, la confusión siempre inherente a estos momentos turbulentos, llegaron a todas partes y acaso sólo San Leandro supo armar de valor el pecho de Hermenegildo, cuando todos le llamaban tirano y rebelde. Pero Hermenegildo continuó hasta el fin la primera guerra de religión de que nos hace memoria la historia de nuestra patria, y Dios se encargó de hacer ver que no movía el brazo de Hermenegildo la ambición de reinar, cuando ya vencido, preso, encadenado, amenazado de muerte, quiere más morir así, que la gracia de su padre y el reino comprado con una comunión sacrílega. Dios se encargó de declararlo mártir por sus milagros, y su Vicario, San Gregorio Magno, de escribir su mejor epitafio en aquellas palabras: *In Visigothorum etenim gente unus mortuus est, ut multi viverent; et dum unum granum fideliter cecidit ad obtinendam vitam animarum, seges multa surrexit*, que fué decir: En la nación de los visigodos muere uno para que vivan muchos; y el grano que fielmente cae, se convierte en gran cosecha de almas que surge para obtener la vida [2].

Así empezó en nuestra patria la lucha macabea mal entendida de muchos, mal juzgada de los más, pero bendecida por Dios con el fruto, pues murieron algunos para que viviéramos todos.

23. Aquí tenéis, amadísimos en Jesucristo, la sencilla narración de dos hechos distantes trescientos años, pero semejantes en muchos puntos: Dos perseguidores prepotentes tratan de anegar en sangre la semilla de la

---

[1] I Mach., II, 27.

[2] Dialog., III, 31; (P. L., LXXVII, 292-3).

fe plantada en nuestro pueblo, y dos martirios fecundan esa semilla para perpetuarla, multiplicarla, eternizarla. Los dos pueblos en que esa semilla se planta y se riega son nuestro pueblo; aquél es el romano, éste es el visigodo, y de la fusión de ambos, verificada por el catolicismo, salió el pueblo de Asturias, de Sobrarbe, de Castilla, de Aragón: nuestro pueblo que, unido con los restos del visigodo en los mozárabes, fué el pueblo de Granada, del Garellano, de Pavía, de Flandes, de Otumba, de Lepanto. Fué, y esto basta, el pueblo español.

En uno y otro caso, Sevilla ayuda la empresa general de constituir este pueblo grande para la lucha y por la lucha entre el poder humano y el Poder divino; y en Justa y Rufina, y en Hermenegildo, la idea, que es lo que simboliza el Poder divino, triunfa en la constancia, triunfa en el valor, triunfa en la fecundidad conseguida por la muerte y por la debilidad humana, aplastada un instante por el poder de los hombres.

Lecciones inefables que podríamos repetir una vez más si no las hubiéramos ya suficientemente inculcado en otros discursos, y si no se apresurara a deducir otras, utilísimas también y más peculiarmente suyas.

II

24. Porque, ante todo, sorprende la atención en el primer caso ver dos mujeres pobres, ignorantes y desconocidas, arrostrar la indignación del pueblo, y de aquel pueblo excitado por el placer y la superstición. Batalla brava y a los ojos del mundo absurda, que ha sido la que siempre ha reñido la Iglesia de Jesucristo, la que particularmente riñó contra el gentilismo.

Nadie puede penetrar lo que era entonces la opinión pública y lo arraigada que estaba. ¿Qué era lo que enseñaban en las aulas los filósofos, no sólo aquellos claramente sensuales, como los epicúreos, sino los claramente escépticos, como los académicos y peripatéticos? «Los filósofos, dice un célebre escritor, se aplicaban a sofocar en los corazones de los príncipes y magnates cuantos remordimientos podían turbarlos, y después se hacían sus cortesanos y sátrapas, para ejecutar o prevenir sus deseos y sus mandatos, fuesen o no justos... Ni podía tener ya atractivo para un pueblo pervertido Platón, que eleva los espíritus y los convida a los goces de la contemplación; sino que se avenía mejor con Aristóteles, que fijando la atención en los cuerpos y en la morada del hombre, no turba sus regocijos con severos dogmas... El pueblo, mientras tanto, desalentado por la tiranía y los infortunios, no pensaba sino en olvidarlo todo en las orgías del circo» [1].

25. Dios único, alma, virtud, mortificación, vida futura, deberes de humanidad... eran palabras, o vacías de sentido, o desconocidas u odiadas. Lo único que habia quedado para entretenimiento eran los nombres y los simulacros de los dioses, que eran celebrados y cantados por los poetas. Pues a esta opinión desviada se oponen esas dos hijas del pueblo, y alegres sufren ser arrolladas por ella y confían en que, andando el tiempo, ese pueblo mismo, venga a darles la razón.

26. No de otro modo obraron aquel San Telémaco, que se lanzó en medio del circo reprendiendo a los espectadores porque se entretenían en ver morir a los hombres [2]; aquel San Sebastián, que salió al encuentro de

---

[1] Cesar Cantú, *Historia univ.*, IV, c. 18.
[2] Véase en Teodoreto, *Hist. Eclesiást.*, l. V, c. 26.; (P. G.,

Diocleciano para reprenderlo; aquellos Santos Justo y Pastor que, arrojando las cartillas, fueron corriendo a la presencia de Daciano afeándole sus crueldades. Todos se opusieron a la opinión popular, y todos, arrollados por ella, la vencieron.

Justa y Rufina, al morir, preveían ya la muerte de la idolatría en Sevilla; San Telémaco sabía que aquel había de ser el término de tales espectáculos; y los demás, al morir, pudieron ver ya la aurora de su triunfo.

Ese es el camino que ha seguido siempre la Iglesia imitando a su divino Capitán.

27. Recordad hechos notabilísimos del Evangelio.

Hubo un instante en la vida del Señor en que pareció que todo le convidaba a apoyarse en la opinión popular. Me refiero al día en que, saciada una multitud de cinco mil hombres con cinco panes, corría a él para levantarle por rey. Pues ¿qué hizo entonces? Huyó y no quiso aprovechar su cariño y su entusiasmo. En cambio, cuando al día siguiente le vuelven a encontrar, tales doctrinas les explica, que la frialdad se apodera de ellos, luego empieza la duda y viene al fin la deserción.

Es que Jesucristo no quiere fundar su triunfo en la opinión, en la muchedumbre, en la popularidad, sino en la fuerza de la verdad.

Y con mucha razón.

28. Paremos la atención un instante en lo que es la opinión pública y cómo se forma y cuál es su consistencia.

Porque cosa es sabida que la mayor parte de los hombres son en cada facultad y conocimiento los ignorantes. Los más son, en efecto, los que ignoran la medicina; los

---

LXXXII, 1255. Véase también Grisar, S. J., *Storia di Roma e dei Papi, nel Medio Evo,* Roma, 1899; I, 56-7.



más, los que desconocen las matemáticas; los más, los que no saben geografía; los más, los que están ayunos en filosofía; los más, los que apenas penetran su propia lengua. Pero, ¿qué digo?; buscad perfectos electricistas y serán los menos, mecánicos hábiles, ebanistas primorosos, oficiales, en una palabra, conocedores y diestros en lo suyo, y siempre serán los menos.

29. Lo cual no es por nada reprensible, sino por una necesidad de nuestra naturaleza limitada. Porque ocupados unos en procurarse el sustento, atentos otros a cuidar de sus negocios, empleados éstos en afanes y solicitudes de la familia, enfermos aquéllos, ¿cómo podrán consagrar el tiempo, la atención, el cuidado que los estudios, las ciencias y las artes exigen? Los mismos que se dedican a una facultad, ¿no tienen que dejar de aprender muchas para salir supremos en una? ¿Quién querrá que Aristóteles sea Galeno, ni que Demóstenes sea Platón, ni que Sófocles sea Euclides, o que César y Pompeyo sean Sénecas y Quintilianos? Santo Tomás de Aquino abarcó todo el saber escolar de su tiempo; pero ni fué geógrafo, ni químico, ni artista de ningún género. San Fernando fué hombre de gobierno y de guerra, Jaime el Conquistador no se desnudó la coraza, y ambos oían como discípulos a Raimundo de Peñafort y a los teólogos de su tiempo. Los más, pues, son en cada facultad los ignorantes. Pues ¿quién hará caso del juicio de los más?

30. Pero todavía es más absurdo el culto que hoy día se presta a la opinión, si se considera al hombre en la vida moral. En toda sociedad, regularmente hablando, ¿quién son los más? Ordinariamente los malos. La virtud, por la lucha que supone y que le da nombre, es de pocos y de pocas ocasiones. Acaso, acaso los crímenes inhumanos, como el de Caín, sean de pocos monstruos del linaje humano; pero la virtud heroica y generosa es de los me-

nos. Por eso las leyes son de continua y necesaria apli cación, porque los virtuosos no abundan.

31. Mas para comprender esto hemos de desvanecer un prejuicio y adulación que el liberalismo ha creado para poder establecer su libertad política en un hombre completamente utópico. Llama varones probos y justos a los que ostentan el exterior de cierta austeridad virtuosa, al que aparece blanqueado en su exterior y por defuera, aunque por dentro sea una cloaca de vicios, un sepulcro blanqueado. Y no es así. La virtud está en la perfección, y la maldad consiste en cualquier defecto. Y de este modo, ¿dónde están los virtuosos?; quien no se rinde a la impiedad, será esclavo del orgullo; quien procura huir de la ira, será siervo del desarreglo; quien trabaja, tendrá peligros de codicia, y el que huye de esto, será reo de ociosidad; y el que evita pecados escandalosos, se sumirá en los ocultos. ¿Quién sondeará los senos del corazón humano, de donde sale la envidia, la ira, los rencores, los odios, los malos deseos, los adulterios, las riñas, las emulaciones, el diluvio de todos los pecados? ¿Quién no dirá con verdad todos los días y todo el día: Perdónanos, Señor, nuestras deudas?, «que por eso, para que no nos creamos inocentes y nos alabemos de justos, para que por la soberbia no perezcamos y nos arruinemos, nos enseña Jesucristo y nos instruye que pecamos diariamente, ya que diariamente nos manda pedir perdón de ello» [1].

32. Pues ahora considerad, para formaros cabal idea de lo que es la opinión pública y de lo falso de su culto, cuánto más propensos son a gritar, dejarse oir e imponerse los orgullosos que los modestos, los ignorantes que los sabios, los atrevidos que los recatados, los licenciosos que los morigerados, los que no tienen nada que perder

[1] S. Cypr., *De orat. Domin.*, c. XXII; (P. L., IV, 534).



que los que no andan así. Y decidme ya, si no es lo ordinario y lo prudente que la opinión de los más sea la más infundada, el deseo de los más el más desacertado, el clamor de los más el más desatendible en las circunstancias ordinarias de la vida.

33. Sólo es respetable la mayoría cuando está formada de doctos y virtuosos, y eso en cosas particulares y en casos muy previstos y considerados. Pero la opinión de la multitud... eso es lo mismo que gobernar un hospital por el capricho y la mayoría de los enfermos, regentar una clase por las doctrinas y quereres de los discípulos, discernir la luz y la hermosura por el juicio que den los más de los ciegos y aplicar la justicia por el sufragio universal de los presidiables.

Tengamos discreción siquiera; no nos dejemos llevar del espíritu de la época, que es utópico, falso, ilusorio. La multitud será siempre lo que fué con Nuestro Señor Jesucristo; hoy le querrá levantar a rey, mañana le dejará solo; hoy excitará la envidia del Sanedrín yéndose detrás de Él, mañana en la plaza de Jerusalén gritará: *Crucifige*, *crucifige*, y en el Monte Calvario le dejará solo y solamente consolado por cuatro mujeres.

34. ¿Y no ha sido esta siempre la opinión pública? ¿No fué ella la que endiosó a Pompeyo y la que se fué con César después de Farsalia? ¿No fué ella la que lanzó al pueblo con teas sobre los matadores de César, y la que después hizo la apoteosis de Bruto? ¿No fué la que en los circos decretaba a Nerón los honores de Orfeo, y la que le dejó en manos de los pretorianos? ¡Opinión pública! Ella hizo y deshizo emperadores en Oriente, llevándolos desde el cuartel al palacio, y desde el palacio al arroyo, a la carnicería, al ludibrio asqueroso de la plebe, como hizo con Mauricio, Focas, Constante II, Justiniano II, Andrónico y muchísimos otros. Ella, en nuestros días

casi, fué democrática en la guillotina, imperialista bajo la espada de Napoleón y olvidó á éste y le dejó morir en Santa Elena, cuando le vió desgraciado en Waterlóo.

35. Al ver uno de estos cambios de la opinión pública en aquel Eutropio, patricio de Constantinopla, cónsul, camarero mayor de Arcadio é ídolo un tiempo del pueblo, que caído de su privanza, buscaba en lo sagrado del altar un seguro para su vida contra la opinión popular enfurecida contra él; ponderada la mutabilidad de esa opinión San Juan Crisóstomo, en celebérrimo discurso, con arrebatada elocuencia.

«Todo pereció, exclamaba: una fuerte tempestad llevó las hojas, dejando el árbol despojado y casi arrancada la raíz y tambaleándose. Tanta fué la violencia del viento, que habiéndole embestido y estremecido todos los nervios, amenaza el arrancarle totalmente.»

«¿Dónde están ahora aquellos amigos enmascarados, dónde las borracheras y cenas, dónde el enjambre de parásitos, y el vino que se brindaba todo el día, y las exquisiteces de los cocineros, y aquellos aúgures del poder y del mando acostumbrados a prevenir en sus palabras y obras el gusto del poderoso? Todo fué un sueño nocturno que desapareció con el día; flores que, pasando la primavera, se marchitaron; sombra, y como sombra se pasaron; humo eran, y así se deshicieron; campanillas que se hacen en el agua y se rompieron; telas de araña, y así se rasgaron. Por lo cual repetiremos sin cesar: *Vanidad de vadidades y todo vanidad.* Este dicho había de estar escrito en las paredes, en los vestidos, en las plazas, en los edificios, en las calles, en las ventanas, en las puertas y, principalmente, en la conciencia de cada uno» [1].

[1] In Eutropium, c. I; (P. G., LII, 391).



36. Esto deseaba aquel gran Doctor, y esto deseamos nosotros de la vanidad vanísima de la opinión popular.

La cual se convencerá más y más de vana y engañosa con sólo considerar cómo se forma y cómo ella misma se contradice. Se forma con la afirmación de un demagogo, en un momento de inconsciencia, por una pasión agitada, por el impulso violento, por el cohecho, por el crimen.

Ella misma se contradice y quema los ídolos que adoró. Quemó los altares de los dioses, proscribió la esclavitud, odió la forma republicana. Mas para qué hablar de lo antiquísimo? Ella habla contra la guerra y proclama la milicia obligatoria; dice que la propiedad es un robo y guarda la suya; ella niega la ley y quiere imponerla a todos... ¿Qué más? Ella eleva a los altares y se postra y adora a los que la despreciaron, a los que viviendo la conculcaron. Así hace con los mártires, así con los Apóstoles, así con un San Francisco, con un San Alejo, con un San Benito Labre, así con todos los santos... *Mentita est iniquitas sibi.* Idolo maldito de nuestro siglo, ¡eres menos que los simulacros del paganismo! ¡aquéllos eran oro, plata o piedra: tú eres viento, mentira, nada!

37. ¿Qué hacer, pues, con ese ídolo? Lo que Justa y Rufina: desafiarlo.

Desafiarlo como lo desafió San Pablo, predicando la doctrina del Crucificado, escándalo para la opinión popular de los judíos, locura y necedad para la opinión popular de los romanos. Como lo desafió el mismo, que decía: *Mihi autem pro minimo est ut a vobis judicer aut ab humano die* [1], porque estimaba en poco la opinión popular cuando se atravesaban los intereses de su cargo y minis-

[1] I Cor., IV, 3.



terio. Como lo desafió San Atanasio contra los Arrianos y San Crisóstomo contra los aduladores y caprichos de Eudoxia y San Flaviano en el *Latrocinio de Efeso*. Como la desafiaron San Pablo, San Antonio y todos los solitarios, proclamando mortificación, soledad y penitencia en un mundo esclavo del placer, del bullicio, del circo y los espectáculos.

Desafiemos este mundo como lo ha desafiado siempre el Poder de Dios en la Iglesia, predicando mansedumbre a las bárbaros, paz a los señores feudales, humildad a los poderosos, castidad conyugal a los reyes adúlteros, santidad a los nicolaítas, renuncia de sus dignidades a los simoníacos, unidad de jerarquía a los cismáticos. Desafiemos esa opinión popular predicando con San Francisco pobreza a un siglo relajado por las riquezas; predicando cautividad del entendimiento a la fe con Santo Domingo a un siglo adorador de Averroes y Aristóteles; prediquemos confianza y victoria con Juana de Arco a la opinión popular, desalentada y acorralada en Orleans; prediquemos la dulzura del Señor con San Francisco de Sales a la opinión popular, agriada y atemorizada con el jansenismo; prediquemos la dependencia de la Sede Apostólica con Fenelón y San Vicente de Paúl a la opinion pública, que hasta por la voz de Bossuet regaliza y galicaniza; prediquemos, por fin, la integridad de la doctrina católica con Pío IX y Pío X contra una opinión popular extraviada buscando acomodos entre la verdad y la mentira, entre la revolución y el catolicismo, entre Roma y la civilización moderna.

Desafiemos valiente y bravamente esa opinión pública, cuando nos digan que ya toda Europa cree eso, que todo el mundo quiere eso; y tengamos entendido que el número no da razón; que la verdad es verdad, muda y crucificada en el Calvario, y que la mentira es mentira

coreada por pueblos y pueblos, en los escándalos del Pretorio, en la orgía sacrílega del Calvario, en las sanguinolentas muchedumbres del circo. La verdad dicha por uno, es verdad; el error repetido por millaradas de lenguas es siempre error. Y acordaos de que la victoria final es para la verdad: *Veritas liberabit vos* [1].

38. Pero se suele decir en son de réplica que la muchedumbre vale mucho, y que no debemos privarnos de ella y de su concurso temerariamente.

Lo cual es verdad palmaria, y no habría nada que contestar, si la aplicación que de esta verdad han hecho modernistas y modernizantes no hiciera precisa la advertencia.

Porque escudados con esa máxima, han pretendido los modernistas primero, los sillonistas luego, y sus imitadores en España siempre, callar o truncar los dogmas y las verdades que producen horror en la opinión extraviada. Para lo cual unas veces buscaban una palabra, otras otra, y ya decían que su reunión o asociación o intento era *aconfesional*, ya que *prescindía de política,* aun cuando ésta hostilizara a la Iglesia, ya que deseaban *disminuir el blanco* de sus tiros a los adversarios, o que proponían una unión de fuerzas *teístas contra los ateos,* de *cristianos contra los no cristianos,* de *personas de orden contra los demagogos*, o que deseaban unir a los que *oían misa*, o presentar *un programa mínimo*, o mil otras frases y fórmulas que dividían a los católicos y que encubrían lo que ya reprendió Su Santidad, *plegar la bandera e introducir a Jesucristo de contrabando.*

39. Pues en lo que atañe a la moral, es mayor, si cabe, el abuso hecho por esos imprudentes católicos. Por-

[1] Joann., VIII, 32.



que olvidados de lo que el Señor reprende en las Escrituras: «Ay de vosotros que, debiendo ser luz de otros, llamáis bueno a lo malo y malo a lo bueno; ponéis las tinieblas como luz y la luz como tinieblas, proponéis lo amargo como dulce y lo dulce como amargo [1], y olvidados también de que maldice Dios a los que cosen y acomodan cogines bajo el codo de los que duermen al borde del pozo y hacen y ponen almohadas bajo la cabeza de toda edad para cazar las almas y mienten para contentar al pueblo [2]; que, como escribe San Gregorio Magno: *Quiquis male agentibus adulatur, pulvillum sub capite vel sub cubito iacentis ponit, ut qui corripi ex culpa debuerat, in eo fultus laudibus molliter quiescat* [3]; es decir, que poner esas almohadas a los que duermen junto al peligro es alabar a los que así obran, para que, apoyándose en tales alabanzas, sigan tranquilos su sueño. Olvidados, por fin, que es acción de Satanás el hacer que aquel que temía el peligro no lo tema, «y del pecado mortal haga venial, y del venial nada» [4].

40. Lo cual hacen temiendo la deserción, el quedarse sola la Iglesia, el abandono de muchas obras de piedad. Para evitarlo disimulan o disminuyen los peligros en la vida mundana, toleran el peligro de los espectáculos, bailes y vestidos; llaman peligro remoto al que es próximo; obra buena a lo que es peligro remoto; tienen por causa suficiente para ponerse en los tales peligros la condescendencia, las leyes de sociedad; aseguran las conciencias con ejemplos reprobables; consideran el espectáculo aisladamente y desnudo del medio real en que se

[1] Is., V, 20.
[2] Ezech., XIII, 18-19.
[3] XVIII Moral., IV; (P. L., LXXVI, 42).
[4] San Ignacio de Loyola en el Libro de los Ejercicios. Notas para sentir escrúpulos, n. 5.

mueve, o no toman en cuenta en las personas que asisten sino sus deberes para consigo, y no los que la caridad, la piedad y la edificación imponen.

Consecuencia de todo es que la piedad sólida languidece y muere, que la severidad de las costumbres cristianas se relaja, que los escándalos son cada día más frecuentes; y por un cierto castigo del Señor los que no querían ver los templos desiertos de gente frívola predicando la santidad de las costumbres y el odio al mundo, se los encuentran solos cuando hay colisión entre Dios y el mundo, entre la función religiosa y la teatral, entre los dos señores a quien siempre será imposible servir [1].

41. Volvamos ya los ojos a San Hermenegildo.

Su padre Leovigildo, llevado de prudencia humana, le alejó de Toledo, dándole la provincia hispalense, católica en su mayoría, donde a la sazón lo llenaba todo el esplendor y celo de San Leandro. San Hermenegildo, pues, se vió al principio de su conversión en los brazos de una muchedumbre católica, pequeña, si con todo el reino visigodo se comparaba, pero grande, si atendemos a las desmembraciones que la astucia y la violencia le iban a hacer sufrir. Y en esta carrera, desde los esplendores del trono de Hispalis hasta las soledades de la cárcel habemos de seguirlo.

42. Taimada se presentó y escéptica la persecución, e imitando a la ramera del juicio de Salomón, ya que ella ni era madre de la verdad, ni la poseía, quiso verla dividida y mutilada [2].

Manda, pues, Leovigildo reunir en Toledo un sínodo de unión y suma entre católicos y arrianos y, dando por

[1] Matth., VI, 24.
[2] III Reg., III, 26.



presupuesto necesario que unos y otros eran apasionados y venales, busca en una fórmula amañada la apostasía de aquéllos y la fraudulenta victoria de éstos. «Los que vengan, establecieron, desde la religión romana a la secta de Arrio (*nostram Catholicam Fidem* se le llama para más engañar a los inexpertos) no deben ser rebautizados; pero sí purificados por la imposición de manos y comunión, invocando al Padre por el Hijo con el Espíritu Santo.» Con cuya seducción, concluye el Biclarense, muchos *(plurimi)* apostataron [1].

43. Notad lo de siempre: la herejía, el error no repara sino en el número, lo que desea es muchedumbre, engañada o no, unánime o heterogénea, muerta o viva: muchedumbre y sólo muchedumbre.

Ciega con este deseo, y no satisfecha con el éxito de la intriga y de la doblez, emplea la violencia, y singularmente los Prelados, los poderosos, los ricos, son blanco y terrero de la persecución. «Repleto y ciego de furor, extremó la persecución entre los católicos. A los más de los Obispos relegó al destiero: los réditos y privilegios de las Iglesias los quitó, a muchos impulsó y constriñó al arrianismo con miedo y amenazas, y a muchos más sin persecución los enredó y engañó con oro y otros dones. Osó además hasta rebautizar a los católicos, y no sólo a los plebeyos, sino a los del orden y jerarquía sacerdotal, como a Vicente, Arzobispo de Zaragoza, de Obispo hecho apóstata y caído como desde el Paraíso al infierno. Aun a algunos de los suyos fué pernicioso, porque a todos los que veía más nobles y poderosos, o los descabezó, o les confiscó los bienes, o los proscribió y proscritos los envió desterrados» [2].

---

[1] *Chronic.,* a. 580; (P. L., LXXII, 866).

[2] Denique arianae perfidiae furore repletus, in catholicos perse-

44. La persecución tan violenta seguida de horrores y apostasías aconsejaba «con los hombres de mayor ciencia y experiencia» de que se asesoró Hermenegildo [1], lo que ya en Mérida, Cáceres y toda Extremadura se había hecho: apelar a la defensa de las armas [2]. Pero esta lucha macabea quizá había de ser desaprobada aun por Santos [3], y ciertamente había de ser seguida por pocos, había de estar llena de peligros, decepciones y acaso había de acarrear la desgracia final.

Solo Dios era capaz de sacar a Hermenegildo vencedor, si quería, y si quería en su amorosa providencia levantaría de él su mano, le dejaría entre sus enemigos, y éstos temporalmente prevalecerían sobre él.

Así sucedió, y lo que previsto no arredró a Hermenegildo, como ni a Judas Macabeo, cuando llegó le encontró sereno y firme.

En vano el pérfido arriano le ofrece la reconciliación y transacción propuesta en el sínodo de Toledo; en vano le propone como ejemplo los muchos que han caído, lo solo que él se halla. Hermenegildo no está solo, porque se halla con la verdad y con la justicia. El no buscó la gue-

---

cutione commota, plurimos episcoporum exilio relegavit. Ecclesiarum reditus et privilegia abstulit, multos quoque terroribus in arianam pestilentiam impulit, plerosque sine persecutione illectos auro rebusque decepit. Ausus quoque inter caetera haeresis suae contagia, etiam rebaptizare catholicos; et non solum ex plebe, sed etiam ex Sacerdotalis Ordinis dignitate, sicut Vincentium Caesaraugustanum, de Episcopo apostatam factum, et tamquam a coelo in infernum proiectum. Extitit autem et quibusdam suorum perniciosus, nam quoscumque nobilissimos et potentissimos vidit, aut capite truncavit, aut opibus ablatis, proscripsit et proscriptos in exilium misit. S. Isidor., *Hist. de reg. Gothor.*, a. 568; (P. L., LXXXIII, 1.071).

[1] Fernández Guerra, *Historia de España*, t. I, p. 371.

[2] Acerca de este derecho, cf. P. Suárez, *De Charitate*, Disp. XIII, sect. V, n. 7; sect. VIII, n. 2.

[3] S. Greg. Turon., *Hist. Francor.*, V, 39; (P. L., LXXI, 354).

rra, sino que la recibió, él no fué a ella sino para defender injurias de sus vasallos peores que la muerte; él no se lanzó contra su padre, sino que defendió a los suyos del agresor; él había podido decir a Leovigildo con muchísima más razón, lo que San Fernando siglos después diría a Alfonso IX: Entre mi padre y mis hijos tengo que defender a éstos. Alfonso IX, como católico, escuchó la razón. Leovigildo, como arriano, sólo la oyó cuando era tarde. San Fernando no se tuvo que ver en el duro trance de Hermenegildo. Pero Hermenegildo tuvo como rey que cumplir sus deberes, y por eso San Gregorio Magno todo lo hace girar alrededor de la provocación y persecución promanada de Leovigildo.

45. Supo, pues, San Hermenegildo sacrificar la muchedumbre a la pureza de la fe, a lo inmaculado de la moral católica.

Y ese es el caso en que frecuentemente se ven hoy los católicos, los que al repeler por los medios lícitos que tienen, las injurias que en su religión les hacen, se hallan con consecuencias amargas. No son ellos los responsables, sino los que provocaron la lucha.

46. Nadie duda, pues, que la muchedumbre de católicos que llenos de fe y de fervor inundan la tierra de hechos edificantes, es un bien, y un bien al que se eslabonan otros muchos de orden moral. Pero es un bien cuando esa muchedumbre es *cor unum* y *anima una,* como aquella multitud de creyentes de los Actos apostólicos [1]; porque cuando ya la cizaña ha empezado a germinar, y los falsos hermanos viven entre ellos sin ser de ellos [2], y por eso se produce la perturbación que ocasionan las predicaciones inductivas a error [3]; entonces, aunque con do-

[1] IV, 32.
[2] I Joann., II, 19.
[3] Gal., I, 7.

lor, hay que decir y predicar que se rompa toda unión, que se disminuya la multitud, que sean arrojados y cortados del cuerpo los que son origen y causa de perturbación, aunque sean muchos [1]; aunque se revistan de ángel de Dios [2]; aunque sean manos o pies, o vista y ojos de la Iglesia de Dios.

47. Por eso la Iglesia católica nunca ha querido retener ni al Oriente con las doctrinas de Focio, ni al Septentrión con los errores luteranos o anglicanos, ni a Francia con los errores laicistas, ni querría el mundo entero con la menor diminución de la doctrina, ni ha querido a modernistas y sillonistas con doctrinas envenenadas de la revolución y del liberalismo. Y eso es lo que Pío X recomendaba a los encargados en Italia de obras populares, al inculcarles que no ocultaran ni su carácter de católicos ni una siquiera de las verdades católicas; porque si de este modo huyen de nosotros y nos dejan solos, en dolor y paciencia lo sufriremos; y si, en cambio, haciendo nosotros eso vienen muchos, alabaremos al Señor que acelera la hora de su redención; y siempre tendremos qué imitar en Nuestro Señor, y en los suyos. Cuando nos dejen solos, nos acordaremos de cuando, por predicar la Eucaristía, le dejaron todos, de tal modo que preguntó con dolor a los Doce: Y vosotros, ¿también os queréis ir? [3]. Mas cuando predicando nosotros y reprendiendo y confesando la verdad, lleguen a nuestros pies preguntando qué han de hacer, acordémonos de que San Pedro recogió en Pentecostés el fruto copioso madurado y regado con sangre en el día de Pascua [4].

48. Por eso hoy más que nunca nuestra confesión ha de ser explícita y circunstanciada de todas las verdades

---

[1] Gal., V, 12.
[2] Ibid., I, 8.
[3] Joann., VI, 68.
[4] Act., II, 41.

que se oponen a los errores del siglo: y el *Syllabus* de Pío IX, la encíclica *Quanta cura,* del mismo, y las de León XIII *Libertas* y *Sapientiae christianae,* han de formar la instrucción sólida, el fundamento de todos los católicos de nuestros días.

Pero a ellas se ha de añadir la reprobación de todos esos errores de contemporización entre el espíritu del siglo y el espíritu de Jesucristo, de licencia y desprecio de la verdad, y que Su Santidad Pío X ha condenado en todas sus Encíclicas, singularmente en las conocidas con las palabras *Pascendi*, *Communium rerum* y en la Carta de 25 de Agosto de 1910, escrita a los católicos de Francia contra los errores sillonistas.

49. Ni ha de ser sólo el dogma en su pureza la preocupación del católico de nuestros días, sino que no menor esfuerzo debe poner en la pureza de las costumbres.

El mundo todo está empeñado en dura guerra contra la conciencia católica, y cuando no puede hacerla apostatar, quiere mancharla con prevaricaciones. Ya es haciéndole creer que hay una esfera neutra de acción en que la moral y los mandamientos callan, y en que sólo han de hablar las conveniencias sociales, las prescripciones de partido, las exigencias de los amigos o las seducciones de la edad. Ya es exagerando la dificultad, fomentando la sensualidad, relajando el carácter, falseando la idea de necesidad y convirtiendo en ley el capricho, la voluptuosidad, el lujo. Ya es, finalmente, descoyuntando y desarticulando la realidad, y sacando de sus circunstancias y del medio ambiente en que están las lecturas, las diversiones, los espectáculos, los recreos, y considerando en abstracto lo que se verifica muy en concreto, y queriendo decretar para lo concreto y tan concreto, lo que sólo se aplica a lo muy abstracto; o queriendo aplicar a Pentá-

polis lo que se podría decir impunemente de un Paraíso... sin serpiente.

50. Y para que nuestra práctica sea débil y nuestro consejo pernicioso, y nuestra acción entorpecida, quiere asustar con el temor de quedarnos solos, de dejar desiertos los templos. Llorémoslo, si así sucediera, pero no nos apartemos del deber.

Digamos que la moral católica ha de informar todas las prescripciones del derecho natural, al cual no deroga, sino perfecciona; y comprendamos, como comprendió Hermenegildo y comprendieron sus consejeros hispalenses, que el hombre católico, el hombre público católico, el príncipe católico, tienen que cumplir como católicos las obligaciones que el derecho natural impone, y que una de ellas es la defensa de las injurias hechas a los débiles y desvalidos; injurias que son graves en el orden natural y gravísimas y mayores que la muerte cuando incluyen escándalo de las almas, opresión en la fe, insultos irrogados a las creencias y á las costumbres.

Digamos, confesemos y practiquemos que no hay dos conciencias, ni dos honradeces, ni dos morales; y que la persona que es honesta y honrada y santa individualmente, está muerta a los ojos de Dios si no cumple sus deberes propios sociales y públicos, y peca por malicia o por descuido como padre, o como maestro, o como juez, o como soldado, o como sacerdote, o como magistrado, o como señor, o como criado, o como súbdito, o como legislador y superior. Porque de semejantes personas se dijo en la Escritura: *Habes nomen quod vivas et mortuus es* [1]: te dicen que estás vivo, pero estás muerto.

51. Digamos, practiquemcs y confesemos que la vida cristiana es vida de abnegación y de cruz, de sepa-

---

[1] Apoc., II, 1.



ración y apartamiento del mundo, de renuncia a sus pompas y vanidades, y que la tibieza es la que aumenta la dificultad, achica las fuerzas, enmollece el carácter, y que a todos nos pasa como a San Agustín cuando titubeaba arredrado en el servicio de Dios; que vemos los casos de los Santos, de los penitentes, de los mártires, de los abnegados, de los que han llorado y vemos que nos dicen: ¿No has de poder lo que nosotros hemos podido? ¿No has de poder algo de lo que pudo Hilarión, de quince años, Pablo, de diez y siete, Antonio, de diez y nueve? ¿No has de poder lo que pudo Inés, y Engracia, y Eulalia, vírgenes delicadas? ¿No has de poder lo que hizo Luis Gonzaga, y Estanislao de Kostka, y Rosa de Lima, niños en la edad, llenos de días en la santidad? ¿No has de poder en celo y trabajo lo que hizo Francisco Javier, Francisco Solano, el B. Fr. Diego de Cádiz?

Cuánto mejor emplearíamos la atención y la meditación en repetir con San Pablo: Todo lo puedo con la gracia de Dios [1], que no en decir con el perezoso: *Un león está afuera; una leona me aguarda para devorarme* [2].

52. Por fin, debemos considerar los peligros del alma como peligros, y abarcar todas sus circunstancias. Clara y manifiesta propuso esta doctrina el santo predicador Fr. Diego de Cádiz, tratando profundamente de los espectáculos, sin temer retraer a los cristianos con la noble aspereza de la verdad. Quiero dejar copiado lo substancial de sus enseñanzas.

Dice así:

«Para proceder desde luego con la claridad posible y excusar cláusulas y repeticiones menos precisas, supongo que la pregunta de V. E. no es sobre los bailes en sí

---

[1] Phil., IV, 13.

[2] Proverb., XXVI, 13.

considerados o abstraídos de todas sus circunstancias, sino de los que se usan según el todo de cuanto en ellos acontece. V. E. por sí sola y sin ajena resolución, podrá juzgar y decidir lo que son, haciéndose cargo y reflexionando bien estos cuatro puntos:

»1.º ¿Quiénes son los que concurren al baile?

»2.º ¿Cómo y en qué disposición concurren?

»3.º ¿Con qué animo o para qué fin concurren?

»4.º ¿Quién los autoriza?»

Después de examinar en concreto las tales preguntas y responder con gran realidad a todas, concluye el santo misionero:

«Ya me persuado estará V. E. inteligenciada de la ilicitud de los bailes, y si aún me pregunta qué clase de pecado es, responderé fácilmente que mortal, y con la malicia de no sólo un pecado, sino de muchos. No hay católico que ignore es culpa grave todo aquello que es ocasión o motivo de que se cometa o pueda cometer culpa grave; es así que estos bailes que V. E. consulta, son inmediatamente ocasión y motivo de pecado mortal; luego que son pecado mortal no deja duda, y que es con malicia de muchos es innegable, estando a la regla de la católica Teología, en que se nos enseña que cuando son muchos a quienes damos escándalo o motivo para pecar, somos reos de tantas culpas cuantas son las personas a quienes escandalizamos.»

53. Tal es la resolución y enseñanza de este santo y la misma es, como no podía ser menos, la doctrina del V. P. Calatayud, de nuestra Compañía, quien hablando de los bailes, enseñanza que tiene lugar en todo espectáculo, también decía: «El baile en sí considerado, sin las circunstancias que ordinariamente le acompañan, no es pecado, dicen los teólogos, porque el moderado movimiento e inflexión del cuerpo y de los pies más o menos

conforme con el arte, no es de suyo ilícito, ni es ajena de la razón la diversión del ánimo que con ellos se pretende, cuando no desdice de la modestia y de la cristiana sobriedad. Pero si se consideran los bailes, no especulativa, sino prácticamente, como suceden y según las circunstancias y adherentes con que se hacen, y con todas sus consecuencias, los Santos Padres y Doctores de la Iglesia los tienen por perniciosos, pecaminosos y escandalosos...» [1].

54. Pues de las representaciones y teatros escribe:

«Mi fin no es enredar, sino aclarar conciencias, y que en este punto de comedias no peligren. Al pedir informe, no habían de preguntar a bulto y en general: Padre, ¿será pecado mortal ir a la comedia?» El modo como habíais de consultar sería mejor de esta suerte: los Santos Padres y Doctores de la Iglesia ¿fueron asistidos con luz del cielo para escribir y predicar contra los vicios? ¿tuvieron a las comedias por ilícitas y torpes? Os responderán que sí.»

«En la profesión que hice en el bautismo ¿es verdad que renuncié al demonio, al mundo, a la carne y a todas sus obras? Te responderán todos que sí. En fuerza de esta solemne profesión y renuncia ¿estoy obligado a aspirar a una vida perfecta y santa en el estado y oficio en que Dios me ha puesto? Todos te dirán que sí. Me debo reputar por muerto y sepultado para el mundo, sus máximas y sus pompas y vivir solo para Cristo? Todos los teólogos y sabios te dirán que sí: *Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem»* [2].

«Y a vista de esto ¿será ajeno del espíritu de Cristo, que me es preciso tener para ser buen cristiano y salvar-

---

[1] Doctrin., P. II, tr. 18, Doctr. 1; tom. V, p. 202.

[2] Rom., VI, 4.



me, y disonante a mi carácter y profesión de cristiano, asistir a comedias que ceden en perjuicio de las buenas costumbres y son las ruinas de varias almas? De verdad os digo, que si así consultáis, será rarísimo el hombre sabio y temeroso de Dios que no os responda que desdicen del espíritu de Cristo y son ajenas de vuestra profesión las comedias, y perjudiciales a la honestidad de las costumbres; aun cuando varios digan que el ir a oirlas es cosa indiferente *in se* o *secumdum se;* y yo me inclino a que vosotros mismos, que disfrutáis los deleites de los teatros, si vuestro juicio no está apasionado y deseáis el acierto, no necesitáis de teólogos ni de consultar para persuadiros que son ajenas de vuestra profesión cristiana y perniciosas al público» [1].

55. De esta manera han hablado y hecho los Santos y de esta manera cada uno en su siglo se ha presentado como contradicción de la opinión popular, de lo que hoy día se llama— ¡qué fecundos somos en denominaciones!— *el espíritu de la época.* Epoca de paganismo la de las Santas Justa y Rufina, y ellas, las débiles, las pobres, las humildes alfareras se opusieron bravamente al espíritu de su época. Y aquella época a los diez años había pasado y los nuevos hombres de otra nueva época vinieron a besar sus reliquias, a celebrar sus glorias, a imitar su fe, a tomarlas por Patronas. Y la ciudad, capital y emporio de la Bética, la orgullosa y poderosa Hispalis, tomó por luz y protectoras dos santísimas y nobilísimas alfareras. La sangre de ellas produjo otra generación, y en las postrimerías de esa raza se elevó San Hermenegildo.

56. El espíritu de su época era arriano, era de adulación al tirano, era de afán por lo temporal; y Herme-

[1] L. c. doctr. 4, tom. V, p. 259-60.



negildo se opuso decidido al espíritu de su época y no admitió las hipocresías arrianas de Toledo, y sufrió y calló hasta que las injurias de la patria y de la Iglesia le hicieron comprender que mejor es morir en la guerra que ver impasible las desdichas de su gente y de la Religión, y que de la suerte de él cuidará el Señor [1].

Y así fué: el Señor cuidó de hacer que los más temieran de los menos, y que se aprestaran por todas partes ejércitos y traiciones para oprimirlos; y cuidó de que al quedar sólo fuera el gigante, a quien se desea ver rendido y no muerto; y de que muerto fuese grano fecundo que trajese enseguida el arrepentimiento infructuoso de Leovigildo, la vuelta del destierro de San Leandro y todos los demás confesores, la paz verdadera de la Iglesia, la conversión de Recaredo y la abjuración solemne de la herejía en España, y la proclamación de la unidad de fe y de creencia en nuestra patria, conservada hasta hoy, a pesar de las insidias que laten en el art. 11 de la Constitución de 1876, y contra las cuales, Pío IX y León XIII y Pío X, mandan trabajar sinceramente a los católicos españoles.

57. Así, como veis, Sevilla desde los primeros albores del Cristianismo trabajó en la empresa de Dios, y trabajó, según los caracteres expresados en esa veneranda imagen por Montañés, en la lucha que el poder de los hombres ha tenido siempre trabada con el Poder de Dios, venciendo definitivamente con éste, después de haber momentáneamente sucumbido a la fuerza de aquél; luchas y victorias que hoy hemos considerado en la opinión pública, en el poder del número, en el espíritu de la época.

---

[1] I Mach., III, 59-60.



58. Réstanos sólo ahora hablar algo, dos palabras, de una institución moderna, causa y efecto, al mismo tiempo, de la opinión pública, motor y movida del espíritu de la época, maestro y discípulo de las muchedumbres; en una palabra, del *periódico* de la *Prensa*.

La prensa, el periódico, es como la lengua del cuerpo social; si él enfermo, ella sucia, saburrosa. Por eso se puede conocer muy bien el estado de una ciudad, de un pueblo, por los periódicos que más se leen.

59. Los periódicos, entre nosotros, son de tres clases: Periódicos de propaganda fiera, blasfema, repugnante. Periódicos, ante todo, de información. Periódicos de tesis católica, de defensa abierta de todo lo que los malos impugnan.

Clasificación es esta que se toma del objeto y fin predominante en el periódico, porque siempre andan la polémica y la información de algún modo unidas.

60. Y, claro está, que no hay palabras bastantes para condenar y execrar el daño y escándalo de toda propaganda impía, liberal, blasfema o inmoral que se hace, o por la palabra escrita o por el grabado. Daño inmenso que hecho brutal y tabernariamente es gravísimo; y mucho mayor por la extensión y la eficacia que alcanza si se hace mansa y encubiertamente, con apariencias de sensatez y formalidad, y hasta mezclando con él informaciones religiosas y elogios de persenajes eclesiásticos.

61. Mucho celo se ha desplegado contra estos periódicos. Los predicadores en los púlpitos, los católicos con ocasión de diversos congresos, la misma prensa ortodoxa, en labor constante y meritísima, han secundado la acción de los Prelados, que todos, por distintos medios, y algunos reprobando nominalmente periódicos de mucha circulación, han cumplido con esta parte de sus deberes pastorales.

Ni ha dejado de contribuir a lo mismo el exigir de los periódicos para poder ser tenidos por católicos la censura eclesiástica, la cual, suavizada por Pío X y convertida en posterior a la publicación, no impide al diario católico la agilidad y oportunidad en la polémica diaria, y es para los leyentes una garantía de seguridad. Pluguiera a Dios llegara el día en que todos los hijos de la Iglesia se persuadieran que es denigrante e indigno para un católico, que se vean en su casa diarios que no quieren acatar la autoridad de la Iglesia, ni someterse a su censura, pero aspirando a vivir del dinero y del favor de las personas católicas.

62. De la prensa católica, que franca y constante consume sus bríos y su vida en la ardua labor de la polémica contemporánea, ¿qué diré? Nada que sea nuevo, nada que ella para su elogio necesite, nada que no sea del dominio público. Pero lo diré con todo, porque ya que no tengamos en nosotros mismos esas obras tan loables, y por nuestra profesión religiosa estemos tan apartados de ellas, todavía las amamos en los polemistas de hoy y, al alegrarnos de ellas, las hacemos nuestras por la caridad.

63. Porque en semejantes lides reportaron laureles inmortales Ketteler, Windorst, Manning, L. Veuillot el insigne maestro del periodismo francés, A. Roussel; y, por hablar de nuestra patria, y sólo de los que reposaron ya en el campo de gloria, recordad las lides de Gabino Tejado, de Navarro Villoslada, del orador D. Vicente Manterola, del sabio D. Zacarías Metola, del filósofo D. J. Balmes, del popular D. Adolfo Clavarana, del titánico D. Ramón Nocedal, de la gloria inmortal de Sevilla D. Francisco Mateos Gago. Todos ellos oyeron de los labios augustos de Pío IX aquellas palabras de los Libros Sagrados: *Presentad muro y defensa por la casa de*

Israel [1]; y a todos ellos competían y estimulaban las palabras de exhortación y aliento proferidas por León XIII, inculcando la necesidad de oponer escritos a escritos, prensa a prensa, defensas a impugnaciones, para esclarecer a los ignorantes, fortalecer a los remisos y acudir al socorro de la Iglesia ultrajada.

A esta prensa de buen combate corresponden las frecuentísimas exhortaciones y alabanzas de Pío X, ya recomendando y trabajando por *L'Unità Cattolica* y *La Difesa* en Italia; ya extendiendo su solicitud apostólica al Brasil a la América del Norte, Francia, España y al mundo entero; ya repitiendo de esta o de aquella manera que «es principalísimo mal de nuestros días, a pesar de haber tantos, la desenfrenada y casi infinita libertad de la prensa, libertad que se otorga a los malos para que con un diluvio de folletos, libros y periódicos, se vayan minando los fundamentos de la sociedad, que son la observancia y disciplina religiosa y la honestidad de las costumbres.

»Confiamos, pues, en que todos los buenos se abstengan por completo y manden a los suyos abstenerse de tales licenciosas e impías lecturas, y con su dinero y con su trabajo y sus facultades hagan que o diariamente o de tiempo en tiempo se opongan y se divulguen otros escritos *in quibus christiana sapientia et virtus salva sit;* en que se respeten y se hagan respetar los fueros de la sabiduría y ciencia cristiana, sin excluir la razonable utilidad» [2].

A ellos también cuadran aquellas otras recomendaciones del mismo Sumo Pontífice: «No faltarán nunca personas de doctrina y de virtud excelentes, a las que se recomiende el oficio de escribir, siempre dirigidas por

[1] Ezech., XXII, 30.
[2] *Act. Apost. Sed.*, III, p. 263.

sus prelados y siempre ejercitado con la prudencia, caridad y respeto que corresponde a los que se encargan de defender causas tan santas y tan justas. De este modo *Optima gregibus vestris paretis pascua*, prepararán a sus fieles los prelados, pastos sanos y aun, merced a la propaganda, se podrá llevar la enseñanza y diseminarla por todas partes, *quam latissime disseminentur*» [1].

64. Y recientemente, ¿quién no ha saboreado el elogio que al maestro de periodistas católicos de tesis, al infatigable martillo de católicos liberales ha tributado Su Santidad Pío X?

Vedlo aquí sin mutilaciones tendenciosas en toda su hermosa integridad:

Después de llamar a Luis Veuillot «eminente publicista católico, cuyo nombre quedará gloriosamente escrito en la Historia», continúa:

«A ejemplo de los dos Papas nuestros inmediatos predecesores y principalmente de Pío IX, de santa memoria, Nos es gustoso dar testimonio de amor a ese gran hombre de bien, defensor irreductible de los derechos de Dios y de la Iglesia.

»Con la llama de su celo de apóstol entró en la liza adornado con los dones preciosos que hacen al escritor, al artista y al pensador de genio, con los que igualó y sobrepujó a los más insignes maestros: porque en las santas batallas, en defensa de los principios sagrados, su pluma fue a la vez espada tajante y luminosa antorcha. Y lo que empujaba el vigor de su alma, lo que lo envolvía en lumbres y claridades, lo que centuplicaba su energía, era aquella fe profunda, aquel amor a la Iglesia, cuyo triunfo ansiaba y aquel cariño a su patria, a quien quería fiel a su Dios.

[1] Ibid., p. 312-13.



»Guiado por esa fe, inspirado por ese doble amor, supo rechazar como una impiedad toda diminución de la soberanía de Jesucristo y toda renuncia a las enseñanzas de la Cátedra Apostólica. Comprendió que las fuerzas de las sociedades están en el reconocimiento pleno y entero de la realeza social de Jesucristo y en la completa aceptación de la supremacía doctrinal de la Iglesia. Pues con aquella alma recta y brava, con aquel corazón indomable, hizo oir sobre las cuestiones más fundamentales las aseveraciones más valientes, confesando sin hesitaciones ni atenuaciones la verdad católica, y no queriendo jamás distinguir entre los derechos que el mundo moderno admite y los que rechaza y proscribe. Con aquella generosa franqueza supo desenmascarar las teorías liberales de deducciones tan funestas en los sofismas disimulados con nombre de libertad.

»Convencido de que la nación que lleva durante tantos siglos el nombre de *Hija Primogénita de la Iglesia,* debe a su fe, a su piedad, a su genio, a la lógica de su Historia reconocer en su plenitud los derechos de la Santa Sede y la autoridad del Pontífice Romano, se aplicó con todo el ardor de su alma a disipar los prejuicios y equívocos del galicanismo y sirvió de gran ayuda en aquel movimiento de adhesión a la Sede Apostólica que se nota en su época. Todos saben la perseverancia con que se alzó siempre contra los espíritus pervertidos, que contradecían las fuentes vivas de la tradición cristiana, fuerza y gloria de su patria.

»Gran honor sin duda para un servidor de la Iglesia haber durante medio siglo proyectado sobre los acontecimientos de la Historia la luz más viva de la doctrina católica y haber perseguido sin tregua ni paz al error que se manifiesta y al que serpentea en las sombras. Mérito y gloria suya es haberlo hecho con el calor, el entusiasmo

y la bravura de un hombre que posee la verdad y que sabe que la verdad tiene derechos imprescriptibles. Mérito y gloria suya es haberlo hecho con grande y absoluto desinterés sin ceder jamás a las seducciones, ni a las alabanzas, ni a las promesas, desafiando la impopularidad, las intrigas, las antipatías, las acusaciones caluminosas de sus adversarios y aun la desaprobación misma de sus compañeros de armas. Dichoso él *por haber sido digno de padecer afrentas por el nombre de Jesús* [1].

»El conjunto de su carrera ilustre es digno de ser puesto por dechado a cuantos luchan por la Iglesia y las causas santas y que se ven sujetos a las mismas contradicciones, a los mismos desencadenamientos de pasiones. Que al ejemplo de Luis Veuillot estén ufanos de sus títulos de cristianos y de servidores de la Iglesia; que sepan que Dios combatirá con ellos y les dará victoria en la hora marcada por su Providencia» [2].

¿Qué diré yo, después de tan claras, de tan altas recomendaciones? Admirarme de que todos los católicos no contiendan en sagrada ambición por estudiar, por prepararse, por lanzarse a esa palestra, donde se han de encontrar los caballeros y los cruzados de nuestra edad.

65. Pero sucede acaso que la corriente y torrente de nuestra época, ávida de noticierismo y de información, y fervorosa devota de las noticias, empuja y arrastra y hasta descamina a entendimientos nobles, a corazones sanos, a plumas valientes que acaban por anularse y quebrarse y disiparse en las playas reporteriles.

Todo lo cual se origina de que el periodismo dirige y es dirigido por el público, y por *su público,* y ese periodismo de que ahora hablamos excita con lo sabroso de

---

[1] Act., V, 14.
[2] *Acta Ap. Sed.,* V, págs. 513-15, n. de 20 de Dic. 1913.

sus noticias el apetito de su público y es excitado por el aplauso y la cooperación de él.

66. Como no queremos exagerar ni ser lazo para las conciencias, distinguiremos entre noticias y noticias. No se pueden censurar aquellas que son necesarias o convenientes para la vida en una sociedad humana, y así hay o secciones en los periódicos, o periódicos enteros que son profesionales y dan noticias útiles de agricultura, comercio, instrucción, industria, ingeniería y otras semejantes: estas propiamente no son noticias.

67. La noticia, tal y como la prensa informativa la ha popularizado, versa singularmente o sobre los acontecimientos públicos, políticos o sociales de la nación o del extranjero, o sobre los sucesos del día, como espectáculos, desgracias, viajes y demás cosas fortuitas. A estas se refieren los que dicen que el público no quiere más que noticias, que el espíritu de la época es noticieril y que la información es en nuestros días el principal ídolo.

Hagamos, pues, con este ídolo lo que con los de antaño hicieron Santa Justa y Santa Rufina y probemos que es frágil y que está vacío.

Precisamente decimos esto cuando ya en Europa no es el periodista aquel ministro del *cuarto poder* que fué en las primicias y fervores del sufragio universal, sino que en las antesalas de esos gobiernos que pasan por fuertes y ley de los demás, en Inglaterra, digo, y Alemania, jamás se les permite preguntar a los hombres de gobierno sobre sus planes y propósitos, y mucho menos sobre los asuntos internacionales. En las naciones secundarias, como Francia y, a su modelo España, donde tal uso se tolera, es evidente que se da una información aparente y convencional, porque se necesita ser muy poco hombre de Estado para no comprender lo que oía de labios de Demóstenes el pueblo ateniense: ¿Es que Filipo

Macedonio tiene tan poca prudencia que ha de querer comunicar sus proyectos con los ociosos que pasan la vida en la plaza y ágora de Atenas? Esa es, pues, la información de los asuntos más trascendentales: ídolo será, pero... de barro.

68. Pues la que versa sobre las noticias del extranjero está dada por las agencias. Pero ¿qué hacen las agencias, sino transmitir por telégrafo lo que los diarios acaban de publicar? Esos diarios de París, Londres, Roma, etc., son las fuentes de información de las agencias de Madrid, como a su vez los diarios de Madrid son la fuente de la información para el extranjero. Lo cual es prudente porque ¿qué va a decir un corresponsal y aun diez corresponsales en un París, que no lo diga mejor la prensa local? ¿Y quién los costea? ¿Y quién responde de su asiduidad y fidelidad? ¡Ah! ¡La información vista de cerca! El ídolo de antaño, pero de barro y vacío.

69. ¿A qué reduciremos, pues, la información? A lo que quieran decirle, acaso para extraviarla, hombres de gobierno más o menos discretos; a lo que traen los periódicos de fuera extractado o mutilado, o desfigurado por las agencias; y añadid, a lo que acaso algún corresponsal haya podido averiguar al paso en una conversación y haya querido transmitir.

Lo demás, lo que es público en aquella ciudad donde sale el noticiero y que se suele reducir a nuevas hebenes y frívolas, a reseñas de espectáculos y diversiones, a algunas cosas que pueden sentar plaza de chismes históricos o fabulosos. Con lo cual se mezcla la visita de algún amigo, el percance de algún automóvil, el debut de algún actor, la cogida o la ovación de algún diestro. ¡Qué ídolo, hermanos míos, tan de barro, tan vacío, tan insubstancial es el ídolo de la información, del noticierismo!

70. ¡Pero si fuera sólo insubstancial! Si no fuera pernicioso! Porque dejo los daños que las letras y la cultura nacional reciben de esa literatura baladí; ocupada toda en noticias y en reseñas sin importancia; y hablo de lo que más toca al celo, del daño ocasionado en las almas. Porque esos lectores y lectoras, casi todos jóvenes y niños, que ni sufren, ni buscan sino la noticia verdadera o falsa, pero picante y sabrosa; pierden el gusto de lo serio de la vida, se aficionan a la frivolidad, y apenas, apenas son ya hábiles más que para leer cuentos y para la ociosidad.

Añádese otra desdicha mayor y es, que van formándose una idea apacible y falsa del estado actual de los grandes intereses sociales y religiosos, y en el ruído de reseñas, espectáculos y diversiones creen que no hay más que la lucha deportiva, la reseña brillante, la recepción lujosa, el espectáculo deslumbrador. Sienten en sus almas los acicates de la envidia y las mordeduras de las pasiones desarregladas, y arrojan como jeremiadas hipérbólicas los lamentos de las personas serias, de los Prelados y de los Pontífices sobre el avance de la corrupción, la guerra contra la moral, los ataques contra la Iglesia.

71. Evidente daño que la razón y la experiencia nos atestiguan y que confirma, precaviéndonos contra él, la voz augusta de Pío X, refiriéndose aun a periódicos católicos: «Queremos que tengáis muy bien persuadido, cómo ciertos periódicos, que por costumbre tienden a persuadir a los católicos que no son tan graves de soportar los daños inferidos a la religión por los que en las públicas revoluciones han mermado y deshecho las riquezas de la Iglesia, han cohibido su libertad; que parecen olvidar las inicuas y difíciles circunstancias en que se halla la Sede Apostólica, ni se toman interés por las más difíciles aún que se preparan; que se consagran a alabar el ingenio y aun la ortodoxia de autores, cuyos

escritos estudiados con diligencia se encuentran llenos de falsedades y aun de gravísimos errores; que por fin por llamarse católicos entran más fácilmente en las casas, andan en las manos de todos, se leen fácilmente aun por los clérigos; cómo estos periódicos, repito, causan entre los católicos tanta corrupcón en los juicios y en la disciplina, cuanta no llega a ser la que procuran los diarios abiertamente hostiles a la Iglesia [1].

La misma doctrina se lee en la carta al párroco de Casalpusterlengo, que dió a conocer la prensa católica. He aquí algunos de sus párrafos:

«Si *predicas* contra los malos periódicos y aconsejas que *no se suscriban* a ellos, ni los lean, cumples tu deber de buen párroco y haces, no solamente lo que el Papa quiere, sino lo que exige el buen sentido católico.

»En efecto: ¿Cómo se pueden aprobar ciertos periódicos que, encubriéndose con la *etiqueta de católicos,* porque anuncian algunas veces las audiencias pontificias o las notas del Vaticano, no solamente *no dicen* jamás una palabra sobre la libertad é independencia de la Iglesia, sino que fingen, *fingen no enterarse* de la guerra que se le hace?Esos periódicos, no solamente no combaten los

---

[1] «Illud enim cuique vestrum persuasum sit oportet, ephemerides quasdam, quae ex consueto eo spectant, ut catholicis haud aegre ferenda suadeant damna religionis ab iis illata qui, publicis commutatis rebus, Ecclesiae contrivere opes, afflixere libertatem; quae, iniquas negligunt conditiones in quibus Apostolica Sedes versatur, neque eas quicquam pensi habent, quas hostes parant asperiores: quae totae sunt in celebrandis ingenio atque orthodoxia auctorum quorum scripta, si diligenter perpendantur, mendis scatere comperiuntur atque erroribus flagitiosissimis: quae denique catholico quo honestantur nomine, domos facilius pervadunt, omnium teruntur manibus, ab omnibus facile perleguntur, clericis minime exceptis; tantam moliri catholicis iudicii disciplinaeque corruptelam, quantam neque ipsa parant diaria Ecclesiae palam infensa.» *(Act. Apost. Sed.* Epist. Pii X ad Andr. Card. Ferrari... III, p. 475-6.)

errores dominantes de la sociedad, sino que aportan su tributo a la *confusión* de ideas y máximas *divergentes* de la ortodoxia; *prodigan* el incienso a los ídolos del día y *alaban* los libros y empresas de los hombres nefastos para la Religión.

»Compadezcamos generosamente (si obran de buena fe) a los *pobres ilusos* que creen impedir la lectura de periódicos malos, reemplazándolos por otros *llamados tolerantes,* de *medias tintas* o *incoloros*. Estas publicaciones *no convierten* a ninguno de nuestros adversarios, que les profesan aversión por lo que tienen de católicas: en cambio, *causan* el mayor de los daños a los buenos.

»Estos buscan la *luz* y encuentran las *tinieblas;* tienen necesidad *de alimento*, y se les *da veneno;* y en vez de encontrar allí la *verdad* y la *fuerza* para mantenerse firmes en la fe, *hallan argumentos* para llegar a ser indolentes, indiferentes y apáticos en cosas tan importantes.

»¡Cuánto daño hacen a *la Iglesia* y a *las almas* estos periódicos! ¡Y *qué responsabilidad,* sobre todo, *la de los eclesiásticos que los propagan,* los *alientan* y los *recomiendan!*

»La verdad no quiere oropeles; nuestra *bandera* debe estar *desplegada*. Solamente por la lealtad y franqueza podremos hacer algún bien, combatidos por nuestros adversarios; pero respetados por ellos, podremos conquistar su admiración y poco a poco volveremos al bien.

»He aquí mis sentimientos, que podrás dar a conocer, cuando se presente la ocasión, a todos los que lo necesiten, afirmándoles que *el Papa piensa* de esta suerte, *el Papa* que te da su Bendición Apostólica.»

72. Qué nos queda, pues, que decir, sino aplicando a este punto del afán noticieril en nuestro siglo la doctrina general de no temer la opinión popular, ni confiar apoyándonos en ella, exhortar a todos a que ensalcen y

fomenten como un deber la acción de los católicos, que sin buscar su interés, defienden la religión y la sociedad con sus plumas, verdaderas espadas de cruzados. Admiremos su abnegación, su trabajo, sus peligros. Descubrámonos delante de ellos y deseemos con santa envidia participar de sus laureles. Ellos son el ejército del Poder de Jesús, del gran Poder de Dios.

73. Parecerá, quiza, que son pocos, que la muchedumbre se va con los noticieros, que nuestros diarios de tesis se hacen enojosos, que son predicadores; pero recordemos que llevando la verdad, los pocos han vencido a los muchos; que la verdad es la que, abandonada de las multitudes, ha retraído a esas multitudes; que la verdad es Jesucristo, y que Jesucristo es el Señor del Gran Poder.

El que venció el poder de la opinión romana, sacrílega e idolátrica, el que venció el poder de la opinión visigótica tiránica, arriana, despótica y soberbia; él vencerá también esas muchedumbres modernas arrastradas por su ceguedad y su pasión; él vencerá esos ejércitos de papel que se llama prensa, ya corrompa blasfemando, ya envenene silbando, ya distraiga y seduzca informando. Si ese gran Poder permite que nos prueben y aun que temporalmente nos arrollen los enemigos, eso será para mayor corona de nuestro valor, para mayor lustre de nuestra esperanza, para mayor gloria del Poder divino.

74 Esta es la única en que debemos poner los ojos; ésta la que trae necesariamente el verdadero triunfo de las ideas y de la verdad, y la que nos coronará en el tiempo como a los atletas del catolicismo, y en la eternidad con ellos y con Aquel que se llamó testigo de la verdad y la confesó solo y sereno en el tribunal de Pilatos. Él nos lo conceda para entonar con Él perpetuas alabanzas a la Verdad divina por los siglos de los siglos.

Así sea.

DISCURSO OCTAVO

Frutos del Poder de Dios y la ley de las razas.

SUMARIO

Frutos de la muerte de San Hermenegildo y de la doctrina de San Leandro.—Los muzárabes sostienen la tradición isidoriana: descripción de ellos.—Momento supremo de su lucha.—Transición a la materia del presente discurso.—Sus límites.—Su asunto.

I

San Fernando es la semilla de los siglos de oro.—Paréntesis de la rama de Trastamara.—Grandeza de estos siglos; admiración de extraños.—Dificultad de abarcar el conjunto.—Conquista de Granada.—Descubrimiento.—Conquistas en Europa.—La corona imperial.—Acción de Carlos I en toda la tierra: acomodación del *dabo tibi Gentes*...—España, brazo de Dios.—Felipe II.—Felipe III: notas para formar un juicio definitivo de él.—Preguntas sobre el porqué de tanta grandeza.—Cómo brilla el Poder de Dios.—Prodigiosos éxitos los de aquella era.—El descubrimiento es también prodigioso: así lo confiesan los descubridores.—Celo que movía a España: hechos y testimonios.—Celo del Emperador.—De Felipe II.—De Felipe III: momentos críticos de la guerra de Flandes y su resolución.—Obra del Poder divino la universalidad de bienes: explicación del *Quaerite primum*...—Carácter de estos siglos.—Grandeza del espíritu de fervor: privados de los monarcas.—Feracidad del espíritu católico: reforma secular.—Reforma regular: Santos reformadores.—Otros Santos.—Otras manifestaciones de fervor.—Glorias en el Derecho y en la Teología.—En las ciencias naturales.—En literatura y artes.—Conclusión y resumen de lo dicho.—Sevilla en estos siglos.—Indicaciones de lo que fué desde San Fernando hasta los Católicos.—El Almirantazgo del Océano: su acción: sus hombres.—Acción teológica y ascética de Sevilla: la disputa de la Inmaculada.—Lo que fué Sevilla entonces.—Lo que se descubrió.—Vida artística de Sevilla: glorias literarias.—Escultores y pintores: sus asuntos.—Conclusión.

II

Transición.—Objeción de los materialistas: el influjo de la raza, el meridionalismo.—Historia de la frase.—Otras maneras de decir lo mismo.—Oportunidad de refutarlas.—No nos mueve vanidad: ni

odio: frase de Luis II de Germania.—Vaguedad y falsedad de la objeción.—Lo mismo sobre la expresión: *pueblos latinos.*—Verdadero significado.—Refutación directa.—Los meridionales antes de Jesuristo.—El pueblo de Dios.—La cuna de la Iglesia.—La conversión de los germanos.—Empresas meridionales de la Edad Media.—Se retuerce la objeción contra los adversarios: desequilibrio artístico septentrional.—Ultima réplica: su respuesta.—Causa de la postración actual.—Causa de la prosperidad anglosajona.—Himno de alabanza al Poder de Dios por los bienes y por las adversidades.



Non est Judaeus neque graecus, non est servus neque liber, non est masculus neque femina: omnes enim vos unum estis in Christo Jesu.

Ya no hay oposición de judío y griego, de siervo y libre, de hombre o mujer, sino que todos sois uno en Jesucristo.

(Galat., III, 28.)

REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE NUESTRO PADRE JESÚS DEL GRAN PODER:

1. Muerto gloriosamente San Hermenegildo, empezó la España visigoda a fruir de los dulces efectos de aquel martirio, y a Sevilla cupo la fortuna de ser la directora de todo el movimiento social, religioso y sabio de aquellos siglos. El Poder de Dios se manifestaba en lluvia de beneficios sobre ella.

Como a Hermenegildo Recaredo, a San Leandro había sucedido San Isidoro; y como Hermenegildo había sido por Recaredo la raíz bendita de donde brotaron los más gloriosos monarcas visigodos, Sisebuto, Sisenando, Chintila, Chindasvinto, Recesvinto y Wamba; así San Leandro, por San Isidoro, fué el padre de la Iglesia y de la patria españolas, estrechamente unidas para bien del pueblo. En los concilios hispalenses y toledanos se cimentó la monarquía cristiana de España, gracias a la doctrina de San Isidoro, que o los preside o los ilumina con sus escritos. San Eugenio y San Ildefonso de Toledo, Tajón y Braulio de Zaragoza, Julián de Cuenca y

otros Prelados y Doctores de aquel siglo comunican las luces que de la enseñanza de San Isidoro recibieron.

Aun después de la terrible prueba del Guadalete y bajo la dominación sarracena, San Isidoro fué el Doctor de España, y aun bajo el cetro de Abderramán los cristianos muzárabes volvieron su espalda a las escuelas árabe-cordobesas, y «ni los halagos, ni las amenazas, ni los castigos fueron poderosos a vencer la resistencia de aquellos muzárabes, que tenían por vana o sospechosa cualquiera ciencia divina o humana si no se apoyaba en la autoridad del maestro de toda buena doctrina, San Isidoro» [1]. Así vivió San Isidoro en España hasta San Eulogio, San Alvaro y San Sansón, que son los que sirven de aurora a las victorias de San Fernando; aurora, digo, como fué San Hermenegildo aurora de los esplendores de Recaredo.

2. Porque destrozado el poder corrompido de D. Rodrigo en los campos de Jerez, quedó bajo el yugo sarraceno un pueblo cristiano que no había podido escapar a la dominación extraña. Aquel pueblo era en los planes providenciales el *granum mortificandum et multiplicandum*, que caído en tierra, muerto en ella, destruído en ella por el rigor de la persecución, había de surgir en mies copiosa, alegre y bendita de Dios.

Esta nación, única en la historia, ha sido reciente y dignamente estudiada por Simonet, gloria del saber y del catolicismo contemporáneo. Por su narración se comprende que es el pueblo que se puede llamar del Poder de Dios. Compuesto en su mayoría y aun totalidad por aquella parte del visigodo que, o por su condición, o por su estado, o por sus oficios, no había podido huir a los montes de Cantabria, era un pueblo de débiles: mujeres, pobres, artesanos, monjes, sacerdotes y obispos lo constituían. So-

[1] Colmeiro, *Hist. de los Reyes cristianos...*, pág. 357.



bre ellos se descargó todo el rigor, toda la astucia de los vencedores. Ellos jamás se fusionaron con los mahometanos, jamás dejaron de seguir con la esperanza y con la idea los trabajos de sus hermanos, que, libres de la cautividad, luchaban en el campo por restaurarlos. Trabajaban bajo el látigo musulmán, edificaban mezquitas, baños y palacios, fomentaban la agricultura y dotaban las huertas de regadío; pero soñando siempre en que aquellas mezquitas iban a ser templos, en que aquellos palacios, jardines y huertos iban a restituirse a sus legítimos propietarios.

Por eso se solían comunicar con los reconquistadores, por eso eran para ellos auxiliares eficaces, por eso también experimentaban cruel recrudescencia de odios musulmanes cuando una derrota, como la de Calatañazor o las Navas de Tolosa, tambaleaba el poder de la media luna, y por eso, en cambio, eran honrados, abrazados como hermanos y reconocidos como los primeros pobladores, cuando en Huesca, Córdoba, Sevilla y Málaga lograban ver entrar las cruces vencedoras de Pedro I de Aragón, de Fernando el Santo y de los Reyes Católicos. Nación débil y destituída de poder humano, luchó fortalecida por el Poder divino, y consiguió ver la gloria de éste dominando sobre la media luna.

3. El momento supremo de su angustia fueron las batallas reñidas en Córdoba en el siglo de San Eulogio; y desde entonces, y gracias a tanta sangre y a tanta paciencia, se fueron esclareciendo los cielos de su cautividad hasta los días de San Fernando.

Por eso con razón se enlaza su nombre a las glorias eclesiásticas de Sevilla, por haberse en su antiguo reino reunido el mayor número, por haber subsistido el más importante núcleo de esta nación, hasta la reconquista de Sevilla, y por haber sido los custodios en la cautividad

del saber, de los usos y de las reglas monacales recibidas de San Isidoro.

4. Rendido este justo tributo a la gloria que de San Leandro y San Hermenegildo resultó en siglos posteriores, y que, siendo conveniente confirmación y sello de cuanto en el discurso séptimo quedó apuntado, venía a ser obligado exordio del presente; pasemos a trazar las líneas generales del cuadro que hoy se ofrece a nuestra meditación.

5. De cuando en cuando suele el Señor hacer sobre los pueblos un derroche de su misericordia y su Poder, y manifestar cuánto y cual será en el día en que los pecados y las apostosías de los hombres no se lo estorben. Tales fueron para el imperio franco-germánico los dias de Carlomagno; para la monarquía francesa el reino de San Luis; para la Iglesia los años de Inocencio III, y para España los tres primeros reinados de la Casa de Austria.

6. Este conocidísimo período de nuestra historia tiene el nombre de *siglo de oro* y es el compendio y el resultado de toda la grandeza que lentamente había ido desde Pelayo y San Fernando preparándose. Claro está que siempre y en estos grandes períodos mucho más, la pequeñez humana aparece y se muestra en distintos modos, pero sobresale y lo inunda todo en lluvia de resplandores el Poder divino.

Dediquemos hoy nuestra atención a alabarle en aquellos siglos en que tanta ostentación de él se hizo. Alabemos a Dios recordando las mercedes que hizo a nuestros padres. Entonemos un himno por la participación que en esas maravillas del Señor cupo a Sevilla, y admiremos la cuna de grandeza en que se concibió y se ejecutó esa gran imaginen del Gran Poder del Señor.

Ave María.

I

Siglos de oro de España.

7. Al fallecer, mediando el siglo XIII, el gran monarca y conquistador San Fernando, dejó abierto el camino de la grandeza inenarrable de España. Su empresa guerrera y su plan estratégico había de llevar a Alfonso XI al Salado y a Algeciras; habia de empujar sobre Africa las armas cristianas de Fernando el Católico y de Cisneros; había de llevar a Granada a los maestres de Calatrava y de Santiago en tiempo del último Trastamara; y, por último, había de coronar en la Alhambra a los Reyes Católicos. Su acción legislativa había de inspirar a su hijo y sucesor Alfonso X o *el Sabio* la obra perdurable de las Partidas. Sus catedrales de Burgos y Toledo habían de llevarnos a la de Sevilla y al Escorial de Felipe II. Su santidad había, finalmente, de servir de modelo a la pléyade innumerable de santos que llenaron los monasterios, conventos y aun las cortes reales en días posteriores.

Y si a San Fernando con justicia corresponde y se le tributa tanta gloria, a Sevilla le redunda la misma por ser su reconquista la fecha áurea desde donde tantos engrandecimientos se computan.

8. Cien años escasos, período de decadencia accidental, turban esa gloriosa carrera del sol de nuestra grandeza. Las nubes ensangrentadas de Montiel, las nubes cenicientas y tempestuosas de reinados a merced de juglares y *tahures*, envuelven aquel limpio sol desde Enri-

que de Trastamara hasta Enrique el Impotente. En Isabel la Católica y en Fernando V de Aragón reaparece para no eclipsarse sino en la paz de Wesfalia.

¡Qué siglos estos de tan incomprensible grandeza! Las lenguas y las plumas se han fatigado y se fatigarán siempre en enumerar, simplemente en enumerar fechas y nombres ilustres y, conforme los eruditos ahondan en cualquier investigación, encuentran nuevos nombres y nuevas fechas que enumerar.

¿Qué más? Estudian nuestra literatura los alemanes, y nos avisan de las riquezas en ella escondidas, y encaraman a las nubes a nuestros escritores. Estudian los yanquis nuestra colonización, y realzan y ensalzan a nuestros descubridores, misioneros y virreyes, y nos colocan como modelo de pueblos colonizadores. Estudian extraños de todos países nuestra ascética, nuestra teología, nuestra mística, y encomian sin tregua los progresos y las luces de nuestros sabios y nuestros Santos.

10. Precisamente esta grandeza favorece a su desconocimiento, y contentos muchos con algunos nombres propios, no abarcan, o no se esfuerzan por abarcar el conjunto armónico.

11. Llegó Castilla y Aragón a la vega de Granada teñidos sus vestidos en sangre de ocho siglos de ruda pelea, para salir desde allí al orbe de la tierra. Acaudillados por sus reyes Fernando e Isabel concurrieron allí los linajes, los apellidos españoles que simbolizaban la Reconquista. En Granada y en su vega añadieron cuarteles nuevos a sus escudos o formaron con trofeos nuevos su blasón los duques de Medinasidonia, de Medinaceli, de Alburquerque, los de Alba, Plasencia, el Infantado y Nájera; los marqueses y condes de Cádiz, Ureña, Miranda, Haro, Feria, Cabra, Benavente, la Coruña, Cifuentes, los Fernández de Córdova, los Guzmanes, Pérez del

Pulgar, Mendozas, Portocarreros, Enríquez, Velascos, Suárez de Figueroa, Girones, Manriques, Pimenteles, Lasos de la Vega, Toledos, López de Haro, Figueredos, Fajardos, Rodríguez de Madrid, y mil y mil. La España de entonces, y la España histórica también.

Porque los reinos, las ciudades, las Ordenes, las villas, los lugares, confirmaron y sellaron con su sangre y con sangre agarena sus cartas de privilegios, franquezas, fueros, libertades y mercedes que debían a la liberalidad de los reyes; pero que los reyes otorgaban «por los muchos servicios que de sus súbditos y vasallos, moradores de sus reinos y señoríos con mucha lealtad habían recibido» como confiesa en su testamento Isabel la Católica.

12. Esto era en 1492.

Nueve meses más adelante se descubren las islas y tierras del Océano. Al año siguiente Alejandro VI se alza en el trono pontificio para otorgar a España la evangelización del Nuevo Mundo, con lo cual tenía el espíritu español todo el orbe de la tierra para explayarse, y el mundo desconocido le abría sus tesoros arcanos para colmarlo de bienes temporales, de *las añadiduras* prometidas por el Señor.

Ponce de León descubre pocos años después de Colón y los Pinzones la extensa y feraz tierra de la Florida; Hernández de Córdova las del Yucatán y Campeche; y en 1513, el 25 de Setiembre, toma posesión con el pendón de Castilla y con su espada, de todo el Océano Pacífico, el inmortal Vasco Núñez de Balboa.

13. En 1493 se rindieron a Castilla las islas Canarias, largo tiempo solicitadas; diez y seis años más tarde, en Ceriñola, Garellano y Ostia, se confirma Gran Capitán Gonzalo de Córdova, y el rey de Aragón asegura en sus sienes la corona de Córcega, Cerdeña, Nápoles y Sicilia, el dominio entero del Mediterráneo.

En 1508 y 1509, conquistados Arcila, el Peñón de Vélez, Orán y Bugía, España puso su planta en la opresora Africa y por el gran Jiménez de Cisneros y el conde Pedro Navarro se llamó señora de ambas riberas del Mediterráneo y sus flotas sirvieron de puente entre Europa y Africa.

Todo lo ordenaba la Providencia del amorosísimo Dios y su divino Poder a la creación de una preponderancia política y militar sin rival en el mundo. Porque el rey de Castilla, de Aragón, de Nápoles, de Córcega, Cerdeña y Sicilia, de León, Galicia, Sevilla y Córdoba, de Murcia, Valencia y Granada, de las islas del Océano y de Tierra firme, era nombrado en 1519 en la dieta de Francfort Emperador de Alemania.

15. Ya España es Europa, es todo el orbe de la tierra: *Dabo tibi Gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae* [1]. Nunca se verificó en lo humano con más exactitud esta magnífica profecía.

Y aunque el invictísimo Carlos I haya sido juzgado con envidia que abulta los defectos del hombre, o con miopía que no percibe toda la realidad; es tal el Emperador, su nombre y su gloria, que llena su siglo con las fechas áureas de sus triunfos. Los triunfos de Navarra, el Milanesado y Lombardía señalan los años de 1520 y 1522; Pavía, su nombre basta, es la luz de 1525; la paz de Cambray en 1528, la coronación solemne de Bolonia en 1530 le encadenan a su cetro a Italia, y con la sujeción de Italia aseguran la hegemonía española en Europa. Mientras tanto, Hernán Cortés entra en Méjico en 1521; en 1535 construye el vencedor Pizarro la ciudad de Lima, con lo que era también español y de Carlos I el Nuevo Mundo, desde California al Estrecho de Maga-

[1] P. II, 8.



llanes, descubierto en 1521 por el impertérrito aventurero a servicio de la corona de Castilla. *Dabo tibi Gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae.* Sin duda que el Poder de Dios entregaba a nuestra patria el orbe de la tierra como posesión y herencia magnífica.

16. Y nuestra patria se lo devolvía.

Porque Italia, Alemania, Flandes, España, el Nuevo Mundo eran de Carlos V, y Carlos I con todo ese poder se oponía a las alteraciones luteranas de Sajonia, al formidable Solimán y al pirata Barbarroja, ya en 1530 haciendo retirarse al turco que, con 300.000 combatientes, venía sobre Viena, ya cinco años adelante destruyendo a Barbarroja, tomando a Túnez y libertando a 19.000 cautivos cristianos.

Las empresas del Nuevo Mundo no eran sino dilatación del Evangelio, y La Concepción, Veracruz, Nombre de Dios y tantísimos otros nombres impuestos a las tierras descubiertas y a las ciudades edificadas, revelan el pensamiento de descubridores y misioneros.

En todas estas empresas tomaba parte toda la nobleza española. Ella rodeó y auxilió al Emperador en la triste sedición de los Comuneros, y alrededor de él refulgieron en aquel cielo de valor y de heroísmo Próspero Colonna, D. Fernando Dávalos, marqués de Pescara, el marqués del Basto, Antonio de Leyva, Diego de Vera, Fernando de Alarcón, Juan de Urbina, D. Pedro de Lagasca y, ¿en qué me detengo?, aquel ejército de descubridores y de conquistadores, y los compañeros de ellos y todos los capitanes del Nuevo y del Viejo Mundo «cuyos nombres, en expresión de uno de ellos, se registrarán en el cielo, aunque desaparezca en la tierra toda memoria».

Esta era España, política y militarmente, bajo don Carlos I de España y V de Alemania.

17. D. Felipe II, su hijo, no varió lo esencial de

este espíritu, antes contribuyó a su mayor predominio y se consagró con esmero a las artes y empleos de la paz. Con hermosa metáfora bíblica le llaman los historiadores coetáneos el Salomón español, a diferencia de su padre, a quien se le dijo el David de nuestra patria.

Ni por eso se hundió en ocio vil el espíritu de las guerras de religión. Las victorias de San Quintín y de Gravelinas en 1557 y 1559, la sujeción de las Alpujarras de Granada en 1570, el maravilloso triunfo de Lepanto en 1571, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes y esperan ver los venideros», que dijo Miguel de Cervantes; Portugal unido y abrazado con León y Castilla en 1580; las continuas proezas de la guerra de Flandes, como el sitio y toma de Maestrich en 1576; el de Amberes en 1584, el portentoso paso del Escalda, la libertad dada a París en 1592 contra los hugonotes y calvinistas, la conquista de las islas Terceras y el predominio del mar; todo esto unido indisolublemente al nombre de los más grandes capitanes, como el Duque de Alba, terror de herejes, y que dió a su monarca el reino lusitano; de D. Luis de Requesens, el vencedor de Holanda; del prodigio de su siglo, Alejandro Farnesio, el triunfador de París; del inmortal D. Juan de Austria; del invicto general del mar, D. Alvaro de Bazán, que tomó para su rey 8 islas, 70 ciudades, villas y castillos, 180 embarcaciones, que contó por miles los cautivos que libertó y los turcos que cautivó, y que hubiera puesto a Felipe en el trono inglés, si Dios no le hubiera a él trasladado de esta vida.

Unense a todo esto los nombres de los grandes capitanes de las Indias, como Alvar Núñez, el descubridor del Paraguay; D. García de Mendoza, el pacificador de Chile; Belalcázar, el héroe de Quito y Popayán, y el de imperecedero renombre Miguel de Legazpi, el pri-

mer poblador de la que ha sido la última de nuestras colonias.

Tantos hechos hazañosos, tantos nombres gigantescos mantenían vivo el imperio de España sobre el mundo; y sus escuadras y sus ejércitos en el Mediterráneo, en el Atlántico y en el Pacífico, en la Tierra firme, en las Indias, en Africa y en Europa, eran la confirmación de que el Señor había dado a su España *in haereditatem* en herencia las gentes más remotas y los términos de la tierra en posesión: *Et possessionem tuam terminos terrae.*

18. Se podrá decir de Felipe III lo que la pasión antiaustriaca y anticatólica quiera, ó lo que Cervantes dijo calificándolo de grande, prudente, sagaz, justiciero y misericordioso. Mas para formar juicio definitivo será bien tener siempre en cuenta que al morir consiguió legar a Felipe IV toda la herencia de Felipe II, herencia que sólo hombros de gigante pudieron conservar entre las rivalidades de Francia, las inconsecuencias de Italia, los odios protestantes de Flandes y Alemania y las piraterías y mala voluntad de Inglaterra. Que al alborear el reinado de Felipe IV nos sorprenden como en un venturoso despertar, la temeraria y feliz acometida de Longo por el Marqués de Santa Cruz, digno hijo del vencedor de las Terceras; la diligencia del rey y de Olivares; el ánimo y prontitud de España y Portugal; la magnanimidad y valentía de D. Manuel de Meneses y D. Fadrique de Toledo en la reconquista de la Bahía, tras la sorpresa de los holandeses; y nos traslada a épocas de plenitud y de grandeza la victoria obtenida en Fleurus contra los protestantes flamencos por el ilustre descendiente del Gran Capitán, joven D. Gonzalo de Córdova y la rendición y toma de la inexpugnable fortaleza de Breda. Era que no habiendo España abjurado de su vocación providencial, todavía le conservaba el Poder de Dios su mag-

nífica herencia: *Gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae.*

19. Tales son las líneas generales en que se circunscribe el cuadro de aquellos siglos, con razón llamados *de oro* para nuestra España. ¿Fueron aquellos monarcas dignos de ser cabezas de civilización tan esplendorosa? Yo creo que sí, porque así me lo persuade aquel aforismo histórico: «Cual el pueblo, tal el rey», o: «Cada pueblo tiene el rey que merece». Porque en ello me confirma el odio de los protestantes, de los antiespañoles, de los jansenistas, de los afrancesados y de los liberales, que jamás han perdonado a la Casa de Austria. Porque en cambio oigo las palabras de Romanos Pontífices como San Pío V, de Santos como Santa Teresa, Santo Tomás de Villanueva, el Beato Juan de Ribera y otros, que ensalzan a estos piadosos y grandes monarcas; porque además una tradición de familia me obliga a mí singularmente, pues de Carlos I, amigo y confidente de San Francisco de Borja, escribía éste en su muerte [1]: «Fué tal como de un tan cristiano príncipe se esperaba... Tenía hecho testamento y agora en lo último hizo un codicilo en que manda que sean los herejes muy bien castigados. Es cosa de gran consolación ver el ánimo tan cristiano deste príncipe y el celo de la fe que el Señor le dió, que aun a la hora de su muerte quería perseguir a los herejes.» Y de Felipe II encomendaba el V. P. Nadal a todos los hijos de la Compañía el respeto y la estimación como herencia de nuestro P. Ignacio; tanto por el lugar que ocupaba y del que dependía el bien de la cristiandad, cuanto por la afección que desde su niñez le tuvo nuestro P. M. Ignacio, en la cual nos ha criado a todos, y también por las mercedes que la Compañía había de él recibido [2].

[1] S. Franc. Borj., III, p. 404.
[2] Epist. P. Nadal, I, p. 424.

20. Pero demos de barato a los enemigos que esos instrumentos del Poder divino en el mundo fueron flacos, fueron torpes, fueron miserables, fueron nulos... ¡Ah! Entonces ¡qué estupendamente maravilloso fué aquel Poder de Dios, que con esos instrumentos flacos, torpes, miserables y nulos supo hacer una obra que jamás se cansa de ensalzar la fortaleza, la sagacidad, la rectitud y la habilidad más exquisita! Cuántos siglos llevan de prometer mucho, de confiar en sus decantados talentos los hombres de las revoluciones, y sólo han conseguido mermar y anular en dos siglos la obra de diez, la obra gigante del Poder de Dios.

21. Porque aquella obra de la España de los siglos XVI y XVII, mientras más se la considera más aparece el Poder de Dios.

¿Quién, sino el Poder de Dios, pudo hacer que unas bandas de soldados advenedizos unos, extranjeros otros, mal pagados muchas veces, desnudos otras, fueran los conquistadores de Italia? ¿A quién, sino al Poder de Dios, atribuía Carlos V sus victorias en Lombardía, Milán, Nápoles y todas partes? ¿A quién, sino a Guadalupe unas veces, a la Virgen del Rosario otras y siempre a la Inmaculada Concepción, que llevaba en sus banderas y en su peto, atribuía la victoria y le rendía gracias el Emperador? ¿Qué es el Escorial sino un magnífico exvoto por la victoria de San Quintín? ¿Qué es la fiesta del Rosario, sino una columna triunfal más duradera que el diamante a la victoria de Lepanto? ¿Quién, por fin, sino el Poder de Dios, pudo librar en el largo reinado de Felipe III aquella vastísima dominación de enemigos interiores y exteriores, de moriscos, turcos, franceses, ingleses, holandeses, protestantes, calvinistas y de los versátiles italianos? Sólo, sólo el Poder de Dios.

22. De la conquista de las Indias ¿qué decir, sino

que nadie la puede ni soñar sin el Poder de Dios?

Porque solo el Poder de Dios colocó las islas del Océano ante los ojos de Cristóbal Colón, que no buscaba sino un camino más corto para las tierras de Asia o del Gran Kan, como él decía. Solo el Poder de Dios, y por eso se puso a la carabela capitana el nombre de *Santa María*, pudo llevar aquellos cascarones por el vasto Océano, donde no sin peligro van hoy los férreos acorazados y poderosos trasatlánticos. Solo el Poder de Dios podía dirigirlos *in viam rectam;* por camino y derrotero seguro, *ut irent in civitatem habitationis,* para llegar a país habitable [1]. Y reconocidos ellos, los del primer descubrimiento y los de todos, llamaron con nombres de Santa María, Veracruz, San Juan, Santo Domingo, Nombre de Dios, Santa Fe, Todos los Santos, la Concepción, Santiago y tantos otros los puntos adonde arribaban, los lugares que descubrían, las poblaciones que edificaban. Solo el Poder de Dios los podía defender de la furia de ríos invadeables, de los venenos de reptiles nunca vistos, del furor y empuje de fieras temibles, aun a los naturales, de las infecciones de tierras aun hoy insalubres y pestíferas.

Solo el Poder de Dios pudo hacer que *trescientos* españoles con Hernán Cortés, y *ciento doce* con Francisco Pizarro, agregaran al imperio cristiano los imperios de Méjico y del Perú, de cuya grandeza nosotros mismos no nos formamos cabal idea. Solo el Poder de Dios pudo salvar a Hernán Cortés de los horrores de la Noche con razón llamada *Triste,* en que se quedaron reducidos a *ciento* los trescientos conquistadores, yendo los demás a ser mártires en los adoratorios de los falsos ídolos mejicanos; solo el Poder de Dios pudo dar a esos *cien,* después de ocho días, la decisiva victoria de Otumba.

---

[1] Ps. CVI, 7.



El Poder de Dios y de su Cruz lo había hecho, y por eso Hernán Cortés, al salir de la Española, pone como señera en su capitana la Cruz de Nuestro Señor y un mote que decía: *In hoc signo vinces.* Por eso Vasco Núñez de Balboa entona el *Te Deum laudamus* al entrar y tomar posesión del Pacífico. Por eso Legazpi es más misionero que conquistador de las islas Filipinas. Por eso toma posesión Nuestra Señora de toda la conquista: de Méjico, desde el Tepeyac; del Perú, desde Copacavana; de Buenos Aires, desde Luján, y de Filipinas, desde Antipolo.

23. Obra del Poder de Dios fué toda esta grandeza de nuestra Patria, porque sólo el Poder divino y la gloria de su nombre era el que movía sus brazos. La conquista de Granada se había concluído «para sacarla del poder o sujeción de los moros infieles enemigos de nuestra Santa Fe Católica». El descubrimiento de las Indias no tuvo otro fin más principal que «procurar inducir y traer a los pueblos aquellos a nuestra Santa Fe Católica» y «enviar a dichas Islas y Tierra Firme perlados e religiosos e clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios», esto es, evangelizar aquellos países. La conquista empezada y recomendada de Africa era «a fin de puñar por la Fee contra los infieles». El establecimiento del Santo Oficio de la Inquisición era «para destruir o extirpar con todas sus fuerzas la herejía de todos nuestros reinos e señoríos». No son estas voces de oradores acalorados en un discurso: son palabras que pronunciaron los Reyes Católicos al morir y se las dejaron como manda a sus hijos.

Alejandro VI confirma y atestigua estos propósitos de los monarcas españoles, les concede el dominio del Nuevo Mundo, les impone como deber su evangelización y les otorga el dictado de *Católicos*, título que confirma León X recordando las virtudes y preclaros méritos de Isabel y de Fernando, sus inmensos trabajos por la fe en la recon-

quista de Granada, su providencia en expulsar de sus reinos la contagiosa lepra de los judíos, su solicitud por la reforma regular y su celo en promover la Religión Católica [1].

24. Instrumento del Poder de Dios se consideró siempre el Emperador Carlos V, y por eso cuenta un historiador cómo al embarcarse en la Coruña para ir a Alemania replicó a los que se lo querían disuadir achacando el levantamiento comunero: «El servicio de la Iglasia me lleva y no me detendrán una hora los alborotos de España; pero si pensara perdella y todos mis reinos y la vida, la vida y todos los reinos perdería, antes que faltar a la obligación en que estoy.»

Brazo valeroso del señor se mostró contra Solimán y Barbarroja, brazo del Señor contra los luteranos y los Estados del Imperio, brazo del Señor pasando a nado el Elba para dar y ganar la famosa batalla de Mülberg; brazo del Señor haciéndose terrible a los príncipes cristianos, que por envidia o por astucia y razón de Estado se le oponían con asentimiento y regocijo de los herejes; brazo de Dios se creyó y se reconoció, y por eso al morir, en la hora de la verdad, deja para su hijo como encomienda final estas palabras: «Deseando más el aumento de sus virtudes y salvación de su alma que el acrecentamiento de los bienes temporales..., especialmente le encargo e mando que favorezca e haga favorecer el Santo Oficio de la Inquisición contra la herética pravedad y apostasía, por las muchas y grandes ofensas de nuestro Señor que por ella se quitan e castigan, y guarde y haga guardar las Iglesias y personas eclesiásticas sus libertades, y favorezca y haga favorecer las religiones».

A ser brazo armado del Señor e instrumento de su

[1] *Bullar. Roman.* (Rom., 1743), III, part. 3, pág. 450.



Poder obedecieron las guerras, que, como él continúa en su testamento, «a nuestro parecer, sin culpa nuestra, se nos han ofrecido, así contra el turco, enemigo de la cristiandad, como contra otros príncipes y potestades de ella», siendo su mayor elogio y confirmación de sus palabras, las que D. Felipe II hizo inscribir en el túmulo de sus honras en Bruselas: *Quod contra Christi hostes sponte, contra christianos nonnisi lacessitus et iniuriam propulsans arma sumpserit.*

25. Obra del poder de Dios fué toda la acción de España en los reinados sucesivos, y Felipe II no hizo sino continuar las empresas del Emperador. Las guerras de Flandes y represión de los herejes, las empresas contra el turco, coronadas felizmente en Lepanto, la continua salida de nuestros bajeles desde Sevilla para las Indias, la empresa que Dios sólo pudo frustrar contra Inglaterra; empresas eran de celo apostólico, eran el celo recomendado por los testamentos de Isabel, de Fernando y de Carlos el Emperador.

Pero de Felipe II ¿quién duda? Llámenle los protestantes el demonio del Mediodía, o llámenle los Santos, como Santa Teresa y San Pío V, brazo y sostén de la cristiandad, todos convienen en que fué siempre el instrumento escogido por el Poder de Jesucristo para luchar y pelear por él.

De su hijo Felipe III es también claro que se tuvo, como sus antecesores, por instrumento del Poder de Dios. Sobre todas sus empresas en las Indias, en el Mediterráneo y en Europa, se alza en su reinado la lucha de Flandes, donde se concentró lo que hoy se llamaría el equilibrio europeo. Era el duelo a muerte contra la herejía, ayudada traidoramente por Inglaterra y Francia, y que había de terminar en Rocroy. Viviendo Felipe III se sostuvo increíblemente y sólo por el Poder de Dios.

Los momentos eran críticos. La guerra llevaba unos cuarenta años con tenacidad increíble, durante los cuales Alba, Requesens, D. Juan de Austria, Alejandro Farnesio, ya rigurosos, ya blandos, con prodigios de valor y de prudencia, habían mantenido la dominación católica, aunque no habían podido concluir con la rebelión. Felipe II, al morir, deseoso de tentar un remedio supremo y de ver si a costa de su derecho se conservaba el bien de la religión, había abdicado los Estados de Flandes en su hija Isabel Clara y su esposo el Archiduque Alberto, con cláusula de reversión en caso de morir estos príncipes sin hijos. Felipe III, pues, se veía precisado a sostener allí la guerra.

Pero ¿cómo? En los adjuntos más imposibles para el poder humano. ¡Dios tenía que extender su brazo! Las provincias fieles y católicas o se hallaban exhaustas o cansadas de tan larga lucha, o, resabiadas con el ejemplo y maquinaciones de las rebeldes, se negaban a mantener los ejércitos; la tropa militar se componía de una muchedumbre abigarrada de valones, tudescos, italianos, españoles y aun suecos y noruegos, con no pocos aventureros y soldados de improviso, y esta grey multicolor peleaba por el Archiduque, que no era su señor natural, y peleaba siempre propensa a la seducción, inclinada a quejarse y amotinarse, pagada con los tesoros que traían a Madrid los galeones de Indias (y que los piratas holandeses, ingleses y calvinistas procuraban robar); pagados, por consiguiente, muchas veces tarde y mal; siempre sabiendo que podían rebelarse, y a la inmediata obediencia del Archiduque, príncipe débil, y de la Archiduquesa, que era al fin una dama.

En circunstancias tan humanamente difíciles, el Poder del Señor inspiró la elección de Spínola, que desde Ostende pasó coronado de victoria a Oldenzeel, de Olden-

zeel a Linghen, de Linghen a Groll y Rinberg, para llegar, después de recorrido el Palatinado y conquistado más de sesenta plazas, a hacerse inmortal con la expugnación maravillosa de Breda. Sólo el Poder de Dios pudo hacer tan estupenda manifestación.

Era que también Felipe III, siguiendo las huellas de sus padres, no se tenía sino por fiel instrumento del Poder divino y estaba dispuesto a perder a Flandes antes que renegar de su elevada misión. Leamos un monumento *aere perennius* de esta decidida voluntad en una promesa suprema y por demás peligrosa con que llegó a ofrecer la paz a los rebeldes de Mauricio de Nasau en 1609:

«Considerando S. M. que no cumpliría con lo que debe al santo servicio de Dios y a la pureza y desinterés con que debe procurar la conservación y aumento de nuestra santa fe católica, dice que su determinada voluntad, última e inconmovible resolución es: que si los de las Provincias unidas vinieren en que en todas y en cada una de ellas haya ejercicio público y libre de nuestra santa fe católica, apostólica y romana, para todos los que en ella quisieren vivir y morir; en precio de esto y por sólo hacer este servicio tan agradable a Nuestro Señor, vendrá en ceder la soberanidad que de las tales provincias le pertenece» [1].

Así habla un hombre agobiado por la guerra, pero que tiene conciencia de que es un deber la realeza y de que su espada es el rayo de Dios sobre los enemigos de Él.

27. Obra del Poder divino fué también la grandeza de España en estos siglos por la universalidad de bienes con que la galardonó. Era decir a todos los siglos, que en

---

[1] *Ambrosio Spínola,* por Rodríguez Villa, p. 230-231.

ella se verificaba la sentencia de Nuestro Señor: *Quaerite... primum regnum Dei et iustitiam eius*, buscad primero la grandeza del reino de Dios, la exaltación de la fe, la dilatación de la Iglesia y todo lo demás se os dará en añadidura; *et haec omnia adiicientur vobis* [1].

28. Pero ¡qué añadidura tan a lo Dios! Porque no fué aquellos dones y consuelos, *munera vel solatia,* de que habla San Agustín, y que da el Señor aun a los gentiles, aun a los herejes; y que turba la fe de los católicos, no. No fué tampoco algún que otro nombre ilustre en matemáticas o en historia, o en milicia o en cualquier otro desarrollo del entendimiento humano. No fué una celebridad, o dos o muchas que en un medio social hostil se labraran una reputación: no. Esta grandeza de que ahora hablamos fué universal, fué producida por un medio social profundamente cristiano, fué la felicidad mayor y más completa de que la historia nos da testimonio, de manera que los nombres insignes que en ese período brillan son cumbres de una cordillera, no son monolitos alzados en un campo de desolación.

29. Y comenzando por lo principal, fijémonos en el espíritu católico.

No era España en estos siglos un convento, pero era un pueblo profundamente católico. Ya hemos oído hablar en momentos supremos a sus reyes; ya hemos podido rastrear por sus actos lo que fué de aquellos reinados característicos. Los Reyes Católicos levantan a regente y gobernador de Castilla a Fr. Francisco Jiménez de Cisneros. Carlos I tiene sus confidencias y su cariño y toma por modelo al gobernador y virrey de Cataluña, San Francisco de Borja, y desea por confesor a San Pedro de Alcántara. D. Felipe *el Prudente* pide al mismo San

---

[1] Matth., VI, 33.



Francisco informes para proveer los cargos eclesiásticos, y los provee en un virrey del Perú, D. Juan de La Gasca y en un Arzobispo de Valencia y Granada Santo Tomás de Villanueva, y en un Arzobispo de Lima, Santo Toribio de Mongrovejo. Su hijo, el tercer Felipe, tenía por familiar al Beato Simón de Rojas, y depositó toda su confianza en el árduo asunto de la expulsión de los moriscos en el santísimo virrey de Valencia y Capitán general del reino, el arzobispo insigne, el Beato Juan de Ribera.

30. Hubo, pues, varones insignes en santidad y llenos están de ellos los altares y las historias particulares, y sería imposible nombrarlos todos; pero eso brotaba de que la planta del catolicismo estaba frondosa y arraigadísima en España.

Con el Concilio Tridentino tan debido a España por las gestiones de sus monarcas, por las luces de sus teólogos, por la autoridad de sus Prelados, se inició una era de reforma eclesiástica, anhelada hacía ya tres reinados, y los obispos, alentados por el monarca, aceptaron el Tridentino y tomaron a pechos la reformación en los concilios provinciales de Toledo, Sevilla, Salamanca, Zaragoza, Tarragona, Granada y Valencia.

31. La reforma regular, apetecida e iniciada por los cardenales Cisneros y Mendoza, empezó a lograr sus frutos en la de los religiosos Carmelitas, acometida por Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz; en la de los hijos de San Francisco de Asís, por San Pedro de Alcántara; en la de los Redentores Trinitarios, por el Beato Juan Bautista de la Concepción; en la de los Redentores de la Merced, por el Venerable Juan del Santísimo Sacramento; en la de los ermitaños de San Agustín, por el Venerable Tomás de Jesús; en la del clero secular, por el Beato Maestro Juan de Avila, que halló un complemen-

to en las fundaciones de dos Ordenes de sacerdotes regulares, que fueron la Compañía de Jesús, por mi glorioso Padre San Ignacio de Loyola, y la de las Escuelas Pías, por San José de Calasanz. Añadiéndose, por último, la fundación de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios.

32. Y ¿quién nombrará el ejército de Santos ya elevado al honor de los altares, que entonces se mostraron con el argumento del fruto, prodigios del Poder de Dios?

Honraron la mitra de Valencia Santo Tomás de Villanueva y el Beato Juan de Ribera; la de Lima, Santo Toribio de Mongrovejo; fueron esplendor del clero secular el Beato Apóstol de Andalucía, San José Oriol en Barcelona, y el Venerable Caballero de Gracia en Madrid. Florecieron en los claustros, con los Santos fundadores ya enumerados, un número casi innumerable, entre los que han descollado, o por lo heroico de sus hazañas, o por lo estupendo de sus milagros, o por lo claro de su sangre, y siempre por lo eximio de sus virtudes, Francisco de Borja, Miguel de los Santos, Luis Beltrán, Mariana de Jesús, Bartolomé de los Mártires, Nicolás Factor, Simón de Rojas, Francisco de Orozco, Pascual Bailón, Sebastián de Aparicio y Alonso Rodríguez. Selló con su sangre el oficio de inquisidor Pedro de Arbués; brillaron por sus conquistas espirituales en las Indias, Francisco Solano, Andrés Hibernón, Francisco Javier, Pedro Claver, con la pléyade de misioneros y mártires de la Florida, el Japón, la China, las Indias, Etiopía, Africa y Oceanía.

Las historias de las Ordenes religiosas están llenas de nombres insignes en virtudes de que fué España plantel frondosísimo, y aún se repiten los nombres de Andrés de Oviedo, José de Ancheta, Manuel Padial, Luis de Grana-

da, Luis de Lapuente, Juan Eusebio Nieremberg, y otros muchísimos de todas las Ordenes religiosas y muchos del estado secular.

33. Manifestación del Poder de Dios en la pujanza adquirida por las Ordenes y fundaciones y hermandades religiosas, que se ve en el número de ellas, en la opulencia de sus monasterios, como los de Monserrat, Guadalupe, el Escorial y tantos otros; por la autoridad y esplendor de las catedrales, iglesias, conventos y casas de devoción.

No era, pues, la santidad flor de un desierto, ni tenía que luchar con el ambiente envenenado y sectario, sino que nacía en suelo abonado y dispuesto, y vivía entre la admiración y la honra de los que, por lo menos, la comprendían.

34. Lo mismo se dice de todas las demás manifestaciones de la prosperidad de los pueblos, y todas tienen la nota de servir preferentemente a la santidad y a la Religión católica.

Progresos de legislación simbolizados en las Partidas y en las leyes de Indias, que son, como todos reconocen, la resultante del espíritu cristiano y la cristalización del Evangelio y del derecho canónico aplicado a la gobernación de los pueblos.

Progresos en las ciencias, subordinadas todas a las sagradas y eclesiásticas, cuyas luces se difunden desde Salamanca y Alcalá a todo el mundo, y cuyos maestros son, entre otros, los doctores Deza, Bañez, Carranza, Victoria, Molina, Vázquez, Suárez, Toledo, Valencia, Lugo; y algunas de sus obras: la Políglota, de Alcalá; el Curso de Teología, de los salmanticenses; la Concordia, de Molina; los Comentarios y discursos, de León; el Tratado *de Locis*, de Melchor Cano, sin contar con los libros de ciencia moral y política, de alta filosofía y derecho público

que, escritos en lengua vulgar, circulaban por todas partes, como los de Quevedo, Saavedra, Márquez, Torres, Rivadeneira y muchos más.

35. La historia, los viajes, la ciencia de la geografía se cultivó, pero siempre alrededor de la acción eclesiástica o de la acción épica, ya en monografías de casas, blasones, monasterios o santuarios, en que descolló Sigüenza, ya en la narración de los descubridores y de las guerras de Flandes, donde se distinguieron Acosta, Bernal Díaz, Coloma y otros más.

36. La literatura y las artes plásticas brotan asimismo del mismo espíritu y nos muestran una multitud cultísima, un pueblo instruído en su historia y en su teología. La ascética, el drama sacro, el auto sacramental, la pintura y la escultura, la orfebrería y la tapicería eran sagradas y abundantes, y recreo y entretenimiento popular de una muchedumbre que la entendía y la sabroseaba, y la prefería a otras producciones profanas. Recordad los nombres de Granada, León, Malon de Chaide, Nieremberg, Estella, Fonseca, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Ribadeneira, Fray Juan de los Angeles, Arias, Rodríguez, en la ascética popular; los de Lope de Vega y Calderón en la dramática, con los de otros infinitos astros menores.

De las demás artes, ¿qué decir? Juan de Herrera hizo la soberbia fábrica del Escorial, y sus discípulos llenaban a España de soberbios monumentos que una barbarie peor que la de los vándalos ha diezmado. Sus nombres quedan para ejemplo, tales como Francisco Villaverde, Juan Alvarez, Pedro Blay, Juan de Valencia, Juan de Orea y muchísimos más. Famosísimo es Juan Arfe por sus custodias, y en la pintura Juan de Juanes, Berruguete, Navarrete el Mudo, Becerra, Rivera, Ribalta y Espinosa.

Inútil es tejer más largo catálogo de varios nombres propios, muchos para los que no tengan nociones de lo que significan, pocos para los iniciados. De aquellos siglos se puede decir lo que de Dios y de su Iglesia se dice, que poco estudio los hace menospreciar y mucho estudio los hace admirar sin remedio. Verdaderamente que fueron obra del Poder de Dios.

37. Aquel Poder de Dios que vimos en los siglos XII y XIII manifestarse en su Iglesia por una prosperidad la más completa que las circunstancias permitían; ese mismo y del mismo modo hace alarde en España de su fuerza. Pero los efectos son más sorprendentes. España había conservado todos los gérmenes de grandeza medioevales y los había en cuatro siglos perfeccionado, que no en balde pasan nunca cuatrocientos años. Había, además, España reunido bajo su cetro a Europa entera, y Dios le había abierto los secretos del Océano. Era, pues, su grandeza cual la que hasta entonces no había conseguido nación ninguna, y los esplendores de la civilización cristiana brillaban por modo nunca usado.

Pero tanta grandeza, entre tantos enemigos, con tantas miserias de la naturaleza humana y de los hombres, nos obligan necesariamente a exclamar: *Nec enim in gladio suo possederunt terram, et brachium eorum non salvavit eos;* no, no fué su espada, aunque formidable, ni su diestra, aunque valerosa, la que les dió posesión de ambos mundos, la que les libró de tantos enemigos y les dió la más completa felicidad. Pues ¿quién? *Sed dextera tua et brachium tuum,* sino el gran Poder, Señor, de tu brazo y de tu diestra y el que los miraste con compasión y clavaste en ellos tus ojos con complacencia, *et illuminatio vultus tui, quoniam complacuisti in eis* [1].

[1] Ps. XLIII, 4.

38. En medio de tanta grandeza debida al Poder de Dios, ¿qué fué la ciudad de Sevilla?

Desde que el Rey Santo la restauró y purificó, fué durante el resto de la Reconquista, asiento muy frecuente de la corte y punto de partida de las escuadras del Atlántico, que ayudaban por mar a la guerra de los infieles.

El Rey Sabio la encontró como la única leal en la sedición de Sancho el Bravo. En el alcázar sevillano, delante de los Prelados y Ricoshombres, maldijo aquel rey al hijo desaconsejado.

Sevilla fué la que dió título de almirante a Bonifaz, y la que frecuentemente vió á sus sucesores, como Alonso Lope Tenorio en 1330, presentar al Rey los cautivos que en las guerras de Marruecos y batallas del mar habían hecho. De Sevilla salieron los caballeros de D. Juan Pérez de Guzmán a pelear con él y con Alfonso XI en el Salado, y a Sevilla retornaron cubiertos de gloria y sangre.

A Sevilla se debe atribuir la libertad de Algeciras en 1350 por la escuadra mandada por Gutierre Fernández de Toledo. De Sevilla salieron escuadras, ya para molestar las costas de Africa, como las mandadas por el insigne D. Pedro Niño, ya las que se dirigieron a la conquista de las Canarias. El almirante de Sevilla, D. Alonso Henríquez guardaba con su escuadra las costas de Africa para asegurar la guerra que en el interior de España se hacía a los infieles.

Ni faltaron los sevillanos en la gran empresa de Granada, siguiendo al duque de Medina Sidonia y al marqués de Cádiz, entre otros, los valerosos Alonso González de Medina, Alonso Ortiz, Fadrique Esteban de Ribera, Ponce de León, Melchor Maldonado y Rodrigo Tous de Monsalve.

Sevilla, como veis, y sus hijos fué tomada como ins-

trumento del gran Poder de Dios para todas las grandes obras realizadas por España durante estos siglos. Así continuó sin intermisión; pero yo no puedo seguir paso a paso toda su acci,ón porque el día se me concluiría sin haber comenzado.

40. Voy a reducir mis ideas a tres puntos principales, queriendo más decir algo de poco que nada de mucho.

Sevilla cooperó a la acción del Poder de Dios triunfador en España con su Almirantazgo del Océano, con la acción ascética y teológica de sus Maestros y Santos, con su escuela artística y literaria.

Fundada en 1503 por Isabel la Católica la Casa y Audiencia de la Contratación, llegó a ser la llave de Europa y de todo el movimiento comercial, apostólico y aventurero con las Indias. Allí venían los que pretendían las arriesgadas empresas del descubrimiento, allá volvían, ora felices, ora desdichados de ellas; de allí zarpaban las carabelas y galeones henchidos de esperanzas y arriesgados propósitos; allá tornaban cargados de barras de oro y plata y de riquísima especiería; en aquellas salas, presididas por Nuestra Señora, que bajo los pliegues de su manto cobijaba al Rey, a Cristobal Colón, al venerable Abad de Jamaica y a diferentes Prelados y pilotos, se dirimían las diferencias surgidas, se examinaban los pleitos, se trazaban los planes para civilizar, descubrir o evangelizar aquellas regiones.

De este Almirantazgo del Océano salió Juan de la Cosa para su exploración por la costa de Venezuela; de aquí la expedición de Vicente Yáñez Pinzón y Américo Vespucio a la Especiería; aquí se maduró el proyecto de la circunvalación de Cuba y viaje a Yucatán por el mismo Pinzón; aquí entró victoriosa la nao *Victoria,* después de su épico viaje alrededor del mundo, tripulada por Juan Sebastián Elcano.

Por los hombres de esta Casa de Sevilla adelantaron las ciencias geográficas y astronómicas. Nuño García Torreño hizo el primer mapamundi de la tierra; Alonso de Santa Cruz, el primer Islario general y apreciadísimas cartas esféricas. Aquí Andrés de Morales hizo los primeros estudios sobre las corrientes del Océano. Aquí se estudió por primera vez el magnetismo terrestre, se trabajó en diversos métodos para determinar la longitud, y se hicieron variados estudios relativos a geografía, cartografía y astronomía por Juan de la Cosa, Juan Díaz de Solís, Diego Rivero, Alonso de Chaves, Castellón, Salviati y otros mareantes insignes. De aquí, finalmente, salieron Prelados y eclasiásticos notabilísimos, que fundaron las Iglesias americanas, de quien fué madre y patriarcal la insigne Sede de San Leandro.

¿Véis a Sevilla cooperando con el Poder de Dios a la dilatación de los reinos de España y recibiendo en pago todas las riquezas del mundo que hacían de su Arsenal el emporio más grande de la opulencia de España y un obreviado mapa de toda ella?

41. Mas no lo fué menos en la acción sagrada de sus teólogos y Santos.

No es posible declararla toda, pues difícilmente hubo nunca ciudad más opulenta y solemne en el culto, más poblada de Ordenes religiosas, más asistida de hospitales y casas de caridad, que pasaban de ochenta, más insigne por su catedral, canónigos, maestros y por todo su clero. Pero no podremos excusarnos de citar al padre de los pobres, al fundador de la Santa Caridad, al venerable D. Miguel Mañara; al maestro de penitentes, el venerable Hernando de Mata, y, por último, al gran repúblico, Arzobispo incorruptible, espléndido padre y señor de su pueblo, martillo de los moriscos, fundador del *Corpus Christi* de Valencia, al bienaventurado D. Juan de Ribera.

Con estos tres nombres podía honrarse Sevilla y gloriarse que había sido muestra del Poder de Dios en aquellos días en que él hacía de España verjel floridísimo de Santos.

Pero hubo un instante en que todo Sevilla, clero y pueblo, religiosos y seglares, niños y ancianos, poderes y estado llano manifestaron su amor a Jesucristo en el misterio de la Preservación original de su Serenísima Madre.

42. No se puede leer sin conmoción lo que desde 1613 hizo Sevilla por la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, y cómo desde ahora ella se puso al frente de todo el movimiento concepcionista de España, y por consiguiente del mundo entero. «El pueblo en masa aclamó a María Inmaculada y la celebró con insuperables festejos sagrados y profanos. Unos pocos quisieron, oponiéndose, atajar la corriente, y la corriente desbordada inundó a España y sus inmensos dominios» [1].

Sevilla, pues, llevó la palma en España, y por España la llevaba en todo el mundo, porque «ni príncipe, ni nación alguna ha mostrado tan gran deseo de ver declarado favorablemente el artículo de la Concepción de la Santísima Virgen, tan debatido en cátedras y púlpitos, como el rey D. Felipe III (q. e. g. e.) y esos reinos» [2].

43. Mas acaeció en esto que al golpe de esta contradicción y lucha se volcaron y manifestaron los tesoros de vida cristiana, pujante y feliz, que escondía el alma sevillana. Hoy día lo vemos con pasmo y con envidia.

Un primer sermón, en que se pone en duda la piadosa opinión no definida, conmueve a la ciudad y la empuja a procesiones, desagravios y fiestas públicas. Pero sobre

---

[1] P. Frías, *Felipe III y la Inmaculada. (Razón y Fe,* tom. 10, p. 22.)

[2] Card. Ludovisi al Nuncio de España, 6 Marzo 1622. P. Frías, l. c., p. 21.

todo unas coplas cantadas por los niños y contradecidas por unos religiosos, son la chispa de un incendio de fervor. La gente principal y la plebeya canta las coplas de Miguel Cid, los ejemplares sacerdotes Mateo Vázquez de Leca y Bernardo del Toro se ponen al frente del entusiasmo del pueblo, el Arzobispo D. Pedro de Castro arroja su autoridad en la balanza en pro del ducísimo Misterio, y desde este instante la vida de la capital andaluza gira alrededor de esta controversia. Los religiosos en sus facultades de Teología, los poetas con su vena poética, los artistas con las representaciones plásticas, el pueblo menudo con sus cantares callejeros, son un himno católico y concepcionista.

Testigos oculares escriben que por aquellos días se hicieron octavarios de desagravio y procesiones y fiestas en gran número, y se colocaron en las puertas y en las paredes y en las calles y en todas partes rótulos alabando al Santísimo Sacramento y a la Inmaculada Concepción en número grandísimo, que hacen subir a más de 70.000.

Todo esto indica más de la vida cristiana y fervorosa de España y de Sevilla que largas disertaciones y nombres desconocidos. Lo que hoy produce en nuestra relajada sociedad el triunfo de un cómico o de un torero, eso y mucho más produjo en aquélla el triunfo de la Inmaculada Concepción y de la gloria del Señor. *A Domino factum est istud;* el Poder de Dios lo pudo hacer y aun así lo admiramos y nos parece increíble, *et est mirabile in oculis nostris* [1].

44. Un paso más y comprendemos la exuberante vida artística sevillana, y en ella tanto por la abundancia, como por la perfección y por los asuntos en que se ejercitó, reconocemos también la obra sola del Poder de

[1] Ps. CXVII, 22.



Dios: *Qui facit mirabilia magna solus,* porque él es el solo que hace maravillas [1].

No hay gloria literaria española que no esté eslabonada con Sevilla. Son sevillanos por su amor, su inspiración, sus argumentos y su lenguaje aquellos colosos del arte de la palabra Lope de Vega y Miguel de Cervantes; y Sevilla tiene su escuela propia donde el divino Fernando de Herrera halló acentos bíblicos para parangonar a España con el pueblo de Dios cuando triunfaba del Turco en Lepanto, sin contar otros innumerables que dieron nombre perpetuo a la erudición y a las letras sevillanas.

45. Pero más que Rioja, Arguijo y Argote de Molina, nos solicitan Bartolomé Esteban Murillo, Alonso Cano y Martínez Montañés.

Esta escuela de escultura y de pintura sevillana es conocidísima en el mundo, y lo será mientras quede sombra de buen gusto. Los nombres de Luis de Vargas, Villegas, Juan de las Rodas, Castillo, Herrera el Viejo, Pacheco, Pedro de Moya, Velázquez, Alonso Cano, Martinez Montañés, Zurbarán y Murillo andan por todos los libros, son citados por todos los eruditos y forman el patrimonio común a los sabios modestos. Pero detrás de ellos hubo ejércitos que, anónimos unos, o con menor fortuna otros, llenaron a Sevilla de tantas obras, que no han podido agotarlas ni las rapiñas de Napoleón, ni los latrocinios de la desamortización, ni la barbarie del 68 y las salvajadas del 1872. ¡Si habría tesoros!

Y todos ¡de qué asuntos eran! Eran, sí, de materias humanas algunos de ellos, porque Dios es autor también de la naturaleza; pero en mayor abundancia eran de materia sagrada con los famosos San Bruno, San Jerónimo, las Concepciones, los Nazarenos, de que conserváis aquí

[1] Ps. CXXXV, 5.

un testimonio fehaciente. El pincel de Murillo y la mano de Montañés y la de Alonso Cano y la de Zurbarán no las movía Dios Criador solamente, eran movidas por Dios redentor, por el Señor del Gran Poder.

46. Dirijamos ya, para concluir, una mirada comprensiva a las ideas expuestas, y veremos fácilmente que no sólo recibió España y Sevilla en este siglo un premio de los trabajos por Dios y por la Cruz realizados en siglos anteriores, sino que gustó los frutos connaturales a una organización y legislación fundada en el temor de Dios y en la palabra fecunda del Señor.

España, y Sevilla en su proporción, no buscaban sino el reino del Señor, castigaban sus ofensas, querían dilatar su fe, procuraban adelantar la Iglesia, respetar sus derechos; y el Señor hacía alarde de su Poder en España y en Sevilla; y las hacía ricas, fértiles, poderosas, respetadas, industriales, artísticas; y las colmaba de toda la felicidad que el hombre y la sociedad puede tener en la tierra. Hacía nobles y respetados a sus hijos en la Teología, en la Astronomía, en la Geografía, en la Filosofía, en las conquistas, en las victorias, en la diplomacia, en la literatura, en el comercio y en el arte. Parecía que todos eran gigantes, y las empresas y los éxitos ordinarios eran como de hércules. Era que el Poder de Dios hacía ostentación de su Brazo!

II

Sobre el influjo del clima.

47. ¡Y qué vergüenza, y qué dolor llena el alma al palpar la ingratitud de nuestros contemporáneos! Porque heridos por la postración actual y no queriendo en-

tonar el *Tibi soli peccavi* [1], preferimos, o prefieren insultar al Señor.

¿Cómo así? Como lo insultaban también aquellos herejes y «otros simples de nuestros hermanos» de que habla San Juan Crisóstomo, «que al ver a los hombres envilecerse con la embriaguez, en vez de vituperarlos a ellos, culpan el fruto dado por Dios, acusan a la criatura de Dios y no culpan la obra del diablo, prescinden de castigar al pecado y no piensan sino en afrentar al Hacedor» [2].

48. Pues así en nuestros días, vemos la mudanza que desde fines del siglo XVII empezó a sufrir la prosperidad de España; las calamidades sin cuento que llovieron sobre ella en los siglos XVIII y XIX, y la ruína que parece hoy amenazarle. Y sin pararnos a pensar, que ni mudaron los enemigos, ni mudó la naturaleza del suelo o del cielo, ni el sitio en que nuestros padres nacieron; por no buscar una causa moral que el diablo sugiriera, que nosotros consintiéramos y que nos quitara el favor de Dios; en vez, digo, de reprender lo que fuera vicio de la voluntad, pecado nuestro; preferimos volvernos contra Dios, y achacar nuestros males a una causa física, involuntaria, obra de Dios. Preferimos ofender de nuevo a Dios, atribuyendo nuestra postración a nuestro *meridionalismo*, al carácter meridional.

49. Desde que Taine escribió, tomó aires de filosofía este criterio materialista, que en boca de sus autores envuelve el determinismo, y que en las de los *católicos simples,* para hablar con San Crisóstomo, envuelve una repetición fonográfica e inconsciente.

Desde que Alemania é Inglaterra y los países del

---

[1] Ps. L, 6.

[2] De Statuis, I, n. 4; (P. G., XLIX, 22).

Norte en Lutero y Enrique VIII, apostataron de la civilización católica, odiaron por modo irreconciliable a los pueblos que quedaron a obediencia de Roma y los llamaron, más que por nada, por esta razón, *latinos*. Mas como la civilizacién católica en España los tenía mudos, no podían sino pugnar por obscurecerla. Al fin, ayudados de Francia, a quien envenenaron, lo consiguieron. Tras esto tenía que venir la humillación sistemática de esos países. Después de Sedán todo se consiguió.

50. Pues de ahí data el momento en que le dijeron a Francia que era *meridional,* y Francia, la eterna propagandista, lo dijo a España y a Italia, y pronto se repitió lo mismo en América; y desde entonces la causa de Sedán y de todas las desgracias de Francia es ser *meridional;* y la de todas las revoluciones de las repúblicas americanas es ser *meridionales,* y las de nuestra patria es ser *meridional*. También se dice que son pueblos *latinos*. En cambio toda la raíz de la admiración para los Estados Unidos, para Alemania, Inglaterra, es ser septentrionales, anglosajones... Más claro lo dicen otros: es ser protestantes.

No hay otra razón. Es lo mismo que decían los paganos y repetían los *cristianos simples* en tiempo de San Agustín: que el cristianismo había traído la ruina del imperio.

51. Pues si San Agustín en los libros *De Civitate Dei* refuta semejante blasfemia, si San Juan Crisóstomo en sus homilías instruye a los *cristianos simples* contra la ofensa de Dios que había en reprobar sus criaturas, ¿no será conveniente y digno de la materia que tratamos, instruir a nuestros católicos contra semejante blasfemia de la herejía, que más o menos disimulada se nos quiere introducir? ¿No será sobre todo convenientísimo cuando tal aberración nos induce a olvidar los beneficios del Señor con la más deplorable ingratitud?

52. Porque Dios nos es testigo de que a tratar de esta materia no nos mueve una pueril vanidad de raza o de pueblo, puesto que queremos hacer recaer toda la culpa sobre nuestras cabezas, y peor es ser pecadores que desgraciados. Lo único que deseamos es vengar la injuria que se hace al Señor y retorcer el cargo sobre nuestros adversarios.

53. Mucho menos nos mueve, y el Señor sabe que no mentimos, un odio incalificable contra nuestros hermanos los del Norte, porque si lo hiciéramos así, contradeciríamos a San Pablo, que nos enseña que en la Iglesia no hay judío ni griego, no hay germano ni español, sino que todos somos hermanos en Cristo Jesús [1]. Si así lo hiciéramos, incurriríamos precisamente en lo que tratamos de refutar y en la censura tácita de Luis el Germánico, quien criado a los pechos de la Iglesia, supo bellísimamente contestar al Emperador Basilio de Bizancio cuando le afeaba el título de «Emperador de los francos». «La Iglesia, le dice, como Samuel unge Emperador a David y rechaza a Saúl, escoge a Carlomagno y olvida a los bizantinos. Lo cual no es sino por la probabilidad que tiene de que la nación de los francos pueda rechazar las sacrílegas empresas de los orientales... Ni es esto de maravillar, como no lo fué que Teodosio fuera español, porque todos los pueblos son herencia de Jesucristo, y todo el que a Dios teme, agrada a su Esposa.»

Palabras hermosísimas que yo quisiera grabar hoy en todos los que me escuchen y que prueban lo que fué Europa hasta que la tea del protestantismo vino a incendiar la heredad del Señor y armó a hermanos contra hermanos, al Septentrión contra el Mediodía.

---

[1] Gal., III, 28.

54. *Septentrionales* y *meridionales*, *anglosajones* y *latinos*. ¿Hay palabras más vagas, más impropias, menos significativas? Porque todos ven, y así sucede, que los llamados meridionales en un punto, podrán ser septentrionales comparados con otros, y viceversa. Y, en realidad, así acaece. Porque en Francia son desdeñados los gascones y los del Rosellón, que para nosotros son septentrionales, y en América los colombianos y peruanos son septentrionales para los chilenos, y meridionales para los de la Florida. ¿Y en cosa tan variable y arbitraria se quiere colocar un fundamento filosófico de la grandeza o decadencia de un pueblo? ¿No se deduciría de eso lógicamente que el pueblo gigante debía ser el de los esquimales y el más abyecto el de los boers y habitantes de la Tierra del Fuego? ¿No llegaríamos así a la fábula, al mito?

55. Pues no es menos sólida la nomenclatura de *latinos* y *no latinos*. Porque cualquiera que ha saludado la Historia sabe de sobra que, después de las irrupciones y de que se constituyeron las actuales nacionalidades y pueblos, toda Europa fué germánica y latina en proporciones que nadie puede evaluar. Italia fué preferentemente ostrogoda, lombarda, normanda y aun griega en los núcleos dominantes de población, y latina en las leyes, costumbres, nombres y hasta vestidos, que los bárbaros y las nuevas naciones querían adoptar.

La actual Francia tiene unas formaciones étnicas primitivas dificilísimas de definir, porque allí quedaron francos, borgoñones, bretones, normandos, godos, visigodos y otras naciones que hicieron desaparecer al galo, al romano y a los pueblos primitivos. La formación moral fué cristiana, y se debió a los santos obispos después de San Remigio, unos de estirpe germana, como San Martín, otros de nombre y quizá de ascendencia romana, como San Gregorio, también Turonense. De nuestra Es-

paña no hay que decir, porque hasta los últimos años de los Austrias se gloriaban nuestros Reyes de descender de Recaredo, y D. Felipe II llamó a su hijo y sucesor Hermenegildo Felipe.

La raza mora fué siempre irreductible e inconfundible con la española por el abismo de la diferencia de religión, y por eso no hubo ni literatura común, ni vestidos comunes, ni mezcla de individuos, y hasta los muzárabes se conservaron formando un estado en otro, como los hijos de Jacob en la cautividad de Egipto. Pero los demás pueblos en España, como en toda Europa, al calor de la Religión católica, se fundieron por completo.

Los mismos germanos y los anglos, aunque conservaron algunos nombres suyos, tuvieron apóstoles enviados por la Iglesia, como San Agustín de Cantorbery y San Bonifacio de Maguncia, y no tuvieron más deseo que remedar las dignidades, los trajes, los usos del Imperio romano. ¿Cuál fué la ambición de todos los emperadores de las casas de Otón, de Hohenstaufen y de Suabia, sino reproducir el Imperio romano tal y como los legistas civiles de Bolonia lo preconizaban? Sus lenguas mismas tienen tal elemento latino, que en vano intentan la desaleación.

56. No queda más que decir claramente que lo que se quiere significar es el Catolicismo o Romanismo y que todo eso de meridionales y septentrionales, de anglosajones y latinos, en Europa, como en América, no significa sino Estados protestantes y Estados católicos, y que la ofensa que se hace al Señor atribuyendo las desdichas a lo que de Él sólo depende es aún más sacrílega, porque incluye la apostasía e insulto de la Religión revelada.

57. Pero prescindamos de todo lo dicho, aunque tan cierto, y tomemos la palabra en su sonido y como perfec-

tamente acomodada: los meridionales no sirven para nada.

¿Será verdad? ¿Será realidad y no sueño lo que oímos? Porque si es verdad, aun latamente, esa afirmación, hay que borrar toda la Historia, que es obra de los meridionales.

58. Antes de nuestro Señor Jesucristo los dueños de la tierra fueron Persas, Fenicios, Griegos, Cartagineses y Romanos. Todos, como se ve, meridionales. Ni por ser meridionales dejaron de tener grandes generales como Ciro, Darío, Temístocles, Aníbal, Asdrúbal, Alejandro, Pompeyo, César, Trajano y tantos más. Ni por ser meridionales dejaron de cultivar las ciencias, la filosofía, las artes, la literatura y cuanto podía comprender el saber humano; y meridionales son Aristótoles y Platón, y Zenón y hasta Epicuro, a quienes quieren copiar y emular los racionalistas germánicos, por no decir nada de la elocuencia, poesía y artes plásticas, admiración insuperable de Goethe y de Shakespeare, septentrionales ellos.

Beneficios fueron estos de naturaleza que Dios nuestro Criador derramó sobre los meridionales, y que deberían valer mucho para los que anhelan por borrar del mundo la revelación y sus beneficios. Deberían valer tanto más, cuanto que, si lógicamente hablaran, dirían que precisamente el ser latinos era para estos pueblos un antecedente lógico de grandeza, y que si la perdieron después de la invasión germánica, la perdieron por la introducción de la sangre del Septentrión.

59. Mas como más clara se ve la predilección del Señor por los meridionales es a la luz de la revelación. Porque meridional fué siempre el pueblo de Abraham, de Isaac, de Jacob, de José, de Moisés y Aarón, de Josué, de David y de Salomón; meridionales estos patriarcas y reyes y los profetas del Señor que se alzaban, no para

reprender su meridionalismo, sino para reprender sus pecados, que unos cometían y otros no, siendo meridionales todos.

60. Pero más se vió esta predilección y gracia divina para con los meridionales en la propagación de la Iglesia, que radicó entre ellos con preferencia, produciendo frutos abundantísimos de carácter, de elocuencia, de santidad, de saber, de erudición, de valor, de cuanto el humano entendimiento puede rastrear.

Porque de ellos fueron San Atanasio, Orígenes, San Basilio, el Nacianzeno, San Efrén, San Cirilo de Alejandría y el de Jerusalén, San Crisóstomo, Teodosio, Santa Pulqueria, los austeros Estilitas, los santos anacoretas, los solitarios penitentes, los primeros cenobitas. Meridionales los Santos Padres de Italia, Africa, España y las Galias como San Ambrosio, San Gregorio, San Benito, San Paulino, San Agustín, San Fulgencio, San Cipriano, Tertuliano, San Isidoro, San Leandro, Pablo Orosio, Lactancio, San Ireneo, San Remigio, San Gregorio y San Martín de Tours, San Hilario, San Jerónimo, San Eusebio, San Nicolás, Osio, y ¿quién tejerá el catálogo de gloriosos meridionales? Baste decir que en los tres primeros siglos de la Iglesia, ésta se dilató entre los meridionales y en ella lucieron su constancia los mártires, sus virtudes los confesores, su inocencia las vírgenes, sus lumbres celestiales los doctores, su valor los soldados y capitanes y emperadores cristianos y no les impidió para nada el ser meridionales.

61. Venidos los septentrionales al Cristianismo y pasado aquel período en que fueron tenidos como símbolo de barbarie y de crueldad, doblaron los fieros sicambros su cuello al yugo de Jesucristo, y ya en la Iglesia no hubo distinción de españoles y germanos, según las frases bellísimas de Luis II de Germania.



Pero aun desde entonces, si hay alguna más predilección del Señor, se ve que está de parte de los meridionales. Estas regiones son las primeras que reciben la verdadera fe y empiezan ya a dar maravillosos frutos, mientras que los anglos, los sajones, y mucho más los normandos y las regiones de Escandinavia, tardan hasta el siglo x y aún más en convertirse a la fe.

62. En todo el tiempo subsiguiente tienen sello meridional las grandes empresas y los grandes héroes de Europa. Porque meridional fué la reconquista de España; meridional la férrea tolerancia y resistencia de los muzárabes; meridional el ardimiento de Carlos Martel deteniendo al mediodía de Francia los pasos de la invasión sarracena; meridional la gran empresa de las Cruzadas y meridionales sus héroes, que son, desde Godofredo a San Luis y desde Pedro el Ermitaño a San Bernardo, casi en su totalidad franceses y napolitanos; meridional casi del todo la escolástica en San Agustín y San Anselmo, en Santo Tomás y San Buenaventura; meridional fué el monaquismo de San Benito y San Hugo de Cluny, de Valleumbrosa y de San Bernardo; meridionales las Ordenes militares, meridional el Dante y Fra Angélico; meridionales los atrevidos marinos del Mediterráneo, y meridional, con Sevilla por centro, el descubrimiento y evangelización de América; con todas las empresas de heroísmo, santidad, ciencia, comercio, agricultura y legislación que en todos los discursos, y singularmente en éste, hemos reseñado.

63. No diré, ni debe decir un católico, que el ser septentrional es antecedente de heterodoxo; ni que sean víctimas de su desordenada fantasía, aunque septentrionales fueron los que crearon los monstruos más desequilibrados del arte en las aberraciones de los libros de caballería, en las locuras de brujas, magos y fantasmas de los

primitivos poetas, en las nebulosidades y sentimientos de los modernos románticos.

Siempre ha de prevalecer el criterio católico, pero tenemos derecho a exigirlo para con los meridionales.

64. Mas por fin se dirá: Nadie negará que hoy día son naciones fuertes las anglosajonas.

La respuesta es obvia. Un momento histórico no da motivo a una inducción y generalización histórica. ¿Quién dice que un campo no es fértil porque se pierda una cosecha? ¿Quién que un hombre es enfermizo porque tenga una pulmonía? ¿Quién que un soldado es malo porque sea una vez vencido? Pues ¿quién dirá que es ley histórica la inferioridad meridional, cuando la Historia nos dice en larga serie de años y de siglos que han podido realizar todas las empresas en que se ha requerido talento, valor, carácter, tesón, tenacidad, fortaleza, prudencia, acierto y todas las virtudes que pueden descollar hasta ahora entre los anglosajones? ¿Por qué no decimos más lógicamente que les falta ahora algo que cuando eran grandes y poderosos tuvieron?

65. Pues ¿qué puede ser eso? Entonces buscaban primero y ante todo el reino de Dios; entonces defendían la honra del Señor; entonces eran instrumentos de su Poder, y después ya no. Y desde entonces; desde que faltó ese celo, ese cuidado, el Señor alejó su mano, y sus enemigos crecieron, y lo deshonraron, y lo escarnecieron, y lo vilipendiaron. Pecamos, y el Señor nos desamparó; buscamos los bienes del mundo, y el Señor nos los quitó; olvidamos la gloria de Jesucristo, y Él nos ha cubierto de ignominia.

Hoy, como en el siglo de mayor esplendor, somos meridionales; hoy, como en el siglo de mayor esplendor, somos hombres frágiles y pecadores; hoy tenemos menos enemigos que en los siglos gigantes de nuestra Historia,

y entonces éramos en todos órdenes grandes. ¿Por qué no hoy? Lo único que nos falta es aquel celo apostólico y católico que nos afianzaron los Romanos Pontífices con renombre envidiable. Luego eso es lo que causa principalmente nuestra ruina, no los otros accidentes, que son como eran y como serán siempre.

66. ¿Pero es que esas naciones anglosajonas buscan al Señor ante todo? No, no lo buscan; pero bien pueden esos poderes heterodoxos ser los Nabucos que castiguen las naciones católicas; podrán ser los Alaricos y los Leovigildos y los Atilas que perjudiquen a Roma y a España para encontrar ellos la luz que su herejía les arrebató; podrán recibir ahora esos *munera vel solatia,* regalos humanos por algunas virtudes humanas que ejerciten, por la generosidad que usan con los católicos, por el amor a lo recto y a lo honesto, por algunas leyes más piadosas y justas que las que dictan otros Estados católicos bajo el acicate y el delirio de la revolución.

Pero sean de estas conjeturas lo que el Señor, que ve la verdad, juzgue, siempre será verdad que la decadencia de las naciones católicas no es consecuencia natural de su posición geográfica, ni de su clima, sino de sus pecados, con los que han ofendido e irritado al Señor, y que nunca será camino de aplacarlo, cerrar los ojos a nuestra responsabilidad y ofenderlo atribuyendo nuestra desgracia a lo que Él ha hecho.

67. Confirmación de esto son las siguientes palabras del P. Juan Eusebio Nieremberg, escritas cuando por nuestros pecados la estrella de nuestra patria se inclinaba hacia su ocaso. Después de haber recordado cuán favorecida de Dios había sido nuestra España «escogiéndola para defensa de la Iglesia, dándole la mayor monarquía que en el mundo se había dado, afortunándola con perpetuas dichas, desde el Rey Católico D. Fernando, desde

cuyo principado se ha dado a montones los reinos y las felicidades», sigue entretejiendo una enumeración brillante, y en seguida con voz de Profeta concluye:

«¿Qué agradecimiento hemos tenido a todo esto? Sino que con los mismos beneficios divinos nos hemos armado y vuelto contra Dios. Con el imperio nos hemos ensoberbecido despreciando a las naciones extranjeras, con las riquezas nos hemos desenfrenado en los vicios, con unos y otros hemos perdido la vergüenza en el pecar, preciándonos tanto de ello como en otros tiempos de la virtud. A las iglesias se ha perdido el respeto con increíble desacato de muchos. Las injusticias están en su punto, la avaricia pasa de él, la liviana carnalidad es sin freno. Por ventura, o desdicha nuestra, no serán peores que nosotros en virtudes morales muchos infieles. La caridad falta, la esperanza se ha mudado en presunción, sólo nos queda la Fe pura, gracias a Dios; pero esa la tenemos con arrogancia, presumiendo de ella demasiadamente.»

Así señala el daño y continúa avisando del peligro-

«Temamos que si nos faltan buenas obras, no nos defenderá la Fe, antes la Fe misma peligrará; porque es beneficio divino y merecerá perderle quien no le agradeciere. Sobre todo irrita la ira de Dios, que con los castigos que nos ha enviado, para que nos mejoremos, nos hemos ido empeorando, y parece que cuanto más nos castiga más nos hemos adelantado en pecar; y pecando todos, piensa cada uno que es por los pecados ajenos. El pueblo dice que es por los pecados de los Magistrados, que tienen la mano en el gobierno; éstos que por los pecados del pueblo, y lo cierto es que es por los pecados de todos. Pero en ser por pecados, todos lo dicen y todos lo ven, y aun todos lo lloran y nadie lo enmienda con veras. No sé en qué ha de parar esto, aunque bien lo sé: si no se pone

en la enmienda y penitencia particular diligencia, parará en acabarse todo y destruirnos» [1].

Así hablaba y escribía este apóstol al rey Felipe IV. Todavía no se sabe que aquellos pecadores, como otros de que habla San Bernardo y otros de que todos sabemos *dedignabuntur legere, aut si forte legerint, mihi indignabuntur* [2], que o se desdeñarán de leerme o se me enfadarán si me leen. No hubo esto; y aunque lo hubiera habido, así hablaba el P. Nieremberg. Esa es la única y verdadera filosofía de la Historia; todo lo demás o es herejía o excesiva simplicidad.

68. Refutada ya esta preocupación blasfema, no nos queda sino elevar a Jesús del gran Poder un himno de alabanza por las grandezas con que galardonó a España y a Sevilla el celo puro de sus monarcas y de su pueblo por la extensión de la fe católica y del reino del Señor. Himno de alabanza, al cual debemos convidar a los campos del Rhin y del Escalda, a las aguas sanguinolentas del mar de Africa y de Lepanto, a las olas borrascosas del Atlántico y del Pacífico, a las cimas volcánicas y nevadas de los Andes, a las islas del mar y a los extendidos continentes americanos; porque todos contribuyeron a la gloria de España y de Sevilla, y todos sirvieron de perlas en la corona que el Poder de Dios les labró. Entonemos ese himno gigante al Poder de Dios, que sombreó a España y a Sevilla para que no la empecieran ni los odios de sus enemigos, ni los poderes de alemanes, ingleses, holandeses, turcos, franceses, italianos, idólatras y gentiles coligados, ni los pecados particulares y propios de la debilidad humana, ni la flaqueza y limitación del hombre, sino que hizo saliera de todo pujante y vencedora.

[1] *Recuerdo para remedios de tiempos presentes*. (Obras, III, fol. 183)

[2] *In Cant*. S. II, n. 2; (P. L., CLXXXVIII, 1156).



Entonemos también un himno de gratitud por nuestra humillación presente, merecido castigo de haber imitado primero la política indiferentista de Luis XIV, de haber renegado después de nuestra misión providencial, de haber admitido errores y vicios y roto nuestra unidad católica, de haber olvidado los intereses divinos por no haber encontrado los humanos. Castigo amoroso con que el Señor quiere que le busquemos, que lloremos a sus pies, para devolvernos la investidura de instrumentos de su Poder, porque *Ipse castigavit nos propter iniquitates nostras, et ipse salvabit nos propter misericordiam suam* [1]. Él nos ha castigado por nuestras iniquidades y Él nos salvará por su infinita misericordia. Entretanto, bendigamos continuamente su Poder, alegrémonos por los beneficios que nos hizo y nos hace, y confesemos eternamente su bondad, su misericordia y su justicia: *Benedicite Dominum omnes electi eius; agite dies laetitiae et confitemini illi* [2].

Amén.

---

[1] Tob., XIII, 5.
[2] Ibid., XIII, 10.

DISCURSO NONO

El desaliento de los católicos.

SUMARIO

Exposición del tema, donde bajo la misma infalibilidad promete el Señor la persecución y el triunfo. Siempre ha sido la vida cristiana verdadero combate: el de hoy está más extendido. Por eso hay católicos que temen. Ejemplo del temor de Israel al oir a los exploradores de la tierra de Canaán: temieron porque olvidaron que el Señor se la iba a dar. Sin olvidar el Poder de Dios, veamos el estado del mundo: su descripción. Pues esa es la tierra que el Señor nos dará.

I

Josué manda a sus Capitanes pisar los cuellos de los gigantes cananeos: el Angel del Poder divino nos manda pisar sobre todos los enemigos de Dios y nos enseña que así hará Dios con todos los demás: resumen de todas las materias expuestas en los anteriores discursos, hasta tocar los enemigos contemporáneos.

En la lucha de nuestros días vemos ya preludiado el triunfo del Poder de Dios. Contra la falsa filosofía pelearon Fr. Fernando de Ceballos y el beato Fr. Diego José de Cádiz; contra el liberalismo y las Cortes de Cádiz *El Filósofo Rancio;* contra el protestantismo, la revolución y el catolicismo liberal, el Dr. D. Francisco Mateos Gago. Todos pelearon con las fuerzas del Poder divino contra los alardes del poder humano; accidentes de su lucha; su victoria.

El desaliento presenta objeciones contra la victoria que éstos han alcanzado: razones con que se refutan.

II

Cuál y cómo es la persecución de los católicos en nuestros días: no es cruenta, ni desaforada; espectáculo del día del Juicio al compararse nuestros perseguidos con otros más heroicos. Pero, con todo eso, nuestra persecución es grande; las preferencias del mundo son para los adoradores de sus ídolos, a ellos se les concede libertad y se oprime a los católicos. Del orden público desciende el desprecio a la masa social, y todos protejen y respetan a los impíos o a los fáciles y venales y hostilizan a los constantes. Además la persecución ofusca y trae tinieblas de miedo y voces de capitular.

Se debe exhortar a la paciencia, a ejemplo de los santos. A lo cual inducen ocho razones; 1.ª, que ese es el camino por donde ha

llevado Dios a su Iglesia para hacerla triunfar; 2.ª, que Él le ha prometido a la Iglesia pelea y triunfo, y nada puede faltar; 3.ª, porque se manifieste que la victoria es solo de Dios; 4.ª, para que se vea que los católicos somos hombres y no seres superiores; 5.ª, para que practiquemos el Evangelio; 6.ª, para que se vea la pureza de intención de los católicos; 7.ª, para que nazca el deseo de bienes mejores, y 8.ª, para que sea verdad que el reino del Señor no es de este mundo.

Agréganse brevemente otras, como la expiación de las culpas, la purificación de nuestra esperanza, el castigo de nuestra desconfianza y el amor e mitación de Jesucristo Crucificado.

Peroración resumiendo el fruto de todos los discursos.



In mundo pressuram habebitis, sed confidite, ego vici mundum.
Grandes tribulaciones tendréis en el mundo; pero tened confianza: yo he vencido al mundo.

(*Joan.*, XVI, 33.)

REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE NUESTRO PADRE JESÚS DEL GRAN PODER:

1. *En el mundo padeceréis angustia y opresión*; *pero confiad, porque yo he vencido al mundo.* Con estas palabras en que bajo la misma infalibilidad se promete la pelea y la victoria, la persecución y la corona, envió a sus Apóstoles el Señor como ovejas en medio de lobos, para que las ovejas, siendo despedazadas, vencieran y domaran a los lobos. Con estas asimismo nos envía a nosotros a pelear la pelea contemporánea, envolviendo en la misma promesa infalible las lágrimas y el consuelo.

2. Esta es aquella lucha de que escribía San Jerónimo a su discípulo Heliodoro: *Vita christiana, quae in baptismo incipit, vita militaris, est*; la vida cristiana, que en el bautismo empieza, es vida militar. Esta es aquella pelea de que habla en un sermón San Pedro Crisólogo: *Est nobis agonizandum non levi certamine*, hemos de pelear en no ligera pelea, porque nuetro certamen es contra la maldad y los ataques diabólicos, *contra spiritualia nequitiae et contra diabolum et angelos eius; certamus contra iniustitiam, contra impietatem, contra malitiam, contra impudicitiam, contra diversas illecebras peccato-*



rum. Esos son los enemigos espirituales con quien tenemos guerra continua, la injusticia, la impiedad, la maldad, la impureza, el ejército de todos los pecados [1].

3. Esta es aquella pelea recrudecida hoy, extendida por todos los órdenes de la vida, y que parece poner en peligro aun la misma vida de la Iglesia. A la cual lucha nos envía nuestro Salvador y Capitán como envió a los Apóstoles, envolviendo en la misma promesa la persecución y la victoria.

Y no faltan apóstoles generosos que en lo rudo de la persecución reconocen la infalibilidad de la promesa, y por el cumplimiento de la primera parte, *pressuram habebitis*, deducen el que ha de tener la segunda: *confidite, ego vici mundum.* Pero no faltan tampoco quienes, aterrados con el poder de los enemigos, que tienen enfrente, se entregan a la desesperanza y desaliento, olvidados del Poder de Dios que está con ellos.

4. Así acaeció a los hijos de Israel cuando se vieron frente a frente de la tierra de Canaám. Habían dejado a los egipcios hundidos en el mar Rojo; habían visto el brazo del Señor en alimentarlos a su deseo con carnes y con maná, y en convertirles en dulces las aguas amargas de Mará; también le habían visto justiciero sobre sus cabezas, para castigar sus idolatrías y desconfianzas; por último, habían recibido de El ley, culto y ceremonias, y se hallaban acampados en el desierto de Faran, a vista ya de la tierra prometida, y con la promesa de Dios de que iba a ser de ellos la tierra y los trabajos hechos en ella por otros pueblos: *Dedit illis regiones gentium, labores populorum possederunt* [2]. Y habló el Señor a Moisés diciéndole: Envía a esa tierra de Canaám, que les voy a

[1] Serm. 119; (P. L., LII, 526).
[2] Ps. CIV, 43.



dar yo, hombres escogidos, varones graves y principales, sendos de cada tribu, para que la vean y la admiren, para que se gocen en lo que van a poseer [1]. Así creerían todos que iba a suceder, porque de la palabra y promesa divina no se podía dudar. No iban a examinar los aprestos y fuerzas del enemigo para pertrecharse; no iban a explorar las entradas y salidas de la tierra para saberla acometer; no. Iban sólo a considerar lo que ya era suyo, lo que les iban a regalar: *Qui considerent terram quam daturus sum filiis Israel.*

Pues bien; ¿qué sacaron aquellos príncipes y varones graves, aquellos hombres selectos, de su exploración? Eran doce, como las tribus que representaban, y de ellos diez contra solos dos, Josué y Caleb, ponderaron todo lo que habían inspeccionado, los frutos colosales que producía, la feracidad y abundancia que se podía expresar diciendo que la arroyaban leche y miel; pero no menos la proceridad de sus habitantes, la fortaleza y fortificación de sus ciudades; que eran hijos gigantescos de Enac los que tenían aquella tierra, y que los amalecitas, heteos, jebuseos, amorreos y cananeos que se la dividían, eran pueblos feroces y aguerridos [2].

5. Bastó tal exposición para que el criterio móvil del pueblo se desviara, y como si aquella tierra no hubiera de ser don y merced del Señor, sino premio de sus lanzas, se arrojaron por los suelos a llorar y lamentar su desgracia, y ya llegaron hasta amotinarse turbulentos y sediciosos exclamando: Esa tierra será nuestra sepultura; levantemos un hombre que nos acaudille y vuelva a Egipto [3].

En vano levantaron su voz Josué y Caleb poniendo ante los ojos la verdad de que no la habían de conquistar

[1] Num., XIII, 2.
[2] Ibid., 28-32.
[3] XIV, 5-6.



ellos por sus fuerzas, sino que el Señor era el que se la había de dar, y que por eso lo práctico y lo seguro era tener al Señor contento, y no ser rebeldes contra Él; *Nolite rebelles esse contra Dominum;* ni temer a un pueblo a quien como pan se lo habían de comer, porque no tienen socorro ni favor alguno, y el Señor está con nosotros. No temáis: *Neque timeatis populum terrae huius, quia sicut panem, ita eos possumus devorare: recessit ab eis omne praesidium. Dominus nobiscum est, nolite timere* [1].

7. En vano fué todo: la razón suprema de que el Señor estaba con ellos fué desoída y, creciendo a lo sumo el motín, quisieron apedrear y matar como a blasfemos a los que les decían la verdad y defendían el honor del Dios de Abraham.

En tal momento llenó la gloria del Señor el tabernáculo de la alianza y se vió refulgente sobre él. Amenazador venía el Señor, y sólo las súplicas de Moisés pudieron vencerle; pero no tanto que para escarmiento de desconfiados no dijera: «Todos aquellos que han podido ver mi majestad, los prodigios hechos por mí en Egipto y en el desierto, y por diez veces me han tentado y no han obedecido a mi voz; no verán la tierra que, jurando, prometí a sus padres, y ninguno, ni uno solo de los que así me han ofendido, la verá [2].

8. Pues al enviarnos a nosotros a la pelea de la vida cristiana y a la conservación y defensa de nuestra fe entre tantos enemigos, desea y quiere que los veamos y que nos enteremos de sus fuerzas, de su número, de sus aceros y orgullo. Pero no para que dudemos del resultado, no para que ofendamos al Señor con la desconfianza, sino para que le alabemos con la fe y la esperanza y firmeza

[1] Ibid., XIV, 9.
[2] Ibid., XIV, 22-23.

en su palabra. No para que olvidemos lo que ha hecho en otras ocasiones con los suyos, sino para que esperemos una vez más.

9. También nosotros hemos visto a la Iglesia, merced al Poder de Dios, salir de la esclavitud de la sinagoga y del paganismo y dejar en el mar Rojo de la sangre de los mártires, anegados a sus enemigos. También hemos visto, sólo por el Poder de Dios, amordazada y muda la sofista palabrería del saber y de la prudencia humana en todas las herejías orientales y bizantinas, patrocinadas por la fuerza y la astucia y el silencio venal y político. También hemos visto al Poder de Dios haciendo polvo y aventando como tamo de las eras al poder bárbaro de las tribus invasoras de Europa, y al poder teutónico de los emperadores germánicos que pretendían renovar con la Iglesia la cautividad de Egipto.

También hemos visto al mismo Poder divino largo, sí, en remunerar trabajos sostenidos por su palabra y su honor; pero también castigar con peso y rigor el convertir en ídolo esos mismos dones que Él da y adherirse a ellos con desdén de Él.

También hemos visto a este Dios, más glorioso en la corona cuanto más debil en el soldado. *Ibi est corona gloriosior, ubi Christus infirmior* [1], oponiéndose y venciendo el torrente del *todo el mundo*, de *la opinión pública,* venciendo las propensiones de raza y clima, para que ni el enemigo, ni el vencedor puedan gloriarse contra Él.

Todo esto hemos visto.

10. Pues no olvidando esto, asomémonos a ver al enemigo. Son invisibles, pero bien se pueden conocer escudriñando la tierra. Porque de todas partes se levantan en teatros, diversiones, centros de recreo, conversa-

[1] San Agust., serm. 104.



ciones, amistades y trato social, peligros y tentaciones continuas de la castidad para la juventud, y para las otras edades de injusticias en los contratos, de odio de clases, de opresión de los débiles, de abuso de la palabra, de prepotencia y soberbia, de lujo y vanidad, de ociosidad y mentira.

¿Quién ignora el desprecio de las obligaciones, el olvido de la educación cristiana, las desavenencias en los matrimonios, el horror a los santos frutos de él, las de mil maneras practicadas y puestas dificultades al fin santo de la familia? Pues ¿qué decir del cumplimiento de otras obligaciones de orden público y social? ¿Qué decir de aquellos que deben velar por la instrucción y educación de sus semejantes? ¿Qué de los jueces, magistrados y gobernantes? ¿Qué de los maestros, sacerdotes y superiores? ¿Qué de los jornaleros, súbditos y criados?

11. Mas no es lo peor que haya tentaciones y peligros continuos y constantes; sino que se constituye el pecado en virtud y el error en ley. Por la licencia y libertad de hablar y disputar y enseñar y disertar de todo, no hay error que no levante cátedra, ni vicio que no se presente a disputar un derecho, ni secta que no quiera tener seguidores, ni dios falso o ídolo que no exija una pagoda.

La lengua muda y cambia la significación de las palabras, y se llama progreso a la apostasía, prudencia a la codicia y a la ambición, benignidad al encallecimiento, vida a la muerte, error a la verdad, intransigencia al carácter, a la caridad odio y al verdadero odio amor y caridad.

12. Pero la causa y como raíz de todo es el olvido, la negación en que se quiere envolver todo lo que sea revelación, vida sobrenatural; todo lo que es la Iglesia católica. Desde la altura de los Estados, desde las nubes en que se forjan las leyes, se rompe abiertamente, se

prescinde sistemáticamente, o se olvida adrede y meditadamente el influjo de la Iglesia católica, y esa neutralidad, olvido u hostilidad desciende a toda la masa social y se infiltra en toda la vida. Neutra es de hecho en mil y mil facultades la enseñanza, neutras las distracciones, neutro el negocio, neutra la familia, neutro el gobierno, neutra la ley, neutro el individuo y neutro, o mejor hostil, a la Iglesia el ambiente en que se vive.

Diríase que el mundo se ha conjurado para pasarse sin Jesucristo y su Iglesia. *Adversus Dominum et adversus Christus eius* [1].

13. Y para esto disponen de toda la fuerza humana: la enseñanza de la juventud centralizada y en sus manos; el poder de la ley y de los parlamentos a servicio de poderes adversos; los pobres y trabajadores organizados y hostiles con la fuerza del número; las mercedes y el porvenir sonriendo a los que adoren a Baal; la opinión pública extraviada por un diluvio de impresos y representaciones, que sin tregua la envenena; los traidores y falsos hermanos no queriendo verse sin la engañadora piel de oveja para sembrar confusión y ruina: *Ut furetur, et mact et etperdat* [2]. Y hasta en tan grande batalla y pelea no faltarán mercenarios de los que dijo Nuestro Señor: *Mercenarius autem et qui non est pastor, cuius non sunt oves propriae, videt lupum venientem et dimittit oves et fugit* [3]; mercenarios que huyen en presencia del lobo, porque no son suyas las ovejas.

14. Mas ¿para qué decir esto? ¿Para que se aumente nuestro terror? ¿Para que crezca el desaliento? ¿Para que huyendo, nos entreguemos al enemigo?

Nada de eso; sino que con Caleb y Josué debemos re-

[1] Ps. II, 2.
[2] Joann., X, 10.
[3] Joann., X, 12.

petir: *Ascendamus et possideamus terram, quoniam poterimus obtinere eam* [1]. Esos son, en verdad, los enemigos que el Señor nos presenta, pero nos los presenta para la victoria, no para el miedo: podremos con su gracia superarlos, podremos.

15. He aquí el deseo que hoy me hinche el corazón: deshacer con el Poder divino, no esos enemigos, sino un enemigo mayor que todos ellos: el miedo a ellos. Pedid conmigo las gracias, etc.

AVE MARÍA.

I

16. Acababa de tomar Josué, en nombre de Dios, posesión de la Tierra prometida, y tuvo que socorrer la ciudad amiga de Gabaón contra la sorpresa y asedio con que los reyes cananeos de Jerusalén, Hebrón, Jerimot, Laquis y Eglón las guerreaban. Venció el Poder de Dios, que hasta detuvo el sol y la luna en sus carreras para que Josué pudiera consumar la victoria; y al resplandor de aquel ocaso maravilloso, huían los cananeos perseguidos por Dios y por su ministro, el ejército de Josué.

Los cinco reyes y caudillos en el desastre se ocultaron en honda cueva, lo cual, sabido por Josué, le inspiró la idea de conservarlos allí como prisioneros, hasta que se acabara de perseguir al enemigo.

Al volver de la persecución, hizo Josué acampar su ejército delante de aquella caverna, y mandó que quitadas de su boca las piedras, arrastrasen allí ante los pies de todos a los reyes de Jerusalén, Hebrón, Jerimot, La-

[1] Num., XIII, 31.

quis y Eglón. Hiciéronlo así los ministros y arrojaron por el suelo a aquellos gigantes, de estatura procerosa y fuerzas atléticas que habían sido el espanto del pueblo.

Terror hondo circulaba por todo el ejército, que, ávido, esperaba el término y fin de aquella escena, cuando Josué: «Venid, dijo a los generales de Israel, venid todos y pisad valientes las gargantas de esos reyes, que han sido vuestro espanto.» Lo hicieron y él les declaró su pensamiento añadiendo: *Nolite timere, nec paveatis; confortamini et estote robusti:* no temáis ni os intimidéis por nada ni por nadie; antes tomad fuerza y valor porque, como ha hecho el Señor con estos reyes amorreos, así hará con todos los demás enemigos que tenéis enfrente: *Sic enim faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis* [1].

17. Pues así me parece que hoy ese Nuestro Señor y Capitán Jesús nos pone a los ojos vencidos y derrotados todos los poderes del mundo, contra los que tuvieron guerra los Santos, y nos dice lo de Josué: Pisadlos, para que no volváis a temer más a los gigantes que os aterran: así hará el Señor con todos los enemigos, contra los que peleáis.

Porque parece como que nos ha hecho ver en ese gran campo de la Historia sagrada y eclesiástica palpitantes de terror todos los poderosos enemigos de su Poder, vencidos por nuestra debilidad humana. Allí aparecen primero Caifás y el sanedrín judío, poderosos con el poder, con la astucia, con la representación de Moisés, cayendo sobre nuestro Capitán, dejándolo crucificado, muerto y alanceado: y al volverse a Jerusalén se sintieron heridos de muerte, y de convulsión en convulsión no cesaron de morir hasta que desapareció el templo y el pueblo, y la

[1] Jos., X, 3-25.



legislación, y quedaron sus hijos dispersos como una raza de Caínes, bajo el peso de una sangre que pidieron sobre sí y sobre sus hijos [1].

Sic enim faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis. La historia de la prédicación apostólica os ofrece el mismo espectáculo. A ellos, a los Apóstóles, débiles y angustiados y trabajados en Roma y en Efeso y en Egipto y en la Citia y en la India *et usque ad ultimum terrae* [2]. Y cayendo bajo los golpes de la prepotencia de Nerón y del procónsul Egeas, y de Herodes Agripa, y del emperador Domiciano, y de Astiages de Armenia, y de todos sus tiranos; quedaron vencedores y su doctrina y el nombre y la gloria de ellos pisó la memoria de todos sus impugnadores, que bajo un puñal sedicioso, o bajo la vergüenza de sus delitos desaparecieron y se olvidaron: *Sic enim faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis.*

18. Y con ellos venció lo que era escándalo para los judíos y locura para los gentiles. ¡Casi trescientos años de continua pelea y aparentes derrotas parciales para llegar al triunfo de Constantino! Los ojos humanos vieron en los campos y en los mares, en los anfiteatros y en los circos mutilados, abrasados, despedazados los miembros palpitantes de la Iglesia; sus Papas y sus obispos, sus ancianos y sus niños, sus soldados y sus jueces, sus hombres y sus mujeres, sus nobles y sus esclavos fueron víctimas de aquel Estado sin entrañas, de aquel pueblo caníbal, de aquellos espías y verdugos, y huyeron y se escondieron y eran mofados, y los llamaban por escarnio *sarmenticios* y *semiaxios* porque, atados a un palo y rodeados de sarmientos, servían de pábulo a las

[1] Matth., XXVII, 25.
[2] Act. Apost., 1-8.



llamas [1]. Pero cuando todavía Nerón y Domiciano y Marco Aurelio y Decio y Diocleciano y Maximiano y Galerio no habían acabado con los cristianos, aparecieron los cadáveres de estos príncipes palpitantes en la arena; y la Iglesia, por San Silvestre, nos enseñó a pisar para siempre sobre sus gargantas y el Señor y el Angel del Poder divino exclamaban: *Sic enim faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis.*

19. Ni pisó la Iglesia sobre los cuellos de los tiranos, sino que la castidad de sus vírgenes venció la lujuria y desenvoltura de las bacantes y lupercales paganas; y la honestidad de la familia del cristianismo arrolló el divorcio, la exposición, el infanticidio y la esclavitud de los romanos; y la fe humilde en el Crucificado de aquellos niños, doncellas y gente, en gran parte iliterata, venció y pisó la garrulería presumida de Sénecas y Plutarcos, de Horacios y Homeros, de Platones y Aristóteles, de Antoninos y Severos, de Juvenales y Quintilianos, de Zenones y Epicuros y de toda aquella turba de sabios de este mundo, entregados a las brutales concupiscencias de sus apetitos [2]. Pues no lo dudemos, *sic faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis.*

20. Hermosa y divina lección que es la continua en toda la Historia de la Iglesia. Sofistas e hipócritas, emperadores, rétores y sacerdotes cohechados oprimen en Bizancio y en todo el Oriente la verdad, y con audacia, falsía, número, sofismas, ambición, fórmulas, hipocresías y toda clase de amaños y violencias, parecen afligir a los Atanasios, Osios, Basilios, Naciancenos, Cirilos, Crisostomos, Ambrosios, Eusebios, Hilarios, Flavianos, Sofronios, Martinos, Máximos, Germanos, Damascenos, Tarasios,

[1] Tertuliano, *Apologético*, L; (P. L., I, 531).
[2] Rom., I, 26.



Platones, Nicéforos, Teodoros, Metodios, Ignacios y tantos más que se oponen a los cismas y herejías de la inquieta Iglesia oriental. Pero al volver el rostro, los vemos a todos deshechos y las herejías muchas veces consumidas por otras que de su seno corrompido brotan, los emperadores o destronados por sus mismos cómplices de herejía o muertos en vergüenza y confusión; todo el imperio despedazado por los árabes, búlgaros, africanos, mahometanos, persas y por los azotes del hambre, la sequía, los terremotos, las enfermedades, hasta caer bajo el alfanje de Bayaceto. Y entre tanto la verdad de Atanasio, de Cirilo, de Flaviano, del Damasceno vuela triunfante sobre las ruinas de sus enemigos, y canta para nuestra enseñanza y consuelo: *Sic enim faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis.*

21. Y cuando Europa crujía bajo las pisadas y los caballos de Genserico, Alarico y Atila; cuando pareció que Totila hacía desaparecer la fe de Italia y Leovigildo la de España y Trasamundo la de Africa y los normandos la de todas partes, y cuando la raza cristiana, por latina y por católica, parecía ser la destinada a desaparecer ante el ímpetu de aquellos pueblos antes herejes que civilizados y siempre odiadores de Roma; entonces fué cuando las conversiones de Clodoveo y Hermenegildo y Recaredo y Etebaldo y Esteban y Vladimiro pusieron por el amor a los pies de Remigio y de Leandro y de Gregorio *colla regum;* las cervices de aquellos terribles capitanes, e hizo entonar a la Iglesia un himno de victoria que nos legase como himno de esperanza: *Sic enim faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis.*

22. Mas para que nuestra confianza en el Poder de Dios se afiance más y más, todavia este divino Josué nos hace pisar sobre los cuellos de más y más enemigos, o, mejor, nos hace andar sobre el áspid y el basilisco y piso-



tear el león y el dragón, según la profecía: *Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem* [1]. Porque como león y áspid y dragón fiero y venenoso se levantó en Arabia aquel falsario de Mahoma, cuya palabra fanática, los odios de razas, las costumbres de merodeadores de aquellos pueblos, levantaron nube de combatientes que fueron azote del mundo y ruina de Africa, Asia y aun amenazaba serlo de Europa. Llenos de odio y prepotencia arrollaron, talaron, martirizaron; pero las divisiones intestinas, la resistencia heroica de los pequeños estados pirenaicos, la sangre de los mártires, y siempre el Poder de Dios, tendió el cadáver del mahometismo para que lo pisotearan los Eulogios y Alvaros de Córdoba, los Fernandos y Alfonsos de Castilla, los Alfonsos y Jaimes de Aragón, los Wifredos y Berengueres de Cataluña. Para que anduvieran sobre él y sobre su cuello los Godofredos y Raimundos, los Tancredos y Balduinos, los Ricardos y Luises de las Cruzadas. Para que, al fin, cercenadas las alas del dragón y quebrantado su poder, ensangrentara las aguas de Lepanto y pudiera el *Joven de Austria* repartirse sus despojos, y el ángel de la Iglesia enseñar a todos: *Sic enim faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis.*

23. Nada escapa de tan continuado triunfo conseguido siempre, no hay que olvidarlo, mediante los afanes de la pasión. Porque esa ha sido la providencia divina: mostrar hasta la evidencia la improporción entre la fuerza o el instrumento y el triunfo, a fin de que la gloria recayera siempre en el Poder de Dios.

Arde Albi y todo el Sur de Francia con los herejes maniqueos, y padecen los ejércitos de Simón de Monforte, y más aún los ejércitos pacíficos del Rosario, y que-

[1] Ps. XC, 13.



dan vencidos los enemigos de Dios cuando vencedores parecían. Enrique IV y V de Alemania se ensañan en los hijos fieles de la Iglesia, en los Pôntífices romanos. Y muere Gregorio VII en Salerno, y cede Pascual II, y huye y muere Gelasio II, y es desposeída la Iglesia del brazo de Rodolfo de Suabia y de Conrado III, y siega la muerte vidas en el bando pontificio, y parece que todo favorece al prevaricador y al antipapa; y Calixto II, a deshora, cuando sólo el Poder de Dios obraba, ve la victoria y señala a los gigantes del mundo como oprobio de los siervos de Dios: *Sic enim faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis.*

24. Recordad todo lo que indicado queda en las páginas y discursos precedentes. Visto a la luz de la fe, es el caso de Josué perpetuamente reproducido. La ambición, aun de los ministros de la Iglesia, exarcebada por la abundancia de riquezas y por la venalidad a que convidaban los príncipes temporales; la disolución pública y escandalosa de la vida en muchos eclesiásticos, triste consecuencia de los bandos, guerras y costumbres aseglaradas; la crueldad y soberbia de príncipes y señores que oprimiendo a los pueblos oprimían a la Iglesia; la prepotencia y cisma de Federico Barbarroja y sus descendientes; la preponderancia que por causa de las rivalidades de los cristianos alcanzaban los turcos y los mahometanos; hicieron padecer a la Esposa de Jesucristo, la afearon, la hicieron sentir lo humano de su cuerpo y del barro de sus pies; pero llorando y gimiendo no le impidieron que el Poder de Dios derramara en ella la ciencia de Tomás, Buenaventura, Raimundo y Gregorio, el prestigio y poder de los Alejandros e Inocencios, las fortunas y valor cristiano de los Simones, Fernandos y Jaimes; los esplendores de los Santos Nolascos, Franciscos y Domingos; las luces de San Bernardo, las grandezas acu-



muladas por el Señor en los siglos duodécimo y siguiente, con el mayor grado de saber cristiano, de santidad cristiana, de valor cristiano, de autoridad cristiana que vieron hasta entonces los siglos.

Entonces fué cuando heridos por Dios en los Concilios de Letran y de Lyon los monstruos de todos los vicios y del cisma oriental, manifestaron el Poder de su brazo, y nosotros aprendimos que *Sic... faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quo dimicatis.*

25. Ni debemos callar en este recuerdo sintético de la obra del Poder divino lo que en nosotros y en nuestra España y en Sevilla obró, tanto más digna de alabanza su obra, cuanto con menores instrumentos y con mayores padecimientos y debilidad se hizo. Porque no quitó las fuerzas ni a los turcos del Mediterráneo, ni a los moros y moriscos de Africa y de España; ni hizo inofensivos los ríos, bosques y mares del nuevo continente, ni desherboló las flechas y armas venenosas; ni quitó la crueldad de los calvinistas, anglicanos y luteranos, ni la ambición y envidia a los franceses; ni siquiera hizo que todos los españoles fuesen santos, ni les arrancó las pasiones y fragilidades y equivocaciones de hombres. Sino que, venciéndolo todo con fuerzas sobrehumanas, dió un triunfo tal que sólo del Poder de Dios podría ser.

Sólo Él pudo llevar a pocos españoles contra un mundo, contra el mar, contra los venenos y las fieras y los hombres. Sólo Él guardar durante doscientos años de celos, y envidias, y reveses, y traiciones una monarquía donde el sol no podía esconderse. Sólo Él dar aquel río de santidad, de valor, de sabiduría, de arte, de acierto en los ejércitos, de santos, de capitanes, de teólogos, juristas, geógrafos, matemáticos, arquitectos, pintores, iluminadores, miniaturistas, de políticos, diplomáticos y escritores que ilustran todavía aquellas centurias.

Lucharon contra la naturaleza salvaje y la vencieron; lucharon contra Europa apóstata y la vencieron; lucharon contra la ignorancia, y contra la astucia, y contra el número, y contra los climas, y todo, todo lo vencieron; porque el Poder de Dios se extendía sobre ellos y quiso hacer tal ostentación de su fuerza. Tanto enemigo vencido, tanto Poder divino manifestado, nos dicen que no temamos; porque como fué, será y *Sic .. faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis.*

26. No ha terminado aún la lucha con el protestantismo en el siglo xvi empezada; pero ya podemos ver las mismas señales del Poder de Dios y admirarnos de los enemigos vencidos, aun en medio de la debilidad humana. Porque la primera batalla que allí dió el poder de las tinieblas fué con color de reformación. Verdaderos sepulcros blanqueados echaban en cara a la Iglesia Romana corrupción de costumbres, y por eso le negaban la obediencia. La segunda batalla íntimamente unida con ella, fué la negación de la autoridad del romano Pontífice y la unidad del rebaño de Jesucristo. Pues, a pesar de las costumbres semipaganas de muchos humanistas y aristócratas del Renacimiento, que excitaba la protesta de los católicos, la Sede de San Pedro fué recobrando su prestigio, la verdadera reforma de la Iglesia se verificó, la supremacía y primado del Pontífice pasó a verdad indudable, y a los ojos de la Historia quedan Lutero, Enrique VIII, Calvino y todos los heresiarcas como falsos reformadores y verdaderos malhechores, soberbios, homicidas, sacrílegos, impuros y ladrones, que no podrán poseer el reino de Dios [1]. Los Sumos Pontífices, sin auxilio humano, destituídos del reino temporal, son tenidos por Vicarios de Jesucristo, por Maestros de la verdad, y seña-

[1] I Cor., VI, 10.



lan los enemigos vencidos para esforzar nuestro valor, y avisarnos de que así lo hará el Señor con todos los demás enemigos: *Sic enim faciet Dominus cunctis hostibus vestris, adversus quos dimicatis.*

27. Pero en esta misma lucha, y sin salir de Sevilla, podemos encontrar modelos a la imitación, estímulos al esfuerzo. Creo que ya vuestra imaginación se ha adelantado a mis palabras y ha repetido nombres acariciados por nuestros recuerdos: el Padre Fray Fernando de Ceballos, el B. P. Fray Diego de Cádiz, el P. Fr. Francisco de Marchena y D. Francisco Mateos Gago; nombres que abrazan toda la historia de la polémica y apologética española contra el filosofismo, el jansenismo y el liberalismo, o sea la gran batalla peleada en España desde fines del siglo XVIII hasta fines del siglo XIX, en la cual nos toca hoy ver, aunque sea con brevedad, la parte gloriosísima de la católica Sevilla.

28. Bien conocidos son los errores que han luchado contra la verdad y las fases de este combate secular. Presentóse primero la filosofía puramente pagana y naturalista, que, enfrente a los legítimos derechos de Dios y de Jesucristo, proclamaba los derechos del hombre, sin relación a nada ni a nadie, y tomado en estado verdaderamente utópico y salvaje.

El hombre, dijeron, es igual al hombre; todo lo que pone entre dos hombres desigualdad, es tiránico, es abusivo. El hombre es hermano del hombre, y por tanto, es odioso y cruel que el hombre se supedite al hombre, respete al hombre, no sea amado por el hombre; el hombre por último, no se debe sujetar al hombre, porque nace libre, vive libre y se gobierna libremente. Si se sujeta a algo es porque quiere o porque lo necesita. De aquí que mientras le convenga, designa uno que le sirva para ejercer autoridad, mandatario a quien residencie, destituya

y ejecute. El hombre es la única fuente de derecho, el hombre es su propia ley, el hombre es su propio juez. Los siglos que han vivido bajo el derecho positivo, divino y eclesiástico han sido de esclavitud. La filosofía es lo que el hombre cavila, porque él sólo es fuente de verdad...

29. Aquí tenéis en breve cifra el mundo de aberraciones que apadrinaron con sus nombres Voltaire, J. Jacobo Rousseau, Diderot y todos aquellos padres de la enciclopedia, los cuales se creían el hombre que por todos pensaba, el hombre único libre, el hombre único consciente.

Pero bien pronto hubo otros que se creyeron el hombre gobernante y guillotinante, y fueron Marat, Robespierre y todos aquellos hombres del Terror, baldón y afrenta del humano linaje. El hombre selvático y utópico se había sentido verdadera fiera.

30. De Francia irradió el fuego de tanto error a Europa entera; más singularmente a nuestra España, planeta, hacía ya más de media centuria, de Francia, y que vivía de su luz, aunque infernal.

La enfermedad contagió todas las aristocracias: la del poder, la de la banca, la de la sangre y la de las letras, y fuerte con estos socorros acometió al pueblo débil, donde se vió la fuerza del Poder divino. A un lado formó, para defender a ese pueblo, un ejército de apologistas que con la debilidad de su pluma acometieron la empresa de defender la verdad: sus nombres principales, el P. D. Antonio Rodríguez, Cisterciense de Veruela, D. Juan Francisco de Castro, canónigo de Galicia, D. Andrés Piquer, D. Juan Pablo Forner y otros que de todas partes alzaban su voz contra los delirios de la filosofía.

31. Entre todos insigne por lo sólido de la impugnación, por la claridad de vidente con que lee en lo porvenir los estragos del filosofismo, por la aclamación con que el

pueblo católico le recibió, y por la persecución que contra sí suscitó de los Poderes públicos y de Carlos III, que prohibieron su publicación, el jeronimiano Padre Fr. Fernando de Ceballos y Mier, gloria de la Universidad hispalense y del monasterio de San Isidro del Campo. «A él suscitó el Señor en estos miserables tiempos (son palabras de Fr. Diego de Cádiz) para dar a conocer a los herejes y reducir sus máximas a cenizas», como lo hizo en innumerables y singularmente en su obra magna *La falsa Filosofía, crimen de Estado.*

32. Ardiendo en el celo de San Leandro y de San Eulogio, acomete el P. Ceballos empresa tan necesaria, estimulado por los desórdenes que llegaban al colmo y que parecían anunciar los días apocalípticos. Por eso él quiere acusar ante el tribunal de la ciencia, de la fe y del sentido común a esa filosofía, como reo de majestad divina, por ser atea, y como reo de majestad humana, por ser crimen de Estado.

Todavía no había sonado la hora en que el Terror francés dijo a los grandes el: *Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui iudicatis terram* [1], y ya el P. Ceballos proféticamente les decía que ni el derecho, ni la autoridad, ni la ciencia, ni las artes, ni la virtud tenían que hacer nada, sino temerlo todo de unas doctrinas sin Dios, sin revelación, sin pudor, en que el suicidio y la rebelión se santificaban y en que el interés y el egoísmo eran los fines y causas de las acciones virtuosas.

33. ¿Su triunfo? ¿Que cuál fué? No sólo que agotaran los católicos sus ediciones; no sólo que los *úcases* de Carlos III las prohibieran con las obras de los Jesuítas y los autos del Corpus; sino que la Revolución con sus obras declarara la verdad de aquellas profecías. Pudo el Padre

[1] Ps. II, 10.



Ceballos decir con Nuestro Señor: Nací para predicar la verdad; el triunfo de la verdad, ese es mi triunfo.

34. Contemporáneo y panegirista suyo es el Beato Fray Diego José de Cádiz, que por nacimiento pertenece no más que al reino, pero que por acción y por amor pertenece a la ciudad de Sevilla, y singularmente a esta Hermandad del Gran Poder. Basta el nombre del Beato Diego José para que nuestra imaginación vuele a los días en que aquel varón portentoso consiguió triunfos que no se obtuvieron ni se vieron en el ágora de Atenas, ni el foro romano, ni en el Parlamento inglés, y que nos ponen en directo contacto con predicadores como San Vicente Ferrer, Santo Domingo, San Antonio de Padua y San Francisco de Asís, que renovaban los prodigios de San Pablo y de los primeros Apóstoles.

Nuestros abuelos nos contaron, y hoy queda confirmado por la Iglesia, que a la voz del Beato se henchían los confesonarios, soltaba o devolvía el bandido su presa, rompía el adúltero los lazos de la carne, abominaba el blasfemo sus prevaricaciones, y diez mil oyentes rompían a un tiempo a llorar, anegados en lágrimas y sin poder articular sino sollozos.

Fray Diego era el rayo de Dios, el trueno sonoro, la trompeta apocalíptica contra la falsa filosofía y la corrupción de costumbres. Ahí están sus obras que si algo atestiguan son las materias que trató; su idea era encontrar en la doctrina católica la perfección de todos los estados, y no en las máximas filosóficas; y así diseñó el ermitaño perfecto, el caballero perfecto, el soldado perfecto, la dama y señora perfecta. No tendré que decir que fué su poder el de Dios, sus armas las flacas de la predicación, *stultitiam praedicationis* [1], su triunfo las conversiones

[1] I Cor., I, 21.



que recogió en vida y la gloria de los altares en su muerte.

35. Pero este siglo XVIII se reputa en España como la preparación más o menos lenta de aquel ataque brusquísimo y avance formidable que dió la revolución en nuestra patria, ya a la sombra de las banderas napoleónicas, ya en medio del desastre y confusión de la guerra en las tristísimas Cortes de Cádiz. En éstas nació el nombre *liberal,* de tan funesta sombra en nuestra historia contemporánea, e impuesto, como opinó Menéndez y Pelayo [1], quizá por D. Eugenio de Tapia, a aquellos que siempre andaban con la libertad en los labios, y que reputaban servilismo la obediencia a la Religión católica y su influjo en la vida de los pueblos.

Cortes aquellas, cuyas leyes, o mejor, disposiciones tiránicas, cayeron bajo la reprobación del representante de la Santa Sede, de los obispos y cabildos de Salamanca, Santiago, Tarragona, Segovia, Astorga, Mondoñedo, Túy, Ibiza, Badajoz, Almería, Cuenca, Plasencia, Albarracín, Lérida, Tortosa, Urgel, Barcelona, Pamplona, Teruel, Cartagena, Orense, Orihuela, Mallorca, Calahorra, San Marcos de León, Vich, Lugo, León, Ceuta, Málaga... ¡Todas las Sedes libres entonces de la dominación napoleónica! Siguiéronse las protestas de las Juntas provinciales, de los Cabildos y Ayuntamientos, de los Generales, de los ejércitos, del pueblo entero contra una docena de clérigos jansenistas y declamadores audaces y galiparlantes.

36. Pero ¿en qué punto se concentró el ataque? Aquellos hombres heréticos deseaban acabar con la Religión católica en nuestra España. Mas como declarar esto hubiera sido expuesto y contraproducente, resolvieron los

[1] Heterodox. españ., III, p. 459.



más astutos escoger como terreno de su combate la abolición del Santo Oficio; persuadidos, como nota uno de ellos, que quedándose sin sanción penal los delitos contra la pureza de la fe y de la verdadera Religión, pronto se llegaría a la libertad de cultos y a la indiferencia práctica religiosa [1].

37. Lo mismo conoció la Iglesia, representada en el Nuncio, en todos los Prelados libres del yugo francés, en los Vicarios y Cabildos catedrales; en el pueblo cristiano, que llenó de clamores las Cortes gaditanas, y que apenas repuesto D. Fernando VII, consiguió la restauración del Santo Tribunal y la festejó, como Sevilla, con festejos y alegrías espontáneas.

38. Frente por frente a estos atrevidos legisladores, se levantó sereno un atleta de vieja cepa, quien, tomando por eje de toda su apología, lo que lo era de toda la opinión literal, el Santo Oficio, no dejó error que no aplastase y pulverizase de cuantos en sus discursos y en una lluvia de papeles ellos defendían.

Ya he nombrado al escolástico profundo, al polemista infatigable, al anciano y achacoso sacerdote, al religioso ejemplar, al nacido para el mundo en Marchena, para la religión de Santo Domingo en San Pablo de Sevilla, al P. Francisco de Alvarado, al famosísimo *Filósofo Rancio*.

39. «Apenas hay máxima revolucionaria ni ampuloso discurso de las Constituyentes, ni folleto o papel volante de entonces que no tenga en sus *Cartas Críticas* impugnación o correctivo. Desde *La Inquisición sin máscara* hasta el *Diccionario crítico-burlesco,* desde *El Jansenismo* y *Las Angélicas Fuentes* hasta el *Juicio de El Solitario de Alicante*, todo lo recorrió y lo trituró todo, dejando

[1] Toreno, *Historia del levantamiento*, l. XVIII, pág. 42.



dondequiera inequívocas muestras de la pujanza de su brazo.

»Era su erudición la del claustro, encerrada casi en los canceles de la filosofía escolástica; pero ¡cómo había templado sus nervios y vigorizado sus músculos esta dura gimnasia! ¡De cuán admirable manera aquel alimento exclusivo, pero sano y robustecedor, se había convertido en substancia y médula inagotable de su espíritu! ¡Con qué claridad veía las más altas cuestiones, así en sus escondidos principios, como en sus consecuencias más remotas! ¡Qué haz tan bien trabado formaban en su mente las ideas, y cómo las fecundizaba hasta convertirlas en armas aceradísimas de polémica!...

»No hay en la España de entonces quien le iguale, ni aun de lejos se le acerque en condiciones para la especulativa racional. Puede decirse que está solo y que llena un período de nuestra historia intelectual. Es el último de los escolásticos antiguos y al modo antiguo. Educado en el claustro, no tiene ni uno solo de los resabios del siglo XVIII. ¡Sus méritos son españoles a toda ley! Parece un fraile del siglo XVII, libre de toda mezcla y levadura extraña. El solo piensa con serenidad y firmeza mientras todos saquean a Condillac. En él solo vive la tradición de nuestras antiguas escuelas. Lo que sabe, lo sabe bien y a machamartillo, y sobre ello razona como Dios y la lógica mandan. Sabe metafísica y teología, cuando todos han olvidado la teología y la metafísica, y es capaz de llamar a examen una noción abstracta, cuando todos han perdido el hábito de la abstracción.

»La luz esplendorosísima del Angel de las escuelas irradia sobre sus libros y les comunica la fortaleza que infunden siempre las ideas universales. Mirados desde tal altura, ¡cuán torpe y mezquina cosa parecen el sensualismo condillaquista, única filosofía de entonces, y

aquellas retumbantes y farragosas peroraciones del Congreso de Cádiz, sobre el Contrato social, sobre la felicidad de los hombres en el estado salvaje!

»Gloria del P. Alvarado será siempre haber defendido, resucitado casi, y puesto en su verdadera luz los principios de la filosofía de las leyes, en oposición a aquellos absurdos sistemas de organización social que, comenzando por suponer a los hombres dueños de sí mismos en el estado de naturaleza, con exclusión de toda subordinación y dependencia, los hacían luego formar un pacto por voluntad general, cediendo parte de su libertad para constituir en esencia la soberanía de la nación, adquiriendo cada uno sobre todos los propios derechos que había enajenado de sí mismo. Ciertamente que tan hinchados desvaríos ni aun merecían un P. Alvarado que con la *Suma* de Santo Tomás los impugnase» [1].

40. Así traza D. Marcelino Menéndez y Pelayo la semblanza de este polemista invencible, considerándole más como gloria de la filosofía que como ornamento de la Iglesia.

Lo cual fué y en alto grado.

Porque sólo el aliento divino pudo sostener a un hombre anciano, enfermizo, pobre y exclaustrado para levantarse con los que habían tenido poder para arremeterse a majestad y abrogarse la de España y de su prisionero monarca, con los que habían detentado la voz legislativa de la Patria y disponían de la imprenta y su acción escandalizadora para sorprender incautos, autorizar errores, introducir herejías, propalar calumnias y demoler los fundamentos de la Religión y de la Patria.

Y aquel anciano solo, enfermizo y exclaustrado, se mantuvo firme hasta que la muerte en 1814 vino a para-

[1] Heterodox. españ., III, p. 489-91.



lizar su mano y sellar su lengua. Así defendieron en los siglos primeros a la Iglesia un Atenágoras, un Justino el Filósofo, un Lactancio.

Responde stulto iuxta stultitiam suam. Necia es y necedad la sabiduría sofista de la carne y hay que hablar su lenguaje, no sea que se enorgullezca oyendo otro más elevado: *ne sibi sapiens esse videatur* [1].

41. Hasta en nuestros días casi, y aún vive entre todos su memoria, defendió a la Iglesia católica en Sevilla con su saber teológico, con su ilustración artística, con su erudición lingüística, con su ingenio vivísimo y con su lógica contundente, el insigne maestro Dr. D. Francisco Mateos Gago.

La polémica católica que había nacido al golpe de la ofensa, en el siglo XVIII, y que había tenido por maestros a los sevillanos Ceballos y Alvarado, adquirió en España durante todo el siglo XIX gran autoridad y fuerza, impulsada por la lluvia de errores que nos invadían, particularmente desde Francia.

Avisados con el peligro, decidieron los católicos españoles oponer plumas a plumas, libros a libros, verdades a errores, no confiando en la fuerza numérica, sino en la virtud intrínseca de la verdad. Sus nombres fueron y son muchos y gloriosísimos y viven en la memoria de los católicos: Costa y Borrás, Martínez Izquierdo, Fray Zeferino González, el Venerable Padre Claret en el Episcopado; Balmes, Manterola, González, Sardá y Salvany, del clero secular; y seglares insignes y meritísimos como Gabino Tejado, Villoslada, Orti y Lara, Donoso Cortés y otros muchos, por no repetir los que brillaron en el periodismo apologético católico.

42. En época de tan tenaz lucha contra los errores

[1] Prov., XXVI, 5.



del racionalismo, contra la revolución vandálica y anárquica, contra el protestantismo invasor y descreído, contra los errores galicanos y liberales, se alzó y descolló el Dr. D. Francisco Mateos Gago.

43. Doctísimo hebraizante, realizó la labor ciclópea de su *Gramática hebraica* y de su *Crestomatía,* montando en una imprenta servicio de letras y caracteres hebreos sólo para sus obras; sacerdote ejemplarísimo, Sevilla toda fué testigo de la pureza de sus costumbres, de su intachable rectitud, de su caridad inagotable; catedrático de su Universidad, difundió el saber y la virtud, ya en la cátedra de Teología, ya en la de lengua hebrea. Méritos todos que le han dado renombre y un mármol que le recuerde a la posteridad.

44. Pero su gloria como polemista es mayor. Con ocasión de los milagros atribuídos a San José por un *perolito maravilloso*, y sin pasar los límites de la discreción cristiana, defendió contra los racionalistas la noción y posibilidad del milagro enseñada por la Teología cristiana. Al venir a Sevilla entre las sombras revolucionarias de la septembrina del 68 los protestantes, renegados y mercaderes, su pluma los fustigó, humilló, pulverizó y aventó, y hechos polvo y aventados fué el ángel del Señor que los empujaba: *Fiant tamquam pulvis ante faciem venti... et angelus Domini persequens eos* [1].

En medio de las escenas vandálicas de la destrucción de joyas de arte y templos del Señor, como la del templo de San Miguel de Sevilla, la restauración de el del mismo nombre en Jerez, y de otros innumerables, aquel arqueólogo insigne alzó su voz y manejó incansable su pluma por los fueros de la propiedad y del arte cristiano.

---

[1] Ps. XXXVI, 6, 7.



En Roma y asistiendo como teólogo al Concilio Vaticano, no sólo sirvió en España del más ameno y docto cronista, sino también de *martillo de galicanos apelantes* y oportunistas.

Palmas y lauros inmortales y conocidos reportó en la historia, ya reduciendo al silencio a los trasnochados resucitadores de la *Papisa Juana*, ya probando en estruendosa polémica con Castelar que se podía enseñar mucho a un profesor de Historia que tomaba el Parlamento para calumniar a la Iglesia católica.

Amado de Pío IX y bendecido por León XIII, pudo concluir su vida en gigantesca lucha contra la espantosa calamidad del catolicismo liberal, de lo que hoy día se llamaría modernismo social y político, lenguaje de los Klein, Naudet y Lemire de Francia, que venía a sembrar equívocos y recelos en el compacto campo de aquellos católicos que habían en 1872 obtenido ruidosas victorias en el Parlamento y preludiado en España las brillantes jornadas del Centro alemán.

Así murió en plena pelea este gran luchador, cuya biografía documentada y valiente se está dejando desear. Al pie de Jesús del Gran Poder brilló él como rayo y martillo del Poder de Dios.

45. Pero no faltarán católicos pusilánimes o cándidos que, al recordar los nombres de Ceballos, Alvarado, Mateos Gago y los de todos los polemistas que en la pelea los acompañaron, sientan dolor y desaliento que hiele sus entusiasmos. Porque «grandes, sin duda, fueron, me replicarán, grandes sus luchas, grande su constancia; pero ¿qué utilidad se ha sacado? ¿Ha cesado la persecución de la Iglesia? ¿Han enmudecido sus calumniadores? ¿Qué digo? Ellos mismos ¿fueron animados, estimulados, ensalzados lo que y cuanto y como se merecían? ¿Ni como se merecían, ni tan siquiera como los hijos de la revolución

alaban a sus Moñinos, Cabarrús, Quintanas, Gallegos, Torenos, Castelares, Muñoz Torreros, Mejías y Villanuevas? ¿No tuvieron esos polemistas, que ahora alabamos, el desdén o la oposición de muchos de los que son y que eran hijos de la luz, pero menos prudentes que los hijos de las tinieblas?»

46. Objeción es esta que nos coloca en el asunto más primordial de estos discursos, que pone ante los ojos la mayor razón y más aparente de desaliento, y que nos hace volver al asunto capital de este último.

Obra, pues, será de celo el responder a esas querellas, con las que no pocos católicos, ganosos de seguir a Jesucristo hasta el partir del pan, rehusan seguirlo hasta beber el cáliz de su Pasión. Obra en la que siempre se ocuparon los Santos Padres y Doctores de la Iglesia; así San Cipriano y Tertuliano escribieron sus libros *De patientia* y *De bono patientiae* y sus *Exhortationes ad martyres;* así San Juan Crisóstomo y San Agustín no cesan de inculcar la providencia de Dios en las continuas persecuciones de los cristianos y en la invasión y devastaciones que hacían los bárbaros, y de animar a los cristianos a padecer, tanto en sus constantes predicaciones y homilías como en los famosísimos libros *De civitate Dei.*

47. Permitidme, pues, que con razones de ellos y de las Santas Escrituras, como con aromático bálsamo, pretenda yo curar esa herida de nuestro corazón y vigorizar los miembros de los que en el estadio de la vida se coronan.

Y todas ellas se pueden reducir a pocos capítulos; porque, primero: Ese luchar constante de la Iglesia y esa opresión en que hoy vive, ha sido siempre la traza escogida por Dios para darle el triunfo.

Segundo. Porque precisamente eso es lo que tiene prometido por su Fundador con la misma certeza que la

victoria; de tal manera, que aun podríamos dudar de ésta si no tuviéramos la primera.

Tercero. Para que brille en todo y en el triunfo el Poder divino y no se ensoberbezca el hombre de una victoria, que ni le pertenece ni es proporcionada a los medios.

Cuarto. Para que nadie tenga a los hombres, ni a los medios humanos en que se apoyen, como algo sobrenatural y maravilloso, ni los reputen en más de lo que son.

48. Estas razones son suficientes para que la persecución no falte en la Iglesia y para que las victorias de los polemistas no consigan acabar del todo con la contradicción. Otras cuatro podemos añadir para que el Señor quiera que sus atletas no sean favorecidos ni ensalzados, sino perseguidos y dejados en la soledad.

La primera, para que tengan ellos ocasión de practicar generosamente el Evangelio, la flor de su doctrina y lo subido de sus consejos, y para que todos admiren la gracia y el Poder de Dios en ellos.

La segunda, para que todo el mundo reconozca la pureza y rectitud de sus intenciones, y luzca como luz en el candelero su desinterés y generosidad.

La tercera, para que se estimulen ellos y todos pensando en las victorias de la otra vida y nos formemos de ellas más cabal idea al ver lo que por ellas toleran los atletas del Señor.

La cuarta y última, porque siempre será verdad que el reino de Jesucristo no es de esta vida.

II

49. Pero antes de declarar un poco estas divinas razones de la actual persecución de la Iglesia, hay que fijar los ojos en el número y el poder de los tiranos moder-

nos y de sus ecúleos. Porque, ciertamente, no son éstos aquellos antiguos que en discursos anteriores hemos visto; no son los que azotan a los Apóstoles con varas para que no hablen de lo que han visto [1]; no los que azotan [2] o apedrean a Pablo [3]; no, finalmente, los que crucifican, o degüellan, o apedrean, o condenan y matan a los Apóstoles de Jesucristo.

Ni tampoco se puede decir, para elogio de los modernos confesores, lo que pondera de los profetas el Apóstol, que fueron distendidos en ecúleos, sin que hubiera quien los salvara de ellos, para encontrar mucho más alta liberación, o que padecieron ludibrios y golpes, cadenas y cárceles, o que fueron apedreados, como San Esteban; descuartizados, como Santiago el *Interciso*, o San Arialdo de Milán; muertos al filo de la espada, como tantos y tantos mártires de todas las persecuciones, o que anduvieron ocultos y escondidos, disfrazados, desnudos, afligidos y fugitivos como San Atanasio y San Metodio de Constantinopla y San Martín Romano y San Fulgencio de Ruspe, de los que el mundo no era digno y que honraron con su fuga los sepulcros, los desiertos, las concavidades de la tierra [4].

50. No ciertamente; no podemos decir eso de la persecución que hoy padecen los católicos; sino que más bien nos toca aquella piadosa confusión que el mismo apóstol excitaba en los fieles cuando les decía: *Nondum usque ad sanguinem restitistis adversus peccatum repugnantes* [5]. Todavía no os ha costado sangre resistir y repugnar contra el pecado. Los tiranos de hoy día, ya sea por temor, ya por cobardía, ya porque no creen necesario apelar a esos medios y siempre porque el Señor les tiene atados

[1] Act. Apost., V, 40.
[2] Ibid., XVI, 22.
[3] Ibid., XIV, 18.
[4] Ad Hebr., XI, 35-38.
[5] Ibid., XII, 4.



en consideración a nuestra debilidad, se permiten hablar, amenazar y molestar, pero no llegan a las crueldades de los mahometanos o los bizantinos, de los enriquistas o federiquistas de la Edad Media, ni de los anglicanos, calvinistas o terroristas de tiempos más recientes.

51. Por eso en aquel día solemne del Señor, en que aparezca Jesucristo nuestro Bien a retribuir *unicuique iuxta opera sua* [1], nuestras obras se quedarán muy por debajo de las de aquellos generosos atletas, que como premio de sus apologías, como San Justino, recibieron la muerte; o que, en compensación de sus predicaciones, murieron, como San Crisóstomo, en el destierro; o que por amar la justicia y aborrecer la maldad perecieron, como San Gregorio VII, en Salerno; o que, como respuesta última dada por el tirano a sus *Diez respuestas*, hallaron en el cadalso la muerte, como el Beato Edmundo Campiano.

No, a nosotros no nos queda sino admirar ese ejército innumerable, que a la voz del Angel de la Justicia vendrá ante el trono del Juez a recibir recompensas por haber padecido la separación de sus hijos, la traición de sus hermanos, la confiscación de sus haciendas, las hogueras encendidas, las ruedas de navajas, los circos con leones y panteras, el descoyuntamiento de huesos, la deshonra a pregón de verdugo, las carretas de los malhechores, las horcas de los parricidas, las guillotinas afiladas. A nosotros no nos quedará sino verlos pasar ante el trono de Dios, y exclamar: *Te martyrum candidatus laudat exercitus:* Alábate, Señor, en su sangre y en su triunfo, el blanquísimo ejército de tus Mártires.

52. Pero aunque no podamos igualarnos con ellos, todavía podemos alegrarnos en algo, gloriarnos en algún

[1] Ps. LXI, 13.



padecimiento sufrido por la justicia, por la fe y por el Señor: *Placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo* [1].

Porque, en efecto; se ve que las preferencias, aun injustas, del mundo son para los adoradores de sus ídolos, y repitiendo conceptos de Su Santidad Pío X, podemos afirmar con el testimonio de la experiencia, que se pide libertad y respeto religioso, pero es para los cismáticos, para los herejes y para los disidentes; mientras que a la verdad y a la fe y a los católicos se ponen dificultades, prohibiciones, cortapisas, mordazas morales. Se legisla libertad para la enseñanza, pero es para los maestros sin Dios, para los profesores sin Jesucristo, para las escuelas o neutras de nombre o neutras de hecho, mientras que las de los religiosos viven condicionadas, vigiladas, oprimidas, cargadas de contribuciones, exacciones y dificultades. Se pregona libertad para asociaciones, pero es para asociaciones ilícitas, como la masonería, las sociedades anarquistas, ácratas o liberales, para las casas de perdición, de juego y de distracción ilícita; porque las asociaciones religiosas que se consagran al bien del prójimo, al ejercicio de la oración, de la castidad y de la penitencia, a la difusión del saber y del temor de Dios, esas tienen que vivir, o disueltas y clandestinas como en Francia, o desterradas y proscritas como algunas en Alemania y Portugal o con la espada de Damocles sobre sus cuellos, como en España.

Se respetan y se dan fueros a Cuerpos beneméritos del mundo, como el militar, el legislativo, y se dan con razón; pero se atropella el fuero eclesiástico, y o se lleva, como en Francia, a los eclesiásticos y a los Obispos a los

[1] II Cor., XII, 10.



tribunales, o se detenta, como en Italia, el derecho de los romanos Pontífices, ó se hace servir en los cuarteles a los candidatos de la milicia del Señor.

53. De este orden general y público desciende el desprecio y el desvalimiento en que se tienen a los católicos y sus empresas. Porque el mundo y la revolución mansa o fiera encarama hasta las nubes a sus hombres con mausoleos, lápidas, monumentos y toda clase de honores, en tanto que afanosamente cuida de rodear de silencio acciones infinitamente más loables realizadas por abnegados y generosos católicos.

No es sólo esto, sino que mientras que encubre o disculpa o canoniza los deslices, infamias y pecados de Lutero, Calvino, Voltaire, J. J. Rousseau, Muñoz Torrero y de todos sus hombres; o calumnia o descubre lunares en los grandes reyes, emperadores, guerreros y hombres del catolicismo, ayudado en empresa tan ruín por candidísimos o imprudentes católicos.

El encomio diario, el dinero a ríos, el favor sin tasa, la protección sin término, es para aquella prensa, para aquellas empresas, para aquellas personas que, o ayuden eficazmente al progreso del mal, o no lo impidan, comprando la protección y el favor con silencio torpísimo, o con una vil neutralidad. De aquí, naturalmente, se origina en el pueblo ineducado la palabra soez, la acción irrespetuosa u ofensiva para el sacerdote, a quien por desprecio se denomina *cura*, y de quien se propalan calumnias y vilezas; y la acción chocarrera e insultante para el religioso, a quien en impresos, grabados y discursos, se le atropella y trata de sarna, lepra y ruina de las sociedades. De aquí, finalmente, lo que ya lamentó en los modernistas Pío X, el que a los generosos católicos, que se oponen constantemente a los avances del mal, se les llame *intransigentes*, *retrógrados*, *intemperantes*, *tenaces*, *sober-*

bios, fariseos y toda clase de palabras de desprecio, y se les tenga prácticamente por enemigos de todo lo bueno.

54. Extendida así la persecución, invade, como es natural, las esferas todas de la sociedad, y prevaliéndose de la ignorancia y de los ignorantes, que siempre son muchos, y de los católicos pecadores, tibios e interesados, que son más, porque siempre serán los más aquellos que *quae sua sunt quaerunt,* que buscan sus intereses, *non quae sunt Jesu Christi,* no los de Jesucristo [1], esparce tal confusión y obscuridad, que, como en medio de una noche obscura, el hermano acomete al hermano, el amigo desconfia del amigo, el camarada hiere como a enemigo al camarada, y la confusión se siembra en todas partes. Cunde, naturalmente, el terror, y los enemigos tienen buen cuidado de acrecentarlo.

55. Porque como la batalla continúa y no se acaba tan pronto como los pusilánimes se prometían, en seguida surge el desánimo, la desesperanza, el desaliento de los que gritan que no se hace nada, que el trabajo es estéril, y los exploradores de la tierra vienen diciendo, y lo dicen los más, que la tierra en donde se va a pelear devora a los que en ella combaten, los enemigos son gigantes [2]; que la prensa es incontrastable; la corriente de la opinión, irresistible; ellos tienen dinero, ellos tienen poder, ellos son los vencedores; resistir es quijotada, pelear es imposible, no se puede hacer nada. Finalmente, los mismos católicos, presa de temores humanos y ensordecidos por las voces de soberbia de los adversarios, quieren pactar con ellos y miran y rechazan como un estorbo la constancia y fiereza de los macabeos [3].

56. En medio de estos clamores, en medio de estas tribulaciones, grandes en verdad, aunque no las mayo-

[1] Philip., II, 21.
[2] Num , XIII, 33.
[3] I Mach., I, 12-14.

res, se debe de levantar la voz del Ministro del Evangelio para decir a los hijos de nuestra sociedad lo que a los de Israel repitieron y Josué Caleb, lo que San Agustín a a los cristianos, aterrados por los saqueos de Alarico; lo que San Crisóstomo a los antioquenos, temblorosos ante las venganzas de Teodosio; lo que Tertuliano y San Cipriano a los confesores de las persecuciones de los emperadores romanos; lo que San Pablo a los cristianos de Jerusalén, conmovidos por la lucha de la Iglesia contra la Sinagoga y por la crueldad de la Sinagoga contra la naciente Iglesia: *Et obliti estis consolationis*, *quae vobis tamquam filiis loquitur*, *dicens: Fili mi, noli negligere disciplinam Domini; neque fatigeris dum ab eo argueris,* no olvidéis las palabras de la consolación celestial que os amonesta y dice: Hijo mío, no dejes la ley y el mandamiento de Dios ni desfallezcas fatigado en el tiempo de la corrección [1].

A eso se encaminan las razones que antes os enumeré y que ahora voy brevísimamente a declarar.

57. Primera. Dirigid vuestra vista por la Historia de la Iglesia y ved que ese estado de opresión y lucha ha sido siempre el camino seguido por Dios para darle el triunfo. Y en esto debemos desechar un prejuicio infundado, y es creer que las victorias de los Apóstoles, de los Santos, de los Mártires, de los escritores, de los guerreros, apagaron y extinguieron la lucha. Vencieron San Pedro y San Pablo y los Apóstoles a la Sinagoga, pero no acabaron con la persecución de la Sinagoga; vencieron ellos y los Mártires al gentilismo romano, pero no sirvió su sangre para sofocar en seguida el fuego de la persecución, sino que a la de Nerón se sucedieron las otras nueve, hasta que llegó la hora prefijada por el Esposo de la Iglesia. Y cuando ya Él hizo que en Constan-

[1] Hebr., XII, 5.



tino se recogiera cosecha de paz por los méritos de los mártires, no fué tal que acabara del todo la guerra, porque vinieron Arrio, Constancio y Juliano el apóstata.

58. Venció, sin duda, San Atanasio, y Osio, y San Hilario y San Basilio vencieron al *arrianismo* y *eusebianismo;* pero su victoria ni sirvió para extinguir repentinamente la persecución, ni para que no alzara su infernal cabeza otra hidra nueva, el *nestorianismo,* y luego el *monofisismo,* y al propio tiempo en Occidente el *pelagianismo.*

59. Recordad todo lo probado en los anteriores discursos y veréis que venció San Gregorio VII a Enrique IV, pero no de tal modo que restañara de pronto las heridas de la Iglesia, ni concluyera con la raza de mercaderes simoníacos, ni secara para siempre la sentina de la lujuria sacrílega y de la torpeza de muchos eclesiásticos. Venció Alejandro III a Federico Barbarroja, pero su victoria no impidió que este emperador prolongara su rebelión algunos años, o el que Federico II la reprodujera, y mucho menos el que al rayar el siglo XIV Felipe el Hermoso de Francia soñara con igual opresión de la Iglesia.

60. ¿Por qué, pues, si esto es tan claro, queremos que nuestros Papas, nuestros polemistas, consigan una victoria que nunca se ha conseguido? ¿Por qué queremos que al primer documento papal, al primer folleto contra un error, herejía o pecado se trueque en mar de leche el mar tempestuoso por donde navega la Iglesia? ¿Por qué, si esto no acontece, dudamos del triunfo? ¿Es que no triunfó Cristo de la Sinagoga porque Jerusalén se destruyó cincuenta años después? ¿Es que no triunfaron los Mártires porque duró trescientos años la lucha gentílica? ¿Es que no triunfó San Atanasio porque el arrianismo perseveró hasta Teodosio? ¿Es que San Gregorio VII, y la Iglesia en él, no triunfaron de la simonía, el nicolaísmo

y las *Investiduras,* porque no se cogieron los frutos hasta 1119? Sí, amadísimos; triunfó Pío IX, triunfaron Ceballos y Balmes y Veuillot y Alvarado y Manterola y Mateos Gago, aunque la pelea no se haya acabado. Y triunfará definitivamente la Iglesia, porque quien la guía es el mismo Poder divino que en incesante pelea la ha conducido durante veinte siglos.

61. La segunda razón estribaba en lo infalible de la promesa del Señor, que afirma las dos cosas, la tribulación constante y la victoria, el oleaje tempestuoso y la próspera navegación: *In mundo pressuram habebitis,* he aquí el combate, la tempestad. *Sed confidite, ego vici mundum,* he aquí la palma, la bonanza.

Pero notemos que la opresión es toda de sus seguidores, ellos la han de sufrir, aunque Él la sufra en ellos; mientras la victoria es obra toda suya. No ha de ser tal la victoria que anule el combate, pues no se promete a los Apóstoles la paz, la calma, sino la opresión, la pena.

62. Vemos, pues, ya cuán lejos estamos de la promesa divina, cuando queremos que ante la resistencia de los polemistas, predicadores y varones apostólicos, ceje la tempestad, se disipe el ejército enemigo. Pero sin salir de esa palabra del Señor, tenemos en ella gran motivo de confianza. Igualmente infalible es Dios en todo lo que promete, luego la realización de la primera profecía, *in mundo pressuram habebitis,* nos confirma en que también se realizará la segunda: *Ego vici.*

63. Lejos, pues, de nosotros querer que una parte de la profecía anule a la otra. Antes cuando viéremos cumplida la primera, esperemos que no tardará la segunda, porque Él es siempre el Señor que hiere y sana, *deducit ad inferos et reducit* [1].

---

[1] Job, XIII, 2.



64. Ni es menos poderosa la tercera razón que proponíamos para no escandalizarnos con las prolongadas calamidades de la Iglesia, y para no tener por inútil el trabajo nobilísimo de la resistencia; porque a ésta se le deben las victorias parciales, pero la victoria total es sólo del Poder de Dios.

65. Muere nuestro divino Salvador, pero la ruina de la Sinagoga ha de ser cincuenta años después, cuando ya nadie dude que es obra del Poder divino. Luchan los Mártires, escriben los apologistas, practican el Evangelio los cristianos, suben al cielo oraciones de todas partes, claman los Mártires pidiendo la venganza de su sangre; pero eso se hará cuando el Señor disponga las cosas de manera, que a Él sólo se le atribuya el éxito y no pueda carne ninguna gloriarse en su presencia: *Ut non glorietur omnis caro in conspectu eius* [1]. Se hará cuando todo parezca perdido, cuando la soberbia de Galerio y de Diocleciano y de Maximino y de Majencio hagan creer que ya se acabó el cristianismo; entonces se hará, y por una serie tal de prodigios, que todos alaben el Poder de Dios.

66. *Gloriam meam alteri non dabo* [2]. Así nos dice el Señor que hará las grandezas y libertad de la Iglesia; únicamente por su nombre y para que brille siempre su Poder: *Et salvavit eos propter nomen suum, ut notam faceret potentiam suam* [3]. ¿Qué es, pues, de lo que nos quejamos? Bástele al hombre, al apóstol, al apologista regar, plantar, trabajar: el incremento lo dará el Señor [4].

Por eso bástenos a nosotros escribir la verdad contra los que escriben errores; bástenos avisar, exhortar, reprender, aconsejar, predicar, testificar contra los que quieren ocultar el Evangelio; bástenos a nosotros poner

[1] I Cor., I, 29.
[2] Isaías, XLVIII, 11.
[3] Ps. CV, 8.
[4] I Cor., III, 7.



a servicio de Jesucristo talento, fuerzas, riquezas, prestigios, cuanto somos y cuanto podemos; que ya llegará la victoria. ¿Cuándo? Cuando nadie dude que es de Dios. ¿Cómo? Por modo tan estupendo, que nadie deje de atribuirla a Dios. Cuando propios y extraños caigan a sus pies confesando unánimes que: *Salvavit eos propter nomen suum, ut notam faceret potentiam suam.*

67. ¡Oh, si miráramos así, como es razón, las grandezas de la Iglesia en todos los tiempos, qué poco caso haríamos de los defectos, pasiones y pecados de aquellos a quienes usó el Señor por instrumento de su Poder! Levanta a Gedeón y a Sansón y a Jefté y a Saúl; y ni los defectos de los unos, ni los pecados de los otros impiden su gloria. *Propter me, propter me faciam* [1], dice el Señor y no por ellos. Suscita Dios a Ciro y toma por instrumento a Alejandro y a César, y no por ellos, sino por sí mismo les da victoria, para que libren a su pueblo y unifiquen el mundo y lo dispongan al Mesías: *Propter me, propter me faciam.*

Del mismo modo dió prosperidad a la Iglesia por Constantino, y para amplificarla se sirvió de la espada de Carlomagno, y para ostentar su Poder en Oriente se valió de los Cruzados y para derramar sobre ella y sobre nuestra España sus bendiciones se valió de Hugo Capeto, de Roberto el Normando, de Guillermo de Normandia, de Cristóbal Colón, de Carlos V, de Felipe II cuando y de modo que todos vieran la grandeza de su brazo, y a Él le atribuyeran la gloria: *Propter me, propter me faciam, ut non blasphemer et gloriam meam alteri non dabo* [2].

68. Y del mismo modo, cuando no confiemos en nuestros medios y pobres recursos, cuando no se gloríe el

[1] Is., XLVIII, 11.
[2] Ibid.

rico en su riqueza, ni el sabio en su saber, ni el propagandista en su propaganda, ni la prensa en sus impresos, ni el apóstol del pueblo en sus arbitrios, sino que todos nos rindamos al Señor como siervos inútiles, incapaces de conseguir nada, después de haber hecho nuestro deber [1], entonces vendrá el Señor y nos henchirá nuestros deseos, para que no sea su nombre blasfemado, y su gloria dividida con algún hombre: *Propter me, propter me faciam, ut non blasphemer et gloriam meam alteri non dabo.*

69. Unida con esta se halla la cuarta razón aducida para responder a las querellas sobre la actual persecución de la Iglesia, y que está tomada del Crisóstomo.

Porque, en efecto; ¿qué falta a los católicos y a los defensores de la Iglesia, sino esa prosperidad, para ser mirados como unos seres superiores? ¿Quién que los viera predicando una doctrina del cielo, perdonando pecados, resistiendo a los vicios, reprendiendo con libertad, arguyendo con celo, y además de esto haciendo enmudecer a los adversarios, quitándoles el poder de ofenderlos, gozando de perenne gloria, no los tendría, como los de Listrias a San Pablo y San Bernabé por dioses o ángeles bajados del cielo? Por eso es preciso que la Iglesia y sus hijos repitan siempre como aquellos Apóstoles: *Et nos mortales sumus* [2].

70. Y ¿cómo conseguir esto, sin las persecuciones? Venció la legión Tebea a los enemigos del imperio y al emperador mismo con su valor y con su fe. ¿Cómo probar que eran hombres mortales, sino al verlos caer bajo las flechas de sus compañeros? Pareció un dios el niño San Venancio saliendo ileso de las ruedas despeñadas, de

[1] Luc., XVII, 11.
[2] Act. Apost., XIV, 14.



las hogueras y humaredas, de los ecúleos y las fieras. ¿Cómo hacer ver que no lo era, sino haciendo que el alfanje del verdugo le degollara? Encadenó San Gregorio VII con sus anatemas y sus decretos a los reyes, aseguró coronas en las sienes de monarcas, era el oráculo de la tierra. ¿Cómo declarar que era hombre y mortal? Viéndolo en Salerno, traicionado, desterrado y muerto.

Pablo, aquel divino varón, era el doctor del mundo, el padre de los cristianos en Filipos, Corinto, Tesalónica, Galacia, Colosos, Roma y en toda la tierra; hacía milagros para confirmar su predicación, había visto arcanos inefables al hombre, había sido arrebatado al cielo empíreo... Pero, oid ya el *mortales sumus,* Satanás le abofeteaba, le abofeteaban sus ministros, y él nos lo dice: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus* [1], y él nos enumera sus azotes, naufragios, tentaciones, fugas clandestinas, peligros, traiciones sufridas, calumnias, muertes, solicitudes, pobrezas, aflicciones, y se apellida *omnium peripsema,* desecho y como basura del mundo [2]. Y ¿para qué cuenta todas esas pasiones, afrentas y debilidades? Precisamente para que nadie le tenga por algo superior, sino por lo que se ve en él: *Parco autem ne quis me existimet supra id quod videt in me* [3]. Cuándo, pues, diremos con el Apóstol: sufrimos persecuciones, contradicciones, desprecios, fugas, reprensiones, calumnias, olvidos y cuanto queráis. En eso nos gloriamos porque así se verá que *Et nos mortales sumus,* y que toda la eficacia de nuestras palabras, el valor de nuestros discursos, la constancia de nuestras almas, el temple de nuestros corazones, no es el poder nuestro, sino el Poder de Dios: *Cum enim infirmor, tunc potens sum* [4].

[1] II Cor., IV, 7.
[2] I Cor., IV, 9-13; II Cor., XI, 23-33; XII, 1-3.
[3] II Cor., XII, 6.
[4] II Cor., XII, 10.

71. Otras cuatro razones proponíamos, ordenadas a probar lo mismo por el provecho de la Iglesia, y de ellas era la primera la práctica del Evangelio.

Pues en verdad que si atentamente lo consideramos, comprenderemos que para la generalidad de los cristianos es necesaria la persecución si han de practicar virtudes evangélicas. Ya los Santos Padres y los historiadores eclesiásticos nos han hecho siempre notar los peligros de la calma y paz, y de los perseguidores *Ficte fraudulenterque blandientium* [1].

Pero sin necesidad de llegar a esto, ¿quién dudará que no hay paciencia sin padecimiento, ni perdón de los enemigos sin injurias, ni abnegación sin objeto contrario? ¿Cómo pudo brillar la virtud de Job, la fortaleza de Tobías sin las calamidades que sufrieron? ¿Cómo se verá que los católicos creen en los bienes de la pobreza si abundan en riquezas? ¿A quién no parecerá letra muerta la mansedumbre, si no se ve como oveja de sacrificio? [2]. ¿Quién practicará la alegría en las lágrimas, en las persecuciones, en las calumnias, si no las padece? ¿Quién se creerá dichoso en el hambre y la sed, sin sufrirlas?

¿Quién hubiera podido contar los ejemplos de virtud de la Iglesia sufriendo despojos en su cabeza y en sus miembros, en sus Papas y en sus Obispos, en sus religiosos y sacerdotes, si no hubieran venido esas fechas que se llamaron la invasión de Roma, el Kulturkampf en Alemania, la desamortización y la revolución en España, la separación en Francia y en Portugal? Y alrededor de esto, en todas partes, qué actos heroicos en los zuavos de Italia, en el Centro Católico y la prensa de Alemania, en muchísimos seglares en España, en no menos en Francia

[1] Beda el Venerable, Exposit. in Lucae Evangel., lib. IV, c. XII; (P. L., XCII, 488).

[2] Ps. XLIII, 22.



y Portugal, que han sufrido con alegría en uno y otro certamen ya prisiones, cárceles y oprobios por la fe; ya asociándose a los que los padecían se compadecían de ellos y sufrieron con gozo rapiñas y exacciones de sus bienes, como aquellos hebreos de quien escribe San Pablo: *Rememoramini autem pristinos dies in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum: et in altero quidem, opprobriis et tribulationibus spectaculum facti; in altero autem socii taliter conversantium effecti, nam et vinctis compassi estis et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis* [1].

Estos frutos de virtudes cristianas, estas flores del Evangelio practicado y triunfante es lo que compensa ante Jesucristo la desdicha de la persecución en sus siervos y en su Iglesia.

72. Con lo cual también se justifica y brilla como el sol la rectitud y pureza de intención de los católicos y de los defensores de la Iglesia.

Porque al ver el frenesí mundano por levantar a las nubes a sus hombres y a sus nombres, y al ver a medianías o nulidades, a traidores y a viciosos ya enaltecidos con condecoraciones, títulos y destinos, ya encaramados por la vocinglera fama en lápidas, mausoleos, calles, plazas, periódicos y en toda clase de inmortalidad, se acuerdan de aquellas sentencias de la verdad eterna, que dicen: *Si de mundo fuisetis*, si fueseis del mundo, *mundus quod suum erat diligeret*, amaría el mundo lo que era suyo: *quia vero de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo;* mas porque no sois del mundo, sino que yo os saqué y elegí de él, por eso os aborrece el mundo: *propterea odit vos mundus* [2].

---

[1] Hebr., X, 32-34.
[2] Joann., XV, 9.



Y como ellos no quieren servir a la Iglesia sino por ella misma, se alegran de que el mundo los odie y se lo manifieste callando sus hechos, torciendo sus intenciones, falseando, mintiendo de todos modos. Se acuerdan de que ese mundo levantó arcos, columnas, templos y trofeos a Nerón, a Calígula, a Decio, a Galerio, a Diocleciano, a Mahoma, a Enrique IV, a Barbarroja, a tantos y tantos como fueron suyos, y los amó como suyos; y quiso callar, pero no pudo, ante la gloria imperecedera de Francisco de Asís, de Antonio de Padua, de Diego de Cádiz, de Vicente Ferrer, de tantos y tantos a quien el Señor quiso honrar, aunque no eran del mundo, porque también es verdad aquella palabra: *Nimis honorati sunt amici tui, Deus,* Señor, admirablemente honras a tus amigos [1].

73. En la Iglesia combatida y en sus hijos combatidos y militantes brota, naturalmente, como las flores en primavera lluviosa, el deseo de otros bienes, de bienes espirituales, temporales y eternos. *Tribulatio patientiam operatur, patientia vero probationem, probatio vero spem* [2]. La tribulación engendra la paciencia, la paciencia nos asegura de la buena prueba, y esta seguridad cría en nuestro corazón esperanza. La tribulación nos unge los ojos para conocer los bienes del alma, el valor de las virtudes, el precio de los dones del Espíritu Santo, la presencia de Dios en el alma, la prontitud del auxilio del Señor. La tribulación hace que nos volvamos al Señor y que lo busquemos con sinceridad: *Cum occideret eos quaerebant eum*, cuando los hería el Señor, lo buscaban [3].

74. Pero más que nada, la tribulación nos levanta el corazón al deseo de los bienes celestiales, de aquella re-

---

[1] Ps. CXXXVIII, 17.
[2] Rom., V, 3, 4.
[3] Ps. LXXVII, 34.



compensa sin nombre, inimaginable, indescriptible, aquel peso eterno de gloria, que nadie puede calcular [1]. Así se consolaba Job en sus trabajos esperando el pago, como el jornalero el fin del día [2]; así David se animaba a guardar los mandamientos del Señor por el premio [3], y así San Pablo mismo esperaba al morir la corona de justicia [4].

Así, finalmente, Tertuliano animaba a los cristianos en la persecución, arguyendo de los padecimientos de los mártires la grandeza del eterno premio. Porque siendo el Señor tan largo y bondadoso en galardonar, que no dejará vacío un vaso de agua dado por su amor; que premiará una palabra de amor, como al ladrón se la premió en la cruz; que cuenta agradecido las lágrimas que derrama y los ósculos que graba en sus pies la pecadora, ¿qué será lo que dará por la sangre derramada, la vida terminada en suplicios, por los tormentos horrendos, con que quiere que sus mártires le testifiquen?

Estos son los pensamientos que fomentan las tribulaciones y que obligan y fuerzan al católico a pensar continuamente que desde el bautismo ha renunciado al munde y vive aquí como peregrino, huésped y transeunte. ¿Quién no agradece el viento, que dando de popa, acelera la entrada y el arribo al puerto? ¿Quién no se alegra de la rapidez del viaje, cuando de vuelta a la patria, se espera encontrar en ella a los amigos, conocidos y parientes? ¡Pues ese viento son las tribulaciones; ellas imprimen celeridad a nuestra marcha!

75. Quiero acabar este argumento con las encendidas palabras con que San Cipriano cierra su libro *De mortalitate:*

«Reputemos nuestra patria el paraíso y empecemos ya

[1] Rom., VIII, 18.
[2] Job, XIV, 6.
[3] Ps. CXVIII, 112.
[4] II Timoth., IV, 8.



desde ahora a tener por padres a los patriarcas. ¿Cómo es que no corremos y nos apresuramos a saludar aun de lejos aquella nuestra patria, a aquellos nuestros padres? Allí nos espera un número muy grande de amigos queridos, padres, hermanos e hijos, que en numerosa familia y multitud nos espera seguros ya de su inmortalidad, solícitos por la nuestra. ¿Qué alegría tan grande para ellos y para nosotros el volar a sus brazos y a su presencia? ¡Qué placer el de aquellos reinos celestiales, exento del temor de morir, lleno de la eternidad del vivir! Allí el coro glorioso de los Apóstoles; allí el número triunfante de los Profetas; allí la innumerable muchedumbre de los Mártires, coronada por sus pasiones y por la gloria de sus peleas; allí las vírgenes triunfadoras de la concupiscencia y de su carne y vencedoras de su cuerpo con la fuerza de la castidad; allí hallarán su recompensa los limosneros, que de los alimentos y limosnas de los pobres hicieron obras de santidad, y siguiendo los mandatos del Señor llevaron y guardaron sus patrimonios en los tesoros celestiales: *Ad hos, fratres dilectissimi, avida cupiditate properemus!* Con ávidos deseos corramos a ellos, hermanos amadísimos, y suspiremos sin cesar por estar pronto con ellos, por estar pronto con Cristo, *et cum his cito esse, ut cito ad Christum venire contingat, optemus* [1]. A lo cual ¿quién podrá negar que eficazmente estimula el padecer, la lucha, la prueba? *Probatio vero spem.*

76. Y esto nos da la mano para exponer la octava y última razón que aducíamos más arriba. Las tribulaciones de la Iglesia mantienen viva la memoria de que su reino no es de este mundo, porque si fuera de este mundo se defendería con armas, se coronaría de laureles terrenos, se gozaría en las victorias temporales: *Nunc autem regnum*

[1] *De Mortalitate*, c. XXVI; (P. L., IV, 601-2).



meum non est hinc [1]. Pero al verlo tan desatendido de los hombres, tan desagradecido en los beneficios que hace, tan vilipendiado en su acción, tan olvidado, tan perseguido, se conoce que no es del mundo, que sus empresas no son del mundo, que sus hombres no son del mundo.

77. ¿Qué nos queda ya que objetar a la Providencia divina, que permite la persecución de la Iglesia, la continuación de ella después de tanta pelea, el abandono y el olvido y la contradicción de los que pelean?

Ya hemos dado varias razones para hacernos suave y florida y ungida nuestra cruz, y aún hemos dejado otras por brevedad. Porque ¿qué católico, aunque luche, y precisamente por el ardor de la lucha, no se sentirá reo de muchas ofensas del Señor, ya de omisión, ya de comisión, ya de impaciencia, ya de celo, ya de confianza en sus medios, ya de desconfianza en Dios, ya de otras muchas a que todo hombre es propenso? Pues ¿qué mayor caridad la del Señor que darnos algunas contradicciones para purificarnos como oro en el crisol?

Y si el tráfago constante y la ansiedad de la gloria divina nos hace poner nuestra esperanza en los medios mismos que necesitamos usar, ¿qué mejor excitador de la confianza en Dios, que ver rotos en nuestras manos e ineficaces esos medios y que por los hechos nos repita el Señor: *Fallax equus ad salutem, in abundantia autem virtutis suae non salvabitur?* [2].

Pero ¿no será razón también, para no asustarnos del número de enemigos, de sus voces, de sus alardes, de sus medios de acción, el recuerdo de que, si desconfiamos, el Señor ha de medir el éxito por la desconfianza y pusilanimidad? Porque: *Vivo ego, ait Dominus: sicut locuti estis*,

---

[1] Joann., XVIII, 36.
[2] Ps. XXXII, 17.



audiente me, sic faciam vobis [1]. Por mí vida os juro, dice el Señor, que me portaré con vosotros, como lo habéis dicho en mi presencia. ¿No queréis entrar en esa tierra que yo os iba a dar? Pues *non intrabitis,* no entraréis, sino sólo Josué y Caleb. Y para que mi palabra se cumpla y se acabe esta generación incrédula, andaréis cuarenta años de peregrinación por el desierto.

Pues ese es el castigo de la pusilanimidad, medirse por ella el éxito definitivo. ¿Creemos que es inconfundible con nuestras fuerzas el enemigo, y nos olvidamos que la victoria es de Dios? Pues lo será: *sicut locuti estis, sic faciam vobis.* Y para que eso suceda y no veais el éxito feliz de vuestros trabajos, yo aumentaré los incidentes, prolongaré la peregrinación, suscitaré dificultades, para que desaparezca sin triunfo una generación, que se atrevió a desconfiar de él en mi presencia: *Sicut locuti estis, sic faciam vobis.*

78. Mas la última y suprema razón y la que vale por todas es mirar a Jesucristo Nuestro Señor cargado con su Cruz y agonizando en ella.

Porque ¿a quién correspondía más aplacar con una sola palabra las persecuciones? ¿Quién más poderoso que Él para trocar en bonanza la más fiera borrasca? ¿Cúya palabra más eficaz? ¿Qué sermón más fervoroso que el suyo? ¿Quién más digno de ser ayudado, seguido, agasajado, honrado, respetado, obedecido? ¿Quién menos merecedor de persecución? ¿Qué entendimiento como el suyo? ¿Qué virtud, qué celo, qué amor como su amor, su celo, su santidad? Y sin embargo, ¿qué persecución como la suya? ¿Qué odio como el que le tuvieron? ¿Qué destrucción en la Iglesia como la que siguió a su predicación? ¿Qué trai-

[1] Núm., XIV, 28.



dores como los que le traicionaron? ¿Dónde desapareció más su Divinidad que en el combate de su Pasión?

Meditando estas cosas se han llenado de confusión los Santos considerándose menos atribulados que su divino Modelo y se han visto henchidos de dulces esperanzas al considerar que se unían a Él en la tribulación y a Él se adherían.

79. Porque contigo, Señor del Poder infinito, contigo, ¿a quién temeré? Tú eres mi luz; no temeré tinieblas de falsa ciencia y de prudencia carnal. Tú eres mi salud y mi salvación; no temeré poderes de infierno. Tú eres mi alegría; no temeré tristezas. Tú eres mi Poder; no temeré ni la opinión de la muchedumbre, ni los poderes humanos, ni la adversidad, ni la prosperidad. Tú eres mi camino; no temeré errar. Tú eres mi ayuda; no temeré que me falte la de los hombres. Tú estás conmigo; no temeré la soledad. Tú eres mi consuelo; no temeré las fatigas. Tú eres mi premio y mi corona; no temeré el silencio y la envidia de los hombres. Tú eres mi juez; no temeré las calumnias. Tú eres mi vida; no temeré ni la muerte eterna ni la temporal.

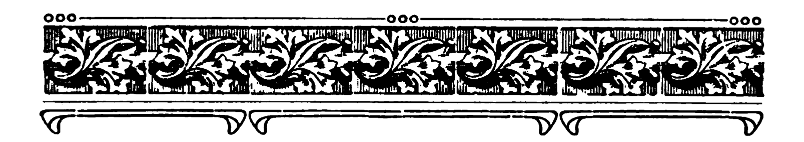
Mi único deseo, Jesús mío Crucificado y Muerto, será imitarte. Y si te imito más no viendo en vida el triunfo final, y no oyendo las alabanzas de los hombres, y no sintiendo el auxilio de mi amigo, sino su traición, y viendo a mis enemigos alegrándose y sabroseándose en mi muerte; yo no quiero sino parecerme a Ti, glorificarte a Ti, cantar tu Poder y tu fortaleza en el tiempo y en la eternidad.

Así sea.

A. M. D. G.



APÉNDICE



APÉNDICE

En prensa teníamos esta obra cuando el correo nos trajo la hermosísima Alocución pronunciada por nuestro Smo. Padre el Papa Pío X el día 27 de Mayo último, en la cual se confirman y nuevamente corroboran gran parte de las doctrinas en estos discursos expuestas.

A fin, pues, de no privar a nuestros lectores de la abundante y apacible luz que tan autorizado documento irradia, se lo damos en el presente Apéndice, valiéndonos de la fidelísima traducción que publicó *El Siglo Futuro* en su núm. 2.887, correspondiente al viernes 5 de Junio del presente año.

Alocución de Su Santidad Pío X.

En el Consistorio público celebrado el día 27 de Mayo último, al imponer la birreta a los nuevos Cardenales, pronunció el Sumo Pontífice la siguiente hermosísima Alocución con que hoy honramos nuestras columnas.

Los conceptos subrayados, lo han sido por la redacción de El Siglo Futuro:

El intenso dolor que Nos hemos sufrido desde el Consistorio de 1911, a consecuencia de la pérdida de tantos notables Cardenales, ha sido en alguna manera moderado por el consuelo de haber podido cumplir Nuestro deseo admitiéndoos



ayer en el Sacro Colegio a vosotros, hijos míos muy amados. Las dotes de piedad, de doctrina y de celo que os distinguen, y, sobre todo, la devoción que profesáis hacia esta Santa Sede, me aseguran en vosotros eficaces y decididos auxiliares para mantener intacto el depósito de la fe, para guardar la disciplina eclesiástica, *y para resistir a los asaltos disfrazados a que está expuesta la Iglesia, no tanto por parte de sus enemigos declarados, como por parte de sus propios hijos.*

Lo que debemos a la indomable firmeza de nuestros padres, a su atenta vigilancia, a su celosa solicitud y a su delicadeza, que podría llamar casi virginal, en materia de doctrina, el triunfo de la Iglesia en todos los peligros y en todos los asaltos intentados contra ella en el curso de los siglos, no ha sido quizá nunca tan necesaria, en ninguna época, tener la mirada fija sobre ese depósito sagrado, a fin de que la integridad del mismo y su pureza sean conservadas.

Vivimos desgraciadamente en una época en que, con mucha facilidad, se da voluntaria acogida y se adoptan ciertas ideas que tienden a conciliar la Fe con el espíritu moderno, ideas que conducen mucho más lejos de lo que se piensa; no solamente a la debilitación, sino a la pérdida total de la Fe. Ya no produce asombro oir, dichas con satisfacción, frases bastante equívocas: de «aspiración moderna», de «fuerzas del progreso y de la civilización», afirmando la existencia de una conciencia laica, de una conciencia política, opuesta a la conciencia de la Iglesia, contra la cual se pretende tener el derecho y el deber de reaccionar para corregirla y enderezarla.

No es cosa extraordinaria encontrar personas que emiten dudas e incertidumbres sobre la verdad, y hasta afirmaciones obstinadas sobre errores manifiestos, cien veces condenados, y, sin embargo, esas personas están persuadidas de que no se hallan alejadas de la Iglesia, porque algunas veces siguen las prácticas cristianas. ¡Oh! ¡Cuántos navegantes, cuántos pilotos y —Dios no lo permita— cuántos capitanes, confiando en las novedades profanas y en la ciencia mentirosa de nuestra época, han naufragado antes de llegar a puerto!

En medio de tantos peligros, en todas ocasiones no hemos cesado de hacer oir Nuestra voz para llamar a los extraviados, señalar los errores y trazar a los católicos el camino que se ha de seguir. Pero Nuestras palabras no han sido siempre bien

comprendidas e interpretadas, aunque siempre hayan sido claras y precisas. Así muchos, siguiendo el ejemplo funesto de nuestros adversarios, que esparcen la cizaña en el campo del Señor para llevar a él la confusión y el desorden, no han tenido reparo en dar a esas Nuestras palabras interpretaciones arbitrarias atribuyéndoles una significación en realidad contraria a la que el Papa quería que tuviesen, y considerando como sanción el prudente silencio.

En estas difíciles circunstancias, yo tengo urgente necesidad del eficaz concurso de vuestras obras, hijos míos muy amados, tanto en vuestras diversas Diócesis, a las cuales, con la dispensa Papal, vais a volver, como en la Curia y en las Congregaciones romanas, para que por la dignidad a que habéis sido elevados, unidos en espíritu y de corazón al Papa, estéis entre los primeros defensores de la sana doctrina, entre los primeros maestros de la verdad, y seais los proclamadores de los verdaderos deseos del Papa. Predicad a todos, pero especialmente a los eclesiásticos y a los religiosos, que nada desagrada tanto a Nuestro Señor Jesucristo y a su Vicario, como la discordia sobre motivos de doctrina, porque en la desunión y en las disensiones triunfa Satán y domina a los por él atraídos. Para conservar la unión en la integridad de la doctrina, prevenid, especialmente a los sacerdotes, sobre el trato con personas de fe sospechosa, y sobre la lectura de libros y periódicos, no diré de aquellos pésimos en los cuales nada honesto se encuentra, sino también de aquellos otros que no son en todo aprobados por la Iglesia, porque el ambiente que en ellos se respira es nocivo y es imposible tocar la pez sin quedar manchado.

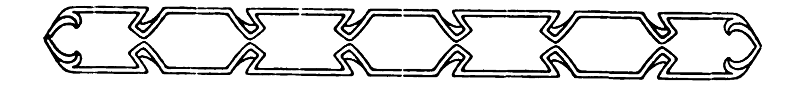
Si os encontráis con aquellos que se alaban de ser creyentes y devotos al Papa, y quieren ser católicos, pero tienen por el mayor de los insultos el ser llamados clericales, decidles solemnemente que los hijos fieles del Papa son los que obedecen su palabra y la siguen en todo, y no los que estudian los medios de eludir sus órdenes o de obligarle, con una insistencia digna de mejor causa, a exenciones y dispensas tanto más dolorosas cuanto más daños y escándalos producen. No ceséis jamás de repetir que si el Papa ama y aprueba las Asociaciones católicas que tienen por objeto el bien material, ha enseñado siempre que el bien religioso y moral debe tener en

ellas la preferencia, y que a la justa y laudable intención de mejorar la suerte del obrero y del aldeano es preciso unir siempre el amor a la justicia, y el uso de medios legítimos para mantener entre las diversas clases sociales la armonía y la paz. Decidles claramente que las Asociaciones mixtas, las alianzas con no católicos para el bienestar material pueden permitirse con ciertas y determinadas condiciones, pero que el Papa prefiere las uniones de fieles, que depuesto todo respeto humano, y cerrando los oídos a toda alabanza y a toda amenaza, se agrupan alrededor de su bandera, tanto más espléndida y gloriosa cuanto más combatida, porque es la bandera de la Iglesia.

Este es el campo, hijos carísimos, en el cual debéis ejercer vuestra actividad y vuestro celo. Pero como vuestro trabajo no tiene valor si no es bendecido por el cielo, roguemos a Nuestro Señor Jesucristo, que cerró y selló con su sangre la universal fraternidad del género humano y reunió a todos los que debían creer en Él como en una sola familia, que coordine para nuestra obra las inteligencias y las voluntades de todos con tal perfección de concordia, que todos los hijos de la Iglesia sean uno solo entre sí como uno solo son Él y su Padre.

Y con esta esperanza os doy del fondo de mi corazón la Bendición Apostólica.

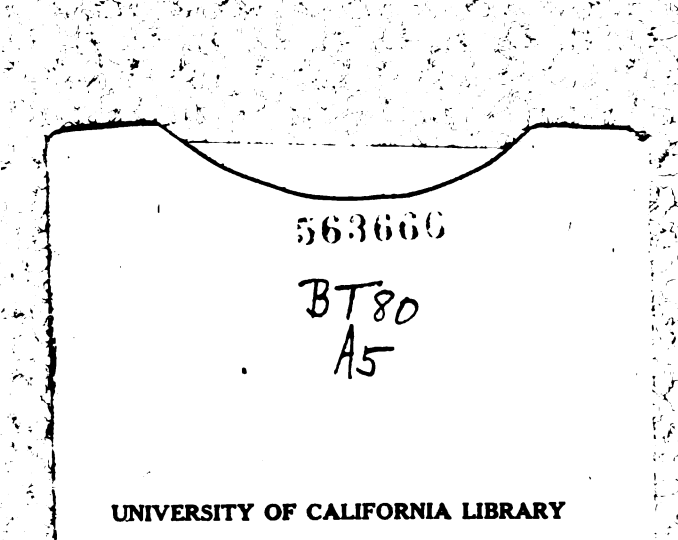
(Acta Apost. Sedis, t. VI, págs. 260-2; n.º del 28 de Mayo de 1914.)



Indice alfabético.

N. B. El número primero expresa la página: el segundo (negrillo) el del margen.

INDICE DE MATERIAS


563666
BT80
A5
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

